

MATT BROLLY

La Marca

UN THRILLER DE DETECTIVE LOUISE BLACKWELL



LA MARCA

MATT BROLLY

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuarto](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y Uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Capítulo Treinta y Cuatro](#)
[Capítulo Treinta y Cinco](#)
[Capítulo Treinta y Seis](#)
[Capítulo Treinta y Siete](#)
[Capítulo Treinta y Ocho](#)
[Capítulo Treinta y Nueve](#)
[Capítulo Cuarenta](#)
[Capítulo Cuarenta y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta y Tres](#)
[Capítulo Cuarenta y Cuatro](#)

[Capítulo Cuarenta y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta y Uno](#)
[Capítulo Cincuenta y Dos](#)
[Capítulo Cincuenta y Tres](#)
[Capítulo Cincuenta y Cuatro](#)
[Capítulo Cincuenta y Cinco](#)
[Capítulo Cincuenta y Seis](#)
[Capítulo Cincuenta y Siete](#)
[Capítulo Cincuenta y Ocho](#)
[Capítulo Cincuenta y Ocho](#)
[Capítulo Cincuenta y Nueve](#)
[Epílogo](#)

CAPÍTULO UNO

La desorientación no era nada nuevo para Jay Carrigan. Sus múltiples adicciones volvían muy fina a la frontera entre la consciencia y el olvido. Estar presente no era un problema al que tuviera que enfrentarse normalmente, pero era algo que tenía que considerar ahora.

Estaba huyendo.

Ya se había perdido antes, se había despertado en callejones y puertas innumerables veces. Que no recordara haber llegado a la playa tampoco era una sorpresa. En estos meses más cálidos, el abrigo de las dunas al sur de la playa principal de Weston servía de faro y, en cualquier otro momento, el lejano sonido del mar teñido de barro sería un consuelo. Pero, en esta ocasión, la brisa templada anunciaba otro sonido no deseado.

La risa que venía de atrás no era agradable. Estaba lo suficientemente atento como para entender la diferencia entre la amabilidad y el ruido amenazador que llegaba a sus oídos. Llevaban al menos veinte minutos persiguiéndolo, aunque no se podría decir que lo estaban persiguiendo: lo acechaban. Jugaban con él como un gato juega con un ratón petrificado, o como una oveja acorralada por un border collie.

Sí, eso es lo que sentía. Las risas estaban a solo unos metros, pero cada vez que Jay se giraba solo veía las sombras de las dunas, la larga extensión de la playa y las luces parpadeantes de la civilización a la distancia.

Sentía como si estuviera corriendo en círculos, y las risas sugerían que eso era exactamente lo que querían.

El pánico parecía estar ahogándolo. Sentía los pulmones demasiado inflados, como si en cualquier momento pudieran implosionar su frágil caja torácica. La sangre rugía en sus oídos y su boca estaba abierta de par en par, atrapando el aire salado mientras su cuerpo se retorció en movimientos cortos y bruscos a medida que huía de su enemigo invisible.

Al final, el golpe en la parte posterior del hombro de Jay fue un alivio. Sus pulmones expulsaron el aire retenido mientras se desplomaba sobre la arena polvorienta que entraba en su lengua seca como si estuviera a punto de llenarle el cuerpo.

La risa cesó. Por un bendito momento, Jay pensó que tal vez era el fin, que sus perseguidores ya se habían divertido y ahora lo dejarían en paz.

Entonces percibió el leve olor a sudor corporal rancio y la sensación de la piel húmeda en el músculo expuesto de la pantorrilla. Lo siguiente que supo fue que lo arrastraban hacia atrás por la duna. Intentó hablar y suplicar, pero tenía la boca llena de arena. La arena le rasgaba la cara y se introducía en sus ojos, y la risa regresó a sus oídos.

—Te has portado mal, señor Carrigan —dijo una de las voces: provenía de un hombre, con un acento difícil de distinguir. Jay no tenía idea de lo que había hecho y tampoco tendría la

opción de argumentar su caso—. Esto va a doler un poco —dijo el hombre, a medida que otro olor llenaba el aire.

Jay estaba boca abajo en la arena, pero sintió el cambio de temperatura, el toque de azufre en el aire cuando uno de sus asaltantes se arrodilló sobre su espalda. Una vez más, los pulmones de Jay estaban a punto de estallar, y no opuso resistencia cuando tiraron de su brazo derecho y le arrancaron la camisa empapada en sudor, dejando al descubierto la carne del antebrazo.

—No hay mucho con lo que trabajar —dijo el hombre, poniéndolo boca arriba—. Pensé que te gustaría ver esto.

Los dos asaltantes llevaban máscaras. Jay se retorció mientras el hombre le sujetaba el brazo, apretando su antebrazo con tanta fuerza que temía que le partiera el hueso en dos. Pero eso no era la prioridad en su mente, tenía su atención en la llama azul del soplete que sostenía el segundo asaltante.

Jay tenía los ojos llenos de arena, pero algo primitivo le hizo empezar a forcejear. Sus otros sentidos se habían apoderado de él y se agitó y sacudió, accediendo a una fuerza nunca antes utilizada para intentar zafarse de sus captores. La piel se le erizó de sudor, y el olor a metal caliente lo alcanzó antes de que el hombre le aprisionara el brazo y un dolor que nunca antes había sentido invadiera todos los sentidos de su cuerpo.

Jay no cayó inconsciente de inmediato. Quedó paralizado cuando dejó de sentir el peso del hombre encima de su cuerpo y el olor a metal quemado fue sustituido por el hedor a carne quemada.

CAPÍTULO DOS

En momentos como este, la Inspectora Louise Blackwell sentía que la decisión de mudarse con sus padres era una bendición. Tenía el piso superior de la casa de Sand Bay para ella sola, además de una entrada privada, pero esta mañana había decidido abrir la puerta de la escalera contigua. Quería ver a su sobrina Emily antes de ir a trabajar. Sin embargo, al abrir la puerta no la recibió Emily, sino el nuevo cachorro de la familia, Molly, que saltó y arañó la pierna de Louise a modo de saludo.

—Hola a ti también —dijo Louise.

Louise adoraba a la perra, pero agradecía que viviera en el piso de abajo con sus padres y Emily. Había leído que los cachorros de labrador podían ser difíciles de manejar, pero pronto se dio cuenta de que se quedaba corta: la perrita necesitaba atención constante, y más de una vez se había despertado en mitad de la noche al oír que su padre abría la puerta del jardín para soltar a la cachorra.

—¿Mamá aún no se ha levantado? —preguntó Louise, tomando una tostada del centro de la mesa antes de besar a Emily en la frente.

Su padre negó con la cabeza y Louise tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no revisar la basura en busca de pruebas de los crímenes de la noche anterior. La familia había sufrido mucho en los últimos años. Aún no habían superado el brutal asesinato del padre de Emily y hermano de Louise, Paul. Su madre solía levantarse temprano, y solo había dos razones posibles para que siguiera en la cama: estaba enferma o tenía resaca.

—La despertaré enseguida —dijo su padre, intercambiando una mirada cómplice con ella.

Louise suspiró, decidiendo que no era el momento adecuado para hablar del problema de la bebida de su madre. Siempre le recordaba la caída de Paul en el alcoholismo, y eso era algo a lo que no quería enfrentarse.

—¿Qué tienen planeado para hoy?

—Playa —dijo Emily, con trozos de tostada cayendo de su boca.

—¿Qué envidia —dijo Louise, besando a Emily una vez más y marchándose antes de que fuera demasiado difícil.

Otro aspecto positivo de haberse mudado de su antiguo bungalow en Worle era que el nuevo trayecto al trabajo en coche transcurría junto al mar. Al trabajar en las oficinas de Worle, a veces era fácil olvidar que vivía en la costa. Los trayectos de ida y vuelta al trabajo la conectaban con la ciudad. Esta mañana, el agua estaba cristalina y la superficie se movía bajo el sol de principios de agosto.

Mientras se alejaba del paseo marítimo, Louise volvió a sentir envidia de la libertad de la que disfrutarían sus padres y Emily ese día. El sentimiento se intensificó al recordar el itinerario del

día, que incluía una reunión interdepartamental con el nuevo inspector uniformado de la comisaría, Rob Baker.

Tomó la carretera de Locking en dirección a Worle, prefiriendo la ruta a través de la ciudad en lugar de la circunvalación. Disfrutaba de la tranquilidad de la ruta. La zona parecía casi idéntica a los años de su infancia, cuando visitaba la ciudad en aquellas excursiones de un día durante el verano, llenas de emoción y promesas, sentada en la parte trasera del coche junto con su hermano, deseando que pasaran los kilómetros hasta llegar a la playa y todo lo que Weston tenía que ofrecer.

La visión de un Skoda Kodiah negro en el espejo retrovisor interrumpió sus recuerdos. Iba cuatro coches por detrás, y le llamó la atención porque había visto el mismo vehículo dos días antes. Louise no tenía una memoria fotográfica, pero siempre estaba alerta, y la última vez que había visto ese coche en concreto había seguido su trayecto durante tres kilómetros antes de desviarse.

Lo más probable era que se tratara de una coincidencia, pero algo en la constancia con la que la seguía y que mantuviera la suficiente distancia como para que Louise no pudiera ver la cara del conductor, le daba a entender que sabía lo que estaba haciendo. Louise odiaba la idea de estar sucumbiendo a la paranoia, pero desde su última gran investigación le preocupaba que la hubieran puesto bajo vigilancia de la llamada *Brigada Fantasma*, el equipo interno anticorrupción de la policía.

En ese caso, relacionado con la desaparición de dos niños en la Garganta de Cheddar, Louise había logrado integrarse en la investigación del asesinato de su hermano. Le habían advertido que se mantuviera al margen y, a pesar de que su interferencia había conducido a un resultado positivo, se enfrentaba a una posible reunión por mala conducta. Su jefe, el Detective en Jefe Robertson, le había dicho que era simplemente el procedimiento, una formalidad por la que no tenía que preocuparse. Confiaba en Robertson, y normalmente no lo habría pensado dos veces si no fuese por el Detective en Jefe Tim Finch, jefe del MIT (Equipo de Investigación Mayor) en la sede central de Portishead.

Su enemistad con Finch se remontaba a varios años atrás, cuando ella trabajaba en el MIT. Habían trabajado juntos en el caso del asesino en serie Max Walton, tras lo cual su relación se deterioró. Solo pensar en Walton hacía que le humedecieran los ojos al recordar el fuerte olor a podrido que encontró en la granja de Walton esa noche. Desde entonces, Finch había intentado encontrar la forma de apartarla del cuerpo, así que no dudaría en ponerse en contacto con el equipo anticorrupción si de esa manera lograba salirse con la suya.

Louise aminoró la marcha, y estaba a punto de detenerse cuando recibió una llamada de la comisaría y se vio obligada a dar media vuelta. Su perseguidor no tardó en reaccionar y giró bruscamente a la izquierda en Baytree Park, por lo que Louise solo pudo vislumbrar la parte trasera del vehículo mientras se dirigía de regreso a la ciudad.

Quince minutos más tarde, estacionó frente al hospital Weston General, un lugar que últimamente le resultaba tan familiar que era como su segundo hogar. La agente Sarah Millard, recién llegada a la comisaría, la esperaba afuera de una habitación de la UCI en la cuarta planta.

—Hola, señora —dijo la agente uniformada, poniéndose rígida cuando Louise se acercó.

—Puedes llamarme Louise, Sarah. ¿Él está allí?

—Sí, logré tomar algunas fotografías de la herida antes de que se la vendaran. Sigue inconsciente. Sus brazos están llenos de marcas de agujas, y una herida en la nuca sugiere que puede haber sido atacado.

Jay Carrigan era un hombre de treinta y tres años, aunque cuando Louise lo vio a través de la

ventana de su habitación, parecía mucho mayor. Era peligrosamente delgado, tenía el rostro demacrado e incluso con los ojos cerrados tenía una mirada atormentada. El respirador en la boca lo hacía parecer el doble de viejo.

—Fue encontrado a las seis y media de la mañana, señora, por un golfista en el club de golf Uphill. Afortunadamente, había golpeado su bola fuera de los límites y estaba buscándola en la parte trasera de las dunas de arena cuando se encontró con el Sr. Carrigan.

—¿Cuánto tiempo creen que esté inconsciente?

—Por tiempo indefinido. Le están haciendo análisis de sangre. Podría ser una reacción a lo que le ha pasado o a las drogas en su sistema.

Louise miró el grueso vendaje en el brazo derecho de la víctima.

—¿Puedo ver esas fotos? —le dijo a la joven agente.

Louise se estremeció al ver las imágenes. Había un símbolo grabado a fuego en la piel del antebrazo de Carrigan. Giró el teléfono.

El símbolo parecía una S distorsionada.

—¿Cómo demonios ha podido pasar esto? —se preguntó Louise en voz baja, mientras se acercaba un hombre que parecía agobiado.

—Dr. Miles Bainbridge —anunció el hombre, jugueteando con el flequillo de pelo negro grisáceo que le caía sobre la frente—. Quería verla antes de terminar mi turno —añadió, dejando claro el favor que le hacía a Louise.

—Gracias —dijo Louise, complaciendo al hombre mientras lo seguía para que Carrigan no los oyera—. ¿Habías visto algo así antes?

—En cierto modo, sí —dijo Bainbridge, tomándole el teléfono—. Como probablemente puedas ver por el tejido en carne viva del brazo del Sr. Carrigan, su piel ha sido marcada.

—¿Marcada?

—Lo creas o no, a la gente le gusta hacerse esto. Es una forma extrema de tatuaje, a veces conocida como estigmatización. Quemas la piel y la cicatriz resultante deja una marca permanente.

—¿Es posible hacer algo así?

—Hay quien lo practica, aunque creo que actualmente es ilegal. La idea es quemar las tres capas de la piel: la epidermis, la dermis y la subcutánea. En este caso, quien hizo la marca fue demasiado lejos y llegó hasta el músculo. Además, la herida está infectada. No es sorprendente, dado que el Sr. Carrigan fue encontrado boca abajo en la arena.

—¿Hay algún lugar en Weston donde se haga esto? —dijo Louise, incapaz de ocultar su incredulidad de que alguien se hiciera esto a sí mismo voluntariamente.

—Oficialmente no, pero hemos tratado a alguna que otra persona en los últimos años en ocasiones cuando las cosas han ido mal. Aparte del hecho de que fue descubierto inconsciente, el Sr. Carrigan tiene graves contusiones por todo el cuerpo, en particular en la espalda y alrededor de los hombros y los brazos. Claro que es posible que sintiera la necesidad de ser sujetado para llevar a cabo el procedimiento, pero si se fijan en la forma irregular en que la marca se ha aplicado a la piel, y no quiero sobrepasar mis límites aquí...

Louise frunció el ceño, deseando que el médico fuera al grano. Bainbridge igualó su expresión.

—Es solo que creo que es posible, e incluso muy probable, que el señor Carrigan recibiera esta marca sin, digamos, su permiso.

Louise miró al comatoso Sr. Carrigan.

—¿Cree que este hombre fue marcado?

—No me gustan las hipérboles, pero no lo descartaría. De todos modos, se lo dejaré a usted, detective. Limpiamos la herida lo mejor que pudimos y le administramos antibióticos para la infección.

—¿Cuánto tiempo cree que estará inconsciente? —preguntó Louise.

—Está en coma, aunque responde a los estímulos. Me gustaría que lo que sea que se arremolina en su torrente sanguíneo pueda evacuar su sistema antes de responder a su pregunta. Aun así, hay un motivo por el cual el paciente está en la UCI.

—¿Su condición podría empeorar?

—Hasta que no sepamos qué hay en su sistema, no lo sabremos. Pero la combinación de la herida infectada, la lesión en la cabeza y los rastros de agujas son preocupantes.

—¿Tenemos al menos su dirección? —preguntó Louise a la agente una vez que el médico se marchó.

La agente negó con la cabeza.

—La única identificación que llevaba era la licencia de conducir —dijo, entregándole a Louise una bolsa de plástico transparente.

Le echó un vistazo a la foto de Carrigan en la licencia y le costó creer que fuera la misma persona que el hombre en la UCI.

—Quédate aquí con el señor Carrigan por ahora, Sarah. Avísame en cuanto vuelva en sí.

LOUISE MIRÓ el reloj mientras volvía al coche. Quería visitar la escena del crimen antes de la reunión en la comisaría. Si la marca en Jay Carrigan había sido infligida a propósito, podría darse el lujo de faltar a la reunión.

Carrigan estaba inconsciente y era factible que, en caso de que haya sido atacado, sus agresores lo hubieran dado por muerto. Sin embargo, había otras posibilidades: Carrigan podría haberse ido de juerga después de someterse al procedimiento, o incluso podría habérselo infligido él mismo. Sin embargo, como estaban las cosas, el Detective en Jefe Robertson le había informado con pesar que la reunión era obligatoria. El inspector Rob Baker tenía una presentación que deseaba que vieran todos en la comisaría, y nada por debajo de un cadáver bastaría para excusarla de asistir.

El mar ya se estaba retirando cuando Louise hizo el corto trayecto hasta el club de golf de Uphill, dejando un manto de barro a su paso. Los agentes de la escena del crimen (SOCO), ahora conocidos como los CSI, habían acordonado la zona donde Jay Carrigan había sido descubierto. La zona que habían delimitado se extendía desde la parte trasera de las dunas cubiertas de hierba hasta los límites del campo de golf.

Por desgracia, había poco que ver. La agente Millard ya le había enseñado fotos de Jay en el lugar de los hechos y sus notas de la entrevista con el golfista que lo había encontrado. Los agentes rastrearían la zona, pero aparte de encontrar un hierro de marcar, no había nada de interés inmediato. Lo más probable era que Jay Carrigan se hubiera sometido al procedimiento en otro lugar, voluntariamente o no, y que por razones desconocidas se hubiera dirigido a la playa.

Louise compartió las fotos de las heridas de Jay con la jefa de SOCO, Janice Sutton.

—¿Sabes qué tipo de equipo se necesita para infligir algo así? —preguntó.

—Supondría que un hierro y un soplete.

—Entonces, ¿podría haber ocurrido en la escena?

—No veo por qué no.

Una imagen de metal quemado sobre la piel de Jay apareció en la mente de Louise. Era tan real que imaginó que podía oler la carne quemada del hombre.

Janice le devolvió el teléfono.

—Es extraño lo que la gente se hace a sí misma —dijo.

CAPÍTULO TRES

Louise no tenía por qué apresurarse para llegar a comisaría. Llegaba cinco minutos tarde, pero la gran sala de presentaciones seguía repleta de agentes. Después de servirse un café, se reunió con Thomas al fondo de la sala.

El Sargento Thomas Ireland había sido su mejor amigo en la comisaría desde que se trasladó del Equipo de Investigación de Bristol (MIT) hacía tres años. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, su relación podría haberse convertido en algo más personal. Después de lo de Finch, se había impuesto la dura norma de no volver a mezclar lo personal con lo profesional. Aun así, no pudo evitar notar su camisa nueva y lo fresco que parecía después de haberse afeitado la barba incipiente de los últimos días.

—Pensé que habías conseguido escapar de esto —dijo Thomas, recibéndola con una sonrisa.

—Lo he intentado —dijo Louise, mientras el inspector Rob Baker entraba en la habitación—. Veo que Robbo no está por aquí.

—Se las arregló para escabullirse al cuartel general —dijo Thomas, mientras Baker subía al estrado.

Louise maldijo en voz baja. Estaba aquí solo por la insistencia del Detective en Jefe Robertson, y él ni siquiera había tenido la decencia de asistir.

El Inspector Baker se había reincorporado recientemente a Weston-super-Mare procedente de Devon y Cornualles. Había tenido un gran éxito como zar de la aplicación de la ley en Newquay, el mayor de los balnearios del condado. Su misión había consistido en transformar la ciudad, invadida por las drogas y la delincuencia. En tres años, había conseguido reducir considerablemente los índices de delincuencia en la zona y, tras su éxito, Avon y Somerset se habían puesto en contacto para que regresara a Weston-super-Mare para repetir la hazaña.

Baker medía 1,90 m y tenía una espalda recta de hierro. Louise había oído en más de una ocasión el adjetivo *varilla en el culo*. Todo en él, desde el uniforme perfectamente planchado, el corte de pelo ajustado y las gafas con montura, gritaba “conservador”. Eso no habría sido tan malo si su presentación no hubiera sido tan monótona. Mientras una diapositiva tras otra aparecía en la pantalla blanca a sus espaldas, Louise dejó de prestar atención al discurso de Baker sobre las medidas enérgicas contra las leyes de concesión de licencias y el consumo de alcohol en el exterior, y sus pensamientos volvieron a centrarse en Jay Carrigan y al símbolo tan salvajemente grabado en su piel. Que alguien permitiera que le hagan eso era un misterio y, aunque parecía una explicación probable, seguía sin estar convencida.

Para cuando Baker terminó de hablar, ya había realizado una rápida búsqueda de los salones de tatuaje autorizados de la zona en su móvil policial y había salido de la oficina antes de que el Inspector tuviera tiempo de detenerla para preguntarle qué pensaba de sus nuevos planes para la

ciudad.

LOUISE VOLVIÓ A VER el Skoda Kodiah mientras tomaba la carretera de circunvalación para volver a la ciudad. Le impresionó no haberse fijado en él al salir de la estación, y la forma en que mantenía una distancia de tres coches por detrás reforzó su sensación de que el conductor pertenecía a alguien de la Brigada Fantasma. Levantó el pie del acelerador para intentar ver al conductor, pero su perseguidor se percató de la maniobra y redujo la velocidad.

Por el momento, Louise se contentó con dejar que el coche la siguiera. No se sentía en peligro inmediato. Si el conductor había recibido instrucciones de seguirla, que así fuera. No tenía nada que ocultar y no le importaba perder el tiempo del agente anticorrupción.

Aparcó en el bulevar, frente al bloque de pisos del edificio protegido que en algún momento había albergado la biblioteca pública. Había perdido a su perseguidor cuando se dirigía al centro, pero eso no significaba que ya no la seguían. Cerró el coche y esperó fuera un par de minutos antes de dar un corto paseo hasta el salón de tatuajes The Ink, en Meadow Street.

Louise no se consideraba una mojígata, pero nunca se le había ocurrido hacerse un tatuaje. Todavía podía imaginarse el antebrazo arrugado de su abuelo, con el verde descolorido de sus tatuajes navales distorsionado por su piel fina como el papel. Sus padres le habían dicho de niña que los tatuajes eran permanentes y que la mayoría de las personas que se los hacían se arrepentían de tenerlos, y aunque en aquel momento había dudado de esa afirmación, la lección se le había quedado grabada.

Una ráfaga de aire viciado la recibió al abrir la puerta del salón, impregnada de olor a cuero y desinfectante. De una habitación contigua llegaba el zumbido de una pistola de tatuar, mientras una joven sentada tras el mostrador levantaba la vista de su libro.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, apartándose el espeso pelo negro de la frente. Sonrió y el piercing del labio inferior captó un destello de sol a través de las ventanas.

—En realidad, estaba buscando asesoramiento —dijo Louise.

—Por supuesto —dijo la mujer, con una sonrisa más amplia—. Puede dar miedo venir a un sitio así si no estás acostumbrada. ¿Qué buscas?

—Es obvio, ¿verdad? —dijo Louise.

La mujer se encogió de hombros, sin dejar de sonreír hasta que Louise mostró su tarjeta de autorización.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Louise, y el pánico llegó a los ojos de la mujer. Louise se fijó en los tatuajes de sus brazos, sorprendida por la viveza de las imágenes y los colores que se arremolinaban en los brazos de la mujer y bajo su cuello.

—¿Te gustan? —dijo la mujer, con una sonrisa infantil en su afán de elogio.

—Son increíbles. Yo no sería lo suficientemente valiente para hacerlo —dijo Louise.

—Eso lo dudo —dijo la mujer—. De todos modos, ¿cómo puedo ayudarte?

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

—Frankie.

—Frankie, quería saber si alguna vez habías visto algo así —dijo Louise, mostrándole una foto de las heridas de Carrigan en su teléfono.

—Aquí no hacemos nada así —dijo la mujer, tensándose—. Quizá debería ir a llamar a Bill.

Durante el monótono discurso de Baker, Louise se había informado sobre la legislación relativa a la modificación corporal. Parecía ser una industria floreciente que se extendía desde tatuajes y marcación hasta la división de la lengua, orejas puntiagudas y escarificación, lo que

incluye marcar. La ley era incierta al respecto. La cuestión parecía centrarse en hasta qué punto una persona puede consentir que la modifiquen. Un reciente caso de prueba había determinado que los procedimientos de modificación corporal distintos del tatuaje y el piercing que provocan lesiones se consideraban ilegales, pero las directrices establecidas para aplicar esta decisión legal eran, en el mejor de los casos, vagas.

—No —le dijo a Frankie—, no te preocupes, no he venido a comprobar tu operación.

La mujer pareció relajarse, el flequillo le cayó sobre la ceja y le tapó uno de sus ojos maquillados.

—Entonces, ¿qué?

—Me preguntaba qué podrías decirme sobre la marca. Sé que es algún tipo de marcación.

La mujer apretó las mejillas.

—Ya le he dicho que aquí no hacemos eso —dijo, cogiéndole el teléfono a Louise—. Tampoco parece un buen trabajo, está todo distorsionado. ¿Parece una S o un 2? —dijo, mirando a Louise en busca de confirmación.

—¿Por qué crees que está distorsionado?

La mujer sonrió.

—Intentas pillarme, ¿verdad?

—Nada de eso.

La mujer se rascó la cabeza.

—Sabes que técnicamente es ilegal —dijo.

—Como he dicho, eso no me preocupa. ¿Por qué crees que tiene ese aspecto?

—En realidad no tengo ninguna experiencia al respecto. Con todas estas cosas, es importante estar quieto. Este me parece caótico. No está bien alineado. Un auténtico desastre.

Louise se dio cuenta de que la mujer desconfiaba, pero era evidente que le apasionaba el tema.

—¿Alguna vez te harías algo así?

—No estoy segura, quizá en el futuro. El problema es que, si sale mal, como en ese caso, te quedas así para siempre.

—¿Hay algún lugar por aquí donde se pueda hacer algo así?

La mujer dio un paso atrás, cruzándose de brazos.

—No que yo sepa.

—No estoy tratando de meter a nadie en problemas, lo prometo. Solo necesito saber quién pudo hacer esto.

—Si yo fuera a hacerlo, lo intentaría en Bristol. Incluso Londres. Ya no hay nadie por aquí.

—¿Ni siquiera a escondidas? —dijo Louise, intentando ser lo más conspiradora posible.

—No sé nada de eso —dijo la mujer, con una sonrisa.

—¿Podrías hacértelo tú misma?

La mujer se rio.

—No sin una gran fuerza de voluntad. No sería aconsejable —sacudió la cabeza—. No, no creo que pueda hacerse.

—Gracias, has sido de gran ayuda. Una última pregunta. Sé que debo sonar ingenua y fuera de onda, pero ¿por qué alguien se dejaría marcar así? Puedo entender los tatuajes, ¿pero esto?

Louise agradeció que la mujer no fuera condescendiente.

—La gente tiene diferentes razones. Puede que a algunos simplemente les guste la idea. Para otros, puede ser un vicio, como una forma de masoquismo. Hay muchas razones.

—¿Y tú?

—¿Yo?

Louise señaló con la cabeza los numerosos tatuajes que cubrían la piel de la mujer.

La mujer sonrió.

—Me encanta cómo lucen.

—Pues sí que te quedan bien. Gracias de nuevo. Me temo que he mentido, tengo una última pregunta. ¿Tienes una salida por la puerta trasera que pueda usar?

CAPÍTULO CUARTO

La puerta trasera daba a un callejón lateral que conducía a la carretera de Burlington. Louise tomó el largo camino de vuelta al bulevar, a través de la calle peatonal. Pensó en lo que le había dicho la mujer, en las razones por las que la gente cambiaba de aspecto de forma tan drástica. Los tatuajes le habían quedado bien a la mujer, pero no estaba segura de poder comprometerse a algo tan permanente. Se cansaba de ver el mismo corte de pelo en el espejo todos los días, así que tener algo grabado en la piel para siempre no era para ella. En cuanto a lo demás, las modificaciones corporales y la escarificación, estaban más allá de su comprensión. No podía imaginarse haciéndose algo así a sí misma, pero supuso que ella no era el público objetivo.

Cuando llegó al final de la calle principal, miró a la vuelta de la esquina hacia el largo tramo del bulevar, buscando el Skoda. Que la Brigada Fantasma pudiera estar observándola no molestaba en sí, pero empezaba a distraerla de la investigación, y eso era algo que no podía aceptar.

Caminando de vuelta por el Boulevard, encontró el Skoda estacionado más adelante, en Stafford place. Reconoció a la conductora. La agente Amira Hood trabajaba en Portishead. No recordaba a qué departamento pertenecía Amira, pero probablemente conocía a Finch y a otros antiguos compañeros de Louise. Amira estaba mirando fijamente hacia delante, con la vista puesta en el coche estacionado de Louise.

Aunque los equipos anticorrupción trabajaban en edificios separados, era posible que Amira estuviera trabajando para ellos de encubierto. Aun así, creyó que lo más probable era que Finch hubiera enviado a la agente para espiarla. Necesitaba más tiempo para pensar, y se acercó a la esquina para comprar una botella de agua mineral en un quiosco. Hacía un calor agobiante, así que bebió el agua a la sombra del toldo del quiosco mientras decidía qué hacer a continuación.

Si Amira trabajaba ahora en la lucha contra la corrupción, podía suponer que vigilaba los movimientos de Louise. El fin que perseguía era aún un misterio. La próxima reunión por mala conducta estaba relacionada con la intromisión de Louise en la investigación del asesinato de Paul. En su opinión, no había hecho nada ilegal. De hecho, había descubierto una pista que les permitió encontrar al asesino de Paul cuando todos los demás habían abandonado el caso.

Cuanto más pensaba en que Amira estaba siguiéndola, más se enfadaba. Lo más inteligente sería ignorarla, hacerse la tonta y permitir que continuara siguiéndola. Louise no tenía nada que ocultar, y si Amira y quienquiera que la hubiera enviado querían perder su tiempo, era problema suyo.

Pero no estaba de humor para llevar a cabo la jugada inteligente. Era una detective experimentada, con más éxitos en la persecución de sospechosos de alto nivel que la mayoría de los agentes de la zona, y que enviaran a un agente de menor rango a seguirla era, en el mejor de

los casos, una osadía. A Louise le parecía una falta de respeto.

Quería acallar sus preocupaciones conspirativas, pero ya había pasado por esto antes con Finch. Había empezado después del caso Walton. Tras un malogrado experimento en la policía de Somerset y Avon, ambos llevaban armas de fuego policiales y Louise había matado a tiros a Walton después de que Finch le dijera que iba armado. En ese momento, ambos eran candidatos a ser promovidos a Detective en Jefe. Finch afirmó que nunca le había dicho a Louise que Walton iba armado. Posteriormente, Finch recibió su ascenso y ella fue degradada a su puesto actual en Weston-super-Mare. Desde entonces, Finch había intentado por todos los medios echarla del cuerpo tantas veces que daba risa, y si Amira estaba aquí por su culpa, Louise presentaría una queja al más alto nivel.

Dando una vuelta alrededor del Cuadrante Albert, hizo todo lo posible por controlar su pulso acelerado y la adrenalina que alimentaba su ira, mientras se acercaba al coche de Amira por detrás. Louise redujo la marcha, permitiendo que su respiración retomara un ritmo normal. Ya sea tonto o no, quería que supieran que los había descubierto.

—Hola, Amira —dijo, abriendo la puerta del acompañante del Skoda.

La detective mantuvo la calma. Quizá la había visto por el retrovisor, quizá tenía nervios de acero.

—Inspectora Blackwell —dijo—. Me has dado un susto.

—¿Quieres decirme qué demonios está pasando? —dijo Louise.

—Lo siento. Me preguntaba si te habías dado cuenta de que te había estado siguiendo. ¿Cuándo me viste?

Amira estaba relajada. Louise se fijó en el pequeño piercing de su nariz y miró sus brazos para ver si tenía algún tatuaje. Estaba luchando contra su creciente enfado.

—¿Por qué me sigues, Amira?

La agente respiró hondo.

—Iba a llamarte, pero no es algo que quiera decirte antes de conocerte cara a cara.

Esa no era la respuesta que Louise esperaba.

—¿Qué puede ser tan importante para que necesites verme cara a cara? —cuestionó Louise.

Amira volvió a aspirar aire, y la tensión se extendió por su cuerpo mientras respondía.

—Es sobre el Detective en Jefe Tim Finch.

CAPÍTULO CINCO

Louise miró fijamente a Amira, que por primera vez desde que Louise había subido al coche parecía vulnerable. Finch tenía ese efecto en la gente. Todavía estaba sorprendida por la respuesta de Amira, y se imaginaba varias posibilidades en su mente.

—¿No estás aquí por órdenes tuyas?

—Dios, no —dijo Amira.

—¿Has trabajado con él en el pasado?

—Más o menos. Estamos en el mismo edificio en el cuartel general, pero en departamentos distintos.

—¿Qué pasó? —dijo Louise.

—Me temo que caí rendida a sus encantos —dijo Amira, volviéndose para mirar a Louise con unos ojos grandes que no parpadeaban.

Sintió un sabor amargo en la boca.

—No serías la primera —dijo, recordando su breve aventura con aquel hombre y lo rápido que había cambiado su afecto cuando se puso en juego el ascenso. Aún no podía creer que hubiera sido tan estúpida y que hubiera pagado el precio desde entonces—. ¿Supongo que no es sólo eso?

—Quería hablar con alguien que... —Amira vaciló, lo que había parecido una confianza imperturbable ahora se había desvanecido—. Sé que tuviste algunos problemas con él. Se rumorea que te obligaron a dejar tu puesto en el MIT por eso.

La agente tenía razón, pero Louise aún no estaba dispuesta a hablar al respecto con ella. Las consecuencias del caso Walton habían acabado siendo la palabra de Finch contra la suya, y la única razón por la que seguía en el trabajo era el número de cadáveres que habían descubierto en la granja de Walton.

—¿Qué quieres decirme, Amira?

—Después de nuestra... apenas puedo pronunciar la palabra relación, pero supongo que eso es lo que era. Después de que nuestra relación terminó, y no terminó de una manera muy agradable, empecé a recibir estos mensajes de texto anónimos. Al principio eran inocuos, siempre me mencionaban por mi nombre, pero nada que no pudiera manejar. Luego empezaron a ser más explícitos, sugiriendo que quizá debería dejar la policía.

El corazón de Louise martillaba en su pecho. Después de que Finch la obligara a abandonar el MIT, había recibido el mismo tipo de mensajes anónimos durante más de un año. La había llevado al borde de la locura. Siempre parecía saber cuál era el mejor momento para escribirle: cuando estaba a punto de dormirse o cuando se encontraba en su punto más bajo. Al final, estuvo a punto de dejar el cuerpo por ese motivo. Sabía que había sido Finch, pero era tan incapaz como

Amira de probarlo.

—¿Crees que Finch te los enviaba?

—No los firmó con su nombre, pero es evidente que eran suyos —dijo la agente—. Él lo negó, por supuesto, pero continuaron. Cada día y cada noche. Parecía saber cuándo estaba a punto de dormirme o cuándo me había despertado. Cambié de número y pararon durante un tiempo, pero luego volvieron a empezar.

Louise se dio cuenta de que Amira se estaba guardando algo.

—Supongo que no los has denunciado —aventuró, intentando que Amira fuera al grano.

La otra se encogió de hombros.

—Debería, lo sé, pero es su palabra contra la mía. Acabaría con mi carrera si acusara a Finch de enviar esos mensajes sin tener pruebas suficientes. Son de una cuenta anónima, aún no sé cómo lo hace, y no tengo pruebas de que fuera él. Además... —Amira apartó la mirada, poniéndose pálida.

—¿Además...?

—Le dejé tomar unas fotos —dijo, bajando la mirada—. Estábamos divirtiéndonos, y vi cómo las borraba. O al menos eso creí.

Finch había intentado el mismo truco con ella, pero Louise había sido lo bastante lista como para no hacerle caso, por fortuna.

—Ya veo. ¿Te amenazó con ellas? —preguntó, y a la agente se le humedecieron los ojos.

—No directamente. Me las envía de vez en cuando, supongo que para demostrarme que aún las tiene. El siguiente mensaje me sugería que era hora de abandonar el cuerpo. Y entonces recibí esto.

Louise cogió el teléfono de Amira y leyó el texto:

Tienes un mes para presentar tu renuncia o estas fotos serán vistas por todas partes.

Louise controló el temblor de ira en su mano y le devolvió el teléfono.

—¿Qué vas a hacer?

A Louise no le habían dado la opción de irse. Recibió una oferta del ACC Morely: trasladarse a Weston-super-Mare o dejar el cuerpo. En aquel momento, había sido una decisión difícil. Había pasado tanto tiempo construyendo su carrera y teniendo éxito en delitos graves que trasladarse a la ciudad costera le había parecido más que una degradación. Solo cuando comprendió que eso era lo que querían que pensara, aceptó el traslado. Había sido un proceso largo, pero supo que podría reconstruir su carrera y, a pesar de las intenciones de Finch, lo había conseguido.

—No lo sé.

—¿Por qué acudiste a mí?

—Me ha estado carcomiendo desde hace mucho tiempo. Me enteré de lo que te pasó durante el caso Walton. Luego alguien me dijo que estabas en un panel de mala conducta por... la investigación de tu hermano.

Louise bajó la mirada.

—¿Qué quieres, Amira?

—No quiero que me obliguen a dejar mi trabajo, eso es lo que quiero. Quiero que Finch responda por lo que ha hecho. Si me lo ha hecho a mí, y no quiero presumir, pero quizá te hizo lo mismo a ti, podría hacérselo a otra persona.

Louise admiraba la determinación de la mujer. Que Finch tuviera fotos de ella debía de ser repugnante, y eso hacía su determinación mucho más admirable. También alimentaba la culpa de Louise. Todavía tenía que trabajar con Finch de vez en cuando y eso lo volvía más difícil, pero

debería haber intentado enfrentarlo antes. Amira tenía razón: si pudo hacérselo a ella, podía hacérselo a cualquiera. Desafortunadamente, entenderlo no era suficiente para hacer que todo desapareciera.

—¿En qué crees que puedo ayudarte? —preguntó.

Amira se rio, y el sonido hizo eco en el interior del coche.

—Esperaba que tú me lo dijeras. Si somos dos, quizá nos tomen en serio. Y sé que hay más. Se ha follado a la mayoría del personal civil femenino del departamento. Seguro que sus jueguecitos de poder no están solo destinados a mí. ¿O a nosotras? —dijo Amira, mirando a Louise con una terrible esperanza.

Sabía que Amira quería confirmar que Finch le había hecho lo mismo. Quería contarle a la mujer sus propias noches en vela, esperando los mensajes anónimos, la forma en que él seguía intentando socavarla a cada paso, pero aún no estaba preparada para confiar plenamente en Amira.

—Escucha, si quieres ir contra Finch, necesitarás algo sólido. Sin pruebas concretas se reirían de nosotras, y probablemente nos enfrentemos a algo mucho peor.

—Soy consciente de ello —dijo Amira.

—Llevo tres años fuera de esa oficina, pero sigo en la región de Finch. No puedo iniciar una investigación encubierta sobre él.

Amira asintió. Esta vez miró a Louise a los ojos durante unos segundos.

—Pero yo sí puedo. ¿Qué puedo perder?

CAPÍTULO SEIS

Louise volvió al coche aturdida. Estaba perdiendo la concentración. Debería haber centrado su atención en Jay Carrigan, pero ahora solo podía pensar en el Detective en Jefe Finch. Afortunadamente, Thomas interrumpió su hilo de pensamiento al llamarla cuando llegó al coche.

—He conseguido localizar a Jay Carrigan en un centro de rehabilitación de Milton. Hablé con uno de los gerentes, David Mountson. El Sr. Carrigan fue visto por última vez hace dos días. Al parecer, los clientes van y vienen, así que no creyó que valiera la pena denunciarlo —dijo.

—Eso les está funcionando bien. Gracias, Thomas, iré para allá ahora.

Weston-super-Mare tenía una larga historia como zona de rehabilitación de drogadictos. Una mezcla de instalaciones privadas y públicas poblaban la zona y se creía que la ciudad albergaba al menos el diez por ciento de todos los centros de rehabilitación del Reino Unido. No querían ser famosos por ello, era más bien un sucio secreto que la ciudad ocultaba a la multitud de turistas que invadían sus costas durante el verano.

En el corto trayecto hasta Milton, Louise viajó contra un mar de coches que iban en la otra dirección hacia el centro. Solo una pequeña placa de latón desgastada con el nombre Oaklands Lodge en la fachada del centro de rehabilitación diferenciaba el edificio de la hilera de casas victorianas de aspecto destartado de la calle. Mientras subía por el camino de piedra hasta la entrada de la casa, la puerta de los vecinos se abrió de golpe. Cuatro niños, el mayor de los cuales no debía de tener más de seis años, salieron hacia el exterior seguidos por una mujer desaliñada que llevaba un bebé y un cochecito. Louise intercambió una inclinación de cabeza con la mujer, que parecía a la vez agotada y entretenida al encontrarse en semejante situación. Ella se preguntó cómo sería tener que ocuparse de tantos niños cuando ya era bastante agotador tener la responsabilidad parcial de Emily, y lo difícil que debía de ser vivir al lado de un centro de rehabilitación.

Louise tosió al cruzar la entrada, con los ojos llorosos por el olor a lejía que flotaba en el aire como si el interior del edificio hubiera sido rociado con ella recientemente. El lugar parecía más un albergue que un centro de rehabilitación. A pesar del calor que hacía fuera, las paredes, de las que colgaban motas de yeso astillado, desprendían un aire frío. Tres hombres sentados en un sofá deshilachado que jugaban a las cartas la ignoraron mientras se dirigía a la recepción. Tocó el timbre, pero nadie respondió.

—Estoy buscando a David Mountson —dijo a los hombres del sofá, que no levantaron la vista de sus cartas.

—Ahí dentro —contestó uno de los hombres, señalando una puerta de metal detrás del escritorio.

Louise se colocó detrás del escritorio y probó la puerta, que estaba cerrada. Golpeó el metal con los nudillos y se sorprendió cuando la puerta se abrió, unos segundos después. Un hombre pelirrojo con barba a juego con los brazos y el cuello cubiertos de tatuajes entró por la puerta y la cerró.

—¿Sí? —dijo, con un evidente acento del oeste del país en esa única palabra.

—Soy la Inspectora Louise Blackwell. Estoy aquí para ver a David Mountson.

Notó un indicio de vacilación en el hombre, como si se hubiera sorprendido por su apariencia.

—Ese soy yo. ¿Vienes a hablar de Jay?

—Sí, ¿podemos ir a algún lugar para hablar? —Louise se asomó por la puerta, siendo vencida por su curiosidad.

—¿Cómo está Jay?

—Todavía en coma.

Las palabras afectaron a Mountson. Se estremeció, y ella pensó que estaba al borde de las lágrimas.

—Él no es un gran hablador —dijo—. Lo siento, eso es inapropiado. Estoy un poco conmocionado. ¿Quieres ver su habitación? —preguntó Mountson, moviendo un juego de llaves en su mano temblorosa.

—Sí, por supuesto.

El olor a lejía se intensificó mientras Louise seguía a Mountson por una escalera bordeada por una alfombra deshilachada y sin color.

—Tu colega mencionó algo acerca de una marca en el brazo de Jay —dijo él, guiándola a lo largo de un pasillo de puertas cerradas. Al igual que en el piso de abajo, el enyesado de las paredes se estaba cayendo a pedazos y, además del olor a lejía, notó olor a humedad y signos de humedad evidentes en los huecos de las paredes.

Se detuvieron ante una puerta metálica verde al final del pasillo. El lugar lucía como un centro de reinserción social, y ella se preguntaba cómo alguien podía acudir a un lugar así para recuperarse. Estudió a Mountson mientras le entregaba su teléfono, y los ojos del hombre parpadearon al ver la imagen del 2 marcado en el antebrazo de Jay. Louise no sabía si estaba buscando algo que no estaba allí, pero le pareció ver un atisbo de reconocimiento cuando el hombre pasó las fotos.

—¿Te resulta familiar? —preguntó.

Mountson levantó la vista un poco demasiado rápido.

—¿Eso? Parece muy desagradable. He visto cosas similares antes, fue una moda durante un tiempo —dijo él, mirando la tinta descolorida en sus brazos.

—¿Alguna vez lo probó?

—No —contestó sin mirarla a los ojos mientras abría la puerta.

El corazón de Louise se estremeció ante la deprimente visión de la solitaria cama de Jay en la esquina de la habitación. En las paredes se veía más humedad y, aparte de un montón de ropa sucia, parecía que Jay no llevaba consigo ninguna pertenencia.

—No contamos con el financiamiento que solíamos tener —dijo Mountson, como si sintiera la necesidad de defender el estado de la habitación.

—¿Cuánto tiempo ha pasado el Sr. Carrigan con usted?

—Dos meses, más o menos. ¿Él estará bien? —preguntó con voz suave. Su preocupación parecía genuina. Agachó la cabeza, entrelazando los dedos, mientras Louise se dirigía a un escritorio con cajones.

—Es difícil saberlo en este momento.

Mountson se sentó en la cama. Su cuerpo temblaba y empezó a llorar. Louise se preguntó si las lágrimas provenían del miedo por su trabajo o de la preocupación por el paciente.

—¿Se lleva bien con el Sr. Carrigan?

—Es un buen tipo. Tuvo una vida de mierda. No se merece esto.

—¿Puedo? —dijo Louise, abriendo el cajón superior del escritorio de Carrigan.

—Supongo que sí. ¿Qué estás buscando?

—El médico cree que puede haber tomado algo recientemente. ¿Ha tenido algún problema con él?

—Hacemos análisis de orina semanales. Siempre ha sido muy reservado. Tenemos reuniones de grupo y, de vez en cuando, una individual. Es callado, pero habla. Me decepcionaría que volviera a consumir, pero estoy seguro de que comprenderás que estas cosas rara vez se solucionan de la noche a la mañana —Mountson habló como si estuviera repitiendo un guion bien memorizado.

Los cajones no contenían nada más que unos pocos artículos de ropa.

—¿Alguien más ha estado desaparecido durante dos días? —dijo Louise.

—Mira, en el mejor de los casos tengo dos empleados a tiempo completo. No puedo vigilar a todo el mundo. Necesitamos al menos otros cinco empleados a tiempo completo para que esto funcione bien. Hago lo que puedo para ayudar a todos los que vienen, pero no puedo vigilarlos todo el tiempo. No son prisioneros.

Louise se compadeció. No era el primer lugar que veía así desde que se mudó a Weston. Los recortes eran evidentes en todas partes, y era una maravilla que lugares como este aún pudieran funcionar, pero Mountson no había respondido a su pregunta y se comportaba muy a la defensiva.

—¿Tienen una hoja de entrada y salida? Debe haber algún tipo de reglamento a seguir.

—Te traeré una copia —dijo Mountson, sujetando la puerta abierta para ella.

Los jugadores de cartas habían desaparecido cuando volvieron a bajar las escaleras. Mountson le dio una copia de los registros de los dos últimos días. Carrigan había firmado su salida hacía dos días, pero no había vuelto a firmar su entrada. Louise tendría que discutir el asunto con los propietarios del centro, ya que era concebible que Mountson debería haber informado de la ausencia de Carrigan.

—¿Me harás saber cómo evoluciona? —preguntó el hombre.

Louise le dio su tarjeta.

—Tendrá que consultarlo con el hospital, pero puede ponerse en contacto conmigo si se le ocurre algo más que pueda ayudar. ¿El Sr. Carrigan tiene familia a la que pueda avisar?

Mountson dejó de morderse los labios. Negó con la cabeza, bajando la mirada.

CAPÍTULO SIETE

D era su única familia. Él nunca había querido volver a Weston, y eso se reflejaba en sus facciones hoscas y su tono quejumbroso. Después de aceptar finalmente el traslado, su estado de ánimo había sido de continuo enfurruñamiento, y a ella le preocupaba que realmente lo aceptara. Aunque no cambió por completo tras el éxito de la noche anterior, sintió que el viejo D estaba volviendo.

La adrenalina de la persecución había sido tal que ella quiso hacerlo en el parque, pero D le había dicho que era demasiado arriesgado. A veces tenía sentido escuchar lo que tenía que decir. El parque era demasiado público, así que habían conducido hasta la playa, donde habían perseguido al hombre por la arena como un animal salvaje. Sí, le había traído malos recuerdos, todavía no podía ver la arena sin que le picara la espalda, pero no podía negar la emoción visceral de ver cómo el hombre entraba en pánico al dar vueltas salvajes por las dunas.

Habían dejado el cadáver en un lugar donde pudiera encontrarse. El hombre no merecía morir. Era una advertencia, nada más; su destino anunciaba su regreso. No le importaba si los demás lo entendían o no, pronto lo descubrirían.

Y en cuanto a la marca.

Aspiró el aire caliente del bar, deleitándose en el recuerdo de encender el hierro y hacer aquella deliciosa marca.

Su marca.

Aún podía saborear la carne quemada en la lengua. La piel y los tejidos del hombre se habían desprendido cuando ella le colocó el metal en el brazo, y ni siquiera sus gritos de angustia habían amortiguado el sonido de su piel burbujeante.

Mas no estaba satisfecha. En todo caso, los preciosos momentos que habían pasado en las dunas no habían hecho más que reforzar su determinación. Comprendió que debían ser más organizados y, desde luego, más cuidadosos. Ahora sus acciones eran públicas, y vendrían a buscarlos.

D había vuelto a insistir en que debían calmarse y volver a la normalidad durante unos meses antes de continuar. A pesar de sus esfuerzos, D no entendía por qué tenía que hacerlo. Sí, él había estado ahí cuando ella lo necesitaba y disfrutaba de las cosas que hacían juntos, pero sus razones estaban muy alejadas la una de la otra.

Ella necesitaba terminar lo que había empezado años atrás, y el argumento de D de que los responsables ya habían pagado siempre caería en saco roto. Todo podría haberse evitado. La falta de amabilidad, o la ignorancia voluntaria, habían conducido a esta situación, y eso debía rectificarse.

Juntos observaron a las tres mujeres salir del bar. Se rascó la cabeza al ver a la de pelo rubio

que caminaba inestable por la calle. ¿La reconocería si saliera ahora del coche y se dejara ver? Era poco probable. No le había importado mucho entonces, y dudaba que la mujer tuviera el ingenio de ver más allá de su transformación.

—¿Estás segura de que debemos hacer esto? —dijo D.

Ella bajó la mirada, enojada por el regreso del quejido en su voz.

—La rubia. Te espero aquí —le contestó.

D sabía que no debía discutir. Suspiró y salió del coche.

Esperó sola, imaginando lo que el metal caliente le haría a la piel inmaculada de la mujer.

CAPÍTULO OCHO

Después de ducharse y cambiarse en casa, Louise abrió la puerta interior de la casa y bajó las escaleras hasta donde vivían sus padres y Emily. Lo primero que oyó fue el repiqueteo de las garras sobre el suelo de madera cuando Molly se acercó galopando hacia ella. El perro saltó sobre ella, moviendo la cola furiosamente y gimoteando como si no hubiera visto a Louise en semanas.

—Bájate, Molly —dijo Emily, siguiendo la estela de la perra—. Hola, tía Louise.

Por muy duro que hubiera sido su día, ver la sonrisa de su sobrina siempre le levantaba el ánimo. Se preguntaba si su conexión habría sido tan fuerte si Emily no hubiera perdido a sus padres. Era lo más parecido a la maternidad que Louise imaginaba que llegaría a experimentar, y aún se sentía culpable de que su vida laboral implicara que Emily debía seguir al cuidado de los padres de Louise.

—Hola, cariño, ¿qué tal tu día?

—Muy divertido. El abuelo y yo llevamos a Molly a la playa, y el abuelo me compró un helado. Y, ¿adivina qué pasó después?

—¿Qué? —preguntó, igualando la emoción de Emily.

—Me compró otro.

—¿Otro helado?

—Sí —dijo Emily, como si fuera lo mejor que le hubiera pasado nunca.

—Ese abuelo. Tengo que hablar con él.

—No —dijo Emily, abrazándola mientras el perro seguía saltando sobre ellas.

Los padres de Louise estaban en el salón viendo la televisión.

—Hola, cariño —dijo su padre.

—Hola papá. Hola, mamá. ¿Un día duro en la playa?

—Hay vino en la nevera —dijo su madre. Louise no estaba segura de si la estaba poniendo a prueba. Habían tenido tantas discusiones sobre la bebida de su madre en los últimos meses que, en ocasiones, era un tema polémico. Tras la muerte de Paul, Louise había insistido en que la mujer acudiera a un psicólogo, pero desde su mudanza a Weston se había negado a recibir más ayuda.

—Estoy bien —dijo ella. Estaba tan afectada por lo que le había pasado a Paul y por lo que veía que le sucedía a su madre que llevaba meses sin beber nada alcohólico, y no estaba segura de volver a hacerlo—. Solo veo que están bien.

—Estamos bien.

Louise quería morderse la lengua. Sabía que las cosas se pondrían feas en cuanto dijera algo, pero no pudo evitar hacer un comentario.

—¿No te apeteció ir a la playa hoy?

Su madre frunció el ceño, y Louise se dio cuenta de que había dado en el clavo.

—No, estaba un poco cansada.

—Lo sé, seguías en la cama esta mañana.

—Perdóname por descansar.

Louise se pasó la mano por el pelo.

—Vi las botellas de vino vacías, mamá.

—Otra vez no, Louise. Estaba un poco cansada, eso es todo. No es fácil ser madre otra vez a los setenta, ¿sabes?

El comentario fue un golpe bajo. Sus padres eran maravillosos cuidando de Emily, pero de vez en cuando su madre salía con algo así. Era tanto una táctica de distracción como una forma de sugerir que Louise debería tener un papel más importante en la vida de Emily. Miró a su padre en busca de apoyo, pero su sonrisa tensa sugería que no era el momento de intensificar la discusión.

—Mañana llevaré a la señorita a comprar el uniforme escolar, si estás libre —dijo su madre al cabo de un rato.

Louise apreció la amabilidad en la voz de su madre. A veces se preguntaba si su antagonismo era unilateral.

—Me temo que mañana tengo mucho trabajo, pero gracias —dijo Louise, notando el suspiro de alivio de su padre.

LOUISE PASÓ la noche en el sofá de arriba. La televisión estaba encendida, pero no podía concentrarse en su contenido. Sus pensamientos pasaban de Jay Carrigan a su encuentro con la detective Amira Hood.

Como Carrigan seguía inconsciente, le resultaba difícil controlar la investigación. Su equipo había seguido los procedimientos habituales en caso de que Carrigan haya sido atacado, pero lo que realmente necesitaban era la versión de los hechos de Carrigan.

Louise deseaba poder desconectarse de su trabajo, y se reía para sí misma mientras cargaba las capturas de pantalla de todos los mensajes anónimos que Finch le había enviado para distraerse.

Su optimismo inicial por llevar a Finch ante la justicia se había desvanecido. Se había dejado llevar por el entusiasmo de Amira, pero la enormidad de la tarea la estaba desinflando. La cruda realidad era que llevar un caso contra un colega sería mal visto por muchos en el cuerpo. Normalmente, nunca abandonaba un desafío, pero su implicación hacía que este fuera diferente. Aunque contaría con la simpatía de muchos, ir contra los suyos era casi tabú para algunos. Por eso algunos detestaban a la Brigada Fantasma y a los de su calaña. Aunque sonara como un cliché, pertenecer a la policía era como formar parte de una familia, e ir en contra de tu familia significaba que ya no confiarían en ti. Ir contra Finch ahora suponría el riesgo de condenarla al ostracismo. La acusarían de ir contra Finch no por lo que él hizo, sino porque era una mala perdedora. Desde afuera, parecería amargada. Ella había sido la degradada y Finch el ascendido a Detective en Jefe.

Por supuesto que las cosas cambiarían si Finch era declarado culpable de sus crímenes. A nadie en el cuerpo le gustaba que alguien mancillara el buen nombre de la policía y no se toleraría el abuso de un compañero, pero lo más difícil sería llegar a ese punto.

Había guardado y fotografiado los mensajes que Finch le había enviado en el pasado por si

algún día le servían de prueba. Los hojeó y sintió un subidón de adrenalina en la sangre al detenerse en un mensaje en particular:

Espero que duermas bien, Louise. Besos.

Louise recordó las noches en vela que había pasado a causa de los mensajes. No tanto por el miedo, sino por la rabia y la frustración de no poder hacer nada. Le envió los mensajes cuando se mudó por primera vez a Weston, cuando era más vulnerable, y solo dejó de hacerlo tras su primer delito importante en la zona.

Intentó verlo desde un punto de vista subjetivo. ¿Cuáles eran los crímenes de Finch? Había mentido sobre el incidente de la granja Walton, resultando en la muerte de Walton, pero eso ya se había resuelto. Louise no había sido escuchada entonces y nada había cambiado en ese aspecto. Luego estaba el acoso al que se habían enfrentado ella y Amira, y las amenazas en relación con las fotografías de Amira. Si se demostraba, sería suficiente para que lo despidieran. Si Amira presentaba una denuncia oficial ahora, podría tener un impacto dramático en su carrera, especialmente si Louise corroboraba la historia. Pero necesitaban más. Por el momento, sería demasiado fácil para sus detractores describirlo como dos mujeres despechadas en busca de venganza. La única forma de atrapar a Finch era encontrando pruebas contundentes, y ese parecía un sueño lejano.

THOMAS LA DETUVO en el aparcamiento de la estación a las siete y media de la mañana siguiente. Llevaba otra camisa nueva y una barba de un día le marcaba la cara. Sonrió al verla, y Louise no pudo negar el efecto estimulante que tuvo en ella.

—Veo que nuestro nuevo zar ya se ha puesto a trabajar —dijo mientras se dirigían a la entrada.

—¿Baker? ¿Qué ha hecho?

—Anoche cerró tres bares del centro por servir fuera de horario. Tenía oficiales vestidos de civil en cada lugar. Un buen trabajo, en perspectiva.

—¿Tres? Va en serio entonces. Será un golpe para la economía local.

—Los tres licenciatarios tienen que volver a solicitar sus licencias a los magistrados. Creo que está enviando una señal de advertencia, pero un poco exagerada si me preguntas.

Louise seguía indecisa sobre el enfoque de Baker. No hay duda de que había funcionado en Newquay, pero no estaba convencida de que sus métodos funcionaran en Weston-super-Mare. Era una ciudad mucho más pequeña, y aunque había una gran afluencia de turistas en los meses de verano, también había un grupo muy unido de lugareños. Cerrar tres bares de un solo golpe suponía el riesgo de alienar a la comunidad a la que había sido contratado para servir.

En cuanto entraron en el departamento de Investigación Criminal, fueron citados en el despacho del Detective en Jefe Robertson. Robertson era de Glasgow de nacimiento, y aunque había vivido la mayor parte de su vida en Inglaterra, su acento no había desaparecido.

—¿Cómo vamos con lo de la marca? —dijo, enfatizando la “r” de la palabra “marca”.

Louise lo puso al día sobre su reunión con David Mountson.

—¿Sabemos si esta marca tiene algún significado? ¿Qué es, un 2, una S o una serpiente? —dijo Robertson.

—Ayer visité un salón de tatuajes local. La ley sobre este tema parece un poco confusa en este momento. Incluso con consentimiento, existe el riesgo de ser procesado.

—Si se trató de un ataque, ¿sabemos cómo se las arreglaron para hacerlo al aire libre? —preguntó Robertson.

—Usaron algún tipo de soplete al metal, por lo que parece.

—Doloroso —acotó Thomas.

—Sí, malditamente doloroso —dijo Robertson—. Parece algo muy específico. Personal. ¿Qué sabemos de Carrigan?

—Ha estado en el centro de rehabilitación durante dos meses. Tengo su dirección en Swindon, pero no tiene teléfono fijo.

—Creemos que sigue consumiendo, ¿no? —preguntó Robertson.

—Sí, creo que podemos estar de acuerdo en que la rehabilitación no está funcionando en este momento —dijo Louise.

—De acuerdo. Thomas, danos un minuto —dijo Robertson.

Se sentaron en silencio hasta que Thomas cerró la puerta.

—La fecha de tu audiencia ha sido fijada para finales de este mes. Pensé en avisarte. ¿Tienes a alguien que te represente? —le preguntó su jefe.

—¿Necesito a alguien? Pensé que había dicho que era una formalidad.

—Lo es, pero ya sabes cómo son estas cosas. Es mejor tener a alguien contigo para evitar decir algo que no deberías.

—¿Cree que me dejaré llevar por mis emociones, señor?

Robertson sonrió, un gesto siempre incómodo para él. Su relación era lo suficientemente estrecha como para que ella pudiera jugar con él de vez en cuando.

—Tienes que tomarte esto en serio. Obtuvimos un gran resultado gracias a tu ayuda en el caso, pero el hecho es que era un caso del que deberías haberte mantenido alejada.

—El hecho es, Iain, que si el Detective en Jefe Finch hubiera dado al asesinato de mi hermano la atención que merecía, habrían encontrado a su asesino sin mi ayuda.

—Y es por eso que necesitas representación, Louise. Si empiezas a hablar mal de Finch, te meterás en problemas. Sí, háblales de tu éxito en ayudar a encontrar al asesino, pero no lo conviertas en una batalla interna. Necesitas entrar y salir de ahí lo más rápido posible. Si metes a Finch en esto, se alargará y se alargará, y no será para tu beneficio.

—Seré sensata, señor —Louise levantó los dedos—. Promesa de brownie —dijo.

Robertson gruñó y empezó a leer los papeles de su escritorio.

THOMAS no se atrevió a preguntar qué quería Robertson.

—¿Café? —preguntó, mientras Louise volvía al despacho principal.

—¿Alguna vez me has oído responder que no a esa pregunta?

Thomas era uno de los principales aspectos positivos de su estancia en Weston. Se habían hecho buenos amigos durante su estancia en la comisaría y él era una constante en la que ella confiaba. Mirándolo ahora, tampoco podía negar la atracción que sentía por él, a pesar de su resolución de no querer perseguirla. Él estaba casado cuando ella se mudó por primera vez a la ciudad, atravesando un período difícil con su ahora ex mujer. Pero su soltería no cambiaba nada al respecto. Por lo general, no era buena idea involucrarse sentimentalmente con alguien con quien se trabajaba tan estrechamente, como había aprendido tras su lamentable relación con Finch. Lo último que quería era poner en peligro su relación más sólida en Weston, y Thomas no le había dado ningún indicio de que se lo hubiera planteado. Louise estaba a punto de aceptar su oferta de compañía cuando el gerente de oficina la llamó a su escritorio.

—El Dr. Bainbridge te llama.

Louise le dio las gracias y contestó.

—Dr. Bainbridge, Louise Blackwell. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ah, Inspectora Blackwell. Me sorprende que aún no le hayan avisado, pero acabo de entrar en servicio y parece que hemos ingresado a una joven con una herida muy parecida a la del Sr. Carrigan.

CAPÍTULO NUEVE

Louise le pidió a Thomas que la acompañara al hospital. Le decepcionaba que la información hubiera tardado tanto en llegarle cuando la relación entre los dos incidentes parecía evidente.

El Dr. Bainbridge se reunió con ellos fuera de la guardia.

—Ingresó a Urgencias esta mañana. Llamó a unas amigas que la trajeron. Poppy Westfield. Solo tiene diecinueve años —dijo Bainbridge, mostrándoles fotos de las heridas infligidas a la mujer. A Louise se le subió la bilis a la garganta cuando la imagen del muslo derecho de la chica se reprodujo en la pantalla de la tableta: esta vez, el símbolo era más claro. Se parecía más al número dos que a la letra S, la cola alargada del 2 le daba el aspecto de un cisne.

—Tuvimos que sedarla al ingresarla y ahora está con un goteo de morfina, pero puedes hablar con ella. Sus amigas no se han separado de ella.

—Al menos está consciente —le dijo Louise a Thomas a medida que una enfermera los conducía a la sala y descorría la cortina donde Poppy se recuperaba. Dos adolescentes con los ojos muy abiertos y las caras maquilladas con manchas de lágrimas los miraron como si estuvieran conmovidas—. Poppy, estos son la Inspectora Blackwell y el Sargento Ireland. Van a hacerte unas preguntas —dijo la enfermera.

—Chicas, ¿quieren venir conmigo? —les preguntó la enfermera a las compañeras de Poppy, quienes le dieron una sonrisa culposa a su amiga antes de que se las llevaran.

Poppy se sentó en la cama, con la cara blanca como un fantasma. Parecía al mismo tiempo mayor y más joven que sus diecinueve años. Al igual que sus amigas, parecía estar en estado de shock. Louise esperaba que fuera la morfina, pero parecía haber una terrible resignación en sus ojos. Louise no quería pensar en lo que le esperaba a Poppy en el futuro, en cómo cada día vería, o sentiría, la marca dejada en su cuerpo. Era algo que siempre la acompañaría, una cicatriz y una historia que tendría que compartir con cualquiera que se acercara a ella.

—Hola Poppy, me llamo Louise y este es Thomas. Queríamos hacerte unas preguntas, si te parece bien.

Poppy sacó la lengua de la boca, cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Sé que esto debe ser muy difícil para ti, pero ¿podrías contarme lo que pasó anoche?

—¿Puedo beber agua? —dijo Poppy, con voz seca y áspera mientras se acomodaba.

Thomas le sirvió un poco de agua y la niña la sorbió como si fuera néctar. Empezaron a salirle palabras de la boca, hasta que casi empezó a divagar.

—La verdad es que no me acuerdo. Estuvimos fuera toda la noche, bebiendo, bailando, ya sabes. Al final se vuelve un poco borroso para mí. Lo último que recuerdo es estar en el club. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en un campo y había gente persiguiéndome, me atraparon y.... —Empezó a llorar, con su mano temblando mientras bebía más agua.

—¿Viste a las personas que te hicieron esto? —preguntó Louise.

—Llevaban máscaras, pero creo que una de ellas era una mujer. Estaba oscuro, pero tenía ese tipo de figura, ya sabes. Y su voz.

—¿Cómo sonaba? —dijo Louise, deseosa de que la chica siguiera hablando.

—No hablaba demasiado. Se reían mucho, como si se divirtieran al hacerlo.

—¿La oíste decir algún nombre? O a la otra persona. ¿Era un hombre?

—Creo que sí. Era como el doble que ella. No, no recuerdo ningún nombre. Yo estaba gritando cuando me mostraron la llama. Dijo algo sobre corrupción, luego no recuerdo nada más que el dolor.

—Estás siendo muy valiente, Poppy. Me temo que debo preguntarte si te hicieron algo más.

—¿Algo más? —dijo Poppy, incrédula de que la marca en su muslo no fuera suficiente.

—¿Te hicieron algo más físicamente? —indagó Louise.

No pensó que fuera posible, pero la chica palideció aún más.

—Oh. No, no que yo recuerde...

—¿Sientes que puede haber pasado algo?

—No lo sé —dijo la chica.

Louise odiaba tener que hacer la pregunta, en especial por el creciente pánico que ahora veía en los ojos de Poppy, pero debía hacerla.

—Voy a pedirle a alguien que venga a revisarte, Poppy, para estar seguros. ¿Te parece bien? Podríamos obtener alguna evidencia que nos ayude a saber quién te hizo esto.

—De acuerdo —dijo la chica.

—Siento que esto sea tan estresante, pero ¿puedes decirme qué pasó después de que te hicieran esto?

—No estoy segura. Me dolía tanto que creo que me desmayé. Recuerdo estar sola en el parque. Pensé que iba a morir, pero ellos desaparecieron.

—Una última cosa. ¿Has visto a este hombre antes? —preguntó Louise, mostrando una foto de Jay Carrigan a Poppy.

—No, ¿por qué?

—No es nada. Descansa un poco. Tus padres están de camino.

MIENTRAS ESPERABAN a que llegara el médico, Louise y Thomas interrogaron a las amigas de Poppy. El resplandor de neón de las luces del hospital resaltaba el maquillaje manchado de sus caras. Louise habló con la más bajita de las dos, Sadie, de dieciocho años.

La chica estaba al borde de la histeria, por lo que Louise pasó los primeros cinco minutos intentando calmarla. Era obvio que había bebido mucho la noche anterior y, a pesar de la conmoción por lo ocurrido, seguía afectada por la resaca.

—Poppy está a salvo ahora. Es terrible lo que le ha pasado y queremos atrapar a los responsables lo antes posible. Por eso necesitamos tu ayuda, Sadie. ¿De acuerdo?

Sadie asintió con los ojos vidriosos.

—Cuéntame qué pasó al final de la noche, Sadie.

La chica parecía abatida.

—Estábamos todas bailando, y entonces Poppy no volvió. Fuimos a buscarla después de un rato.

—¿Tú y Elaine?

—Sí. Pensamos que se había ido.

—¿Normalmente no te avisa si conoce a alguien?

—Por lo general, sí.

—¿Sucedía a menudo?

—No realmente, no. Y no tan rápido. Habíamos estado hablando antes con algunos chicos que estaban en el club, así que pensamos que había vuelto con uno de ellos.

—¿Conocían a estos chicos de antes?

—En realidad no, los habíamos visto pero no habíamos hablado con ellos.

—¿Recuerdan sus nombres?

Sadie asintió y dijo los nombres de cinco chicos sin vacilar.

—A Poppy le gustaba Ben. Ella sugirió que se encontraran en el club, así que no pensamos al respecto hasta que vimos a Ben a la hora de cerrar, entonces nos preocupamos, y ella no contestaba su teléfono.

—¿A qué hora la viste por última vez en el club, Sadie?

—Debe haber sido alrededor de la medianoche. En cuanto pensamos que pasaba algo, fuimos a buscarla. Entonces a Elaine se le ocurrió usar la aplicación “Encuentra mi móvil”. Nos compartimos nuestros datos.

Louise esperó a que la chica dejara de llorar.

—Continúa, Sadie, por favor —la alentó en voz baja.

—Su teléfono seguía encendido, y su ubicación figuraba en Clarence Park. Pensamos que tal vez le habían robado el teléfono, pero de todos modos caminamos hasta allí, y luego...

—Ella está bien ahora. Está a salvo.

Sadie habló entre lágrimas.

—Lo sé, pero cuando la encontramos pensé que estaba muerta. Y luego vimos lo que le habían hecho en la pierna.

—¿Cómo la llevaron al hospital?

—No sabíamos qué hacer. Perdía y recuperaba el conocimiento. Yo quería llamar a una ambulancia, pero Francesca paró un coche y nos llevaron.

Louise negó con la cabeza. Quería decirle lo tontas que habían sido al no llamar a una ambulancia y ponerse en contacto con la policía, lo estúpido que había sido hacer señas a un coche que pasaba y que fácilmente podría haber pertenecido a los agresores de Poppy, pero no era el momento de recriminaciones.

Comparó historias con Thomas, quien había hablado con Elaine. Los informes coincidían, hasta el detalle de que Ben y las muchachas habían visto a Poppy por última vez a medianoche. Elaine incluso había tomado la precaución de anotar la matrícula de la pareja que los había llevado al hospital.

Cuando llegó el médico, Louise se encargó de acordonar la escena del crimen en Clarence Park y de que acudieran los agentes del SOCO. Su siguiente parada sería comprobar las grabaciones de las cámaras de seguridad del centro de la ciudad de ayer por la noche, particularmente las pertenecientes al club nocturno Prism, donde Poppy había sido vista por última vez. Dio instrucciones a Thomas para que se quedara con Poppy y sus amigas, y llamó a Robertson antes de dirigirse a Clarence Park.

AMIRA la esperaba junto a su coche. El primer instinto de Louise fue decirle a su compañera que no tenía tiempo para hablar con ella, pero su mirada esperanzada le hizo morderse la lengua. La mujer estaba sacrificando su tiempo, arriesgando su trabajo y posiblemente mucho más al

investigar a Finch. Además, pendía sobre ella la amenaza de que sus fotos se hicieran públicas, así que lo menos que Louise podía hacer era dedicarle unos minutos de su tiempo. Louise recordó su próxima reunión de mala conducta. Hacía casi tres años que no trabajaba en el mismo departamento que aquel hombre, pero su influencia negativa era una constante de la que no podía librarse.

—O eres un gran agente de vigilancia, o yo soy increíblemente fácil de rastrear —dijo Louise.

—Lo siento, Louise, sé que estás ocupada. Pensé que era mejor que no hubiera rastro de conversación entre nosotras.

—No hace falta que te disculpes. ¿Qué tienes para mí?

—He encontrado a alguien que puede ayudarnos. Puede que la conozcas de tu época en el cuartel general —dijo Amira, mostrándole una foto en su teléfono.

—Me suena. Era una trabajadora temporal, ¿no?

—Terri Marsden. Trabajaba en la secretaría para cubrir una maternidad. Recuerdo que Finch se le abalanzó en una fiesta de Navidad. Deberías haber visto su cara cuando lo mencioné, pensé que iba a desplomarse. Al principio no quería hablar, pero le pasó algo parecido. Él volvió con ella esa noche, pero no puede recordar nada al respecto. Durante la época de Navidad, empezó a recibir mensajes de texto. No guardó ninguno, por desgracia, pero me contó que eran bastante desagradables. La llamaba de todo clase de nombres y le insinuaba que dejara el trabajo.

—¿Le preguntaste por qué no dijo nada al respecto? —preguntó Louise. Se dio cuenta del doble estándar que suponía hacer esa pregunta cuando ella misma no lo había denunciado, pero había que hacerla.

—Estaba asustada, naturalmente. Pero también le envió esto —dijo Amira, mostrándole una foto de la secretaria desnuda e inconsciente en una cama—. Una de tantas. Por suerte, decidí conservar las fotos. Esta es la única que me dejó conservar, el resto eran más explícitas.

—Bastardo.

—Louise, tengo que preguntar...

Detuvo a Amira antes de que termine de formular la pregunta.

—No me tomó ninguna foto, al menos no consentida —dijo Louise, con la mente en blanco, intentando recordar si Finch la había fotografiado alguna vez sin que ella lo supiera. Habían sido amantes muy ocasionales, y Finch solo se había quedado a dormir en su apartamento en una ocasión.

—Tenía que preguntar. Imagino que, si tuviera algo contra ti, ya lo habría contado.

Louise suspiró y trató de controlar la ira que la invadía. Sin siquiera estar presente, Finch había conseguido sembrar otra semilla de duda en su mente. Eso reforzó su determinación, pero seguía pensando que no tenían suficiente para avanzar.

—¿Puedes conseguir todas las fotos? Conozco a alguien que podría analizarlas por nosotros —dijo Louise, con una decisión formándose en su mente.

—Volveré y lo intentaré. ¿Por qué crees que lo hace?

Ella misma había estado considerando esa pregunta durante los últimos años.

—¿Finch? Es una cuestión de poder ligada a su inseguridad. Mira cómo le arrancó el corazón al MIT desde que es Detective en Jefe. Ha desterrado a cualquiera que suponga una amenaza, y es probable que tenga información sobre los que se quedan —dijo Louise, esperando que Tracey Pugh y Greg Farrell, sus dos amigos en el MIT, fueran las excepciones—. No me di cuenta en su momento o, si lo hice, preferí ignorarlo, pero es un sociópata clásico. Trata a las mujeres así por deporte. Una vez que ha hecho su conquista, no puede soportar la idea de tenerlas cerca.

—¿Problemas con mamá? —preguntó Amira.

—Sin duda. Vuelve con Terri Marsden y fíjate si coopera un poco más. Consigue todo lo que puedas: el teléfono que usaba en ese momento, todas las imágenes que tenga de las fotos. No me gusta, pero tenemos que hacer esto de incógnito. Avísame cuando lo tengas todo e involucraré a mi contacto.

CAPÍTULO DIEZ

La adrenalina seguía corriendo por la sangre de Louise mientras estacionaba junto a la entrada de Clarence Park. Sus pensamientos oscilaban entre la rabia por lo que Finch había hecho y estaba haciendo, y el arrepentimiento por no haberle plantado cara antes. Los agentes del SOCO ya habían llegado y estaban trabajando a partir de las coordenadas facilitadas por el teléfono de Poppy.

El parque estaba a poca distancia del paseo marítimo, en Walliscote Road. Una fuerte brisa había llegado a la zona, con el azul del cielo de agosto diseccionado por la mitad por un amenazador montículo de nubes cambiantes. Louise se encontraba en el margen mientras los agentes acordonaban una amplia zona, pues los detalles del teléfono de Poppy no eran tan precisos como les hubiera gustado. Louise intentó imaginarse la escena de la noche anterior: Poppy dando vueltas en la oscuridad, con los sentidos entorpecidos por el alcohol y lo que fuera que tuviera en el torrente sanguíneo, mientras sus dos agresores jugaban con ella. Entrecerró los ojos al imaginar a la joven atrapada, el miedo y la impotencia que debió de sentir al ver la llama azul y el hierro candente y darse cuenta de lo que le esperaba.

Janice Sutton, jefa del equipo regional de SOCO, se acercó sacudiendo la cabeza.

—Va a ser difícil sin que la víctima nos muestre exactamente dónde ocurrió. La aplicación del iPhone es muy poco fiable y, de momento, estamos buscando en un área posible de doscientos metros cuadrados.

—Mi suposición es que esto no es algo que hubieran hecho al aire libre, así que algún lugar por allí sería un buen lugar para empezar —señaló un bosquecillo de sicomoros—. Mientras tanto, veré si puedo traer a sus amigas aquí. Ellas la encontraron en el lugar de los hechos —dijo Louise, mientras uno de los colegas de Janice la llamaba para que volviera.

La jefa del SOCO regresó unos minutos después con una bolsa de pruebas delante y un pequeño objeto de plástico dentro.

—¿Qué es eso? —preguntó Louise.

—Creo que hemos encontrado la escena del crimen. Este trozo de plástico tiene el logotipo de *Rothenberger*. Hice una búsqueda rápida. Rothenberger se especializa en productos de fontanería, incluyendo sopletes —le mostró a Louise una fotografía de un soplete de propano—. Mira ahí —dijo Janice, señalando un tapón de plástico en el extremo de un tubo metálico curvado—, creo que podría coincidir. Haz que lo analicen y podríamos obtener algunas huellas. Igual sería útil traer a tus testigos.

—Me pondré a trabajar en ello —dijo Louise.

POR LA TARDE, Elaine y Sadie habían llegado e identificado el área donde encontraron a Poppy. Los dueños del coche que las había llevado al hospital habían sido interrogados en la comisaría, al igual que los chicos con los que hablaron la noche anterior, y las pruebas del lugar habían sido enviadas para su procesamiento.

Louise regresó al centro de la ciudad. La ominosa nube se había disipado y un montón de turistas salían de la playa, lo que implicaba que las carreteras que salían de Weston estaban a punto de atascarse. A Louise le gustaba ver la ciudad tan concurrida. La diferencia entre el verano y el invierno era abismal. Ella prefería los meses más fríos, sobre todo la desolación de las playas azotadas por el viento, pero era duro para la economía local. Para el sector de la hostelería, los meses de verano eran fundamentales, pues la mayor parte de sus ingresos procedían de unos pocos meses de sol.

El lado negativo de la afluencia de turistas era que el estacionamiento se convertía en un gran problema. Louise decidió no intentar estacionar en los parkings principales. Cuando la lluvia amainó, atravesó Winterstoke Road y encontró estacionamiento en Jubilee Road, a poca distancia del centro.

A pesar de que Weston había cambiado desde su infancia, cuando pasaba el día en la ciudad y viajaba junto a Paul en el asiento trasero, muchas cosas seguían igual. A pesar de la construcción de un nuevo complejo de cines en Dolphin Square, el antiguo cine art déco Odeon, en la esquina de Regent Street, seguía abierto. Louise había pasado una tarde encantadora con su familia viendo ET en la pantalla gigante. Aún recordaba el olor a palomitas, las alfombras ligeramente desgastadas de la escalera y la emoción de ver la pantalla al descorrerse el telón. Se le erizó la piel cuando sus pensamientos pasaron de pensar en lo bonito que sería volver a ir al cine con Emily y Paul, a recordar que su hermano ya no estaba. Era una pena que la maravilla de aquellos recuerdos se viera empañada por lo que le había ocurrido a Paul, pero intentó alegrarse un poco al recordar cómo era su hermano en aquella época.

Trabajar en Weston durante los últimos tres años había cambiado su perspectiva de la ciudad costera. En cierto modo, le tenía más cariño que en ningún otro momento de su vida. Tras un comienzo difícil, ahora se sentía parte de la comunidad. Siempre acogía con satisfacción las nuevas iniciativas de promoción de Weston, y ahora que Emily iba a la escuela aquí, se sentía involucrada en la ciudad de una manera que nunca había estado cuando vivía en Bristol. Pero también comprendía mejor el lado oscuro del lugar: la pobreza estacional y los problemas de drogas que habían hecho famoso a Weston. Le hizo pensar que, a pesar de su pedantería, la llegada del Inspector Baker a la ciudad podía ser algo positivo.

Al adentrarse en la ciudad recordó sus años de adolescencia, cuando visitaba la discoteca del Sr. B con algunos amigos de sexto curso, cada uno con su dudoso carné de identidad del albergue juvenil. En ese entonces, Louise era uno o dos años más joven de lo que Poppy y sus amigas eran ahora. El lugar ya no estaba. Más adelante, en Gloucester Street, llegó a la discoteca Prism, donde Poppy y sus amigas habían estado la noche anterior.

Comprobó si había cámaras en la calle. La más cercana parecía estar en la esquina de Richmond Street, pero comprobaría qué cámaras había activas en la zona cuando volviera a la comisaría. La discoteca ya estaba cerrada, y golpeó la puerta tapiada donde había quedado encontrarse con uno de sus gerentes. El club solo abría los fines de semana en invierno, pero en los meses de verano había suficiente clientela de paso como para abrir seis días a la semana. De la puerta salió una mujer corpulenta vestida con un chándal granate.

—¿Sí?

—Inspectora Blackwell. Vengo a ver a Steven Boyne.

—Ah, sí. Sígueme, amor —dijo la mujer.

Louise siguió a la mujer por las escaleras poco iluminadas hasta la entrada principal del club, con el olor a alcohol derramado flotando en el aire. El silencio y la falta de gente despojaban al lugar de su atmósfera, y era difícil imaginar qué ilusión podía hacer la sala para que alguien quisiera visitarla de noche. Parecía destartalada, y el color del chándal de la mujer se mezclaba con la alfombra manchada de cerveza.

Un hombre pequeño y calvo, sentado en un taburete, observaba cómo se acercaba Louise.

—La policía quiere verte, Steve —dijo la mujer del chándal, desapareciendo tras la barra.

—Ah, sí. ¿Tú eres con la que hablé? —preguntó Boyne.

Louise mostró al hombre su tarjeta de autorización.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—Creo que estás buscando esto —dijo Boyne, con una memoria USB en la mano—. La grabación de la cámara de anoche. Me temo que tres de nuestras cámaras no funcionan.

Qué oportuno, pensó Louise al tomar el pendrive. Le enseñó a Boyne una foto de Poppy y sus amigas.

—¿Viste a estas jóvenes anoche?

—Escucha, somos estrictos en nuestros controles de identidad. Ni siquiera lo comprobamos si pensamos que parecen demasiado jóvenes. Solo las echamos.

Por la actitud defensiva de Boyne, parecía que se había enterado de la misión de limpieza de Baker.

—Eso no es lo que he preguntado, Sr. Boyne. Las mujeres tienen más de dieciocho años, así que no hay ningún problema.

Boyne arrugó los ojos y miró las fotos del teléfono de Louise.

—Lo siento, tenemos cientos de ellas aquí. Todas me parecen iguales.

A Louise no le gustó la forma tan socarrona en que Boyne despreció a Poppy y a sus amigas.

—Nos preocupa que a una de las chicas le hayan echado algo en la bebida.

Eso llamó la atención de Boyne.

—Oh, vamos. Hacemos todo lo que podemos. Tenemos un gran equipo de seguridad y revisamos a todos los que entran.

—¿Pero tres de sus cámaras no funcionan?

—Aun así, deberías poder ver a todos los que estaban en el club anoche. Cooperaré todo lo que pueda. No permitimos esa mierda aquí. Tenemos tolerancia cero con las drogas de todo tipo. Se lo dije a tu jefe el otro día.

—¿Mi jefe? —dijo Louise.

—Un tipo alto. Inspector Baker o algo así.

Ella no se molestó en corregir al hombre.

—Muéstreme la distribución de este lugar. Todos los puntos de salida.

Boyne infló las mejillas y se levantó del asiento. Era algo deprimente ver el lugar de día. Aunque las ventanas estaban oscurecidas, la luz se filtraba por las juntas y resaltaba el papel pintado despegado y los muebles rasgados. Habían limpiado los baños, pero los olores subyacentes no se podían disimular sin importar la cantidad de lejía que usaran. Después de mostrarle las salidas de emergencia, Boyne la condujo a la parte trasera del club y a una salida que daba a un pequeño estacionamiento.

—Solo para el personal —le indicó.

Louise miró a su alrededor en busca de cámaras, pero no vio ninguna.

—¿Es posible que alguien haya usado esta salida anoche?

—No que yo sepa —dijo el hombre.

La insistencia de Boyne no la llenó de confianza.

—Puede que deba hablar con su personal en algún momento —dijo Louise, tomando nota de las matrículas de los tres coches del estacionamiento antes de volver a Jubilee Road, segundos antes de que las nubes volvieran a abrirse.

CAPÍTULO ONCE

D se había quejado sobre volver al lugar. Él quería que pasara desapercibida unos días, pero ella quería saber más de cerca lo que estaba ocurriendo. Se habían divertido mucho juntos la noche anterior. Habían observado a Poppy desde lejos, con cuidado de no ser vistos. El club era perfecto, pues D sabía todo acerca de las cámaras de seguridad. Le había dicho que conseguir que Poppy compartiera su bebida fue fácil, al igual que guiarla fuera. La elección del parque era arriesgada, pero D pensó que la policía podría tener agentes escondidos en la playa.

Aspiró su aroma y saboreó el recuerdo del olor de la carne quemada de Poppy. Nunca olvidaría aquellos ojos. Era difícil comprender los diferentes rayos de emociones que había visto en su rostro: el terror creciente, la súplica, la comprensión y, finalmente, la tremenda liberación del dolor. Había sido una lástima tener que llevar una máscara por si Poppy la recordaba; quería que la viera, quería que apreciara la transformación que ella había experimentado y que seguía experimentando mientras Poppy sufría su propia transformación. Ser reconocida podría haber arruinado sus planes.

En muchos aspectos, Poppy y ella se parecían. Poppy había sido llevada por mal camino, y aunque argumentaría que había ejercido su libre albedrío todos aquellos años, se estaría mintiendo a sí misma. Poppy había sido una víctima, aunque no se diera cuenta. Y si no hubiera sido por su traición, tal vez hasta podrían haber llegado a ser amigas. De cualquier manera, ahora estaban entrelazadas para siempre: su marca estaba en la mujer, y esperaba que le hiciera algún bien.

A pesar de sus quejas, le gustaba estar en el coche con D. Era seguro y compacto. Se sentía protegida tanto por el armazón del vehículo como por su proximidad. Él ocupaba todo el espacio con sus largos brazos apretados contra la puerta del conductor, como si estuviera atrapado.

Cuando la mujer policía salió del club nocturno por la puerta trasera, tal como D había previsto, ella le puso la mano en el brazo. Fue un acto reflejo, y sintió que él se tensaba, ya fuera por su acción o por la visión lejana de la mujer morena.

—¿Crees que es atractiva? —le preguntó, deslizando sus dedos por la gruesa cresta de su bíceps.

El sonrió. Siempre disfrutaba cuando ella fingía estar celosa.

—Debemos seguirla —le dijo ella. La policía era un personaje intrigante y quería saber más sobre ella.

D suspiró de nuevo, pero sabía que no debía contrariarla. A pesar de sus reservas, disfrutaba de sus actividades tanto como ella. Solo estaba un poco más indeciso al respecto, aunque sus reservas al respecto se desvanecieron pronto. Se volteó y sonrió, y ella vislumbró la persona que podía llegar a ser en ocasiones.

—No hace falta —susurró—. Ya sé dónde vive.

CAPÍTULO DOCE

De vuelta en la comisaría, Louise siguió investigando sobre la escarificación corporal. Se inscribió en varios foros, leyó las numerosas publicaciones e intentó hacerse una idea de la psicología que subyace a la modificación corporal. Pero a pesar del ataque sufrido por Poppy, y casi con toda seguridad por Jay Carrigan, una parte de ella seguía preocupada por Finch, preocupación que no quería tener. Pensar en él desencadenó un reflejo olfativo, el aroma de su loción de afeitar cítrica, tan real como si estuviera en la habitación. Era difícil creer que alguna vez se sintió atraída por ese olor. Entonces, lo usaba de manera sutil. Ahora se lo esparcía encima como una forma desenfrenada de marcar su territorio, y solo pensarlo le provocaba arcadas.

Esperaba que Amira fuera tan proactiva como había sonado. De momento, le había dejado la tarea a la joven detective, quien iba a ponerse en contacto con otras mujeres, tanto policías como civiles, que habían abandonado la jefatura en los últimos años. Ella le había advertido que tuviera cuidado, pero Amira sabía lo que se jugaba. Louise no dudaba de que, si Finch se enteraba de lo que estaba haciendo, estaría dispuesto a utilizar las fotos. Su rabia estaba teñida de una continua sensación de impotencia, y solo podía imaginar lo que Amira estaba sintiendo.

Louise tampoco podía ignorar los continuos sentimientos de culpa. Finch era un experto en ocultar su rastro, pero tal vez podría haber hecho algo más al respecto desde que se mudó a Weston. Eso fue suficiente para consolidar su determinación. Al principio de su carrera había aprendido que a veces debía tomar decisiones difíciles. Finch había jugado con su vida, y con la de muchos otros, durante demasiado tiempo. Haría todo lo posible para ayudar a Amira, costara lo que costara.

Trató de volver de nuevo en el caso. Comprobó en el archivo que tenían sobre el gerente del centro de rehabilitación, Mountson, que el hombre tenía dos condenas anteriores por alteración del orden público y ataque con lesiones, cuando recibió una llamada de la agente estacionada en el hospital.

—¿Qué pasa, Sarah? —preguntó Louise.

—Es el Sr. Carrigan, señora. Ha recuperado el conocimiento.

LOUISE VOLVIÓ al hospital en veinte minutos. Carrigan estaba sentado en la cama mientras otro médico lo revisaba.

La agente Sarah Millard parecía exhausta.

—Hola señora... quiero decir, Louise —dijo.

—Sarah. ¿Tienes notas para mí?

La agente asintió y le entregó su cuaderno.

—Como he dicho, estaba un poco hiperactivo. No paraba de mirarse el vendaje. También parecía asustado.

—¿Alguien lo visitó? —preguntó Louise.

—No.

—¿Cuánto tiempo llevas de turno?

—He descansado un poco, señora, pero trece horas.

—Deberías haberlo dicho. Ven conmigo a hablar con el Sr. Carrigan y luego puedes irte a casa. ¿Cuándo vuelves?

La agente miró el reloj y sus labios secos esbozaron una sonrisa triste.

—Dentro de once horas —Louise se alegró de que no buscara compasión, y tomó nota de no perder de vista a la joven agente.

A la luz de la tarde, Carrigan parecía aún más frágil que la primera vez que lo había visto. Sin los tubos ni la mascarilla, tenía la cara desencajada a medida que sorbía un jugo con pajita. Tatuajes rodeaban los vendajes de su brazo. Para los ojos inexpertos de Louise, parecían menos vivos que los que había visto en la mujer del salón de tatuajes, como desteñidos por la edad y el uso.

—Sr. Carrigan, soy la Inspectora Blackwell. Me alegra ver que ha vuelto con nosotros —dijo.

—Han traído la artillería pesada, ¿eh? —dijo Carrigan, con las manos temblorosas.

—¿Qué le han dicho los médicos, Sr. Carrigan?

—No estoy seguro. ¿Tengo suerte de estar vivo?

De cerca, Louise pudo ver que todo el cuerpo de Carrigan temblaba. Ya había visto algo parecido en drogadictos que han dejado de consumir. El movimiento era involuntario, y se preguntó si Carrigan sabía que lo estaba haciendo.

—Sr. Carrigan, me gustaría repasar los hechos de la otra noche, si me permite.

El temblor se intensificó.

—Necesito un cigarro.

—No estoy segura de que esté en el lugar adecuado para eso, Sr. Carrigan. ¿Le importa si grabo nuestra conversación? —preguntó Louise, iniciando la aplicación de grabación en su teléfono antes de que Carrigan pudiera objetar— Sé que la agente Millard ha hablado con usted, pero ¿podría decirme qué ocurrió la noche que ingresó al hospital?

Carrigan lanzó una mirada acusadora a la agente, como si hubiera traicionado un secreto.

—Sí. Todo está un poco borroso.

—Empecemos por el principio. Lo encontraron en la parte trasera de las dunas de arena junto al campo de golf de Uphill. ¿A qué hora llegó a la playa?

—Esa es la cosa, no puedo recordar. Lo último que recuerdo... —Carrigan bajó la cabeza—. No quiero incriminarme ni nada.

—Entiendo. ¿Ingirió algo? No me preocupa eso, solo me interesa cómo se hizo la marca en el brazo.

Carrigan hizo una mueca de dolor ante la mención de la marca y se miró el brazo.

—Lo último que sé es que estaba en un bar, un pequeño bar cerca del Playhouse. Conozco a un tipo que trabaja ahí, iba a buscar algo... en fin, él no apareció, pero cuando estaba fuera un tipo me paró y me preguntó si quería algo, y le compré unas pastillas. Había bebido un poco antes.

—¿Conocía a este hombre?

—No, a este tipo no. Así que tomé una lata del bar, fui a Grove Park y me tragué las pastillas. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la playa.

—¿Este tipo de desmayos son normales para usted, Sr. Carrigan?

Carrigan se sonrojó.

—Pueden serlo. Pero esto fue diferente. No recuerdo nada, nada de nada. Ni siquiera una pista de cómo llegué a la playa.

A Louise no le sorprendió la indiferencia de Carrigan ante los desmayos, era algo que había visto demasiadas veces en Paul.

—¿Y qué pasó cuando llegó a la playa?

—Vaya, fue raro. No sabía dónde estaba, pero sabía que alguien me seguía —Carrigan luchó contra las lágrimas que corrían por su cara, como si estuviera en guerra con las reacciones de su cuerpo—. Pero no me seguían, me acechaban. Eso es lo que parecía. Ni siquiera me cazaban, más bien jugaban conmigo. ¿Sabes lo que quiero decir? Podían haberme atrapado en cualquier momento, pero disfrutaban de la persecución.

—¿Disfrutaban?

Louise le dio tiempo a Carrigan para controlar su llanto.

—Esos malditos cobardes con máscara. Esperaron su momento. Era como si me estuvieran arreando, llevándome a donde querían. Y cuando lo hicieron...

Carrigan sacudía la cabeza.

—¿Cuando lo alcanzaron, Sr. Carrigan? —dijo Louise, manteniendo un tono de voz suave mientras Millard garabateaba en su cuaderno junto a ella.

—Tenían una cosa. Un soplete, supongo que se podría llamar así. Lo encendieron. El sonido —dijo, el temblor se intensificó—. Y la llama, hombre, brillaba azul. Era como un color imposible. Era todo lo que podía mirar. Se estaban riendo, y pensé que me iban a poner esa llama encima —Carrigan temblaba, el sudor le corría por la cara. Miró a Louise y sus labios se torcieron en algo que podría haber sido una sonrisa—. Aún puedo olerlo, ¿sabes? Puedo sentir el *calor*. Entonces, uno de ellos sacó ese palo de hierro, como si fuera un caddie sacando un palo de golf de la bolsa.

—Por favor, continúe, Sr. Carrigan. Sé que esto debe ser muy duro para usted.

Carrigan se secó las lágrimas.

—Pusieron la llama en el hierro. Ahora *sí* que brillaba. Me la pusieron delante de los ojos y pensé que me iban a dejar ciego. Luego dudaron, y por un segundo pensé que iban a soltarme. Se quedaron en silencio mientras yo intentaba darme la vuelta. El silencio era difícil de soportar. El único sonido era el del gas y el calor del hierro. Era como si estuvieran disfrutando del suspenso. Entonces me hicieron esto —dijo Carrigan, señalándose el brazo.

El hombre se pasó la mano del brazo sano por el pelo.

—Debo haberme desmayado, pero no antes de sentirlo. Lo sentí.

—¿Le dijeron algo? ¿Le dieron una razón para lo que estaban haciendo?

—Si lo hicieron, no pude oír nada excepto mis propios gritos. Debo haberme quedado en blanco. Cada vez que volvía en mí, el dolor era insoportable. Recuerdo que intenté arrastrarme hasta el mar, pero no podía moverme.

—¿Puede pensar en alguien que quisiera hacerle esto, Sr. Carrigan?

—¿Qué tipo de persona querría hacer esto? —dijo él, incrédulo.

—¿Alguien con quien tenga un conflicto? ¿Alguien a quien le deba dinero?

Carrigan negó con la cabeza, pero no parecía seguro.

—El hombre al que le compró las pastillas, ¿cree que tiene algo que ver con esto?

—Había dos. Uno era enorme. El otro... no hablaba. Podría haber sido el mismo. Un tipo pequeño.

Louise pensó en la afirmación de Poppy de que el atacante más pequeño era mujer.

—Bien, Sr. Carrigan, una última cosa —Louise hizo una pausa, pensando en la mejor manera de decir lo que tenía que decir—. ¿Ha visto la marca en su brazo?

Carrigan se revolvió y sacudió la cabeza cada vez más.

—Claro que la he visto.

—Parece ser la letra S o tal vez un número 2. ¿Está de acuerdo?

—Es una maldita cicatriz en el brazo que me acompañará siempre. No sé lo que es.

—¿Así que no tiene ni idea del significado del símbolo?

La cabeza de Carrigan iba de un lado a otro y todo su cuerpo temblaba.

—No puedo —dijo, como si hablara consigo mismo.

Louise temió que estuviera a punto de empezar a hiperventilar. No quería presionar al hombre, pero necesitaban respuestas rápidamente. Los atacantes no iban a descansar.

—Me temo que anoche hubo otro ataque —dijo, mostrándole las imágenes de Poppy Westfield en su teléfono.

—¿Por qué me muestras esto? —dijo Jay.

—Lo sentimos, Sr. Carrigan. Estamos tratando de llegar al fondo de esto. Creemos que la chica, Poppy Westfield, fue atacada y drogada de alguna manera. ¿Posiblemente igual que usted? —dijo Louise—. ¿Puede recordar algún otro detalle sobre el hombre al que le compró las pastillas?

—Creo que nunca lo había visto antes. Tenía una de esas caras, ya sabes. Indescriptible. Lucía desaliñado, posiblemente sea un vagabundo.

—¿Tenía algún tatuaje o marcas distintivas?

—Tenía mal aliento. Yo estaba fuera de mí, hombre, y mi memoria está jodida después de todo esto.

Louise estaba a punto de terminar cuando vio al director de rehabilitación, David Mountson, mirando a través del cristal de la puerta de la sala. Al verla, desapareció detrás de la barrera.

—Espera aquí —dijo Louise, corriendo hacia la puerta.

—¡No se puede correr! —gritó una enfermera, pero Louise no se detuvo hasta llegar a la puerta de la sala.

El pasillo estaba desierto. Louise subió los escalones hasta la recepción principal, pero si Mountson había estado alguna vez allí, había desaparecido.

CAPÍTULO TRECE

La tarde siguiente, Thomas acompañó a Louise al centro de rehabilitación de Milton. Ella había estado allí la noche anterior después de ver a Mountson en el hospital, solo para que le dijeran que no regresaba a su turno hasta la tarde siguiente. Le dieron una dirección en un bloque de pisos cerca de donde ella solía vivir en Worle, pero no hubo respuesta cuando golpeó la puerta. No sería la primera persona que evita hablar con un agente de policía, pero le fastidiaba no haber tenido la oportunidad de hablar con él antes de que terminara su turno.

Fuera del edificio, el cielo estaba completamente salpicado de gris y parecía más otoño que pleno verano. Louise informó a Thomas de su encuentro con Steven Boyne en la discoteca Prism.

—Un lugar encantador. Tal vez deberíamos llevar a Baker allí. Estoy seguro de que lo cerraría en un santiamén.

—Lo consideraré. No le vendría mal que lo condenaran, pero tenemos que mantener al lugar vigilado por si nuestros atacantes quieren volver a la escena del crimen —dijo Louise.

—¿Crees que también estaban en el club?

—Ni idea, pero Poppy se encontró con uno de ellos o con los dos en el club, o fuera. Cuando tengamos sus análisis de sangre, creo que veremos si ingirió algo sin su consentimiento.

—¿Deberíamos enviar personal a las dunas y al parque?

A Louise le habría encantado desplegar agentes en esos lugares, pero el departamento ya estaba al límite, y a pesar de la gravedad de los recientes ataques, el inspector Baker aún tenía prioridad sobre el personal.

—Atacar a Poppy en el parque sugiere que están cambiando de lugar, y la zona es demasiado amplia para controlar en este momento. Veamos si conseguimos algo de información a través de las cámaras.

Al lado del centro de rehabilitación, Louise saludó con la cabeza a la misma mujer que había visto el otro día. Esta vez estaba sola, y la ausencia de los niños parecía haberle quitado diez años de encima.

Llamaron al interfono del exterior del edificio y pasó un minuto antes de que les abrieran la puerta. Mountson estaba hablando con un par de pacientes detrás del mostrador en el vestíbulo principal. Louise le llamó la atención y notó su vacilación al verla. Dejó de hablar con los pacientes y echó un rápido vistazo a la oficina de atrás, como si buscara una salida.

—Sr. Mountson, me alegro de verlo de nuevo. Este es mi colega, el Sargento Ireland.

—Gracias, muchachos —le dijo Mountson a los pacientes, que se alejaron confundidos—. ¿Cómo puedo ayudarlos, oficiales?

—¿Ha ido a visitar al Sr. Carrigan ya? —preguntó Louise.

Mountson dudó.

—Todavía no —dijo.

—Pensé que lo había visto en el hospital ayer por la tarde —dijo Louise, siguiéndole el juego —. ¿Alguna razón por la que no quería hablar conmigo?

—Pensé que estaba ocupada.

—Ya veo. ¿Ha oído que ha recuperado la conciencia?

—Sí, por eso estaba allí. No quería interferir en su investigación.

Louise no le creía, pero no podía hacer nada en ese momento.

—Ha habido un segundo ataque —dijo Thomas, colocando su teléfono en el mostrador con una imagen de la marca de Poppy en la pantalla.

Mountson miró las imágenes, haciendo una mueca de dolor.

—Lamento oír eso —dijo.

—Usted no sabe nada al respecto, ¿verdad? —preguntó Louise.

—¿Qué diablos significa eso?

Louise no se creía la indignación del hombre.

—En el hospital, tuve la sensación de que huía de mí.

—Para nada. Los hospitales me asustan, eso es todo. Te vi allí con Jay y esa fue excusa suficiente para no visitarlo.

—¿Podría decirnos dónde estuvo las últimas 24 horas? —preguntó Thomas.

—Dios mío, ¿hablas en serio? Supongo que hablaste con Jay. Él te habría dicho que yo no tengo nada que ver con esto.

—Entonces, ¿qué ha estado haciendo las últimas 24 horas? ¿Aparte de huir de mí en el hospital? —dijo Louise.

—Beber y dormir, principalmente. ¿Quieres una lista de pubs? —dijo Mountson.

—Gracias —dijo Thomas, sacando su cuaderno y ofreciendo un bolígrafo a Mountson.

Louise estudió al hombre mientras escribía los nombres de tres pubs en la zona de Brent Knoll. Coincidió con la estatura estimada de entre 1,80 y 1,90 que le habían dado tanto Poppy como Jay, aunque hoy parecía más pequeño, inclinado sobre el mostrador, con la piel pálida y manchada. Les había dicho que había estado bebiendo anoche y se le notaba en el rostro.

—¿No hay normas sobre el consumo de alcohol y drogas por parte de los asesores?

Mountson se apartó del mostrador como si lo hubieran golpeado.

—He cometido un error, ¿está bien? —dijo.

Louise buscó otra foto en su teléfono.

—¿Conoce a esta mujer?

Mountson miró la imagen de Poppy antes de apartar rápidamente la mirada. —Poppy Westfield —dijo Louise, estudiando los ojos de Mountson en busca de un atisbo de reconocimiento.

—No, lo siento —dijo Mountson, sin mirarla.

Louise guardó su teléfono. Mountson no estaba siendo sincero con ellos; estaba dudando y no podía mantener el contacto visual. Ella necesitaba saber lo que estaba ocultando.

—¿Cuánto tiempo se supone que el Sr. Carrigan se quedará aquí?

—Le quedan dos semanas más de sus 28 días.

—¿Qué pasará entonces? —dijo Louise.

—Entonces veremos cómo está. Si pensamos que debería quedarse más tiempo, podemos recomendar que se quede, aunque al final no es nuestra decisión.

—El Sr. Carrigan nos ha admitido que, en la noche de su ataque, compró algunas pastillas.

Mountson se encogió de hombros.

—No soy su cuidador, y él es un hombre libre. No es algo que se cure rápidamente y para siempre. Estas personas son adictas. Están destinadas a recaer en un momento u otro —dijo, bajando la mirada.

Louise le dio a Mountson su tarjeta.

—Por favor, no vuelva a desaparecer, Sr. Mountson —le dijo.

Mountson parecía aliviado.

—Pensé que era sospechoso —respondió él.

—Como he dicho, Sr. Mountson, no vuelva a desaparecer.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Hora de volver a casa? —dijo Thomas cuando salieron del edificio.

Louise no contestó. Eran más de las siete de la tarde, y si no volvía pronto, no podría ver a Emily antes de que la niña se vaya a la cama, pero no le apetecía irse a casa todavía.

—Lo sabía —dijo Thomas.

—Nadie te impide volver a casa, Sargento Ireland —respondió ella con una sonrisa.

—Supongo que vas a ver si el Sr. Mountson va a alguna parte esta noche.

—Es por eso que tú eres la luz principal en el superpoblado mundo de detectives en la policía de Avon y Somerset.

Thomas exageró un suspiro.

—¿Puedo al menos buscar algo de café, y quizás algo de comida?

—Café solo, sin azúcar, y comeré lo que sea que comas tú.

Thomas volvió en treinta minutos.

—Es sorprendente lo difícil que es encontrar café a primera hora de la tarde —dijo—. Me temo que esta noche tenemos comida de gasolinera —añadió, entregándole un sándwich con su taza de café—. ¿Algún movimiento?

Louise hizo una mueca, el café todavía estaba muy caliente.

—Un par de hombres se fueron más temprano. Aparte de eso, nada.

—Me han dicho en la comisaría que Baker está en pie de guerra otra vez. Creo que, esta noche, todo el cuerpo está afuera bebiendo a cuenta.

—Hay que admirar su voluntad. Está haciendo lo que dijo que haría —dijo Louise.

—¿Cuántos lugares puede cerrar antes de que haya una reacción negativa? No estamos en las mismas condiciones que Newquay.

Aunque la ciudad podría sobrevivir fácilmente al cierre de algunos bares, Thomas tenía razón en cuanto a la comparación con Newquay. Weston dependía del comercio de verano. El hecho de que una parte estuviera formada por jóvenes pendencieros que se bebían sus sueldos era probablemente lo menos preocupante para muchos de los propietarios de bares y hoteles. Para que la ciudad se convirtiera en un destino exclusivamente familiar, sería necesaria una profunda reforma. Baker había prometido estudiar todos los aspectos de la zona y, para Louise, lo más preocupante era el problema de la droga. Para solucionarlo, era necesaria la cooperación entre los departamentos, no solo de Weston, sino de todo el condado. El entusiasmo de Baker era digno de elogio, pero cerrar unos cuantos bares de mala reputación que servían bebidas fuera de horario no iba a cambiar nada.

—Estoy segura de que se detendrá cuando cierre el bar favorito de Robbo —dijo ella.

—¿Vas a ir a su juerga el fin de semana? —preguntó Thomas.

Un antiguo agente de Weston, ahora superintendente jefe en Bristol, se jubilaba y había organizado una lujosa fiesta de jubilación en los Winter Gardens. Habían invitado a todos los miembros de Weston CID, y Louise estaba segura de que sería una buena oportunidad para que el inspector Baker se apareciera por el ACC. A pesar de tener el mismo rango que ella, Baker era una especie de celebridad dentro del cuerpo por su trabajo en Cornualles. El ACC Morely estaba enamorado de él, y consideraba una victoria personal haber convencido a Baker de trabajar en Weston.

—¿Por qué? ¿Me estás invitando a salir? —dijo Louise en broma. Hubo unos segundos de incomodidad en el coche antes de que Thomas contestara.

—No te adelantes a los acontecimientos, jefa —respondió con una sonrisa.

Louise estaba agradecida de que él fuera capaz de disipar el malestar tan fácilmente.

—Me encantaría que me acompañaras, si no estás ocupado. Cualquier cosa para salvarme de ese aburrimiento.

—Tienes una manera encantadora de decir las palabras, Louise. Una oferta que no puedo rechazar.

Ella lo miró, complacida de ver que estaba sonriendo.

—Cállate, Sargento, antes de que cambie de opinión.

Hablaron un poco más sobre los planes de Baker para la ciudad, pero Louise se centró en el caso de las marcas. Se trataba de algo más que el daño físico. Una vez más, recordó que tanto Poppy como Jay quedarían afectados para siempre por sus ataques. A diferencia de los tatuajes, imaginaba que era inútil tratar de ocultar las cicatrices. Imaginó que, además de la secuela mental de tener que ver la marca a diario, habría un recordatorio físico de lo que les había sucedido; daños en la piel y los tejidos que les picarían o dolerían en ocasiones.

La noche anterior había leído sobre la marcación humana. El procedimiento tenía una larga historia. Se utilizó durante la trata de esclavos, como iniciación religiosa y como castigo para los delincuentes convictos. Las bandas lo utilizaban a veces como derecho de iniciación y los traficantes de personas seguían utilizándolo para marcar a las mujeres que obligaban a prostituirse. Con las distintas posibilidades, seguía siendo difícil conciliar los motivos de los agresores. ¿Consideraban a sus víctimas de su propiedad? ¿Significaba la marca del cisne algo concreto? ¿O era un comentario más amplio sobre la sociedad en general? ¿Estaban castigando a sus víctimas por un crimen imaginario o por alguna falta moral percibida?

Decidió no compartir sus pensamientos con Thomas por el momento. Lo más probable era que se tratara simplemente de un par de enfermos mentales que se divertían de una forma perversa.

—Allá vamos —dijo Thomas algún tiempo después. Eran más de las nueve y el cielo de finales de verano se oscurecía. Una figura robusta salió de la puerta principal del centro de rehabilitación, que claramente pertenecía a David Mountson. Como si supiera que estaba bajo vigilancia, Mountson se puso una capucha sobre la cabeza. Encendió un cigarrillo, con la punta ardiendo brillante en la penumbra oscura, y comenzó a caminar hacia la ciudad.

—¿Quieres que vaya a pie? —preguntó Thomas.

—Supongo que podrías quemar ese sándwich —dijo Louise, esperando a que Mountson llegara al final de la carretera antes de encender el motor.

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE, Louise estacionó fuera del edificio Mercury en el Boulevard. Mountson se había detenido tres veces fuera de los pubs en la ruta, pero no había notado ni una

sola vez que ella o Thomas lo estaban siguiendo. Louise estacionó y caminó unos cincuenta metros delante de Mountson. Jay Carrigan le había dicho que había comprado las pastillas en un bar cerca del teatro Playhouse, y ella miró a su alrededor, fingiendo prestar atención a su teléfono, a tiempo para ver a Mountson tomar el desvío en la calle principal hacia el mismo bar. Thomas lo seguía cerca.

Llamó a Thomas y tomó un camino secundario.

—Ha entrado en el bar del Tío Sam —dijo él.

—¿A qué está jugando?

—¿Tal vez está tratando de averiguar quién le vendió las drogas a Carrigan?

Si eso era cierto, no sería la primera persona en interferir en una investigación en curso. Por la experiencia de Louise, nunca había un resultado positivo de tales acciones.

—Tendremos que esperar. Me quedaré en el otro extremo, junto al parque.

Pasó por delante del teatro con los carteles de la temporada de pantomima y un espectáculo especial de una noche de un cómico del que había oído hablar por última vez en los noventa. Era como si nada hubiera cambiado desde su infancia y los viajes anuales a la pantomima en Boxing Day, cuando sus padres evitaban los espectáculos más grandes en el teatro entonces conocido como el Colston Hall en Bristol. Se le erizaba la piel al recordar la emoción vertiginosa de aquellas tardes de invierno; la anticipación especial de comer dulces durante el espectáculo, la eterna esperanza de ser seleccionada para subir al escenario cada año. Hacía más de un cuarto de siglo que no volvía al pequeño teatro, y le impresionaba que siguiera en pie. Tuvo la tentación de comprar entradas para la pantomima del próximo Boxing Day, pero le preocupaba la reacción de sus padres. Sería estupendo llevar a Emily a un lugar que tanto había disfrutado de niña, pero era una experiencia que había compartido con Paul e ir sin él podría sentirse como una traición.

Se dirigió al final de la calle, cruzando la entrada de Grove Park. Salvo por algún que otro coche, reinaba la paz bajo las nubes turbias. A pesar del tiempo cambiante, el calor del día aún persistía. A lo lejos, oyó el suave murmullo del mar que señalaba la marea alta. Cada vez que pasaba alguien, Louise se ponía el teléfono en la oreja mientras esperaba a que Mountson saliera del bar.

Llegó un mensaje de texto de Thomas: *Probablemente esté ahogando sus penas.*

Nadie podría culpar a Mountson por eso, pensó Louise, sin importar cuál fuera su papel en el centro de rehabilitación.

Estamos aquí ahora. Podrías averiguar, ella respondió.

Treinta minutos después, con las piernas ya inquietas y pesadas de tanto estar de pie, Thomas la llamó.

—Se dirige hacia ti. Hay un segundo tipo con él, y parecen estar teniendo una pelea —dijo Thomas. Los contornos de los dos hombres se hicieron visibles fuera de las luces del Playhouse.

—Quédate con Mountson. Yo seguiré al segundo tipo si se separan —dijo Louise antes de colgar.

Ella no necesitaba oírlos para saber que el par estaba discutiendo. Era claro por su lenguaje corporal. Mountson gesticulaba con los brazos, y el segundo hombre se detenía cada pocos pasos para discutir con él. Louise se agachó, fingiendo atarse los zapatos, a medida que Mountson seguía al segundo hombre hacia el parque poco iluminado.

—No quiero tener que decírtelo otra vez —dijo el segundo hombre, apretando los dientes. Louise miró hacia arriba cuando pasaron junto a ella. No estaba segura, pero el segundo hombre le resultaba familiar. Parecía tener unos veinte años y llevaba una sudadera negra con capucha, pero ella creyó haberlo visto antes en la comisaría, siendo procesado.

Esperó a que Thomas pasara a su lado antes de seguir a los dos hombres hacia el parque. El de la sudadera estaba caminando por la colina, y Mountson levantaba la voz a medida que aumentaba la distancia entre ellos. Louise se detuvo cuando Mountson paró, mientras el de la sudadera se dirigía a la cubierta de los árboles que bordean el camino.

Thomas continuó caminando hacia Mountson, que debía de estar convenciéndose a sí mismo para entrar en acción. Cuando Thomas se acercó, Mountson disparó hacia donde estaba el de la sudadera dando un gemido agudo indescifrable.

Louise comenzó a correr, ya que en la distancia vio a Mountson atacando al otro. Thomas llegó antes que ella, y su presencia fue suficiente para los dos hombres que se separaron y huyeran en diferentes direcciones. Desafortunadamente para Louise, el de la sudadera había tomado la ruta cuesta arriba.

—Ve —le dijo a Thomas, mientras Jay saltaba entre la maleza en dirección al pueblo.

—Alto, policía —dijo Louise, acercándose al de la sudadera. Era rápido y ágil, pero tenía la desventaja de estar siendo perseguido. En su experiencia, la persecución tendía a hacer que la gente entrara en pánico y gastara su energía demasiado pronto. Mientras lo mantuviera a la vista, estaba segura de que podría alcanzarlo.

Agradecida por llevar su cinturón multiusos, con su porra extensible y su spray de pimienta, siguió al hombre cuando saltó por encima de la verja del parque infantil. Estaba a punto de saltar al otro lado cuando perdió el equilibrio y se detuvo al chocar contra la valla metálica que rodeaba la zona de juegos.

—Oh —dijo, poniéndose en pie de un salto—. Solo tú y yo, ¿verdad?

El cuerpo del hombre delataba su bravuconería. Tenía una postura defensiva, con el hombro izquierdo girado hacia ella, pero que estuviera acorralado no significaba que no fuera una amenaza.

—Inspectora Blackwell —anunció ella—. Yo pensaría cuidadosamente su próximo movimiento.

—¿Qué quieres? —dijo el hombre.

—Solo quiero hablar con usted.

—Habla.

—Va a tener que venir conmigo —dijo Louise.

—De ninguna manera, no he hecho nada malo.

—Tuviste una pelea, y te estás resistiendo al arresto.

—Eso es mentira.

—Venga pacíficamente, responda a mis preguntas, y esto no irá más lejos.

—A la mierda —dijo el hombre, girándose de nuevo hacia la valla. Louise se había anticipado al movimiento y tenía la ventaja. El de la sudadera tiró el codo hacia atrás. Louise aprovechó su impulso y tiró del brazo del hombre por la espalda, ignorando sus gritos de dolor mientras lo esposaba.

CAPÍTULO QUINCE

Louise llevó al hombre de la sudadera, identificado como Ben Abbey, de vuelta a la estación. El estacionamiento estaba más concurrido que de costumbre. Había varios coches patrulla en fila, y Louise reconoció a uno de los hombres siendo conducido al interior por un par de agentes uniformados.

El vestíbulo era un caos. No recordaba ver tanta gente esperando a ser procesada.

—He llevado a Mountson a una de las salas de entrevistas —dijo Thomas, uniéndose a ella.

—Cuida de él por un segundo —dijo y dejó a Abbey con Thomas para hablar con el Sargento de guardia—. ¿Qué está pasando?

El Sargento miró a su alrededor para comprobar que no le oían.

—Parece que nuestro Inspector Baker ha decidido encerrar a todos los bebedores del suroeste —dijo.

—No me digas, ha cerrado la discoteca Prism —adivinó Louise. Miró a Steven Boyne, el gerente de la discoteca, que aún no se había percatado de su presencia.

—Vendían bebidas a menores —confirmó el Sargento.

—Supongo que no podemos saltarnos la cola, ¿no? Tengo que interrogar a un sospechoso por los recientes incidentes de las marcas.

El Sargento miró a Abbey de arriba abajo.

—¿Está molesto?

—No lo creo.

—Entonces será un placer.

Thomas guio a Abbey al frente de la cola. Ya no llevaba la capucha puesta, y dejaba al descubierto su rostro ovalado y un mechón de pelo rojo que brotaba de su cuero cabelludo ralo. Le preguntaron si llevaba algo, y Louise entregó una bolsa de pastillas que había sacado antes del interior de la chaqueta del hombre.

—Uso personal —dijo Abbey.

—Sí, claro —acotó Thomas.

Boyne la reconoció mientras llevaban a Abbey a la sala de interrogatorios.

—Blackwell —gritó en el vestíbulo. Se produjo un silencio momentáneo.

—Señor Boyne —dijo Louise, e indicó con la cabeza a Thomas que se llevara a Abbey.

El rostro del dueño del club reflejaba desdén.

—Supongo que esto te hace sentir grande, ¿verdad? Te di los malditos archivos de video y me cierras el club.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Sr. Boyne. Esta fue una investigación separada llevada a cabo por un departamento completamente diferente, aunque recuerdo que usted me dijo

lo estrictos que eran en no servir alcohol a los menores de edad.

—Qué conveniente para ti.

—Si no ha servido alcohol a menores, no tiene nada de qué preocuparse, Sr. Boyne. Ahora, si me disculpa.

Boyne murmuró algo en voz baja. Louise no necesitaba oír las palabras para entender lo que estaba diciendo, pero decidió que tenía cosas más importantes que hacer que discutir con el dueño del club.

Abbey había solicitado un abogado, así que Louise tuvo que mover algunos hilos para ponerlo al principio de la cola del turno de oficio. La incursión de Baker en el club nocturno ocupaba todos los recursos disponibles.

Cuarenta minutos más tarde, apareció una mujer que conversó con Abbey durante unos minutos antes del inicio de la entrevista. A Louise no le importaba la acusación de posesión con la intención de vender, pero no iba a aclararlo. En cambio, le preguntó por David Mountson.

—¿Lo conoces? —preguntó Louise.

—Lo conozco —dijo Abbey.

—¿Le gustaría decirme de qué se trató el altercado?

—La verdad es que no.

—Permítame ser sincera con usted, Sr. Abbey. Mi interés es principalmente el Sr. Mountson. Sin embargo...

—¿Está planeando acusar a mi cliente de algo más, Inspectora Blackwell?

—Su cliente se resistió al arresto, fue sorprendido en un altercado físico con el Sr. Mountson, y tenía una significativa cantidad de drogas ilegales en su persona.

—Increíble —dijo Abbey, con una gota de sudor en su frente moteada.

Louise no respondió y esperó que el acusado continuara hablando.

El hombre miró a su abogada, que le hizo un gesto con la cabeza, comprendiendo la oferta implícita de Louise de no llevar las cosas más lejos en tanto su cliente cooperara.

—Jesús —dijo y puso los ojos en blanco—. Bien. Digamos, por ejemplo, que Mountson estaba tratando de comprarme. No estoy diciendo que venda drogas, es solo para uso personal, ¿entiendes?

—Entendemos su punto de vista al respecto, Sr. Abbey. Por favor, continúe.

—Digamos entonces que puede haber pedido comprar algunas pastillas y yo me negué.

—No perdamos el tiempo, Sr. Abbey.

—No lo hago, no lo hago —dijo Abbey, más sudor en su cabeza.

—Vayamos al grano, entonces.

—Digamos, si yo estuviera dispuesto a vender las drogas, y no lo estoy. Pero si lo estuviera, no se la vendería a él. Se lo dije, pero no se lo tomó muy bien.

Thomas soltó una carcajada y Louise sonrió a la par.

—Entonces, para ser claros, ¿se negó a venderle las pastillas que usted tenía en posesión? —preguntó Thomas.

—Así es.

Louise se rascó la frente.

—Ayúdenos, Sr. Abbey. Dejemos de hablar sobre el uso personal. ¿Por qué se negó a venderle al Sr. Mountson?

—¿Por qué? —repitió Abbey, como si la pregunta fuera ridícula—. Por el lugar donde trabaja, por ese tipo con el que anda. El que tiene esa gran marca sangrienta en su brazo, por eso.

—¿Habla de Jay Carrigan?

—Sí.

—Conoce al Sr. Carrigan.

—De pasada.

—Empiezo a entender.

—¿Estaba en el bar la noche que atacaron a Jay Carrigan? —dijo Louise.

Abbey se sorprendió por la pregunta y miró con nerviosismo a su abogada.

—No. Ni siquiera sé cuándo fue atacado.

—Acaba de decir que sabe lo de la marca en el brazo de Jay Carrigan.

—Salió en el periódico, cariño. Sé lo que pasó, pero no conozco los detalles.

Louise se inclinó sobre el escritorio, lo suficientemente cerca como para oler el mal aliento de Abbey.

—¿Le ha vendido drogas al Sr. Carrigan antes? —dijo, tratando de contener su furia.

—Espera un momento —dijo la abogada de Abbey.

—¿Ha visto al Sr. Carrigan antes, entonces?

—Lo he visto, sí, pero yo no estaba la noche que fue atacado. Compruébalo con los chicos del Tío Sam, no he estado allí en toda la semana.

—Bien, ¿qué cree que le pasó al Sr. Carrigan?

—No estoy seguro. Escuché que lo marcaron, o algo así.

—¿Y sabe quién lo hizo?

—No me jodas. Esto es extraoficial. No soy un soplón —reprochó Abbey, confundiendo la entrevista policial con una conversación con un periodista.

—Si sabe quién lo hizo, será mejor que nos cuente todo ahora.

—Son solo rumores, pero... hay una pandilla de Bristol. Frenchay Estate. Oí que estaban... a falta de una palabra mejor, marcando su propiedad.

—¿Marcando su propiedad? —repitió Louise.

—No es la clase de gente con la que quieres meterte. Créeme. Y una cosa es segura, no voy a vender a nadie con una de sus marcas en el brazo. Ni a nadie que lo conozca.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Louise no abandonó la comisaría hasta pasada medianoche. Llevaba más de dieciséis horas de turno. Mantuvo la ventanilla baja al conducir a casa por el paseo marítimo, pues el aire frío le ayudaba a mantenerse despierta. La ciudad estaba desolada. Con la marea baja, el manto de barro que se extendía hacia el horizonte intensificaba la sensación de aislamiento, como si el alma de la ciudad hubiera desaparecido.

Tras entrevistar a Abbey, hablaron con David Mountson, quien afirmó haberse enfrentado a Abbey por el ataque a Carrigan. Al final, liberaron a ambos hombres con una amonestación.

Sus párpados le pesaban y los músculos de sus brazos estaban tensos cuando llegó a la entrada de su casa. Miró a su alrededor al acercarse a la puerta, con el eterno zumbido de los saltamontes resonando en sus oídos, y trató de librarse de la sensación de que la seguían. Ya había resuelto ese enigma al descubrir a Amira, y se dijo a sí misma que se sentía así por la paranoia.

Aun así, dejó escapar un suspiro de alivio tras cerrar la puerta principal. Necesitaba dormir, pero valoraba estos dichosos momentos de soledad. Pensó en servirse un poco de vodka de esa botella sin abrir que tenía en la nevera, pero tenía que levantarse por la mañana, y ahora incluso un solo trago la dejaba atontada.

A pesar del cansancio, no podría conciliar el sueño con rapidez. Si lo intentaba ahora, los acontecimientos del día se repetirían en su mente. En cambio, optó por prepararse un chocolate caliente y sacó su bloc de notas, con la televisión de fondo. Había descubierto que tomar notas antes de acostarse le ayudaba a dormir. Hizo una lista de lo que tenía que hacer mañana, subrayando los nombres de Poppy Westfield y Jay Carrigan, como si pudiera olvidar que eran las verdaderas víctimas, antes de dirigirse a su habitación y desplomarse en la cama sin siquiera quitarse la ropa.

UNA SINFONÍA de gaviotas graznando la despertó a la mañana siguiente. Su habitación había estado tan oscura la noche anterior que no había cerrado las cortinas. Ahora luchaba contra los primeros rayos de sol de la mañana, y el sonido del despertador le taladraba los oídos y saturaba sus sentidos.

Emily solía dormir bien, y no se había levantado aún. Louise se había acostumbrado a ver a su sobrina a diario y, aunque la había visto ayer por la mañana, le parecía que había pasado demasiado tiempo. Una cosa que no había tenido en cuenta cuando aceptó compartir casa con su familia era lo solitario que podía ser vivir en el mismo lugar y pasar días sin verlos. Sirvió café

en su termo de viaje y pasó una breve nota a través de las puertas divisorias antes de salir.

THOMAS LA ESPERABA FUERA de su casa en Worle como si esperara un autobús.

—Eres entusiasta —le dijo cuando él subió al coche.

—Llegas cinco minutos tarde, jefa.

—Son las seis y cincuenta.

—Tarde es tarde.

—Haré que tú me recojas la próxima vez —dijo Louise, con el ceño fruncido.

Tenían una cita temprano con una antigua colega de trabajo y amiga de Louise, la Inspectora Tracey Pugh, que trabajaba en la Unidad de Delincuencia Grave y Organizada, en la sede central.

—Apenas pude dormir —dijo Thomas a medida que Louise conducía por el carril de acceso a la M5—. Seguía esperando la llamada de que hubo otra víctima.

—Pequeños triunfos —acotó Louise.

—Tal vez Baker golpeó a los atacantes por accidente. Estoy seguro de que medio Weston estaba en la cárcel anoche.

Louise recordó la aparición de Boyne en la estación. Tras la entrevista de Abbey, se enteró que Boyne no se había tomado bien el cierre de su club y había causado suficiente conmoción como para recibir una amonestación. Aún no había comprobado las cámaras de seguridad por su cuenta, pero sus colegas le habían informado que las imágenes de la discoteca eran prácticamente inútiles.

—Podemos repasar la lista cuando volvamos —dijo, y su mente vagó por la noche en la que Poppy había estado en el club, y por la asquerosa herida que le habían infligido en el muslo poco después.

Llegaron a Portishead a tiempo, y Tracey los recibió con café y postres. Tracey había sido compañera de Louise durante su estancia en el MIT. Era un personaje descarado, con una espesa cabellera negra y rizada, que siempre lograba animarla. La oficina estaba llena de personal y, a su pesar, Louise no pudo evitar preguntarse si el Detective en Jefe Finch estaría allí y haría acto de presencia.

Como si percibiera su inquietud, Tracey los condujo a una sala de entrevistas. Bajó las persianas antes de que se ubicaran en sus asientos, y Louise percibió el aroma del perfume de Tracey una vez que esta se sentó.

La situación podría haber sido incómoda. Tracey y Thomas tuvieron relaciones cuando Tracey fue asignada al primer caso importante de Louise en Weston. En ese entonces, Thomas estaba casado, aunque atravesaba un período difícil que lo llevó a divorciarse. Esa relación había provocado algunos roces durante algún tiempo. En retrospectiva, Louise se preguntaba si su preocupación había estado teñida de una pizca de celos. Se alegró de que ambos superaran la situación, y sabía que podía confiar en su profesionalidad.

Louise había llamado a Tracey la noche anterior, transmitiéndole la información que Abbey le había proporcionado.

—En estos momentos, estamos vigilando a tres posibles bandas rivales en la zona de Frenchay —dijo Tracey, cargando imágenes en la pantalla blanca de la habitación—. La misma mierda, caras nuevas —añadió. Louise leía las notas que le había preparado.

—¿Supongo que no hay incidentes de marcas? —preguntó Thomas.

Tracey negó con la cabeza, y un mechón de pelo suelto le cayó sobre la cara.

—Que yo sepa, nadie ha empezado a marcar a sus clientes.

—A nosotros también nos parece contraintuitivo, pero el traficante que detuvimos anoche estaba asustado —dijo Louise.

—Está esto —dijo Tracey, subiendo una serie de imágenes inquietantes—. Hemos tenido una racha de ataques con ácido en los últimos seis meses. Se trata de ataques entre pandillas, pero un par de civiles quedaron atrapados en el fuego cruzado. Merrill Joyce, veintiocho años —en la pantalla apareció la imagen de una mujer asustada—. Conocida consumidora de drogas en la ciudad. Roger Atkins, veinticinco años, del mismo barrio. Como pueden imaginar, ambos se mostraron reacios a hablar con nosotros. Nuestra información sugiere que ambas víctimas solían comprar al mismo traficante en Frenchay, afiliado a la familia O'Connell. Ambos afirman que se les advirtió que no volvieran a comprar a los O'Connell antes de ser rociados con ácido. Encaja con la teoría de Abbey.

Louise sacudió la cabeza al analizar las imágenes de la pantalla. Con la marca, al menos podían ocultar las cicatrices. Los desafortunados que aparecían en la pantalla habían sido destruidos a causa de una guerra inútil en la que seguramente no tenían nada que ver.

—Si fue un ataque a los clientes de los O'Connell, ¿tienes idea de quién podría ser el responsable?

—Como he dicho, hay otras dos pandillas rivales que conocemos. Creemos que los O'Connell siguen comerciando, así que los ataques podrían haber sido un ajuste de cuentas. Tal vez sea una disputa relacionada con estos dos pobres desgraciados.

Louise sabía tan bien como cualquiera que gestionar la situación de la droga en la ciudad era un problema cíclico que quizá nunca desaparecería. Los traficantes iban y venían. Se hacían detenciones de poca monta, pero como había dicho una vez un antiguo jefe suyo, *no se puede acabar con un problema a base de detenciones*. En cuanto se detenía a una banda de traficantes, aparecía un nuevo grupo en cuestión de días. Por eso, el principal objetivo de los equipos de investigación era encontrar a los grandes proveedores que introducían la droga en el país.

—Tengo equipos listos para empezar a investigar por ti. Sabemos que ya han empezado a circular rumores de estas marcas por la ciudad. Pondré a nuestro equipo a buscar algo más concreto.

Aunque la investigación conjunta se había convertido en algo casi inevitable tras el segundo atentado, Louise podría haber prescindido de la participación del MIT. Si debía colaborar con alguien, se alegraba de que fuera con su vieja amiga. Tracey los acompañó hasta el coche y los tres intercambiaron bromas sobre Emily, el hijo de Thomas y la relación que Tracey mantenía con un joven agente del cuartel general.

Cuando Thomas entró en el coche, Tracey la apartó.

—Se me olvidó decirte que voy a ir a la fiesta de jubilación del sábado. Por favor, dime que vas a ir.

—Así es —contestó Louise. Quería preguntarle sobre Amira, pero no quería involucrar a nadie más por ahora.

—Bien. Tomemos algo antes.

—Trato hecho —dijo y abrazó a su amiga. De lejos, oyó las palabras: “Inspectora Blackwell, ¿me permites unas palabras?”

Tracey apretó los labios.

—¿Quieres que me quede? —le preguntó.

—Está bien, nos vemos el sábado.

—Señor —dijo Tracey antes de alejarse.

Louise se volteó para encontrarse con el Detective en Jefe Finch.

—Tim.

—Louise, un encanto como siempre. Veo que estás probando un ambiente policial real, para variar.

El comentario era mezquino e infantil, pero Louise luchó por no reaccionar. Sentía que Thomas la miraba desde el coche. Suspiró, inhalando involuntariamente una bocanada del aroma de Finch, el que le provocó arcadas.

—¿Qué quieres, Tim?

—Parece que tienes un caso interesante en este momento. ¿Estás buscando nuestra ayuda?

—La Inspectora Pugh nos estaba dando algunos consejos relacionados con pandillas de narcotraficantes.

—¿Hacía eso? He oído lo de esa pobre chica. Poppy Westfield. Un asunto desagradable. Una pesadilla de relaciones públicas. Te alegrará saber que hablaré con el Subjefe de Policía Morely esta tarde, a ver si podemos liberar algo de personal para ti. ¿Cómo está tu sobrina?

La oleada de adrenalina en su torrente sanguíneo no le agradaba. Louise sentía que su cuerpo temblaba, y no quería que Finch supiera que podía provocarle semejante reacción. Provieniendo de cualquier otra persona, la última pregunta habría sido inocua. Pero al tratarse de Finch, estaba impregnada de malicia. Durante la última investigación en la que trabajaron juntos en Cheddar, Finch había amenazado la seguridad de Emily. Había usado la frase *sería horrible que le pasara algo*, con un entusiasmo que le dio deseos de atacarlo. Ella sabía que era un juego, una estrategia para hacerla perder la calma y hacer algo indebido, pero perdía todo sentido de la compostura cuando se trataba de Emily. Apretó los puños y aspiró aire por la nariz. Finch no estaba por encima de hacer cualquier cosa si servía a sus propósitos, y ella lo entendía.

—¿Te preocupa algo, Timothy? —le preguntó, con intención de confundirlo.

A Finch se le borró la sonrisa de la cara, pero volvió a aparecer un segundo después.

—¿Y de qué tengo que preocuparme?

Podrían estar refiriéndose a la próxima reunión de mala conducta de Louise. Louise recordó la advertencia de Robertson de que no metiera a Finch en la discusión, pero era cierto que el Inspector había dejado escapar la investigación sobre el asesinato de su hermano y, si ella insistiera, podría resultar problemático para él. Lo único que se lo impedía era la naturaleza arbitraria de sus pruebas. Finch no era tan estúpido como para no haberse cubierto, y el hecho de que hubieran encontrado al culpable al final significaba que técnicamente había tenido éxito, aunque fuera gracias a la intervención de Louise. ¿Pero Finch se estaba refiriendo a la audiencia? Odiaba la paranoia que le provocaba, pero no podía evitar preguntarse si él se habría enterado que Amira se puso en contacto con ella. En cualquier caso, no estaba dispuesta a entrar en un debate con él.

—Dímelo tú, Timothy —dijo. Abrió el lado del acompañante del coche, y la sonrisa de Finch permanecía fija en su rostro mientras Thomas avanzaba el coche.

THOMAS MANTUVO la vista en la carretera, y a su lado Louise trataba de contener la rabia que invadía su cuerpo. Se dijo a sí misma que no debía enfocarse en Finch. Era lo que él quería, y ella necesitaba volver a concentrarse en el caso.

—¿Qué te parece? —dijo cuando Thomas entró en la autopista.

Thomas abrió la boca, pero no dijo nada.

—Sobre lo que dijo Tracey.

El hombre bajó los hombros.

—Es difícil de decir en este momento. Es el mismo principio, supongo, pero no estoy convencido de que los ataques con ácido y la marca estén relacionados. ¿Sabemos si Poppy Westfield consume?

—Su amiga, Sadie, dice que probaron éxtasis en algunas ocasiones, pero nada más. Supongo que es concebible que intentaran comprar algo esa noche. Si tenemos suerte, obtendremos algo de información de las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo Louise. Al igual que Thomas, su pensamiento inicial fue que los ataques con ácido y la marca no estaban relacionados. Los ataques con ácido fueron brutales pero fortuitos, similares a un tiroteo. Los ataques con marcas parecían más personales, había una terrible intimidación en las acciones de los agresores. No solo se habían tomado su tiempo para torturar a su víctima, sino que habían hecho una procesión del suceso. Habían perseguido a Jay Carrigan a través de las dunas de arena, y habían repetido sus acciones con Poppy. La idea de que sus atacantes formaban parte de una pandilla de narcotraficantes que advertía a los usuarios que solo les compren drogas a ellos no parecía correcta. Los agresores disfrutaban de lo que hacían, y Louise estaba convencida de que habría más víctimas.

El teléfono de la policía de Louise sonó cuando salieron de la M5 en Worle. Era un número que no reconoció.

—Inspectora Blackwell —dijo, contestando por los altavoces del coche.

—Supongo que piensas que esto es gracioso, ¿verdad? —respondió una voz algo familiar.

—¿Sr. Mountson?

—Sí, soy el maldito Sr. Mountson. ¿A qué diablos crees que estás jugando?

—Por favor, cálmese, señor, y dígame cuál es el problema —dijo Louise, y Thomas fruncía el ceño. Al igual que ella, parecía que tenía un presentimiento sobre lo que Mountson estaba a punto de decirles.

—No te hagas la tonta conmigo. Tus estúpidos amigos están aquí, intentando cerrar nuestro centro.

—Baker —dijo Thomas para sí mismo.

—Cuénteme exactamente lo que sucedió, Sr. Mountson.

—Vinieron aquí hace una hora. Tenían algún tipo de orden para registrar las instalaciones. Ahora afirman haber encontrado drogas. Dudoso, por decir lo menos. Ahora nos dicen que debemos tratar de realojar a nuestros pacientes. ¿Esto es por lo de anoche, supongo? Solo intentaba ayudar.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Sr. Mountson. ¿Puede confirmar que el Sr. Carrigan sigue en el hospital?

—Sabía que esto tenía que ver con él. Sí, no está listo para regresar aún. Ahora ya no podrá.

—No es eso, Sr. Mountson, solo necesito comprobar que está bien.

—Me huele a persecución policial. Uno de nuestros pacientes es atacado, ¿y dos días después están haciendo una búsqueda en nuestras instalaciones? Vamos, ¿qué está pasando?

—Estoy en camino, Sr. Mountson. Por favor, quédese donde está —aseguró Louise—. ¿Qué demonios está haciendo Baker? —le dijo a Thomas una vez que colgó.

—Es demasiada coincidencia.

—¿Primero cierra el club Prism, y ahora esto? Luego cerrará todos los salones de tatuajes de la ciudad.

—Bromeas...

—No —dijo Louise. Giraron por la calle del centro de rehabilitación, donde ya había una fuerte presencia policial—. ¿Está Baker? —preguntó a uno de los agentes uniformados frente a la

entrada del centro de rehabilitación.

—Por ahí, señora —informó el agente y señaló la entrada, donde Louise vio a Baker en una acalorada conversación con Mountson.

—Aquí vamos, carajo —dijo Mountson cuando se acercaron Louise y Thomas.

—Ya le he advertido sobre su lenguaje, Sr. Mountson. Inspectora Blackwell, Sargento Ireland —dijo Baker.

Baker empujaba al lado de Mountson, quien medía más de seis pies de altura. Su lenguaje corporal era particularmente severo hoy, y su espalda tan recta que parecía llevar algún tipo de corsé.

—¿Puedo hablar contigo, Rob? —preguntó Louise, señalando hacia el lado del jardín delantero. Baker pareció sorprendido por la petición, pero siguió con obediencia a Louise hasta el lugar— Sabes que tengo una investigación activa que involucra a uno de los pacientes de este lugar, ¿verdad? —dijo.

—El Sr. Mountson ha señalado ese hecho, sí —contestó Baker.

—Ya deberías saberlo, Rob. Weston no es un lugar tan grande, y este es nuestro caso de más alto perfil. Jay Carrigan fue atacado la otra noche y fue marcado por sus atacantes. ¿No crees que deberías haberme consultado antes de allanar el lugar donde se alojaba?

—Me disculpo si hubo un descuido de mi parte, pero estábamos siguiendo una serie de pistas. Este es el segundo lugar que registramos hoy. Tenemos pruebas sólidas que sugieren que los traficantes utilizan este centro para vender su mercancía. Una pista apoyada por la cantidad de drogas que ya hemos descubierto, en una simple búsqueda preliminar.

—Encontraron drogas en un centro de rehabilitación. Estoy segura de que eso nunca ha ocurrido —dijo Louise, incapaz de ocultar su sarcasmo.

—Estás enfadada —dijo Baker.

Louise respiró hondo, incrédula de que el hombre intentara tratarla con condescendencia.

—Sí, estoy enfadada, Rob. Anoche cerraste el club nocturno donde Poppy Westfield fue vista por última vez antes de su ataque. Esta mañana, cerraste el centro de rehabilitación de la primera víctima. ¿Notas un patrón?

—¿Una coincidencia?

—No lo creo, y aunque lo fuera, es irrelevante. Deberías haberme informado de que vendrías.

—Como he dicho, un descuido. No quiero avivar el fuego, pero esto puede sugerir que nuestros departamentos no están trabajando tan juntos como deberían.

Ella negó con la cabeza. Llevaba toda la vida encontrándose con funcionarios similares. Baker era un político experto, que convertía un error suyo en algo mucho más amplio, pero ella no estaba dispuesta a tolerarlo.

—No desvíes la culpa, Rob. Este es tu lío. ¿De dónde sacaste la pista?

—Anónima.

—Qué conveniente.

—Está registrada —dijo Baker, desconcertado—. La misma persona llamó anoche en relación con el club Prism.

—¿Y qué va a pasar con este lugar ahora?

—Se cerrará inmediatamente, seguida por una mayor investigación.

—¿Y mi víctima?

—¿El Sr. Carrigan? Todavía está en el hospital, creo.

—¿Y cuando le den el alta?

—Estamos tratando de reubicar a todos hoy. Si no, pueden quedarse aquí bajo nuestra

supervisión hasta que les encontremos un lugar.

Louise no sabía si Baker intentaba provocarla o no. Su rostro era ilegible, y sus ojos estrechos y sus finos labios apenas se movían. Tuvo que recordarse a sí misma que estaban en el mismo equipo. Baker había hecho bien en seguir su pista, y si las pruebas apuntaban a que se vendían drogas en el local, tenía que cerrar el lugar. Pero había una forma correcta de trabajar, y su descuido la preocupaba. Por el momento, decidió adoptar un enfoque de colaboración, aunque no pudo ocultar que la situación seguía enfadándola.

—Deberíamos sentarnos y hablar, Rob. Tengo información sobre los ataques que puede interesarte —le dijo.

El labio de Baker se contrajo, y esbozó una sonrisa.

—Sería estupendo, Louise. Y de nuevo, por favor, acepta mis disculpas si he afectado negativamente a tu investigación.

CAPÍTULO DIECISIETE

No podía dejar de pensar en la noche anterior.

Volver a Weston era una necesidad, un medio para cerrar los malos sentimientos que amenazaban con retenerla, pero había sentido que algo cambiaba en su interior anoche tras ver a la mujer policía, Louise Blackwell.

El plan había sido vigilar de cerca a la mujer. Blackwell era, obviamente, la inspectora principal, y ambos pensaron que era prudente mantenerse al tanto de sus movimientos. Había leído sobre el impresionante historial de la agente y, a pesar de haberla visto trabajar en algunas ocasiones desde que marcó a Jay Carrigan en las dunas, verla sin vigilancia fue lo que cambió su opinión sobre la mujer.

D los había conducido hasta Sand Bay y juntos habían caminado por los bosques hasta tener la vista de la casa de Blackwell. Al principio, ella había fingido que perseguían a alguien porque echaba de menos la emoción de las otras noches. Su imaginación bastaba, la mayor parte del tiempo, pero ella quería oír cómo se aceleraba la respiración en la caza, sentir la expectación de capturar a su presa y los momentos gloriosos que lo seguían. Pero pronto se apoderó de ella otro tipo de euforia. Se le erizó la piel y el calor le recorrió el cuerpo al pensar que Blackwell no sabía que la estaban observando.

Louise había llegado tarde. Las nubes se habían oscurecido y apenas podían ver más allá de un contorno sombrío, pero había algo en la forma en que la mujer cruzaba el camino de guijarros y entraba en la casa. Había saboreado el hormigueo de adrenalina en su torrente sanguíneo al observar la silueta de la mujer en la ventana del último piso, e imaginaba la hermosa marca que podría dejar en su piel.

Podría haberse quedado allí toda la noche, y si no hubiera sido por D, tal vez lo habría hecho. Espiarla era algo más que una emoción ilícita. No podía explicar su creciente obsesión, pero estar allí se había sentido correcto.

Y se sentía correcto estar aquí ahora.

Él le preguntó si quería que la atara, pero ella se negó. Solo le recordaría lo que había pasado, y ella ya lo había superado. Se tumbó en la camilla y aceptó a regañadientes la mordaza que le ofrecía.

D le había hecho cuatro de las cinco marcas que tenía en el cuerpo, cada una a petición suya. Le dijo que pusiera esta debajo de las otras cuatro; la otra marca no era más que una cicatriz en la parte superior de su hombro derecho, ahora cubierta por el tatuaje que cubría su espalda.

El sudor brotó de cada poro de su cuerpo cuando D encendió el soplete.

—¿Estás segura? —susurró como el niño que a veces podía ser, como si no la conociera. Añadir una nueva marca tan pronto suponía un riesgo. La marca que D le había hecho tras la

noche en las dunas aún estaba cicatrizando, pero ella no podía esperar más.

—Hazlo —dijo, con el cuerpo temblando involuntariamente mientras él calentaba el hierro y el delicioso olor a metal quemado llenaba el espacio cerrado de su dormitorio.

Gritó cuando D colocó el metal sobre su carne y las lágrimas inundaron su rostro casi tan caliente como el hierro de marcar, mientras el dolor la sumía en el delirio. Se encerró en sí misma y su cuerpo se convirtió en un caparazón en el que ardían todas las terminaciones nerviosas.

DEBIÓ HABERSE DESMAYADO, porque cuando abrió los ojos, el dolor era un golpe lejano en la parte baja de la espalda.

—Te di algo. Estabas hiperventilando —dijo D.

Estaba demasiado cansada para discutir. Seguía tumbada boca abajo y D le atendía la espalda como un enfermero.

—¿Cómo luce? —le preguntó sin aliento.

D colocó los espejos para que ella pudiera ver. Hizo una mueca cuando vio el símbolo de la L descolorido en el hombro, pero sonrió cuando él le mostró la nueva marca, *su* marca en la parte baja de la espalda, debajo de las otras tres. Ahora era roja, pero se convertiría en algo hermoso. Solo tendría que tocarla para recordar a Poppy y aquella maravillosa noche en el parque.

La idea le produjo un escalofrío. Se levantó de la silla de masajes.

—Preparémonos para esta noche.

CAPÍTULO DIECIOCHO

De regreso a la estación, Louise se detuvo en un garaje. La explanada estaba llena de todoterrenos y turistas de día que aprovechaban el buen tiempo de agosto. Dos niños, en bañador y untados de crema solar, la precedían en la cola con las manos llenas de caramelos. Mientras pedía su segundo bocadillo precocinado en varios días, Louise se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que Emily y su familia iban a hacer hoy. Como estaba acostumbrada a tener un papel más activo en la educación de Emily, se sentía desconcertada por su ignorancia. Quería llamar a sus padres y decirles que estaría en casa para una cena familiar esa noche, pero no quería darles falsas esperanzas, tal y como iban las cosas.

Todavía aturdida por su encuentro con Baker y su anterior enfrentamiento con Finch, Louise llamó al oficial de enlace familiar que se ocupaba de Poppy Westfield y su familia.

—Parece físicamente mejor, pero no ha salido de su habitación. Como era de esperar, los padres lo están pasando mal, sobre todo la madre —dijo el oficial.

Louise intentó mantener la distancia. Ser profesional significaba no implicarse personalmente, pero los incidentes con Jay y Poppy le estaban afectando más de lo normal. Había visto cosas mucho peores, pero había algo en la terrible intimidación de la marcación que resonaba en su interior. Era tortura, y los efectos a largo plazo serían inmensos, tanto físicos como psicológicos.

—¿Te hablan mucho?

—Tanto como se esperaría. Puedes sentir la tensión en la casa, como si estuvieran a punto de volverse unos contra otros y posiblemente contra mí.

Louise dio las gracias al oficial y colgó. Tomó su primer café desde que llegó al cuartel general y pensó en hablar con Robertson sobre el comportamiento de Baker. No quería contar confidencialidades y sabía que se arriesgaba a parecer débil a los ojos de Robertson, pero se preguntó si era necesario dejar constancia de su preocupación. Al final, decidió conceder a Baker el beneficio de la duda. Él le había pedido que colaboraran más estrechamente, y ella estaba dispuesta a darle esa oportunidad.

En cuanto a su preocupación por Finch, era mejor dejarlo para otro momento. Finch quería que armara un escándalo, pero no se lo iba a poner fácil. Por ahora, lo mejor era ignorarlo. Algo lo había sacudido, y ella estaba dispuesta a esperar a ver qué haría a continuación.

Recurrió a su enorme pila de cosas por hacer, descartando todo lo que no estuviera relacionado con el caso de las marcas. Empezó por revisar las imágenes de las cámaras de seguridad que había analizado su equipo. Como le informaron, los videos del club eran prácticamente inútiles: las imágenes de baja definición ni siquiera eran en color y no podía distinguir ninguna figura. Lo detuvo en un momento, creyendo haber visto a Poppy hablando con

sus amigas, pero era imposible de comprobar.

El equipo había conseguido recopilar algunas imágenes de Poppy y sus amigas en la ciudad por Regent Street. Las jóvenes ya habían enumerado los bares en los que estuvieron esa noche y se había interrogado a los propietarios y al personal. Se había elaborado una lista de delincuentes conocidos que estuvieron en la zona esa noche y el equipo estaba interrogando a cuantos podían, pero aún no parecía suficiente.

Los sucesos de los ataques de Jay y Poppy le sugerían que los atacantes conocían a sus víctimas, o al menos las eligieron como objetivo. Los análisis de sangre habían devuelto rastros de Rohypnol en el torrente sanguíneo de Jay y Poppy, la droga de las violaciones. Sugería que ambos habían sido drogados y luego transportados de alguna manera: Jay a la playa, Poppy al parque. Aquello requería cierta planificación, y también significaba que los atacantes debían estar cerca. En el caso de Poppy, Louise pensó que al menos uno de ellos debía haber estado en el club con ella.

Por desgracia, no podía descartar otra posibilidad: que una tercera persona también estuviera implicada, posiblemente el hombre que le había vendido las pastillas a Jay. Abbey había negado estar presente en el bar la noche del ataque de Jay, y los informes de los testigos del bar y el testimonio de Jay lo corroboraban, por el momento.

Thomas le acercó otro café mientras ella veía a doble velocidad las grabaciones de las cámaras situadas en las carreteras que conducen al club.

—He estado investigando sobre la escarificación —dijo Thomas al sentarse en el borde de su escritorio—. Puede que haya encontrado un sitio en Bristol que la ofrece como servicio.

Louise detuvo el video y miró a Thomas. La oscuridad bajo sus ojos sugería que había dormido tan poco como ella.

—¿Estoy segura de que esa sigue siendo una actividad ilegal? —dijo.

—Así parece. El lugar no dice que lo hagan, pero hay imágenes en su página web.

—Enséñamelas —dijo Louise, poniéndose de pie para que Thomas pudiera acceder a su portátil.

Las imágenes del sitio web le parecieron genéricas. Había ejemplos de tatuajes, piercings, modificaciones de orejas y marcas que estaba segura de haber visto durante su investigación.

—Sé que no estoy al día y que no debería juzgar a nadie, pero ¿por qué alguien se haría algo así? —se preguntó al ver la imagen de una mujer con los lóbulos de las orejas alargados hasta los hombros, el cuello tatuado y la palabra LOST en el esternón.

—A mí también me parece bastante extremo —dijo Thomas—. Supongo que ya lo hemos pasado, jefa.

—Habla por ti.

—¿Debería concertar una cita?

—Déjame terminar y podemos hacerles una visita sorpresa juntos —ella echó un último vistazo a la imagen en su pantalla. Intentó ver algo de belleza en la piel levantada del esternón de la mujer, y le reconfortó saber que la mujer sonreía y que se había hecho las modificaciones porque lo había deseado.

Al cargar las imágenes de las cámaras de seguridad, Louise se detuvo al ver a un hombre entrando en Richmond Street a las once y media de la noche del ataque a Poppy. La imagen era granulada y no podía distinguir su cara, pero los dos segundos que captó del movimiento del hombre le recordaron a David Mountson. Llamó a Thomas para verificar.

—Bueno, tiene barba, eso es algo —dijo él.

Louise se rascó la nuca. ¿Estaba buscando algo que no existía? Thomas tenía razón, por

supuesto, pero eso no facilitaba las cosas.

—¿Puedes traerme otro café? —dijo.

Volvió a ver el video cuando Thomas regresó con un café tibio. Tal vez buscaba algo que no estaba allí, pero se movía como Mountson, como si no estuviera completamente seguro de su cuerpo, en particular de su gran altura.

Llamó a un miembro de su equipo, que le envió la investigación realizada sobre las cuentas sociales de Mountson. No era muy activo, pero tenía una cuenta de Facebook con imágenes de los últimos diez años. Louise se desplazó hacia atrás por su línea de tiempo, tratando de encontrar alguna conexión entre las imágenes estáticas y el video borroso del hombre que podría ser él.

La barba era una constante, al igual que su torpeza ante la cámara. La mayoría de las imágenes eran de él con otros hombres con un sentido de la vestimenta similar. Para alguien que dirigía un centro de rehabilitación de drogadictos, había un número sorprendente de fotos con gente bebiendo alcohol. En una foto, Mountson aparecía cogido del brazo con otro hombre sosteniendo enormes jarras de cerveza. La foto databa de hacía tres años, dentro del periodo en que Mountson había dirigido el centro.

—¿Nos vamos, jefa? —preguntó Thomas, agitando las llaves del coche delante de ella.

El ruido del metal tintineante la distrajo y casi se lo pierde. Desplazándose hacia atrás, vio otra imagen de Mountson con un hombre diferente. Acercó la imagen. La resolución no era muy buena, pero era lo suficientemente clara para estar segura.

—Mira esto —dijo y girando el portátil para que Thomas pudiera ver.

—¿De quién es ese brazo? —dijo Thomas. Miraba la forma de L marcada en el antebrazo del amigo de Mountson.

—No lo sé —dijo Louise—. Pero estoy segura de que el Sr. Mountson puede ayudarnos a averiguarlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mountson no estaba en el centro de rehabilitación ni en la dirección que les había dado. Louise se desplazaba a través de las imágenes en su teléfono y Thomas los conducía a Bristol

—Es curioso que lo haya olvidado —dijo ella.

—Supongo que no es el tipo de cosas que se olvidan —dijo Thomas.

—¿Que tu amigo tiene un símbolo de marca en el antebrazo? No, no es algo que se te olvide, sobre todo si a una persona a tu cargo le acaban de hacer lo mismo por la fuerza.

Louise llamó a la estación y pidió a los uniformados que vigilaran el edificio de Mountson y le avisaran tan pronto como regresara. Estaba tratando de conciliar la información que tenían sobre el hombre. No era inusual que los consejeros fueran ex adictos, una práctica común, pero era inusual que bebieran alcohol. Esa preocupación se intensificaba por el hecho de que Mountson estaba temporalmente ausente sin permiso.

—¿Crees que Mountson puede haber estado traficando drogas desde el centro de rehabilitación? —cuestionó Thomas.

—Es una pregunta que me gustaría hacerle.

Llegaron a tiempo al salón de tatuajes, situado en una calle lateral de Bedminster, al sur de Bristol. El hombre que los recibió al entrar en el edificio le recordó a Louise a un portero de un club. Medía un metro ochenta, su pecho redondeado se fundía con su vientre para crear un gigantesco montículo de carne que parecía macizo, pese a su sobrepeso. No le sorprendió comprobar que estaba cubierto de tatuajes. La piel de su brazo izquierdo era un lienzo de tinta. A Louise le impresionó la imagen de una rosa entrelazada con un león, pues los penetrantes ojos azules del león contrastaban con la oscuridad del resto del diseño. Su brazo derecho era más bien un popurrí de diseños, y los colores apagados y la falta de detalle sugerían que eran mucho más antiguos. Al igual que en las fotografías que había visto en la página web, tenía discos en las orejas y sus lóbulos se extendían unos cinco o seis centímetros. Cruzó los gruesos y musculosos brazos sobre su pecho, aumentando su ya considerable tamaño, y destruyó su aspecto de tipo duro al sonreírles.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? —dijo, con un marcado acento de Bristol. La sonrisa se desvaneció cuando los agentes se presentaron— Me preguntaba si nos visitarían en algún momento. ¿De qué se trata?

—¿Por qué pensaba que recibiría nuestra visita? —preguntó Louise.

—Está sucediendo en todas partes. Los ayuntamientos intentan cerrarnos porque no entienden.

—No estamos aquí para cerrarlos, pero algunos de los procedimientos que anuncian en su

página web son de dudosa legalidad —dijo Thomas.

—Legalidad cuestionable —dijo el hombre, como si las palabras fueran nuevas para él.

—Quizá haya leído algo sobre los incidentes de Weston —dijo Louise.

El hombre bajó la mirada.

—Horrible. Ese hombre y esa pobre chica. Acabo de leer sobre ella en el Post. Vaya monstruos hay dando vueltas.

—¿Ofrecen servicios de marcación aquí? —preguntó Thomas.

El hombre frunció el ceño.

—¿A dónde quieren llegar?

—A ninguna parte —dijo Louise—. Buscamos información. Vea con lo que estamos trabajando. No se va a auto incriminar, pero ¿ha ofrecido escarificación antes? En particular marcación. ¿Quizás antes de que cambiara la ley? —añadió, intentando mantenerlo de su lado bueno.

—A clientes que consienten, sí.

—¿Puede contarme algo más al respecto? ¿Por qué se lo hacen? ¿Si es doloroso, ese tipo de cosas?

—¿Me permites? —dijo el hombre, quitándose la camisa para mostrar un torso sin piel en blanco a la vista. El tema del león se repetía y la imagen llenaba el torso del hombre—. Qué puedo decir, me gustan los leones —dijo, dándose la vuelta para mostrarles las marcas en su omóplato izquierdo—. Mis iniciales. Lo sé, no es muy original. Intentaba ser irónico. Ya sabes, como cuando tu madre solía escribir tu nombre en tu abrigo, ese tipo de cosas. Puedes tocarlo si quieres.

Louise se quedó admirando la piel levantada, con las iniciales MB sobresaliendo como un crecimiento, pero declinó la oferta de tocar.

—¿Y cuál es su nombre, señor?

El hombre se volvió a poner la camisa y recuperó su entrañable sonrisa.

—Mason Brown. Mi mujer lo hizo, antes de que me lo preguntes. Consideramos la posibilidad de ponerme sus iniciales, pero me pareció un poco irrespetuoso, ya sabes.

Louise negó con la cabeza.

—La verdad, no.

—Bueno, la marcación se ha utilizado en los seres humanos durante siglos. Los criminales solían ser marcados para recordarles lo que habían hecho, ese tipo de cosas. Por estas zonas, solíamos tener un horrible comercio de esclavos. Colston y todos esos idiotas. Solían marcar a sus esclavos. Malditos bastardos. No parecía correcto ponerme las iniciales de otra persona, así que me puse las mías. Me encantan.

—Si me permite, ¿por qué lo hizo?

—Es como la tinta. La gente lo hace por varias razones. Para mí, es en parte una cuestión de identidad, pero también como un escudo. Me cambia, tanto por fuera como por dentro. Cada vez que me hago algo, es como una barrera contra el mundo exterior. No tendrá sentido si no lo has hecho —dijo, y sus palabras fueron iguales a las que dijo la mujer del salón de tatuajes de Weston.

—Debe de ser doloroso —acotó Thomas.

El hombre se encogió de hombros.

—Hay diferentes umbrales del dolor. Puede que haya usado un poco de anestesia —dijo, sonriendo a Louise.

—Comprendo que es una pregunta incómoda, pero ¿alguna vez ha oído que se le haga esto a

alguien sin su consentimiento?

—Desde los esclavistas, no. Nunca he conocido a un artista que no se tome en serio su trabajo. Y más aun los que se dedican a la modificación, sobre todo a la escarificación. Sabíamos que el tema del consentimiento sería un problema en algún momento, así que siempre fueron meticulosos. ¿Y por qué demonios le harías esto a una persona sin que lo quiera?

LA ÚLTIMA FRASE de Mason Brown pasó por su mente en el viaje de regreso a Weston. Siguió investigando sobre la marcación a lo largo de la historia, pues Thomas manejaba. Ya había leído sobre el uso de la marca en criminales y en la trata de esclavos, y también sabía que en la trata de personas actual se utilizaban procedimientos similares. A menudo, se tatuaba a las víctimas con marcas identificativas, como si fueran ganado. La teoría de Ben Abbey de que los traficantes marcaban a sus clientes sonaba casi factible; tal vez si lo hacían como advertencia para los demás, ella podía creerlo, pero seguía sin parecerle correcto. Jay Carrigan le había contado que sus perseguidores se reían, y aunque eso no descartaba la posibilidad de que fuera una pandilla de narcotraficantes, seguía pensando que los ataques eran de carácter más personal.

—Déjame en la estación. Y luego deberías irte a casa a descansar —le dijo a Thomas cuando llegaron a las afueras de Weston.

—¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Descansar?

—No exactamente.

—Quizá deberías ir a casa a ver a tu encantadora sobrina.

Louise suspiró.

—Me gustaría, pero quiero localizar a Mountson y averiguar sobre esta foto.

—Entonces, ¿por qué no lo hacemos juntos?

—¿Estás seguro?

—Habrá tiempo suficiente para descansar cuando estemos muertos —dijo Thomas.

Louise se alegró de que ofreciera ayudar. En este tipo de casos, los primeros días solían ser los más cruciales. Dejó de lado los pensamientos de culpa por haber abandonado a Emily y a su familia. Cuando vivían en ciudades diferentes, solía pasar semanas sin ver a su sobrina, aunque intentaba verla al menos todos los fines de semana. Sabía que le perdonarían que no la viera por algunos días.

Mientras Thomas buscaba dónde estacionar fuera del centro de rehabilitación, sonó el teléfono de Louise. Era Amira. Las letras AM aparecieron en la pantalla del ordenador del salpicadero. Louise rechazó la llamada en su teléfono, y Thomas no apartó los ojos de la carretera.

Louise confiaba plenamente en Thomas. Había decidido no contarle los planes de Amira porque no quería agobiarlo. Cuanto menos supiera, mejor. A Amira se le acababa el tiempo, y ella haría todo lo posible para ayudarla, pero Thomas sería cómplice en cuanto se enterase de sus planes, y lo último que quería era poner en peligro su carrera.

Envío un mensaje de texto a Amira después de salir del coche sugiriéndole que hablaran más tarde antes dirigirse hacia el centro de rehabilitación, donde reconoció a la agente Sarah Millard, quien había estado vigilando a Jay Carrigan en el hospital.

—¿Estás aquí sola, Sarah?

—El inspector Baker me pidió que vigilara la salida de todos. Espero a una persona más, señora.

—No perdieron el tiempo. ¿Ha vuelto David Mountson en algún momento?

—No, señora. Ya se había ido cuando entré en el turno, pero me informaron que debía llamarla si él regresaba.

Louise intentó llamar al teléfono de Mountson, pero no hubo respuesta.

—¿El apartamento de Mountson? —preguntó Thomas.

Louise asintió, pero deseaba haber buscado en los archivos de redes sociales de Mountson antes. El hombre no estaba en su apartamento, como era de esperarse, así que acordaron dirigirse a una dirección que Louise había obtenido de los padres de Mountson.

—Haremos esto, y después nos iremos a casa. No puedo volver a cenar un sándwich.

—Trato hecho —dijo Thomas.

Tardaron veinte minutos en llegar a la casa de los Mountson, una pintoresca casa de campo alejada en el pueblo de Uphill.

—No es lo que esperaba —dijo Thomas al llamar a la puerta principal.

Desde el porche se veía el mar. El sol se ponía y los colores ardientes se posaban sobre las ondulantes aguas. Era un lugar tranquilo, con la brisa ligera y el aroma del agua lejana.

—Están de vacaciones —se oyó una voz detrás del seto, al lado del edificio—. Lo siento... los Mountson, están de vacaciones. La voz provenía de un hombre mayor con el pelo gris que sacó la cabeza de detrás del seto.

—¿A algún sitio bonito? —preguntó Louise tras presentarse a sí misma y a Thomas.

—Grecia. Volverán en un par de semanas.

—En realidad, estamos intentando localizar a su hijo, David —advirtió Louise.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Nada. Necesitábamos su ayuda.

—No estoy seguro de que sea así, pero me temo que no puedo ayudarlos. Soy buen amigo de Linda y George, los Mountson, y no han visto a su hijo desde hace varios años. Se han distanciado, creo que ese sería el término. Te rompe el corazón, realmente lo hace.

—Lamento escuchar eso, Sr...

—Groves. Es realmente trágico. Era un niño encantador. Recuerdo el día en que nació, ¿puede creerlo? Verlos pasar de ser inocentes a lo que terminó siendo.

—¿Y qué es eso, Sr. Groves?

—La clásica historia de juntarse con la gente equivocada. Yo era maestro de escuela. Director de escuela, de hecho. Lo he visto todo. Nunca puedes estar seguro del camino que tomarán. En el caso de David, no importaba que tuviera unos padres tan maravillosos, no pudieron evitar que le pasara. Y lo intentaron, créanme.

—¿Qué le pasó?

—Drogas. Quizá lo sepas mejor que yo, pero la ciudad está inundada. No conozco los detalles concretos, no me gusta entrometerme, pero empezó con problemas en el colegio. Luego empezó a faltar durante días, y antes de que te des cuenta, se había vuelto un adicto. Lo llaman drogadicto.

—¿Iba a su colegio, señor Groves? —preguntó Thomas.

Groves retrocedió, como si Thomas le hubiera insultado.

—Cielos, no —dijo, casi sin poder concebir que algo tan indecoroso pudiera suceder bajo su vigilancia.

—Sin embargo, el Sr. Mountson recuperó su vida, ¿no? —preguntó Louise—. Ahora trabaja en un centro de rehabilitación, ayudando a personas que han sufrido los mismos problemas que él.

—¿Qué mismos problemas? Él lo eligió.

—No es tan simple, Sr. Groves —dijo Louise, y lamentó de inmediato el entrar en un debate con el hombre—. Es un poco arriesgado, pero ¿conoce por casualidad a la otra persona de esta foto? —añadió. Le entregó a Groves su teléfono con las imágenes de Mountson y el segundo hombre con la marca en el brazo.

Groves frunció el ceño, descontento por haber sido corregido. Sacó un par de gafas del bolsillo superior y miró la imagen, murmurando para sí mismo.

—¿Cómo dice? —preguntó Thomas.

—Sí, lo conozco. Fue a mi colegio hasta su expulsión. Intenté advertir a los Mountson sobre él. Estaba aquí todo el tiempo y llevaba al joven David por mal camino. Se llama Laurence Dwyer. Un personaje desagradable.

—¿Por qué fue expulsado?

Groves apretó los dientes.

—Estaba vendiendo drogas en la escuela. En cuanto lo descubrimos, lo echamos —dijo, como si se sintiera personalmente afrentado por los acontecimientos pasados.

—¿Por casualidad sabe dónde vive?

—Hace años que no lo veo. He oído que sigue haciendo de las suyas. Ahora, si no les molesta, mi cena está en la estufa.

—VAS A VOLVER A LA ESTACIÓN, ¿no? —dijo Thomas tras dejar a Louise en el estacionamiento de la estación.

—Voy a investigar al tal Dwyer y luego me voy a casa, lo prometo —respondió Louise.

—Iba a sugerir que fuéramos a tomar algo —dijo Thomas—. Ha sido un día duro.

—Oh —murmuró ella.

Solían ir a tomar una copa juntos después del trabajo, pero había algo en la forma en que le habló, una ligera vacilación que sugería que podría ser algo más que bebidas.

—Es una gran idea, y normalmente lo haría, pero necesito averiguar algunos detalles más o no podré descansar —dijo Louise, y oyó lo nerviosa que sonaba a medida que las palabras salían de su boca. Tal vez fuera fruto de su imaginación, pero en los últimos días se había sentido más unida a Thomas. Se recordó a sí misma su promesa de no involucrarse con nadie en el trabajo, pero aun así sintió que sus mejillas se enrojecían—. Sigue en pie lo del sábado —concluyó, con la esperanza de sonar más serena de lo que se sentía.

Thomas levantó las manos y sonrió.

—¿Quieres que te ayude?

—No, no. Uno de nosotros puede acostarse temprano. Te veré por la mañana —le dijo, y salió del coche antes de que él tuviera tiempo de objetar.

CAPÍTULO VEINTE

Andrew Thorpe no podía creer su suerte.

Hasta ese momento, la velada había sido un fracaso, y era culpa suya por ir a cualquier sitio de Weston un jueves por la noche. Incluso en plena temporada, los jueves solían ser causa perdida. Seguían saliendo, pero él siempre tenía la sensación de que se contenían, como si esperaran al fin de semana.

No es que no se hubiera acercado. Charló con un par de ellas en el pub y fueron con él al club. Una de ellas era fea, pero su compañera estaba en forma. Bailó con ellas durante más de una hora antes de darse cuenta de que estaban más interesadas la una en la otra que en él. Eso no lo detuvo, hasta que se dio cuenta de que era una causa perdida y se rindió. Pasó la última hora de la noche bebiendo chupitos y persiguiendo a cuanta chica se encontró.

Había salido solo del club, y se estaba consolando al pensar que aún quedaba el fin de semana cuando la vio sentada sola en la fachada de una tienda del Boulevard.

—A estas horas de la noche, no te conviene estar ahí sola —le dijo. Se detuvo y extendió los brazos a lo ancho.

—Probablemente tengas razón —dijo la chica, incorporándose.

—Oye, ¿no te conozco? —dijo él. La chica era guapa. Bajita, pero guapa. Tenía ese estilo de vestir punk con cuero. Pelo morado y mucho maquillaje, pero sin duda era guapa. Tal vez fuera el alcohol, pero sus ojos eran enormes y acogedores. Parecía que le devolvía la mirada y que le gustaba lo que veía. Le resultaba familiar, pero muchas chicas lo hacían hoy en día.

—No lo creo.

La siguió estudiando. Había algo en esos ojos y en sus labios carnosos. ¿Habían tenido relaciones en el pasado? No era inconcebible. Llevaba tanto tiempo jugando a este juego que podría haber ocurrido.

—¿Estuviste antes en el club Boar?

—Sí. No sabía que tenía un admirador —dijo ella, con una sonrisa socarrona.

Thorpe se fijó en la tinta del cuello de la mujer.

—¿Qué es eso? —dijo, y señaló al tatuaje que serpenteaba desde la clavícula.

—Un Manítú —respondió ella.

—¿Qué significa? —dijo Thorpe.

—Acompáñame y te lo explicaré.

¿SE LO HABÍA EXPLICADO? No lo recordaba. Pararon en una pollería y ella convenció al tipo del

mostrador para que les vendiera latas de cerveza. Tomó nota del lugar, una referencia útil para el futuro, pues una vez más tuvo la sensación de conocerla de algún lado.

Lo siguiente que supo fue que estaban sentados en la parte trasera de un taxi. O al menos pensaba que era un taxi. No recordaba haberlo pedido. Ella tenía una aplicación en el móvil y el coche había aparecido al cabo de unos minutos. Cuando le preguntó de qué aplicación se trataba, ella se limitó a dedicarle esa sonrisa seductora y evocadora a la vez.

—Toma, bebe un poco más —le dijo y le entregó una de las latas, devolviéndolo al presente.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—A mi casa, tonto —contestó y clavó los ojos en los suyos mientras él daba un trago a la cerveza caliente.

Thorpe miró al exterior, pero le costaba enfocar la vista. Las ventanas estaban tintadas y lo único que distinguía eran los contornos sombríos de los árboles.

—¿En dónde vives? —dijo. Movié su cabeza para ver al conductor, pero la mirada del hombre en el espejo retrovisor lo hizo sentarse en el asiento—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó la chica. El coche se desvió a la derecha y tomó una pista fuera de la carretera.

—Creo que me gustaría irme ahora —dijo Thorpe, sintiendo una debilidad que temía que no estuviera relacionada con las copiosas cantidades de bebida que había consumido esa noche.

—En un minuto —dijo el conductor.

El conductor detuvo el coche y se volvió para mirarlo. Tenía la cara medio cubierta por una barba desaliñada, pero en la penumbra del coche, la piel del hombre parecía descolorida. Thorpe no estaba seguro de lo que veía, pero había algo raro en su rostro. No estaba seguro de si el hombre tenía cicatrices, pero las líneas en su cara no eran... naturales. Entonces recordó dónde había visto al hombre antes.

El conductor le sonrió.

—Encantado de verte de nuevo, Andrew.

—¿QUÉ es eso? —preguntó Thorpe al ver que el hombre sacaba un contenedor del maletero del coche.

—Esta es tu salvación —le dijo.

Thorpe pensó en correr, pero se mareaba cada vez que intentaba moverse.

—¿Qué quieres? —le preguntó a la chica, que se aferraba a los brazos del hombre. La sonrisa seguía presente, pero la seducción, si es que alguna vez había existido, se había desvanecido de sus ojos.

A Thorpe no le gustó mucho esta nueva expresión.

—No es lo que nosotros queremos, Andrew, es lo que tú quieres —dijo ella.

—¿Qué significa eso? —preguntó Thorpe, con una sensación peor que el miedo recorriéndole el cuerpo al ver el soplete.

—Te gustan las chicas jóvenes, ¿verdad, Andrew? —dijo el hombre.

—Vamos, hombre. Estoy en mis veinte.

—Tienes veintinueve años, Andrew.

—¿Y qué?

Thorpe no sabía de qué demonios hablaba el hombre, pero entendió el tono. ¿Había molestado por fin a la persona equivocada? Intentó pensar en las chicas con las que se había acostado últimamente, pero nunca recordaba los nombres. Ya se había metido en líos antes.

Novios celosos, e incluso maridos. Una vez se quedó en casa de una chica y por la mañana fue atacado por un padre furioso, que fue contenido por su esposa mortificada, por suerte. Pero no, nunca nada como esto.

—Lo que sea que haya hecho, lo siento. Nunca quise lastimar a nadie —dijo Thorpe.

—¿Y Poppy Westfield? —dijo el hombre. ¿Poppy? Se acordaba de Poppy. Era despampanante y... ¿Cuánto hacía de eso? ¿dos o tres años?—. ¿Qué pasa con ella?

—La manchaste, Andrew, y ahora tendrás que pagar —le dijo, y procedió a encender el soplete.

El sonido de la llama azul fue suficiente para que Thorpe se hiciera encima. Cayó de rodillas y suplicó a la muchacha, que puso la mano en el brazo del hombre.

—Gracias —le dijo Thorpe a la mujer mientras el hombre apagaba la llama.

—Ni siquiera te acuerdas de mí, ¿verdad? —preguntó ella.

Esto llamó la atención de Thorpe. Si pudiera recordar, sabría lo que había hecho mal. Si lo supiera, tal vez podría salir de esta situación.

—Lo siento. Me resultas familiar, pero...

—Soy un poco mayor ahora, tal vez por eso. Pero siempre fui invisible para ti, ¿no?

—Lo siento si alguna vez hice algo para herirte. Pero... —Thorpe sintió que el calor le bajaba por las piernas cuando la mujer miró el reloj.

—Esta es la parte que más me gusta —dijo—. ¿Digamos cinco minutos?

—No lo entiendo —respondió Thorpe.

Ella señaló hacia el bosque, hacia la insondable oscuridad que él se esforzaba por enfocar.

—Tienes cinco minutos, Andrew. Será mejor que empieces a correr.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Louise se alegró de ver que el departamento de Investigación Criminal estaba desierto. Estar sola en el despacho de planta abierta solía llenarla de optimismo. Le recordaba que era la primera en llegar por la mañana y que el día estaba lleno de posibilidades. Ahora, tenía que enfrentarse a una sensación de frustración muy conocida. Parecía que las cosas empezaban a encajar, pero aún sabía demasiado poco. La razón por la que estaba trabajando tan duro era su temor a un tercer atentado, aunque debía reconocer que era casi inevitable a menos que encontraran a los responsables.

Por el momento, lo más cercano que tenían a un sospechoso era David Mountson, e incluso ahora parecía una posibilidad remota. Tal vez temía a las represalias, pero Jay Carrigan se habría dado cuenta de que uno de sus atacantes era el gerente de su centro de rehabilitación, incluso si llevaba una máscara.

Se conectó a su portátil y escaneó sus mensajes. Tracey había enviado un mensaje con una actualización de las investigaciones sobre la pandilla de O'Connell. Había adjuntado detalles de aquellas víctimas de ataques con ácido de las que habían hablado esa mañana. Las imágenes no eran menos desgarradoras tras verlas por segunda vez. El paralelismo entre estos ataques y la marca era obvio, pero Louise no estaba convencida de que estuvieran relacionados. Los ataques con ácido fueron fortuitos y desorganizados, mientras que lo que les ocurrió a Jay y Poppy parecía meticuloso y planificado.

La incómoda verdad era que no era necesario que existiera una razón detrás de los ataques. Podían buscar un motivo todo lo que quisieran, pero a veces la gente se hacía cosas horribles solo porque sí, por alguna retorcida satisfacción que ella no podía imaginar, como Max Walton. Si ése era el caso, la investigación resultaría aún más difícil.

Llamó a Amira mientras buscaba al amigo de David Mountson, Laurence Dwyer.

—Lo siento, no pude responder antes —se excusó.

—No hay problema. No estaba segura de si todavía estabas de servicio —dijo Amira.

—¿Todo bien, Amira? —preguntó Louise al notar el abatimiento en la joven agente.

—Terri Marsden se ha retirado.

—¿Se ha retirado?

—Ya no quiere seguir persiguiendo el caso de Finch.

—Quizá esté un poco asustada. Vuelve a hablar con ella —dijo Louise.

—Ya lo hablé. Pasé toda la tarde con ella. Tienes razón, está asustada. Ese bastardo le envió otro mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Era una de las fotos que le había tomado. Nada más, pero se lo envió a su teléfono. Lo

abrió cuando estaba tomando un café con unos amigos. Debe haber descubierto nuestras intenciones —dijo Amira.

Con todo lo que estaba pasando, eso era lo último que necesitaba. Se sintió culpable por pensar de esa manera, y aún más aliviada de que Finch no tuviera fotos suyas. ¿Sabía él que lo habían investigado? ¿Se había enterado cuando lo vio en el cuartel general?

—¿Te ha enviado algo?

—No, pero no puede ser una coincidencia.

Louise se frotó los ojos. Necesitaba dormir, no era buena para nadie en su estado actual.

—Estoy de acuerdo, pero pensémoslo racionalmente. Si le está advirtiéndolo, significa que al menos tiene un poco de miedo. ¿Terri guardó el mensaje en su teléfono?

—Sí. Fue mortificante para ella, pero dijo que lo guardaría por ahora.

—De acuerdo. Ve a hablar con ella mañana y trata de conseguir su teléfono. Conozco a alguien en tecnología que podría ayudarnos.

Louise dejó su escritorio. A pesar de lo tarde que era, se preparó un café para distraerse. Odiaba la reacción visceral que le producía pensar en Finch. Su mente debería estar concentrada en el caso de la marca, pero ahora solo podía pensar en él. Casi podía oler su aroma cítrico en el aire, y no le sorprendería que apareciera de entre las sombras. Era inconcebible que el hecho de que Terri recibiera un mensaje un día después de que Amira se reuniera con ella fuera una coincidencia, y si estaba tras Amira, era probable que supiera que Louise estaba involucrada. Eso no le molestaba, pero dificultaría las cosas. Tras lo ocurrido en la granja Walton, sabía que él no tenía límites con tal de protegerse.

Después de servirse un café, llamó a Simon Coulson, uno de los técnicos del MIT, y quedó con verse el sábado por la mañana. Coulson había demostrado su fiabilidad y discreción en varias ocasiones, y ella se sentía capaz de confiar en él. Ahora solo tenía que decidir si debería implicar a Tracey.

La advertencia que Finch le había dado a Amira significaba que le quedaban poco más de tres semanas para presentar su dimisión o atenerse a las consecuencias. Era un plazo tan limitado que Louise se planteó poner a Finch en evidencia, pero no eran sus fotos las que él tenía en posesión.

Coulson era un mago de la tecnología. Si alguien podía encontrar alguna prueba sobre Finch, él era la persona indicada. Se dijo a sí misma que poco podía hacer hasta entonces y centró su atención en el caso de las marcas, realizando búsquedas sobre Laurence Dwyer.

Las coincidencias no tardaron en llegar. Como había sugerido el antiguo profesor de la escuela, Dwyer se había metido en líos desde su adolescencia. Tenía una serie de arrestos a su nombre, y aunque en su mayoría se trataba de cargos por posesión que habían acabado en amonestaciones, Dwyer había sido acusado de lesiones graves hacía cinco años por un incidente con un vaso de cristal en un bar de la zona de Westbury, en Bristol, aunque el caso había quedado en nada.

Leía los informes, pero las palabras habían dejado de tener sentido. El café solo servía para ponerla hiperactiva, y apagó el portátil después de imprimir la dirección de los padres de Dwyer en la zona de Whitchurch, en Bristol.

Los pubs estaban a reventar cuando se dirigía de vuelta a casa. Unos cuantos juerguistas se dirigían a las discotecas o a aquellos establecimientos que Baker aún no había cerrado. Parecían ser más jóvenes cada año: las chicas con faldas cortas, los chicos con vaqueros ajustados y zapatos sin calcetines. Louise no envidiaba su juventud, pero cuando dos jóvenes parejas se cruzaron delante de ella en el paso de peatones frente al Gran Muelle, quedó impresionada por lo

despreocupados que eran. Reían y saltaban a lo largo de la calle, dirigiéndose hacia la playa.

Tal vez debería haber aceptado la invitación de Thomas, a pesar de las posibles complicaciones. Era una vieja discusión que parecía tener continuamente consigo misma. Estaba tan centrada en su carrera que parecía como si su vida real estuviera en suspenso continuo. Para alguien tan dispuesta a correr riesgos en el trabajo, su vida privada carecía de aventuras. Thomas le gustaba y le atraía, pero ¿era suficiente para poner en peligro su relación laboral? ¿O era otra complicación de la que podía prescindir? Su resistencia a crear una vida social se debía a lo que le había ocurrido a Paul, a la madre de Emily y a todas las vidas que vio destruirse a lo largo de su carrera, pero no era forma de vivir. Siempre posponía las cosas, se decía a sí misma que cuando terminara un caso intentaría algo nuevo, pero siempre habría otro caso. Había llegado el momento de seguir adelante con su vida.

Cuando llegó a casa, apenas tenía fuerzas para salir del coche. Los últimos días le habían pasado factura y pensó seriamente en dormir al volante. Al final se arrastró hasta el exterior, disfrutando de la sensación de paz en el tranquilo entorno de la casa. A lo lejos se oía el mar, y el suave murmullo del agua le infundía optimismo.

Dentro de la casa, se dirigió directamente a su habitación y se tumbó en la cama. Cuando sonó el teléfono cinco horas más tarde, aún estaba vestida.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Los temores de Louise de que el caso de las marcas se convirtiera en un asesinato se hicieron realidad. Tardaron diez minutos en llegar al lugar del crimen, con el cadáver convenientemente colocado en el estacionamiento del bosque de Weston, en Worlebury Hill Road. La zona había sido acordonada, se había levantado una carpa sobre el cadáver, y los agentes, con sus trajes blancos, ya estaban trabajando.

Louise fue el primer miembro del CID en llegar al lugar. No esperó a Thomas, sino que se vistió con su propio uniforme de SOCO para poder ver a la víctima sin riesgo de contaminar la escena. Se estaba poniendo el traje de cuerpo entero por encima de la ropa cuando Janice Sutton se acercó y le mostró a Louise una billetera dentro en una bolsa de pruebas, que había sido recuperada de la víctima.

—Andrew Thorpe, veintinueve años —informó.

—¿Tenemos ya una idea de la causa de la muerte? —preguntó Louise. Cogió la bolsa y el rostro sonriente de un hombre joven, de posible ascendencia mediterránea, le devolvía la mirada desde la prisión de plástico.

—Puedo confirmar que se trata de una de sus víctimas marcadas —dijo Janice, y giró la cámara para ver la imagen.

Resultaba difícil unir al hombre sonriente con el cuerpo sin vida en las imágenes que Louise estaba observando. Acercó la imagen de la cara del hombre y se volvió hacia Janice para pedirle confirmación.

Janice asintió.

—Le han marcado en la frente —le dijo—. A mí me parece un 2.

—¿Esto no lo habría matado? —preguntó Louise, horrorizada pero incapaz de apartar la vista de las imágenes de la pantalla.

—No es probable, pero el trauma puede haber desencadenado algo más. Aún no hemos explorado otras posibles causas. Sabremos más cuando llegue Dempsey, por supuesto.

Dempsey era el patólogo del condado. Louise había tenido una aventura de una noche con él cuando se mudó a Weston, y su relación laboral había sido tensa desde entonces.

Tras seguir a Janice al interior de la tienda, Louise respiró hondo y luchó contra la sensación inicial de claustrofobia que siempre experimentaba en espacios tan reducidos. La escena estaba siendo grabada por un segundo SOCO, y Thorpe pasaba por las últimas indignidades de ser procesado por el equipo.

—¿Lo encontraron así, sobre su espalda? —preguntó Louise.

Janice entrecerró los ojos y asintió.

—Un paseador de perros, ¿te lo puedes creer?

Era un cliché, pero lo cierto era que los paseadores de perros eran a menudo quienes encontraban a las víctimas. En una ocasión, Louise había participado en la búsqueda de una víctima de asesinato en la que intervinieron equipos aéreos y terrestres especializados, hasta que un paseador de perros encontró a la víctima a muchos kilómetros de la zona en la que estaban buscando.

—Dijo que no tocó ni movió el cuerpo —añadió Janice.

Louise miraba el cadáver. Incluso en la muerte, la marca en la frente de Thorpe parecía dolorosa. La herida parecía ser más profunda que las demás, como si el atacante hubiera empujado el hierro a través de la piel y la carne, buscando el hueso.

—¿Estaba vivo cuando le hicieron esto?

—La hemorragia alrededor de la herida sugiere que fue antemortem, aunque Dempsey tendrá que confirmarlo —dijo Janice.

—¿Y esta fue la causa de la muerte?

La SOCO se encogió de hombros, sugiriendo que ya debería saber que no había que plantear ninguna hipótesis. Ella se quedó mirando el cadáver e intentó no imaginarse el pánico que habría sentido la víctima cuando le colocaron el hierro de marcar en la cabeza.

—¿Alguna señal de inmovilización?

—No que podamos ver. ¿Fueron drogadas las otras víctimas?

—Rastros de Rohypnol.

—Esa podría ser su respuesta, entonces. Si le dieron algo, podría haber tenido un agente paralizante.

—¿Así que era incapaz de moverse mientras le hacían esa cosa en su frente?

—Depende de lo que le dieran. No lo suficiente para tratar de evitarlo, por lo que parece. ¿Alguna idea del significado para los 2?

—Aún no, solo que es una constante. No estoy seguro de si es un 2 o un símbolo de cisne.

—Podría ser un cisne, supongo. ¿Están firmando su trabajo? —preguntó Janice.

—Si tuviera un sospechoso con un nombre que empiece por S, sería el ganador —dijo Louise—. Dicho esto, cualquier sospechoso real sería una ventaja, a estas alturas.

Janice hizo un gesto de apoyo con la cabeza antes de acercarse la cámara al ojo para tomar más fotos.

LA LLEGADA de Dempsey se retrasó dos horas por un presunto suicidio que debió atender al otro lado de Cheddar. Por la tarde, se había instalado una sala de incidentes en la comisaría. La muerte de Thorpe era ahora una investigación activa de asesinato. La foto de la víctima ocupaba el centro del escenario. Debajo, había imágenes más pequeñas de las marcas de Poppy Westfield y Jay Carrigan.

—Es extraño pensar que ellos fueron afortunados —dijo Thomas, y le entregó un café a Louise.

—Tenemos que volver a visitarlos —dijo ella. Jay y Poppy habían afirmado no conocerse, y ahora necesitaba saber si alguno estaba relacionado con Andrew Thorpe.

— Si te parece bien visitar a Poppy, puedo visitar a Carrigan a su nuevo centro —dijo Thomas.

Ella aceptó.

—Averigua si alguien ha oído hablar de David Mountson en el centro de rehabilitación cuando estés allí.

Encontrar a Mountson era ahora una prioridad. Que se hubiera ausentado sin permiso tan cerca de la muerte de Thorpe era más que una preocupación, en especial al tener en cuenta la imagen que habían descubierto del amigo de Mountson, Laurence Dwyer, y la marca en su brazo. No era algo que a Mountson se le hubiera podido olvidar, y Louise solo podía suponer que le ocultó la información a propósito.

—Avísame una vez que hayas interrogado a Carrigan. Me gustaría visitar a Laurence Dwyer antes de que termine el día, en lo posible.

Estaba a punto de irse cuando el Inspector Baker entró en la oficina. El efecto que produjo su aparición le recordó a un director apareciendo en un aula: se hizo silencio en la sala, como si todos percibieran la tensión entre Louise y el nuevo Inspector.

—¿Todo bien, Rob? —le preguntó.

—Hola, Louise. Me he enterado de tu última víctima. Quería ver si puedo ofrecerte mi ayuda de alguna manera.

Tuvo que luchar contra el impulso infantil de acusar a Baker de entrometido.

—Te lo agradezco, Rob —suspiró para sus adentros al ver que Baker se dirigía hacia el tablero de crímenes con las imágenes de las víctimas.

—Es terrible —dijo Baker, sacudiendo la cabeza. El hombre se alzaba a su lado, pues Louise ni siquiera le llegaba a los hombros—. ¿Crees que sea una especie de justiciero? —preguntó sin apartar la vista del tablón.

Ella tuvo que morderse la lengua una vez más. Siempre agradecía la ayuda de todos en la comisaría. Por su naturaleza, estos casos eran un asunto interdepartamental, ya que la información podía proceder de las fuentes menos imaginadas. Louise disfrutaba de formar parte de un equipo más amplio, pero algo en los modales de Baker la irritaba. Era como si se colocara en el centro de todo, cuando en realidad no formaba parte de su trabajo, y el cierre del club nocturno y del centro de rehabilitación seguía irritándola. Pensó en decir: “Quizá deberías regresar a la tarea de cerrar bares locales, Rob”, pero sabía que solo la haría parecer débil y paranoica. En cambio, dijo:

—¿Qué te hace pensar que es un justiciero?

Baker hizo una mueca.

—Solo era una idea. ¿La primera víctima es un traficante de drogas?

—No, es un drogadicto. Y las otras dos víctimas, incluyendo al Sr. Thorpe, no tienen antecedentes penales.

—Me equivoqué. ¿Sabemos el significado de estas marcas? Hasta principios del siglo XX, solíamos marcar a los criminales. ¿Tal vez tengan algún significado?

—Es posible, Rob. Es uno de los muchos ángulos que estamos estudiando.

Baker se volvió lentamente hacia ella.

—Ya veo. Bueno, no te haré perder más tiempo.

Ella lo acompañó hasta la puerta del despacho, como si quisiera asegurarse de que se marcharía.

—No podría haber llegado en peor momento —dijo Baker una vez que abría la puerta.

—No para el Sr. Thorpe, no —respondió Louise.

—Es insensible por mi parte, lo sé. Es solo que, con la reunión de mañana, es una pena que la atención se centre en estos ataques y no en el buen trabajo que estamos haciendo en la comisaría en este momento.

Louise no hizo ningún comentario mientras el hombre se alejaba. No sabía si pretendía ser hostil, pero era difícil no interpretar lo que había dicho como un comentario mordaz.

LOUISE INTENTÓ OLVIDAR el comentario de Baker al salir de la estación. Era viernes por la tarde y los turistas del fin de semana ya estaban llegando al centro de la ciudad. Envidiaba su ignorancia. Tal vez fuera la falta de sueño, pero los últimos acontecimientos no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Su trabajo la entrenó para desvincularse profesionalmente de los acontecimientos, pero no siempre era tan fácil; le costaba olvidar las terribles heridas infligidas a Jay y Poppy, y la marca en la frente de Thorpe le parecía un insulto final. Los padres de Thorpe habían acudido al lugar de los hechos, y ella se había sentido impotente al ver sus reacciones. La marca perduraría para siempre en sus recuerdos y también existía el riesgo de que la imagen se hiciera pública y el legado de Thorpe se convirtiera en ser el hombre con la marca en la frente.

Había visto muchas cosas en su vida, incluyendo rostros y cuerpos mutilados hasta quedar irreconocibles, y estos sucesos no deberían tener el efecto que tenían. Cuando se abrió la puerta de la residencia de los Westfield y vio la mirada atormentada y distante de la madre de Poppy, reiteró el daño duradero que estaban causando los ataques.

—Sra. Westfield, siento mucho molestarla de nuevo, pero necesito hablar con Poppy.

Había una genuina desesperación en la respuesta de la Sra. Westfield, como si Louise estuviera amenazando con obligar a la hija de la mujer a volver a pasar por esa terrible experiencia.

—¿No puedes dejarla en paz por un tiempo? Por favor. No quiere salir de su habitación y... no sabemos qué hacer.

—Lo siento mucho, Sra. Westfield. Ojalá hubiera otra manera. No tardaré mucho, lo prometo.

La casa era un bonito adosado victoriano a un par de calles del mar. La Sra. Westfield la condujo por el immaculado suelo de madera hacia la escalera. Miró hacia atrás a Louise con los ojos enrojecidos y suplicantes, a medida que dejaban atrás las paredes llenas de fotografías familiares. Estaba segura de que los Westfield seguirían adelante con sus vidas algún día, pero comprendía lo sombrío y lejano que debía de parecerles ese futuro.

—Poppy, querida —dijo la Sra. Westfield tras golpear la puerta—. Louise ha venido a verte. ¿Puede pasar?

—De acuerdo —llegó una voz quebradiza desde el otro lado de la puerta.

—Me gustaría que se quedara, de ser posible. ¿Está el Sr. Westfield en casa?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —dijo, y la tristeza de sus ojos fue sustituida por algo más salvaje, una especie de terror creciente que dificultaba aún más lo que debía decirles.

Poppy estaba sentada en la cama, con el edredón subido hasta el cuello. Sus grandes ojos, inocentes y perdidos, miraban a Louise.

—No es fácil decirlo, pero ha habido otro ataque —dijo Louise. Se sintió impotente cuando la chica soltó un gritito, igualado en tono por su madre, que corrió a su lado.

—No pasa nada, Poppy, ya estás a salvo —aseguró la señora Westfield.

Louise se preguntó si había cometido un error. Necesitaba la respuesta de Poppy, pero le preocupaba que no estuviera preparada.

—Tu madre tiene razón. Solo necesitamos tu ayuda para atrapar a los responsables. Quería mostrarte una foto de la víctima. ¿Te parece bien?

En ese momento, Poppy pareció tener más determinación que su madre. Se enderezó en la cama, con un destello de determinación en el rostro.

—No quiero ver la... —dijo.

—No, ésta es una foto de él antes del incidente —le aseguró Louise. Le dio su teléfono, y la cara de la chica palideció al ver la imagen de Andrew Thorpe.

—¿Mamá? —dijo la niña.

La señora Westfield miró a Louise antes de ver la imagen.

—Oh, no —dijo.

—¿Conoces a la persona de esta foto?

—¿Mamá? —repitió Poppy. Su voz angustiada y aguda la hacía parecer mucho más joven.

—Lo conocemos. Tuvimos un pequeño problema con él que ya fue resuelto —dijo la mujer, y rodeó a su hija con un brazo.

—¿Puede decirme su nombre?

—Andrew Thorpe.

—¿Tuviste un pequeño problema con él? —repitió Louise.

—¿Podemos hablar fuera? —dijo la Sra. Westfield.

Desde que Louise le había enseñado la foto, la determinación de la mujer había regresado. Poppy se envolvió aún más en el edredón una vez que Louise salió de la habitación.

—¿Qué le pasó? —le preguntó la madre.

Louise le enseñó la otra imagen de Thorpe, de la cruda marca en la frente sobre los ojos sin vida. La Sra. Westfield bajó la cabeza.

—Dios mío. Debo admitir que quería que le pasara algo malo, pero no esto.

—No lo entiendo, Sra. Westfield. ¿Cómo conoce a Andrew Thorpe?

Ella suspiró.

—Poppy y este hombre se vieron durante un tiempo, si sabe a lo que me refiero.

—¿Tenían relaciones?

—Sí. Lo que pasa es que Poppy solo tenía catorce años entonces.

—Ya veo. ¿Así que esto fue hace tres, cuatro años?

—Hace unos cuatro años y medio. Andrew tenía veinticuatro en ese entonces. No sabíamos nada al respecto. Le pusimos fin de inmediato, pero siguieron viéndose durante un tiempo. Al final, Greg tuvo que ir a hablarle.

—¿Greg, su marido?

—Sí, tuvimos que advertirle. Le dijimos que iríamos a la policía si lo volvíamos a ver.

—¿Y volvieron a verlo?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Dónde está su marido ahora, Sra. Westfield?

La mujer parecía confundida. Louise casi podía ver la idea trabajando en su mente, reflejada en sus cambiantes expresiones faciales.

—No seas ridícula. Él no tendría nada que ver con esto. Mira lo que pasó con Poppy.

—Por favor, solo dígame. Vamos a resolverlo.

—Está en el trabajo. Es profesor en la escuela.

—Las clases no han iniciado aún —dijo Louise.

—Ya está trabajando y preparándose para el nuevo año escolar.

—Gracias, Sra. Westfield. Si vuelve antes de que yo lo vea, dígame que me llame inmediatamente.

—Esto es ridículo.

—Por favor, Sra. Westfield.

—Bien.

Louise subió a su coche. Miró hacia atrás y vio a la Sra. Westfield, cruzada de brazos y

mirándola como si todo lo que sucedió fuera culpa suya. Llamó a Thomas y lo puso al corriente de la nueva información.

—Bien, intentaré ir para allá ahora. Sin embargo... —dijo Thomas.

Ella empezó a negar con la cabeza.

—No me digas “sin embargo”, Tom.

—Es Jay Carrigan. No sé por qué no nos lo dijeron antes.

—¿Decirnos qué, Tom? —preguntó ella. Thomas era la última persona con la que quería perder la paciencia, pero no le gustaba la vacilación de su voz.

Un suspiro se oyó al otro lado del teléfono.

—Se dio de alta por su cuenta y no sabemos dónde está.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cerró los ojos al recordarlo y se estremeció ante la sensación pura que había experimentado: sus manos sobre las de él cuando el hierro se fundía en la frente de Thorpe. Cómo había seguido empujando y guiando aquellas manos temblorosas hasta que Thorpe empezó a convulsionar.

Y luego la aguja.

No le había dicho a D sobre la aguja del tatuaje, porque él se habría opuesto y habría dicho que matar a Thorpe solo atraería más atención sobre ellos, pero ella no tenía intención de dejar vivir a Thorpe.

Al principio pensó que él la detendría. Había visto la reticencia en sus ojos cuando sacó la aguja, y se vio obligada a apartar las manos de D cuando acercaba la aguja al ojo de Thorpe.

Marcar a Thorpe nunca sería suficiente. Era igual que los otros tres, y merecía el mismo castigo. Cada uno de ellos se había turnado para verla, así que ella les había quitado los medios para ver. Y tal vez el castigo no fuera tan apropiado para Thorpe, pero él había visto cómo se la llevaban, por ende, se sintió justificada para usar el mismo método.

En aquel entonces, el hecho de que Thorpe estuviera con Poppy le había hecho pensar que tal vez no era tan malo, pero él no era diferente. Si no hubiera sido Poppy, habría sido otra chica. Era un depredador, y cuando llegó el momento, no tuvo reparos en clavarle la aguja en la suave gelatina del globo ocular.

Después, hizo que D condujera hasta la casa de la policía. Mountson había desaparecido y estar cerca de la mujer policía la tranquilizaba, incluso si no podía ser vista.

Y esa era parte de la razón por la cual estaban aquí ahora, sentados en el coche esperando a que la Inspectora Blackwell saliera de la casa de Poppy.

Debía ser cuidadosa. Pronto se establecerían conexiones entre sus presas, lo que significaba peligro. Y quizás la mayor amenaza era la propia mujer policía.

Disfrutaba de observar a la mujer. Nunca había visto a nadie comportarse como lo hacía Blackwell, quien parecía controlar por completo a su entorno, a todos y a todo lo que la rodeaba.

Y admitió que sentía un poco de envidia. Si bien tenía sus problemas, la Inspectora Blackwell vivía una vida idílica en la casa que compartía con sus padres y su querida sobrina, por lo que había visto. Ella nunca había vivido eso, pues tuvo que pasar de un hogar de acogida a otro hasta que consiguió escapar.

Sin embargo, ahora se preguntaba si podría probar esa vida. Todavía tenía trabajo que hacer, pero tal vez después podría tener lo que Louise tenía. Aun si eso implicaba tomarlo para sí misma.

El pensamiento la inundó de calidez. Miró calle abajo hacia la casa de Poppy y se preguntó

cómo lucía ahora la suave carne de su muslo. ¿Sentía su conexión? ¿Comprendía el significado de la marca que las uniría para siempre? Blackwell le contaría lo que le había ocurrido a Thorpe pronto. Deseó poder estar allí en ese momento, para saborear el tormento y la confusión. Se preguntó si la madre sería capaz de ocultar su regocijo cuando vio a la policía abandonar la casa.

Blackwell tenía una gracia envidiable. Parecía contenida, desprovista de cualquier inseguridad a medida que se alejaba de la afligida madre de Poppy.

Se moría de ganas de que Blackwell formara parte de su familia.

—Deberíamos quedarnos aquí —dijo D.

—¿Qué pasa si va a buscar a Mountson?

—Lo encontraremos, no te preocupes, pero no podemos arriesgarnos a que reconozca el coche.

Él también sintió el cambio en su relación. La noche anterior le demostró que ella quería ir por más, y a él ya le costaba seguirle el ritmo. Ella necesitaba a D por ahora, y estaba de acuerdo con su evaluación.

Vio alejarse a Blackwell, a Louise, *su* Louise, y se estremeció ante la pérdida y expectativa.

—Tienes razón —dijo, con las manos sobre él—. Volvamos a casa lo antes posible.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La escuela del Sr. Westfield estaba al otro lado de Weston, cerca de la estación de Worle. Louise dispuso que un coche patrulla se quedara delante de la casa de los Westfield a medida que ella se ocupaba de la incompetencia del centro de rehabilitación. Era inútil, pero se culpaba a sí misma. Debería haber controlado mejor a Jay Carrigan, debería haberlo visitado en cuanto descubrieron el cadáver de Thorpe. Ahora tenía una víctima y un sospechoso desaparecidos, y no confiaba en que el señor Westfield la esperara en el colegio.

La escuela estaba en el extremo superior de Worle, cerca de la autopista. Louise había pasado en coche por delante de los campos deportivos en numerosas ocasiones, pero nunca había tenido una razón para visitar el lugar. El edificio parecía desolado bajo el sol de agosto, y solo había dos coches en el estacionamiento asfaltado. La zona parecía aislada a pesar de su proximidad a la autopista, y los edificios y los campos parecían mucho más grandes por la falta de gente.

La puerta principal del edificio estaba cerrada. Llamó, pero nadie contestó, así que caminó hacia la parte trasera del edificio. El hecho de que estuviera desesperada por que el Sr. Westfield estuviera allí ponía de relieve lo rápido que se estaba deteriorando la investigación. Con Carrigan y Mountson desaparecidos, lo último que necesitaba era otro sospechoso potencial prófugo. Si el Sr. Westfield también había desaparecido, entonces lo mínimo que podría esperar sería un tirón de orejas por parte del Detective en Jefe Robertson. Y con toda la policía de Avon y Somerset congregada en la zona mañana, tal como había sugerido Baker, no era el momento adecuado para que las cosas se descontrolaran. Pero peor aún era la preocupación de que un asesino, o un par de asesinos, estuvieran ahí fuera en alguna parte y pudieran volver a atacar en cualquier momento.

En la parte trasera del edificio, dos hombres miraban juntos hacia un desagüe situado junto a una pista de netball. Ninguno de los dos levantó la vista cuando ella se acercó. Uno de ellos, vestido con un traje de negocios, se levantó de un salto cuando ella anunció su presencia.

—No le hagas eso a un viejo —dijo con una sonrisa, mientras se agarraba el pecho fingiendo estar conmocionado.

Reconoció al segundo hombre del hospital.

—Hola de nuevo, Sr. Westfield. No tiene por qué preocuparse, pero quería hablar con usted un momento —le dijo.

—Mi despacho está abierto —dijo el hombre trajeado, y le dio una sonrisa comprensiva a su compañero.

—¿Qué pasa? —preguntó Westfield mientras cruzaban la pista.

—Greg, ¿verdad? —dijo Louise, en relación a su nombre.

—Así es. ¿Es por Poppy? ¿Está bien?

—Todo está bien, Sr. Westfield. Entremos y hablaremos.

La condujo a la parte trasera de la escuela a través del pabellón de deportes. A pesar de que eran las vacaciones de verano, Louise podía oler los olores familiares de los almuerzos escolares y las zapatillas deportivas sudadas, que parecían arraigados en el tejido del edificio. Sus pasos resonaban en el suelo de madera del gimnasio y el sonido los acompañaba mientras Westfield la guiaba por los desolados pasillos hasta el despacho del director.

Le hizo señas para que se sentara.

—¿Qué ha pasado? —dijo, con la cara pálida manchada de rojo por el calor.

—Poppy está bien, Sr. Westfield. Acabo de verla. Me temo que ha habido otro incidente. Anoche atacaron a un hombre. Al igual que Poppy, fue marcado por sus atacantes.

El hombre cerró los ojos ante la mención de la marca. Empezó a temblar, y Louise le dio un minuto para recuperar la compostura. Ese era el lado que menos se consideraba de los delitos graves: por cada persona atacada y herida, casi siempre había otro subgrupo de víctimas (parejas, padres, familiares y amigos) que sufrían las consecuencias. En muchos sentidos, los padres de Poppy sufrirían las secuelas del ataque de su hija tanto como la propia joven. Vivirían con ellos para siempre. Louise lo había visto en la forma en que sus padres se enfrentaron al asesinato de Paul. Era evidente en la forma de beber de su madre, pero también en su padre. La mirada ocasional y lejana de ensimismamiento, la forma en que a veces se ahogaba cuando se mencionaba el nombre de Paul. Por irracional que pudiera parecer al mundo exterior, estaba segura de que los Westfield se culparían por el ataque a Poppy; vivirían con la culpa de no haber sido capaces de protegerla hasta el día de su muerte. Louise les habría asegurado que no era culpa suya, pero no le correspondía a ella y nada de lo que dijera influiría en su forma de pensar.

—Después de hablar con Poppy y la Sra. Westfield, creo que usted conocía a la víctima.

El hombre dejó de temblar y levantó la vista rápido.

—¿A quién?

—Me temo que la víctima murió, probablemente por complicaciones tras su ataque. Andrew Thorpe —dijo Louise, y le mostró al Sr. Westfield la imagen de Thorpe en el lugar de los hechos, la marca de la marca roja en la frente, con la esperanza de provocar una reacción en el padre de Poppy.

—Por Dios —dijo él y apartó la mirada.

—Hábleme de él —dijo Louise, sorprendida por la reacción visceral del señor Westfield. Su rostro se había enrojecido y miraba a Louise con una intensidad feroz.

—Es culpa tuya —dijo, sin apartar los ojos de Louise.

—No lo entiendo, Sr. Westfield.

—Acudimos a ti y no hiciste nada.

—¿Nos informó de la relación del Sr. Thorpe con su hija?

Él se dio la vuelta, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué sentido tendría? No habrías hecho nada.

—Eso no es cierto, Sr. Westfield. Nos tomamos este tipo de casos muy en serio. Si usted creía que Andrew Thorpe tenía relaciones sexuales con su hija, lo habríamos arrestado.

—Mentira.

—Por favor, Sr. Westfield, esto no ayuda a nadie. Empezé por el principio.

—Empezaré por el principio —dijo, entre dientes—. Cuando Poppy estaba a punto de cumplir catorce años, su comportamiento comenzó a cambiar. Siempre había sido una buena chica —se alejó al perder el hilo de sus pensamientos.

—¿Y entonces qué ocurrió, Sr. Westfield?

—Al principio, nada. Empezó por llegar tarde del colegio y luego encontramos cigarrillos en

su habitación. Al principio no estábamos muy preocupados. Lo atribuimos al comportamiento habitual de los adolescentes. ¿No se lo ha contado mi mujer?

El hombre frunció el ceño al ver que Louise negaba con la cabeza.

—Tiene sentido. Actúa como si nunca hubiera ocurrido. Entonces... una noche, Poppy no volvió a casa hasta pasada la medianoche. Era sábado, pero obviamente estábamos preocupados. Acababa de cumplir 14 años. No contestaba el teléfono y, cuando al fin llegó a casa, parecía que no le importaba. Como si salir hasta medianoche fuera algo normal para una niña de catorce años. Se convirtió en algo habitual. Su trabajo en la escuela empezó a empeorar. Algunos días, no podíamos sacarla de la cama por la mañana. Estábamos seguros de que tomaba algún tipo de droga. Empecé a seguirla después del colegio y descubrí que se juntaba con chicos mayores. Tenían autos. Yo no sabía qué hacer —dijo el Sr. Westfield, y sorprendió de nuevo a Louise cuando se echó a llorar.

Ella le dejó llorar, porque no quería arriesgarse a que dejara de hablar.

—Al final nos fuimos a la estación—dijo, y la rabia regresó al hombre que se secaba las lágrimas de la cara manchada—. No sirvió para nada. Nos dijeron un montón de cosas inútiles sobre adolescentes actuando como adolescentes. Al final, insistí tanto que tomaron algunas medidas. Siguió a Poppy hasta la playa de Brean. La policía les hizo algunas advertencias sobre beber alcohol siendo menores, posesión de drogas, ese tipo de cosas, pero no mucho más. Me dijeron que intentaban asustar a Poppy para que dejara el grupo.

—¿No funcionó?

—No, no funcionó. Mejoró por un par de semanas, y luego los mismos patrones comenzaron a repetirse. Íbamos a ir a los servicios sociales cuando su madre encontró anticonceptivos en su bolso. Tenía catorce años. Nos enfrentamos a Poppy, lo que no fue muy bien, como puedes imaginar. Nos dijo que estaba enamorada y que no era asunto nuestro.

—¿Andrew Thorpe?

—Sí, Thorpe —dijo, subrayando el nombre del hombre como si Louise fuera una alumna indisciplinada que no escuchaba con suficiente atención—. Lo encontré. Lo negó todo y no pudimos hacer nada. Lo que le hicieron a mi hija... Era casi una adicta. Intenté advertir a Thorpe, pero se rio en mi cara.

—¿Entonces qué hizo?

El Sr. Westfield la miró, sus ojos se clavaron en los de ella con tristeza y rabia.

—Casi destruimos nuestra familia. La sacamos del colegio y la llevamos con sus abuelos a Devon. Sabía que acabaría siendo la palabra de Thorpe contra la nuestra, y Poppy creía que estaba... Como sea, yo debía actuar con rapidez. Era la única manera. Por fortuna, funcionó. Obtuvo su GCSE y A-Levels. Nos preocupó que regresara, pero hizo buenos amigos y pensamos que el grupo había avanzado. ¿Ahora me dices que Thorpe está muerto?

—Tengo que preguntarle, Sr. Westfield, ¿dónde estuvo anoche?

La cara del hombre enrojeció al darse cuenta de lo que significaba su pregunta.

—¿Cree que yo lo hice? —dijo sin ocultar su incredulidad—. Ojalá lo hubiera hecho. Con gusto le habría quitado la vida a ese imbécil.

—Por favor, no diga eso, Sr. Westfield. ¿Dónde estaba?

—Estuve aquí hasta las cinco, luego me fui a casa. Pedimos comida para llevar a eso de las ocho. Por internet, ¿ves? —dijo, y le mostró el recibo en su teléfono.

—Gracias, Sr. Westfield. Le preguntamos antes si Poppy conocía a la primera víctima, Jay Carrigan.

—Si dice que no lo conoce, es que no lo conoce.

Louise le mostró una foto de Carrigan.

—¿Tal vez formaba parte del grupo con el que andaba Poppy?

Él negó con la cabeza, y repitió el gesto cuando ella le mostró la imagen de David Mountson.

—¿Qué hay de él? —preguntó Louise. Ahora le mostraba la imagen del amigo de Mountson, Laurence Dwyer.

Westfield apretó la mandíbula.

—Él estaba allí, sin duda. Maldito cabrón. Me dio la impresión de que era el líder del grupo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El trayecto de vuelta a la estación fue corto, pero Louise seguía en camino cuando los patólogos la llamaron para pedirle que acudiera de manera urgente al depósito de cadáveres.

Se dirigió hacia la A370, el depósito de cadáveres quedaba a treinta minutos de viaje por Flax Bourton. El recuerdo del Sr. Westfield aún estaba fresco en su mente. Aunque no había estado en Weston durante el periodo de tiempo mencionado, las acusaciones de Westfield sobre la policía le dolían. Comprendía su dolor, y ni siquiera se había planteado llevarle la contraria. Ningún padre quería oír excusas de la policía. Lo triste era que no había suficientes horas de trabajo disponibles para reaccionar ante cada caso de adolescentes enloquecidos. Una chica de catorce años que regresaba tarde a casa no era una prioridad para la policía, y los servicios sociales estaban tan saturados en todas las regiones que normalmente hacía falta algo más que eso para implicarse más allá de lo básico.

Que los padres sospecharan que Poppy se acostaba con Thorpe, quien era mucho mayor que ella, era un asunto diferente. Si hubieran acudido a la policía, Thorpe habría sido arrestado e interrogado. De haber tenido pruebas, hubiera sido un caso de actividad sexual con un niño, aunque Louise podía entender la desesperación de los Westfield en ese momento.

Thomas todavía no había podido localizar a Jay Carrigan que, junto con David Mountson y Laurence Dwyer, se había vuelto persona de interés. Podía imaginarse la cara condescendiente de ACC Morely mañana por la tarde si no encontraban al menos a Mountson y Carrigan. La llegada del Inspector Baker a Weston había hecho que las lenguas departamentales se movieran. La amenaza de que el equipo de Investigación Criminal de Weston se fusionara con el cuartel general de Portishead era una nube constante que se cernía sobre la comisaría, y cualquier metedura de pata en la investigación, ahora una investigación de asesinato, proporcionaría al ACC toda la munición que necesitaba para conseguir lo que quería.

Louise abandonó de momento la idea de volver a trabajar con Finch mientras estacionaba delante del depósito de cadáveres. Dempsey tenía una guarida en el sótano del edificio gris, que incluso con el sol brillando parecía fría y poco acogedora, sensación que se intensificó cuando bajó la escalera hacia los pasillos fríos y sin ventanas de los pisos inferiores.

Al igual que en el vestíbulo de la escuela, los olores del depósito de cadáveres, el formaldehído y el persistente olor a sangre, se pegaban a las paredes. A pesar de lo que se veía en la televisión y las películas, no todos los policías se acostumbraban a esos lugares. Louise se alegraba de seguir sintiéndose fuera de lugar en aquel frío entorno y de que las vistas y los olores le revolvieran el estómago. Una cosa era endurecerse por lo que veía, era inevitable, pero el día en que lo aceptara por completo y dejara de molestarle sería el día en que tendría que dejar la policía para siempre.

Se puso una bata y una mascarilla y miró a través del cristal del área de observación, donde vio a Dempsey de pie junto a un cadáver cubierto con una sábana de plástico.

—Hola, Louise. Deberías pasar, esto es muy importante —le dijo.

Respiró por la boca en un intento de evitar los olores de la sala de reconocimiento durante el tiempo que pasara allí, y atravesó las puertas.

La piel alrededor de los ojos de Dempsey se arrugó y se dio cuenta de que sonreía bajo la máscara. Sabía que aún sentía algo por ella. Se arrepentía de cómo había manejado las consecuencias de su noche juntos. Ahora, pensaba que tal vez lo había juzgado mal. Era un tipo bastante dulce, aunque no fuera el adecuado para ella, y podría haberlo tratado con un poco más de amabilidad y paciencia las pocas veces que la había invitado a salir desde entonces.

—Gracias por venir tan rápido. Reajusté mi agenda en cuanto llegó el Sr. Thorpe. Estaba estudiando la marca en su frente cuando noté algo que no vi en la escena, algo fascinante. Empezaré la autopsia en breve, pero he pensado que te gustaría que te ponga al corriente de esto —añadió, mientras alumbraba la cabeza de Thorpe con una linterna. La luz incidía en la marca, que parecía descolorida y desgastada— ¿Ves? —preguntó, con el entusiasmo de un niño—. Esa marca de alfiler al lado de su ojo derecho.

Louise miró más de cerca y contuvo de nuevo la respiración a medida que trataba de ignorar los ojos sin vida de Thorpe. Parecía haber una pequeña abertura al lado del ojo derecho.

—Lo veo, ¿qué hay pasa con eso? —dijo Louise.

—Al principio pensé que era inocuo, y quería verte primero antes de ir más lejos, pero estoy bastante seguro de que esa herida punzante llega hasta el cerebro del desafortunado Sr. Thorpe.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Louise no pudo contener su enfado al volver a la comisaría y encontrarse al Inspector Baker merodeando en la sala de incidentes. Su reacción fue desproporcionada. Con su reciente trabajo en el centro de la ciudad y en las instalaciones de rehabilitación, tenía sentido pedirle su opinión, pero había algo en la forma en que estaba de pie que le irritaba, ya sea la rigidez de su larga espalda recta o los pies demasiado juntos en permanente posición de firmes. Lo atribuyó al cansancio y se obligó a saludarlo.

—Se está convirtiendo en todo un caso —dijo él. Mantuvo la misma postura cuando se volvió para mirarla.

Ella había puesto a Thomas al tanto después de quedar con Dempsey para la autopsia. Aún no había procesado la idea del patólogo sobre el orificio del ojo de Thorpe. En el ojo de Thorpe se había introducido una varilla de metal afilada, de menos de un milímetro de diámetro, directamente hasta el cerebro. Dempsey había sonado casi efusivo acerca de la precisión necesaria para que la inserción fuera un éxito, y no tuvo reparos en felicitarle por haber advertido la marca del pinchazo en primer lugar.

Las nuevas pruebas lo cambiaron todo: la muerte de Thorpe parecía premeditada, y no una simple complicación tras la marca en la frente. Surgían patrones, pero Louise aceptó que le costaba conectar todas las piezas. Poppy y Thorpe estaban vinculados, y ella estaba segura de que podrían demostrar un vínculo adicional entre las tres víctimas si lograban localizar a Jay Carrigan. Junto con David Mountson y Laurence Dwyer, encontrar a Jay Carrigan era una prioridad. Haber dejado escapar tanto a Mountson como a Carrigan era un error que no deseaba considerar por ahora.

Como era de esperar, el Detective en Jefe Robertson no era tan indulgente. La llamó a su despacho junto con Thomas y Baker. Tenía los brazos cruzados y las cejas fruncidas.

—Entonces, ¿han desaparecido tres personas de interés? —preguntó con su acento de Glasgow mientras miraba a cada uno de ellos por separado.

Louise no iba a responder a la pregunta retórica.

—Tenemos un coche patrulla frente a la casa de Poppy Westfield —dijo Baker, como si hubiera sido idea suya.

—Esperemos entonces poder retener a una víctima —dijo Robertson, con las manos en su cara—. Bien, déjame a solas con laInspectora Blackwell —añadió.

Thomas inclinó la cabeza hacia Louise al salir para preguntarle si estaba bien. Ella asintió, y Baker salió y cerró la puerta tras de sí.

—Sabes lo que voy a decir, ¿verdad? —dijo Robertson.

—Sé que ya has trabajado en este tipo de casos con éxito, Inspectora Blackwell, así que

confío en que te encargarás de este como mejor te parezca —adivinó Louise con fingido optimismo.

Robertson resopló.

—Nadie duda de tus credenciales, Louise, pero tengo que conseguir el apoyo del MIT en este caso. Tenemos una víctima de asesinato y dos con heridas graves. Una de las cuales está desaparecida. Desde que Farrell nos dejó, ya no tenemos recursos. Y como tenemos este estúpido acto mañana por la noche, tengo que actuar ahora.

El Sargento Greg Farrell había formado parte del equipo del CID en Weston hasta que Finch lo envió al MIT. Sabía que Robertson tenía razón. En pocas palabras, no estaban equipados para trabajar en este tipo de casos por su cuenta, y todo lo relacionado con la investigación hasta el momento sugería que los atacantes estaban lejos de haber terminado. Ahora habían matado a alguien, y la escalada sugería que aún no era el fin. El equipo necesitaba ayuda, pero aun así le resultaba difícil aceptar que no podía mantener todo el control, y más difícil era reconocer que debería trabajar con Finch otra vez más. Se preguntaba qué pensaría Amira de que Louise volviera a trabajar junto a él, con la amenaza cerniéndose sobre ella.

—Si hubiera otra forma, sabes que lo preferiría —dijo Robertson—. Claro que seguirías siendo la investigadora principal, y me informarías directamente a mí. El MIT estaría aquí solo para ayudarnos, pero necesitamos su ayuda.

Louise había oído las mismas palabras antes. Parecía que cada vez que un caso alcanzaba cierto nivel en Weston, se solicitaba la ayuda de la sede central. Esto escapaba al control de Robertson. Él confiaba en ella y ella sabía que dejaría la investigación en sus manos si podía. Aunque no lo demostrara, se sentiría igual de frustrado que ella. La implicación del MIT también reforzaría la creciente sugerencia de la fusión de los departamentos, y si eso ocurría, el trabajo de nadie estaría a salvo.

—¿Eso es todo? —preguntó Robertson al ver que Louise se levantaba para marcharse.

Lo único que ninguno de los dos había mencionado era al Detective en Jefe Finch. Con su audiencia acercándose, tener a Finch en comisaría dificultaría aún más las cosas, pero cualquier cosa que dijera en contra ahora sonaría mezquina.

—¿Quieres que discuta, Iain?

—Un poco —dijo Robertson, con un movimiento de labios que ella reconoció como una sonrisa—. Duerme un poco, Louise. Sé que no has parado de trabajar en el caso.

—¿Aun así tengo que ir a este ridículo evento mañana por la noche?

—Te lo he dicho antes, Louise. A veces tienes que jugar el juego. Haz acto de presencia. Sé que estás ocupada, pero solo conseguirás mover las lenguas equivocadas si no apareces.

—Puede que las lenguas equivocadas entiendan que estoy trabajando en una investigación de asesinato —dijo Louise, en la entrada de la puerta.

La cara de Robertson se crispó de nuevo y, esta vez, frunció el ceño.

—Sólo ve a tomar una copa. Diablos, yo mismo te invitaré una.

—Dios mío. Si tú pagas, ¿cómo puedo perdérmelo? Buenas noches, señor.

Robertson bajó la vista y volvió a la pila de papeles al borde de su escritorio.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Louise se tambaleó hasta el cuarto de baño y bebió del grifo, la deshidratación la dejó aletargada. Eran poco más de las seis y media de la mañana, y la noche anterior había tenido demasiadas cosas en la cabeza como para descansar bien. No era solo la amenaza de que el MIT se uniera a la investigación. Robertson tenía razón: necesitaban al menos dos agentes más para ayudar en el caso, pero todo estaba en el aire por ahora. No había dejado de mirar el teléfono, esperando la llamada que le informara de que se había descubierto otra víctima, y en algún momento debió de quedarse dormida.

Se apartó del resplandor del sol matutino al abrir las cortinas y vislumbró el mar fangoso que se acercaba a la orilla. Se sirvió café, abrió la puerta divisoria y bajó las escaleras. Oyó los arañazos de inmediato, las garras de Molly chasqueando en el suelo de madera al avanzar hacia ella. Hacía tres días que Louise no veía a la perra y Molly estaba aún más excitada que de costumbre. Saltó sobre Louise, su cola impulsando su cuerpo mientras gemía en señal de saludo.

—Hola, niña —dijo Louise, acariciando la cabeza de la perra. Fue reconfortante ver cómo la perra, Molly, corría en círculos a su alrededor y seguía a Louise hasta el salón, donde Emily estaba hecha un ovillo viendo la televisión matinal.

—¿Qué haces ya levantada? —preguntó Louise. Su sobrina no apartó la vista del televisor y extendió los brazos para abrazarla— Podría quedarme aquí durante días —agregó. Se acurrucó junto a la niña y Molly se unió a ellas en el sofá, desesperada por no quedarse fuera.

—¿Ya has desayunado?

—Quiero panqueques, por favor —dijo Emily, con una mirada de reojo y una sonrisita.

Molly acompañó a Louise a la cocina, donde hizo panqueques desde cero y añadió unos arándanos que encontró en la nevera. Se alegraba de estos pequeños placeres, sabiendo que pronto volvería al trabajo para ocuparse de las consecuencias de los últimos acontecimientos. Sin poder evitarlo, miró en la papelería de reciclaje y vio dos botellas de vino vacías. Eran vinos blancos, algo que su padre no tocaba, por lo que ambas botellas debían pertenecer a su madre.

Cuando los panqueques estuvieron listos, Louise tuvo que arrastrar a Emily del sofá a la mesa, con los ojos pegados al televisor.

—¿Qué has hecho estos últimos días? —preguntó Louise tras colocar a la niña en una de las sillas de la cocina.

—No mucho. He salido casi todos los días con el abuelo —dijo Emily entre bocados de panqueque y jarabe.

—¿Solo con el abuelo? —dijo Louise con un suspiro.

—La abuela ha estado muy cansada —dijo la niña con naturalidad—. ¿Dónde has estado, tía Louise? —preguntó con un leve tono de acusación en la voz.

—Siento no haber estado por aquí, Emily. He estado muy ocupada en el trabajo.

—No tienes que volver hoy, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Pero es sábado, ¿no? —dijo, agitando el tenedor delante de ella. Una gota de jarabe de arce cayó sobre la mesa.

—Me temo que los delincuentes trabajan los fines de semana. Sin embargo, estaba pensando que podríamos llevar a Molly a dar un paseo rápido antes de que me tenga que ir —dijo Louise, y el perro se acercó dando saltitos con una cómica expresión de expectación en la cara.

Diez minutos más tarde, salían a hurtadillas por la puerta principal. La cola de Molly rebotaba contra las paredes, y el animal llevaba la correa en la boca, como si se estuviera paseando ella misma. El cielo estaba despejado, pero en el aire había una ola de frío.

—¿Seguro que no quieres el abrigo? —preguntó Louise.

—Estoy bien —dijo Emily. Tomó la correa de la boca de Molly y corrió con el perro.

Ocasiones como esta hacían que Louise se cuestionara su carrera en la policía. Esos momentos con Emily eran preciosos, y temía estar perdiéndose el crecimiento de su sobrina. La investigación no tenía fin a la vista y era muy probable que pasara las próximas semanas trabajando sin descanso. Se prometió a sí misma que intentaría dedicar tiempo a su sobrina, pero admitió que era probable que sea otra promesa vacía.

Emily tomó un atajo por el bosque hacia la playa, y por un breve periodo de tiempo, se perdió de la vista de Louise. Luchó contra un pánico irracional y aceleró el paso al acercarse el sonido del mar.

—Emily, espera —le dijo, y sus latidos se calmaron cuando Molly se acercó a ella con una rama al menos cuatro veces más grande que el animal en la boca.

—¿Qué tienes ahí, chica? —dijo Louise. Divisó a Emily a lo lejos, apoyada en un árbol.

Sand Bay estaba desierta a primera hora de la mañana, y era como si tuvieran su propia playa privada esperándolas. Emily saltó por la pendiente hasta la arena húmeda y Molly se deslizó para acompañarla.

Louise podría haberse pasado todo el día allí. Emily tropezando con los guijarros y las rocas, Molly a pocos metros de distancia y el hocico de la perra pegado al suelo para olfatear los nuevos y exóticos olores.

—¿Cómo están los abuelos? —preguntó Louise cuando alcanzó a su sobrina.

—Están bien —contestó Emily, agachándose para recoger una piedra plana que luego lanzó al mar—. El abuelo me enseñó a hacer patitos con las piedras, pero no sé hacerlo. Inténtalo tú.

Louise recordó que su padre le enseñó a recoger piedras en el mar cuando era niña, y tuvo que luchar contra la tristeza de que Paul, el padre de Emily, nunca podría compartir esos momentos con su hija. Encontró una piedra redonda y lisa y la lanzó hacia el mar, sorprendiéndose a sí misma al hacerla rebotar tres veces en el agua.

—Guau —dijo Emily.

—Suerte de principiante, inténtalo tú.

Emily volvió a intentarlo y chilló de alegría cuando su piedra rebotó una vez sobre una de las olas que se acercaban.

—¿Qué ha estado haciendo la abuela? —preguntó una vez que volvían a casa.

—Se queda en casa viendo la televisión —dijo Emily.

Emily era perspicaz para su edad y, con todo lo que le había pasado en su corta vida, no se le escapaban muchas cosas. Louise intentó formular una pregunta. Quería saber cuánto había bebido su madre últimamente, pero no era justo meter a Emily en la discusión.

—Ella ha estado un poco mal también —dijo Emily.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—Por la mañana. Se levanta muy tarde y nunca quiere desayunar. Ayer ni siquiera salió de la cama antes de que el abuelo y yo nos fuéramos.

Aunque las sesiones de terapia habían ayudado a su madre, no había dejado de beber por completo. Louise no sabía si había un término medio, y cada vez que intentaba abordar el tema con su madre, se peleaban. Su padre no quería admitir que había un problema, a pesar de los años de angustia que habían pasado con Paul. El problema de alcohol de su madre se había intensificado tras la muerte de Paul y, aunque ahora estaba mucho mejor, siempre sería una preocupación para Louise. Le hizo pensar en el centro de rehabilitación de Milton, ahora abandonado. Su madre tenía suerte de contar con el apoyo de su familia, pero ni siquiera eso la protegería a largo plazo.

Era factible que hubiera cierta propensión a los problemas con el alcohol en la familia, y Louise sabía por amarga experiencia que las cosas podrían empeorar. Podían pasarlo por alto ahora y considerarlo una manera de desahogarse, pero a Louise le preocupaba el efecto que sin duda tendría a largo plazo: en la salud de su madre, en el bienestar de su padre y, lo que era más preocupante, en Emily.

Cuando volvieron, su padre ya se había levantado. La abrazó cuando entró por la puerta, y su rostro se transformó en un fingido gesto de indignación cuando Molly entró, con el abrigo aún mojado y embarrado por haber estado en el mar.

—Supongo que no harás que me ocupe de esto —dijo.

Louise miró el reloj de la cocina.

—Para eso están los abuelos —dijo y besó a su padre en la frente—. Lo siento mucho, tengo que ir a trabajar.

—Pero es fin de semana —dijo su padre, repitiendo la queja de Emily.

—Los malos no se detienen el fin de semana, abuelo —le contestó Emily.

Se inclinó para abrazar a su sobrina.

—Deberías escucharla —le dijo—. Sabe de lo que habla.

Fue duro despedirse de su sobrina. La principal razón por la que se habían mudado a Weston como familia era que Louise tendría más oportunidades de pasar tiempo con la niña. Tras la muerte de Paul, el comportamiento de Emily había cambiado. Por un tiempo, fue como si su inocencia hubiera sido destruida. Se había portado mal en la escuela e incluso la habían suspendido por morder a otra alumna, lo que fue demasiado para sus abuelos. Después de la mudanza, ese comportamiento se había erradicado, pero seguía dentro de ella. De vez en cuando veía a la niña con la mirada perdida, y le preocupaba pensar qué pensamientos le rondaban por la cabeza.

—Siento mucho no poder quedarme contigo hoy, Emily. Cuando termine este caso, te prometo que pasaré mucho más tiempo contigo —dijo.

—Disfruté ir a caminar contigo hoy —dijo Emily, con los ojos enrojecidos.

—Creo que ha sido lo más divertido que he hecho en todo el verano. Ojalá todos los días empezaran así. Ahora vuelve dentro y disfruta del día con los abuelos. Te veré esta noche.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Louise conducía por la carretera de Kewstoke en dirección a la ciudad. A su izquierda estaba el bosque donde fue descubierto el cadáver de Andrew Thorpe. Hoy sería el día perfecto para obtener noticias, al menos sobre la localización de uno de los tres desaparecidos. Estaba desesperada por volver al trabajo, pero había quedado con Amira y Simon Coulson. Estuvo a punto de cancelarlo, pero le había hecho una promesa a Amira y se sentía obligada a dedicarle algo de su tiempo.

Un esquiador acuático desafiaba las olas más allá del Lago Marino mientras Louise avanzaba por el paseo marítimo. A lo lejos, la isla de Steep Holm sobresalía de las aguas fangosas. Recordó su primer caso importante en Weston, y se dio cuenta de todo lo que había conseguido en la ciudad tras su llegada. En el semáforo, vio que el esquiador acuático volcaba sobre sus esquís y caía de cabeza al agua. Solo pudo distinguir las risas del conductor de la lancha antes de alejarse de la escena. Esos pequeños incidentes reforzaban su creciente amor por la ciudad, y sintió una oleada de optimismo a medida que estacionaba y cruzaba la carretera hacia El Kalimera, un restaurante que frecuentó todos los días apenas se mudó a Weston, días en los que había sido difícil encontrar algo de optimismo.

La bella propietaria del restaurante, Georgina, la recibió con su habitual saludo sardónico.

—Nos honras una vez más —dijo.

—Yo también me alegro de verte, Georgina.

La mujer se volvió y empezó a prepararle un Americano negro sin que se lo pidiera.

—Ya te están esperando. Te lo llevaré.

Louise miró el reloj y se acercó a la mesa junto a la ventana, donde Amira y Simon Coulson estaban sentados.

—Veo que ya se conocen —dijo tras tomar asiento.

—Acabamos de llegar —dijo Amira, su mano derecha apretando la mesa.

Esperó a que Georgina le trajera el café antes de hablar de sus motivos para estar allí.

—Gracias por venir, Simon —dijo Louise—. Un sábado, además.

Coulson se encogió de hombros.

—Ya conoces mi calendario social. Esto es lo mejor de mi semana. ¿En qué puedo ayudar?

Le había pedido ayuda a Coulson con el caso de la marca. Le dijo que lo mantenga en secreto, y confiaba en que lo haría.

—¿Se conocían de antes? —preguntó.

—Estábamos hablando de eso. Nos hemos visto por ahí —dijo Amira.

Louise dio un sorbo a su café.

—Bien. Me temo que te he engañado, Simon. Necesito ayuda extraoficial, pero podría ser un

riesgo para ti.

Coulson había sido decisivo en varios casos de Louise en Weston desde que dejó el MIT. Compartía su desdén por Finch, pero pedir que trabajara contra él era mucho. El hombre no movió un músculo en tanto ella le contaba lo que le estaba sucediendo a Amira y a la otra mujer, Terri Marsden, omitiendo la amenaza de Finch contra Amira. Por un segundo, pensó que no iba a ayudar.

—¿Tienes los teléfonos con las fotos?

Amira, que seguía agarrada a la mesa, asintió.

—Este es mi teléfono —dijo y le entregó un viejo iPhone—. Terri me prestó el suyo, pero quiere que se lo devuelva.

Louise comprendió lo embarazoso que debía de ser para Amira entregar su teléfono a un hombre al que apenas conocía. Coulson asintió, pero no tocó ninguno de los dos teléfonos.

—¿Crees que te envió estos mensajes mediante una cuenta anónima?

Amira asintió.

—Lo hizo.

—No es algo fácil de hacer, menos sin dejar rastro —dijo el hombre. Todavía no había tocado ninguno de los dos teléfonos y Louise estaba cada vez más preocupada de que no fuera a ayudar.

—¿Qué pasa, Simon?

Coulson miró hacia abajo.

—Siento preguntar esto, pero ¿qué tiene contra ti?

—¿Contra mí? —preguntó Louise.

—Sé que debe ser vergonzoso. Lo siento...

—No, no, tienes razón en preguntar. Ya sabes lo que pasó con el caso de Max Walton. ¿Nuestros diferentes testimonios sobre lo que pasó esa noche?

—Por supuesto.

—Eso no le bastó a Finch. Me quería fuera de la fuerza. Quizá porque le recordaba sus mentiras, o probablemente porque era un riesgo para él. No le bastó con obligarme a dejar el MIT para mudarme a Weston. Comenzó a acosarme. Me enviaba mensajes todas las noches, tratando de socavarme.

—¿Supongo que también eran anónimos?

—Me temo que sí. Hice un registro de cada mensaje: fecha, hora y mensaje.

—¿Tienes el teléfono?

Louise rebuscó en su bolso y sacó su viejo teléfono, pero dudó antes de entregárselo. Por mucho que confiara en Coulson, el teléfono era su único vínculo real con Finch y se resistía a perderlo de vista.

—¿Fotos? —preguntó. Se esforzaba por mirarla a los ojos al colocar el teléfono junto a los demás.

—No me tomó ninguna.

Coulson soltó una bocanada de aire, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Vale, déjame a mí —dijo y recogió los teléfonos para embolsarlos—. ¿Eso es todo? —añadió. Estaba de pie, y parecía desesperado por escapar.

—Gracias, Simon —dijo Louise—. Te lo agradezco mucho.

—Las dos te lo agradecemos —agregó Amira a medida que Coulson se marchaba—. Gracias por arreglar esto, Louise —dijo, una vez que él se fue.

—No te preocupes, es de confianza.

Se preguntó si alguna vez había sentido lo mismo por Finch. Sí, habían sido compañeros y habían compartido la cama en más de una ocasión, pero no sólo creía que no era de fiar por su historia. Por supuesto, nunca esperó que llevara su engaño tan lejos. Los dos eran ambiciosos, pero Louise no creyó que fuera a tales extremos para conseguir un ascenso.

Finch le había dicho que Walton tenía un arma en la mano, y Max Walton perdió la vida por eso. Estaba convencida de que Finch había sentido un perverso placer, tanto por el acto como por su posterior negación de haberle dicho que Walton llevaba un arma. Solo entonces comprendió el alcance de sus rasgos sociopáticos. En retrospectiva, las pistas habían estado ahí todo el tiempo, y a día de hoy no estaba segura de qué le molestaba más: que la hubiera engañado o que no se hubiera dado cuenta antes.

—Tenemos que mantener a Terri de nuestro lado. Dudó al entregar su teléfono, y ahora entiendo por qué —dijo Amira.

—Las fotos estarán a salvo con Simon. Si alguien puede demostrar un vínculo con Finch, es él.

—Imagino que esto es lo último que necesitas en este momento —acotó Amira—. He estado leyendo sobre el caso de las marcas. ¿Ahora es una investigación de asesinato?

Louise comprendió por fin la agitación de Amira.

—El MIT nos ayudará, y sé que Finch estará en Weston esta noche, si no ha llegado ya. ¿Quizá sea mejor que vayas a casa por el fin de semana? Deja que Simon haga su trabajo.

Amira se estremeció visiblemente ante su anuncio, como si temiera que Finch esté a punto de cruzar la puerta.

—No sé cómo puedes tratar con él a diario. Se me pone la piel de gallina solo de pensar en él.

—¿Te ha vuelto a mandar mensajes?

Amira asintió y le mostró una instantánea del último mensaje.

Espero no tener que enviarle esto a tus padres rezaba el texto, bajo una comprometedor foto de la mujer.

—Todavía tenemos tiempo, Amira. Conozco a Simon. Se pondrá a trabajar de inmediato. Veamos con qué vuelve y podemos continuar desde ahí.

NO ERAN ni las once de la mañana, pero Louise sentía que había trabajado todo el día. Dedicó los últimos treinta minutos a poner a los miembros del MIT al día sobre el caso. Agradecía que Finch hubiera enviado a su antiguo colega Greg Farrell como ayudante y de que Tracey estuviera en delitos graves, pero más agradecida aún de que Finch aún no hubiera aparecido.

Tracey puso al día al equipo sobre la familia O'Connell y los ataques con ácido que tuvieron lugar en la finca Frenchay. Los miembros conocidos habían sido interrogados durante toda la semana y habían negado todo conocimiento, como era de esperar. Tracey no lograba encontrar ninguna relación con los ataques de Weston, lo que corroboraba la opinión de Louise de que no estaban relacionados. Tracey confirmó que el departamento de Delitos Graves y Organizados continuaría investigando las pandillas, pero Louise archivó la línea de investigación que la relacionaba con el caso de las marcas por el momento. La conexión entre Poppy y Andrew Thorpe era suficiente para que Louise creyera que los ataques con marcas eran de naturaleza personal y que iban más allá de las rivalidades entre pandillas de narcotraficantes enfrentadas. Pero hasta que no localizara a los tres hombres desaparecidos, sería difícil saberlo con certeza.

Con las tareas asignadas, se sirvió el que debía de ser su quinto o sexto café del día y regresó

a su escritorio. El tablero del crimen era visible desde su asiento, con las fotos de Mountson y Dyer debajo de las grandes imágenes de las tres víctimas, el cadáver de Andrew Thorpe ocupando el lugar central.

Dempsey había enviado por correo electrónico un informe preliminar confirmando sus hallazgos de ayer. Thorpe fue marcado antes de que le introdujeran la aguja o el alambre por el ojo. Louise se revolvió en su asiento y se preguntó si la víctima había comprendido lo que estaba ocurriendo. Por su bien, esperaba que el dolor de la marca lo hubiera dejado inconsciente. Pocas cosas le impresionaban, pero los incidentes relacionados a los ojos siempre le revolvían el estómago. Años atrás, había trabajado en Bristol como parte de un grupo de investigación sobre un asesino en serie apodado el Ladrón de Almas, que tenía la manía de arrancar los ojos a sus víctimas, y las imágenes de aquellos días se le habían quedado grabadas. Tuvo que cerrar los ojos al imaginarse a Thorpe tendido en el suelo, inmovilizado y mirando a sus atacantes, con la afilada aguja metálica que acabaría con su vida acercándose.

—¿Café?

Louise casi dio un respingo al levantar la vista y ver a Thomas de pie frente a su escritorio.

—No me hagas eso —le dijo.

—¿Qué? ¿Preguntarte si quieres un café?

—Te mueves como un gato, te lo juro. No, estoy bien. Ya tengo temblores por la cafeína —explicó. Thomas asintió, pero no se movió—. ¿Algo más, Sargento? —agregó, contenta de poder descansar unos minutos de sus pensamientos sobre agujas y ojos pinchados.

—Quizá no sea el momento más apropiado, pero me preguntaba si todavía piensas ir esta noche.

Louise percibió el atisbo de esperanza en su voz. Lo último que quería era darle esperanzas, pero no sabía si todo era fruto de su imaginación. Habían acordado ir juntos, y tal vez solo estaba comprobando si iría.

—Según Robertson, no tengo alternativa. No obstante, tú podrías escapar —dijo, y se arrepintió de la elección de palabras. Temía dar la impresión que no quería que Thomas fuera.

Si el comentario lo desalentó, lo disimuló bien.

—Tengo el traje planchado y todo.

—Bueno, en ese caso...

—¿Salimos de aquí a las siete?

—Me parece bien —dijo Louise, y se volteó al sentir que se le aceleraba el pulso.

—Hay una cosa más —añadió Thomas, cambiando a modo profesional. El rápido cambio de tono tomó desprevenida a Louise. Volvió a preguntarse si estaba imaginando cosas, si la atracción que Thomas sentía por ella era fruto de su imaginación—. He estado revisando los viejos archivos de Poppy Westfield. Estoy esperando algunos informes de los servicios sociales, pero tenemos registros de sus padres quejándose de chicos de la zona que acusaban de ser traficantes de drogas. Incluso denunciaron la desaparición de su hija una vez —dijo y le entregó un expediente—. Solo llevaba fuera unas horas, apareció a las dos de la madrugada.

Louise examinó el expediente. Había informes de jóvenes que merodeaban por el antiguo colegio de Poppy, el mismo en el que ahora trabajaba el Sr. Westfield. Algunas amonestaciones por posesión de drogas de clase C. Nada fuera de lo común.

—Se tomaron algunas medidas, como puedes ver en la página ocho —dijo Thomas.

Louise se dirigió a la página. Un informe mostraba que un grupo de jóvenes, sospechosos de traficar con drogas, había sido vigilados en una playa de Brean, lo que corroboraba la afirmación del Sr. Westfield. Al cabo de dos días, la vigilancia había cesado. Los agentes les dieron algunas

advertencias sobre comportamiento antisocial, como beber hasta altas horas de la noche, música alta y posesión de drogas de clase C, pero no se había tomado ninguna medida.

Louise hojeó los dieciséis nombres y se detuvo en Andrew Thorpe y Poppy Westfield.

—Dos de nuestras víctimas. No está Jay Carrigan —dijo ella.

—No, pero Laurence Dwyer también está en esa lista. Sin embargo, te parecerá interesante la lista de agentes supervisores. Pura coincidencia, lo sé, pero...

Louise pasó a leer las firmas y miró a Thomas tras leer el nombre de Rob Baker.

—Nuestro Inspector Baker, o agente Baker, como era entonces.

Comprobó las fechas. No se había dado cuenta de lo rápido que Baker fue ascendido, pasando de agente a Inspector en solo cuatro años.

—Las notas sugerían que él quería que se tomaran más medidas —dijo Thomas.

—Tiene sentido. No es famoso por su afición a la fiesta.

—¿Quieres hablar con él al respecto?

Louise estaba segura de que Baker no ocultaba nada. Ocurrieron muchas cosas en su carrera en los últimos cuatro años, y no había razón para que recordara los nombres de algunos chicos locales de ese periodo, pero aun así le parecía un descuido por su parte.

—Haz que el equipo repase la lista uno por uno. Espero equivocarme, pero podría ser una lista de víctimas potenciales —dijo, justo cuando llegaba el Detective en Jefe Finch.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

No importaba que él hubiera muerto. La marca era la misma. D se la colocó en la espalda como las demás y ella experimentó el efecto transformador del metal abrasando su carne.

Como antes, el dolor la mareó. Llenó su cuerpo de una manera incomparable. Estaba perdida, era transportada con su cuerpo convulsionando. Su sangre ardía a medida que el dolor se extendía por su cuerpo en una ola deliciosa.

Pasaron minutos en el ensueño perdido. Había jugado con la modificación corporal mucho antes de que le impusieran la primera marca. Incluso a su corta edad, le deleitaba transformarse. En la casa de acogida lo llamaban autolesión, pero nunca lo entendieron. Sí, era una forma de escapar de la mundanidad de su vida, del acoso que sufría tanto en la escuela como en casa, y de pensar en los padres que nunca había conocido. Pero cada vez que se hacía daño, notaba el cambio en lo más profundo de sí misma: ya sea un arañazo profundo con las uñas, un pellizco en la piel con el cortauñas, la vez que se cortó la piel con un transportador del colegio. Cada herida era una capa adicional de protección contra el mundo exterior, un escudo que ella mejoraba con los tatuajes que se extendían por su piel.

Pero las marcas eran diferentes. La primera le había quitado su poder, pero las demás se lo habían devuelto con creces. Cuando los tres la sujetaron después de hacer cosas que nunca debieron hacer y colocaron aquel metal ardiente sobre su piel, comprendió que la habían cambiado de una forma que nunca hubiera imaginado. Durante un corto período de tiempo, había sido como si fueran sus dueños. No de la forma en que un granjero era dueño del ganado que marcaba, sino de una manera más profunda. Aunque la habían marcado, estaban tan unidos a ella como ella a ellos.

Eran familia. Una conexión que solo la muerte podría cortar.

Lo más irónico de todo era que probablemente habría dicho que sí si se lo hubieran pedido. No a la primera parte, eso no lo quería. Pero probablemente habría aceptado la marca en su hombro. Quería que la cambiaran y la habían cambiado, pero no como ella esperaba.

D parecía preocupado cuando ella volvió en sí.

—Esto no puede hacerte ningún bien —le dijo tras mostrarle la tercera marca nueva en su piel en menos de una semana.

A ella no le preocupaba. La marca era parte de ella ahora, una capa más de armadura bajo su ropa. La llevaría consigo esta noche, aunque el dolor aún no hubiera cesado.

Lo supieran o no, ella era diferente, y una cosa era segura: no pararía hasta que su cuerpo fuera un caleidoscopio de marcas.

CAPÍTULO TREINTA

Louise sintió que todo el mundo en la oficina se detuvo cuando Finch se acercó a su escritorio. Él había estado muchas veces en la comisaría, pero eso no cambiaba lo que sentía al tenerlo aquí, sobre todo después de su reunión anterior con Coulson y Amira.

—Detective en Jefe Finch. ¿A qué se debe este honor? —dijo, subrayando “honor” con todo el sarcasmo que fue capaz de reunir.

—El honor es todo mío, Louise, como siempre. Pensé en ofrecer mi ayuda personal en este caso, debido a su gravedad —dijo Finch. Sus intentos de mostrar su autoridad, desde la postura de piernas anchas a el tono formal de su voz, eran tan flagrantes como su abrumador aroma.

Puede que todos hubieran vuelto a su trabajo, pero Louise sabía que seguían escuchando. Finch quería salvar el día, pero ella se negó a dejar que la provocara en su propia comisaría. Se consoló al pensar en su reunión con Amira y Coulson. Por una vez, sabía cosas que Finch no sabía, y esperaba que muy pronto su interferencia fuera cosa del pasado.

—Tengo que estar en un sitio, Tim, pero Greg y Tracey pueden ponerte al día —dijo Louise, y disfrutó del ceño de disgusto que cruzó la frente de Finch—. Estoy segura de que pueden asignarte una tarea —añadió a modo de despedida.

SABOREÓ la pequeña victoria y emprendió el corto viaje fuera de Weston. Cada lugar que Louise visitaba últimamente parecía tener una historia relacionada con ella. Brean Down no era diferente. A nueve millas de Weston, la zona le traía una serie de recuerdos que prefería olvidar. En la carretera principal de acceso a la ciudad, pasó por delante del llamativo parque de vacaciones con sus brillantes luces y sus atracciones de feria de calidad inferior, donde había entrevistado a una grupo de solitarios trabajadores estacionales. Cerca de allí estaba la casa donde se había enfrentado a un asesino convicto. Y lo peor estaba por llegar. Al igual que en Weston, el sol podía ocultar multitud de pecados. Cuando entró en el estacionamiento del National Trust, al pie de Brean Down, vio el efecto estacional en los turistas y excursionistas. No había mar, pero eso no los disuadió. Subían por la empinada ladera del acantilado como hormigas. Quizá lo sabían y prefirieron olvidarlo. Pero cuando miró hacia la escarpada caída de la cima, solo pudo recordar el cuerpo destrozado de la joven que había sido obligada a saltar desde sus alturas el año anterior.

Bajó los escalones de piedra hasta la playa y luchó contra el impulso de volver al coche. A veces tenía que trabajar así. Otros podrían considerar que era una pérdida de tiempo visitar el lugar donde un grupo de niños fue reprendido años atrás, pero ella quería experimentar la zona

por sí misma. Al menos, le daba la oportunidad de despejar la mente y organizar sus pensamientos. Era habitual tener varios problemas a la vez, el truco estaba en eliminar el desorden. Debía confiar en que Coulson siguiera con su trabajo de investigar los teléfonos, y concentrar su energía en la investigación del asesinato.

Thomas supervisaba al equipo que investigaba la lista de nombres del antiguo expediente policial de Baker. El informe era tan estándar que podría ser una plantilla de instrucción. Louise conocía los estragos que el comportamiento antisocial podía causar en una comunidad. A veces era fácil achacarlo a que los jóvenes se divertían, pero a menudo no se tenía en cuenta el efecto que tenía en los demás. Baker había sido un agente subordinado en la vigilancia de la banda de chicos. Se informó que bebían hasta altas horas de la noche y de un consumo mínimo de drogas, pero no se encontraron pruebas de tráfico de drogas. Al final, el equipo de Baker había tomado nota de algunos de sus nombres y les habían dado una advertencia, pese a las reservas de Baker. Ese tipo de shock resonaba en la mayoría de los chicos. A primera vista, no habían hecho más que alborotar un poco, y su mayor delito era la posesión de sustancias ilegales y el consumo de alcohol por menores de edad. Louise opinaba que el equipo de Baker había hecho lo correcto al dejarlos ir con una advertencia, y Thomas no encontró más informes sobre el comportamiento antisocial del grupo.

Las cosas parecían diferentes si se tenía en cuenta que dos de las dieciséis personas en la playa aquella noche habían sido marcadas, por supuesto, una de las cuales estaba ahora en el depósito de cadáveres.

Siguió caminando por la playa y luchando contra las imágenes en su mente del cuerpo profanado de Thorpe, con la aguja acercándose a su ojo. Repasó los hechos del caso y se centró en la anomalía de Jay Carrigan. Era la primera víctima, y su único vínculo con Andrew Thorpe y Poppy Westfield era el director del centro de rehabilitación, David Mountson. Sin embargo, por más que lo intentara, Louise no podía ver a Mountson como responsable. Incluso si hubiera usado una máscara, estaba segura de que Carrigan lo habría reconocido, y algo en el comportamiento de Mountson, su semblante perdido y casi confuso, le sugería que no contaba con la crueldad para hacer los ataques.

Más adelante se cruzó con un numeroso grupo familiar protegido por coloridos cortavientos, que miraba hacia el lodo como deseando que llegara el mar. Al igual que Weston, la costa de Brean estaba sometida a una fuerte oscilación de las mareas. A veces le resultaba extraño que la gente pasara horas en la orilla sin que hubiera mar, salvo el lejano charco separado por una alfombra de espeso barro marrón.

Cien metros más allá, un grupo de adolescentes bebía grandes botellas de plástico de sidra barata, algunos jugaban al fútbol y otros se acurrucaban para quemarse al sol. A Louise le parecieron unos lugareños aburridos, y se preguntó en qué se parecerían al grupo de dieciséis adolescentes que había merodeado por la misma franja de arena cuatro años atrás.

Estaba a punto de llamar a Thomas para que la pusiera al día cuando sonó su teléfono. Era un número que no tenía agendado.

—Inspectora Blackwell —dijo al contestar.

—Sí, Inspectora Blackwell. Soy Charles Groves, vecino del Sr. y la Sra. Mountson. Hablamos a principios de semana.

—Sr. Groves, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Bueno, verá. Oí algunos ruidos anoche y no pensé mucho en el momento, pero me di cuenta esta mañana que algunas de las flores en la parte delantera de mi casa han sido destruidas. Pensé que podría haber sido la fauna local, pero una de las macetas fuera de la casa de Linda y

George fue destrozada.

—¿Han vuelto los Mountson de sus vacaciones?

—No, no, no, ese es mi punto. Creo que alguien ha entrado en su casa. Iba a llamar a la policía, entonces... bueno, eres de la policía, supongo.

Un sinfín de pensamientos pasaron por la mente de Louise. No quería sacar conclusiones precipitadas, porque las coincidencias ocurrían, pero ya se estaba imaginando a la próxima víctima de la marca en algún lugar de la casa Mountson.

—De acuerdo. Por favor, no toque nada, Sr. Groves. Estaré allí en quince minutos —dijo. Llamó a Thomas antes de regresar a Weston.

THOMAS ESTABA ESPERANDO FUERA de la casa de los Mountson, donde el Sr. Groves estaba regando sus plantas.

—Espero haber hecho lo correcto llamándote. Si lo hubiera sabido con seguridad, habría llamado anoche, pero era tarde y estaba un poco aturdido —dijo el profesor jubilado.

—¿A qué hora oyó los ruidos? —preguntó Louise. Se agachó y rascó con el dedo la porcelana rota de la maceta rota de los Mountson.

—A las 3.37 de la mañana —respondió el hombre.

Thomas, que estaba observando los daños, miró a Louise de reojo.

—Muy preciso por su parte —dijo ella.

—Eché un vistazo a mi radio-reloj. Fui profesor de matemáticas, así que se me da bien recordar números sencillos —dijo Groves, satisfecho de sí mismo.

—¿Salió de la cama? —preguntó Thomas.

—Me temo que no. No estaba seguro de lo que había oído, y esta mañana he visto las macetas rotas.

—Gracias, Sr. Groves, nos encargaremos desde aquí —dijo Louise—. Yo me ocuparé de la parte de atrás —le indicó a Thomas una vez que Groves regresó a su labor de jardinería.

Un camino corría por las dos casas, y la puerta trasera del jardín de los Mountson estaba abierta. Louise estornudó al abrir la chirriante puerta. El jardín lucía imaculado. El césped estaba cortado a la perfección y una maravillosa variedad de flores rodeaba el borde. Estuvo a punto de ir hacia la parte trasera de la casa cuando se dio cuenta de que las puertas plegables estaban abiertas. Lo primero que pensó fue que los Mountson habían contratado jardineros para mantener la casa mientras ellos estaban fuera, pero al acercarse, vio la silueta de un cuerpo a través de la abertura.

Llamó a Thomas y le contó lo que había encontrado.

—¿Quieres que vaya allá? —preguntó él.

—No, espera ahí por si alguien intenta salir por la puerta principal —dijo, avanzando por el frondoso césped con su bastón extensible en la mano.

Un leve olor a humedad la recibió al entrar en la casa, y el descenso de la temperatura le puso la piel de gallina al distinguir la figura de Jay Carrigan en el suelo de la cocina de los Mountson.

—Voy a entrar —dijo, y miró a su alrededor antes de atravesar el umbral. Le entraron arcadas al esquivar por poco un charco de lo que parecía vómito fluorescente, y puso la mano en el cuello de Carrigan.

—Gracias a Dios —dijo una vez que sintió la respiración constante del hombre. Puso a Carrigan de lado antes de que la figura amenazadora de un segundo hombre, mucho más grande, apareciera en la entrada de la cocina.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—Sr. Mountson —dijo Louise lo suficientemente alto como para asegurarse de que Thomas oyera al otro lado del teléfono a medida que se ponía de pie.

—Sí, así es. ¿Qué demonios estás haciendo en mi casa? —Mountson lucía un poco mejor que Jay Carrigan. Llevaba solo calzoncillos y su torso era casi invisible bajo un lienzo de tinta. Sus ojos estaban hundidos y se acercó a la encimera de la cocina para mantener el equilibrio.

—¿Le gustaría sentarse, Sr. Mountson? —preguntó Louise. Thomas entró por las puertas del patio y se unió a ella.

—Me gustaría que me dijeras qué estás haciendo en mi casa —dijo Mountson sin convicción mientras se desplomaba en una de las sillas de la cocina.

—Pero no es su casa, Sr. Mountson, ¿verdad? —aseguró Louise.

—¿Está bien? —dijo Thomas al mirar a Jay Carrigan en el suelo. Se agachó para comprobar su pulso.

—Demasiado alcohol —dijo Mountson y encendió un cigarrillo. Aspiró una bocanada de humo y suspiró, como si estuviera llevando oxígeno a sus pulmones—. Y sí es mi casa.

—Es la casa de sus padres.

—Eso la hace mía —replicó Mountson, su mano temblando mientras daba otra calada.

—La ley no funciona así. ¿Saben sus padres que usted está aquí?

—No lo sé.

—¿Le han dado permiso para estar aquí?

—Sí —dijo Mountson.

Louise se sentó frente al hombre. La silla de metal raspó en el duro suelo cuando la apartó de la mesa, y una inoportuna ráfaga de humo de cigarrillo le llegó a la boca.

—¿Le gustaría decirme qué está pasando aquí, Sr. Mountson? —dijo. Indicó a Thomas que echase un vistazo por el resto de la casa con un movimiento de cabeza.

Mountson estuvo por objetar, su boca se abrió y luego se cerró, pero la energía le abandonó.

—¿Qué quieres decir? —dijo.

—Lo que quiero decir, Sr. Mountson, es que alrededor del tiempo en que una víctima de asesinato fue descubierta en el bosque, con la misma lesión que sufrió el Sr. Carrigan, usted desapareció; luego nos enteramos de que el Sr. Carrigan se dio de alta del hospital. Ahora los encuentro a ambos en una casa en la que tal vez no pueden estar. Además, el Sr. Carrigan estuvo bajo su supervisión en un centro de rehabilitación de drogas hasta hace poco. Y corrija me si me equivoco, pero ambos tienen mucha resaca.

—Joder, necesito un poco de café —se quejó Mountson.

—¿Haciendo un poco de limpieza? —dijo Thomas al volver a la zona de la cocina.

—Son mis cosas.

—¿La televisión de pantalla plana y el equipo de música son suyos? —preguntó Thomas.

—Sí.

—Pon la tetera, Thomas. El Sr. Mountson está a punto de darnos una explicación de todo esto.

Louise lanzó una mirada interrogativa a Thomas. Él sacudió la cabeza, lo que significaba que no había nadie más en la casa.

—Supongo que he perdido mi trabajo de todos modos. No creo que entiendas el impacto que estos últimos días han tenido en nosotros dos.

—Puedo imaginarlo, Sr. Mountson, pero esa no es una explicación.

—Café negro —dijo el hombre, y recibió una mirada fulminante de Thomas—. Jay estaba por ser trasladado fuera del centro, y con las noticias sobre ese asesinato, fue demasiado para mí.

—Si estoy entendiendo correctamente, está diciendo que los últimos días fueron demasiado para usted, así que decidió irse de juerga con alguien que estaba bajo su cuidado. Alguien que acaba de pasar por un trauma severo y no debería tocar intoxicantes de ningún tipo.

—¿Café, señor? —preguntó Thomas. Dejó caer de golpe una taza sobre la mesa y derramó el líquido marrón sobre el tablero.

Mountson frunció el ceño, pero tomó la bebida.

—Somos amigos.

—Eso no es suficiente, ¿verdad, Sr. Mountson? Su trabajo es evitar que los que están bajo su cuidado consuman alcohol y drogas. Y se supone que debe predicar con el ejemplo. ¿Lo comprende?

—He dicho que casi he perdido mi trabajo, ¿no? —Mountson elevó la voz.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jay Carrigan. Se puso de pie con la agilidad de una jirafa recién nacida. Había estado durmiendo de lado, y solo ahora era visible la marca en su brazo, roja y prominente, la cual atrajo los ojos de todos.

—No es nada, Jay —dijo Mountson.

Jay se frotó los ojos como si no se fiara de lo que veía.

—Son ustedes dos —dijo Carrigan, y cayó en el sofá con un rebote cómico.

—No es su culpa —dijo Mountson.

—¿Qué es lo que no nos está diciendo, Sr. Mountson? —preguntó Louise.

El hombre apoyó la cabeza en las manos.

—Somos más que amigos, ¿está bien?

Louise se enderezó en su silla y dejó escapar una profunda bocanada de aire.

—¿Son amantes?

—Esa es una manera encantadora de decirlo, pero sí —dijo Mountson e hizo una mueca al beber su café—. No podía decírtelo antes, o me habría arriesgado a perder mi trabajo. Creo que ahora es un punto discutible.

—¿Por eso estaba en el hospital y por eso huyó cuando lo vi?

—Me has pillado. Simplemente sucedió. No estoy orgulloso de ello, ni de nada de esto —señaló la figura tendida de Jay en el sofá—. Quería protegerlo, ¿sabes? Cuando encontraron el cadáver, necesitábamos alejarnos. Fuimos a beber, y una cosa llevó a la otra y acabamos aquí.

—Hubiera sido mucho más fácil si nos lo hubiera dicho en un inicio, Sr. Mountson. Los detalles de la víctima no se han dado a conocer todavía. Sé que puede que su estómago esté sensible, pero ¿podría echarle un vistazo a la víctima por mí? —dijo Louise.

Le mostró una fotografía de Thorpe antes del asesinato y la cara de Mountson se puso más pálida que antes, lo que parecía imposible.

—¿Le conoce?

—Andy —dijo Mountson—. ¿Está muerto?

Louise miró a Thomas antes de pasar a la siguiente foto. Quería provocarle una reacción a Mountson y lo consiguió al mostrarle la foto del cadáver de Thorpe con la marca en la frente. Mountson tambaleó de su asiento y vomitó sobre los platos del fregadero.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Mountson declinó la oferta de un abogado. Louise todavía tenía que ponerse en contacto con los padres del hombre y, por ahora, tenía el beneficio de la duda en cuanto a su aparición en su casa. Le había aclarado que parte del trato consistía en que volviera a la comisaría para responder a algunas preguntas.

—¿Dónde está Jay? —preguntó Mountson cuando Louise y Thomas entraron en la sala de entrevistas.

Louise puso un café delante de él. Ella le había permitido ducharse y cambiarse, pero el hombre todavía llevaba su resaca como una mortaja: cada palabra y movimiento parecía ser un gran esfuerzo.

—Está bien. Está en otra habitación, incluso está comiendo. ¿Podemos traerle algo, Sr. Mountson? —dijo Louise, recordando el desorden en su cocina.

—Voy a pasar.

Louise pasó por los preliminares normales antes de cargar una foto de Andrew Thorpe en la pantalla de la sala de entrevistas.

—¿Reconoce a este hombre?

Mountson bajó la mirada.

—Andrew Thorpe.

—¿Entiende lo que le ha sucedido al Sr. Thorpe? —preguntó Thomas.

—No me muestres esa foto de nuevo, por favor —pidió.

—El cuerpo de Andrew Thorpe fue encontrado en el estacionamiento de Weston Woods ayer por la mañana. Su muerte está siendo tratada como asesinato. Una marca, similar a la infligida a Jay Carrigan, se encontró en su frente. ¿Qué puede decirme al respecto?

—¿Qué puedo decirte? Puedo decirte que me revuelve el estómago, como ya viste.

—¿Conocía a Andrew Thorpe?

—De pasada.

—¿Cómo lo conoció?

—Éramos un grupo. Solíamos pasar el rato en Brean Way. Hace cuatro o cinco años. No los conocía tan bien. Yo era mucho mayor que la mayoría de ellos.

—¿Les vendió drogas, Sr. Mountson? —dijo ella en un intento de despistarlo.

Él hizo una pausa. No era tan incrédulo como Louise esperaba.

—No —dijo, sin convicción. Se encogió de hombros—. Admito que la mayoría de ellos seguro consumían algo, pero no la recibían de mí. Solo me unía a ellos en ocasiones. Estaba drogado la mayor parte del tiempo y no tenía nada más que hacer.

—¿Hablaba con Andrew Thorpe? —preguntó Thomas.

—No teníamos conversaciones profundas, pero sí nos conocíamos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—No lo sé. Lo he visto de vez en cuando por la ciudad, pero solo somos conocidos, ¿sabes? No me he parado a hablar con él desde aquellos días en la playa.

—¿Por qué dejaron de verse? —preguntó Louise.

—Imagino que ya lo sabes. Nos advirtieron que no nos juntáramos allí y el grupo se disolvió. Como ya he dicho, iba en ocasiones.

—¿Y el señor Carrigan? —preguntó Thomas.

—¿Qué pasa con él?

—¿Fue alguna vez parte de este grupo?

Mountson resopló.

—Solo lo conocí hace un mes. ¿Qué es esto, carajo?

Louise tuvo que concedérselo, ya que hasta el momento no podían vincular a Carrigan con Weston antes de su asistencia al centro de rehabilitación en Milton.

—¿Conoce a esta mujer? —dijo ella.

Cargó una foto de Poppy Westfield en la pantalla. El hombre frunció los labios.

—Bastante. Me resulta familiar, pero...

Louise cargó la siguiente imagen, la marca en el muslo de Poppy.

—Jesucristo, avísame si vas a hacer eso —espetó Mountson.

Ella se desplazó a otra imagen de Poppy de hace cuatro años.

—¿Esto le aclara las cosas?

Mountson se frotó la cara y sus manos comenzaron a temblar.

—Oh, mierda —dijo.

Louise miró de reojo a Thomas. Se mantuvo en silencio, pues esperaba que continuara hablando.

—Ella solía ir también.

—¿A Brean?

—Sí. No puedo recordar su nombre. Siempre me preocupó un poco porque era algo más joven. ¿Penny?

—Poppy —dijo Thomas—. Poppy Westfield.

—Poppy, por supuesto.

—¿Por qué maldijo cuando vio su foto? —preguntó Louise.

Él se mordió el labio inferior.

—Se veía con Thorpe, ¿no?

—Díganos usted.

Mountson levantó las manos, con las palmas hacia el techo.

—¿Qué es lo que quieren de mí? Apenas conocía a esos chicos. Thorpe tenía qué, ¿alrededor de veinte años? No estaba bien, pero no es mi responsabilidad meter las narices en todas partes. La chica era lo suficientemente mayor, ¿no?

Louise se inclinó hacia adelante.

—No, no lo era, Sr. Mountson. Ella tenía catorce o quince años en esa época.

La piel de Mountson perdió su color y su cabeza cayó sobre su pecho.

—Me siento enfermo —dijo.

—Usted debe entender cómo luce esta situación, Sr. Mountson. Primero el Sr. Carrigan es atacado, con quien usted tiene una relación, según nos enteramos ahora. Luego Poppy Westfield es atacada de manera similar, una chica que solía conocer y que tenía relaciones sexuales siendo

menor de edad con un socio suyo, lo que es un delito de actividad sexual con un niño. Y, por último, Andrew Thorpe aparece marcado y asesinado, que es la persona que cometió ese delito y otro de sus antiguos compinches. Solo una persona vincula a las tres víctimas, Sr. Mountson, y esa persona es usted.

Se sorprendió al ver los ojos de Mountson enrojecer a medida que se le formaban lágrimas.

—¿Qué es esto? —dijo—. No tengo nada que ver. Yo estaba devastado cuando le pasó a Jay. Todo lo demás... No puedes estar hablando en serio.

Ella hizo una pausa e intercambió miradas con Thomas. No era la primera vez que un culpable rompía a llorar delante de ella. A veces sucedía por remordimiento o miedo, a menudo era una actuación. Louise solo podía adivinar por ahora. En ese momento, no sabía si Mountson estaba directamente involucrado. Estuvo de acuerdo en que Jay Carrigan lo habría reconocido si hubiera sido su atacante, y no creía que Mountson tuviera la fuerza mental para llevar a cabo el ataque a Poppy Westfield y Andrew Thorpe, basándose en lo poco que sabía de él. Eso no significaba que no les estuviera ocultando algo.

—¿Qué nombres puede recordar de aquellos tiempos en la playa? —preguntó Louise.

—¿De Brean? —dijo Mountson. Se secó los ojos como si se sorprendiera al darse cuenta de que había estado llorando—. Fue hace cuatro años, y yo estaba fuera de mí la mayor parte del tiempo. Había un par de chicos que conocía, los veo de vez en cuando.

Louise le puso delante un papel y un bolígrafo.

—Tantos detalles como pueda.

Mountson escribió dos nombres y le devolvió la hoja. Ninguno era el nombre que Louise esperaba ver: Laurence Dwyer.

—Hemos estado haciendo un poco de fisgoneo en línea, Sr. Mountson. Me preguntaba si por casualidad conoce a este tipo —dijo ella y cargó la foto de Mountson con Dwyer. Mantuvo sus ojos fijos en Mountson en tanto la foto apareció en la pantalla. Sería un terrible jugador de póquer. Sus ojos se movieron y su mano frotó la barba áspera en la cara y el cuello.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó Thomas.

—Lo conocía —dijo Mountson.

—¿Lo conocía?

—Laurence. No lo he visto desde aquellos tiempos.

—¿Apellido?

—Dwyer.

—Laurence Dwyer. Por lo que entiendo, ¿él también solía andar con el grupo en Brean?

Los ojos de Mountson iban de un lado a otro.

—Tal vez.

Louise levantó el trozo de papel.

—Él no aparece en su lista.

—Lo olvidé.

—Hábleme del Sr. Dwyer.

—¿Qué hay que contar? Éramos compañeros, solíamos hacer lío juntos. Ya sabes cómo es.

—El Dwyer que encontré tiene antecedentes penales por venta de sustancias ilegales.

Mountson se encogió de hombros.

—Él no era un ángel.

—Sigue hablando de él en pasado, Sr. Mountson —señaló Louise.

—¿Qué puedo decir? Desapareció hace cuatro años. Estaba en algunos problemas y se marchó sin decir una palabra.

—¿Alguna idea de dónde?

—No. Estaba algo enamorado de Norteamérica. Podrías probar allí.

Louise asintió.

—Una última cosa —dijo ella e hizo un primer plano a la marca L en el brazo de Dwyer. El hombre bajó la cabeza hasta su mano, con los ojos cerrados—. Creo que no ha sido del todo sincero con nosotros, Sr. Mountson —añadió.

Mountson miró fijamente a la esquina, negándose a mirar a ninguno de los dos. Ella esperó. Estaba claro que el símbolo en el brazo de Dwyer era una marca similar. Necesitaba que Mountson lo admitiera. Se sentaron en silencio durante un período incómodo hasta que al fin habló.

—¿Puedo mostrarte algo?

—Sí —dijo Louise.

Mountson se puso de pie y comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Whoa, vaquero —Thomas se puso de pie y Louise buscó el botón de alarma.

—Solo quiero mostrarles algo, está en mi espalda baja —aseguró Mountson. Se dio la vuelta para mostrar el símbolo D marcado en la carne pálida y manchada por encima de su coxis.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Louise dispuso que se tomaran fotografías de la marca en la espalda de Mountson. Les explicó que él y Laurence Dwyer se habían desafiado mutuamente a hacerse una marca, y ambos eligieron la inicial de su nombre de pila. Tras su confesión, el hombre se encerró en sí mismo cuando el estrés de los últimos días lo alcanzó. Louise decidió darle un poco de espacio y lo envió a las celdas para que se calmara.

El Detective en Jefe Robertson llegó envuelto en una nube de loción de afeitar. Llevaba un traje de tres piezas, con la chaqueta muy ceñida al amplio vientre.

—No vas a ir así —dijo con un gruñido desdeñoso. Louise casi había olvidado el evento de jubilación de esa noche. Se había llevado un vestido, pero la sola idea de asistir le quitaba toda la energía. Leyendo su mente, Robertson la interrumpió antes de que pudiera hablar—. A menos que el atacante tenga a alguien cautivo en este preciso instante, ambos pueden disponer de unas horas. Para eso tenemos un equipo, además del MIT —dijo.

Louise le informó sobre la marca de Mountson.

—Bien, estamos haciendo algunos progresos. Vamos a poner un aviso sobre este tipo Dwyer —dijo Robertson y cerró su escritorio—. Y no llegues tarde —agregó, antes de salir.

—No creo que podamos tomar esa copa antes —le dijo Louise a Thomas.

—No estoy seguro de poder enfrentarme a todo eso sin al menos una copa —respondió Thomas.

—Limitémonos al café por ahora —dijo Louise.

—¿Es una indirecta?

—Claro que sí, Sargento.

DAVID MOUNTSON HABÍA RECIBIDO algo de comida y bebida, y parecía más tranquilo cuando regresó de la celda de detención. Louise le volvió a preguntar si quería un abogado antes de cuestionarlo sobre el símbolo marcado en su espalda.

—¿Qué significa?

Él se encogió de hombros.

—No significa nada. Es mi inicial.

—¿Qué hay de la marca en Carrigan? —preguntó Thomas.

—¿Qué pasa con ella? Es completamente diferente.

—Ambos tienen marcas en sus cuerpos ahora. Eso debe significar algo.

—Jay no eligió tener esa marca. Laurence y yo lo hicimos por diversión. A él le gustaba la

tinta, y a mí también. La marca era algo diferente, así que decidimos intentarlo.

—¿Dónde te lo hiciste? —preguntó Louise.

—No quiero meter a nadie en problemas —le dijo.

Louise cargó la fotografía de Andrew Thorpe en la pantalla. Su paciencia se desvanecía.

—Es un poco tarde para eso, Sr. Mountson. ¿No le parece?

—Fue en Londres. Catford, creo. El lugar ya no existe.

—¿Por qué te lo hiciste en la espalda?

—No estaba seguro de querer que fuera visible.

—¿Y Laurence Dwyer?

—Laurence no tenía reservas. No le importaba. Le gustaba separarse de la multitud, ¿entiendes? Lo llevaba como una insignia de honor.

—Tengo que preguntar, David, ¿cómo era su relación con Laurence?

—Éramos amigos, nada más.

—¿Está seguro? Parece un compromiso —señaló Thomas.

—Éramos amigos. Tonteábamos de vez en cuando, pero Laurence se follaba todo lo que se movía.

—¿Dónde está él? —preguntó Louise, en un intento de pillar a Mountson.

—No lo sé y no quiero saberlo.

—¿Por qué?

—Mira, yo era su amigo, pero al final se volvió demasiado para mí. Era loco. Inestable, ¿sabes? Comencé a consumir por él. Me introdujo a todo. Solo cuando se fue pude pensar en rehacer mi vida.

—Suenas como si fuera un matón —dijo Louise.

Mountson se mordió el labio.

—Se podría decir que sí. No era obvio en ese entonces, pero tenía una manera de obligarte a hacer cosas, ¿sabes?

—¿Así? —dijo Thomas y señaló la imagen del cadáver de Andrew Thorpe todavía en la pantalla.

El hombre miró la imagen e hizo una mueca de dolor.

—¿Cree que Dwyer podría hacer algo así? —preguntó Louise.

Los miró detenidamente.

—Si soy sincero, no lo sé.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La vacilación de Mountson en el interrogatorio bastó para sugerir que creía que Dwyer era capaz de cometer los atentados. Lo interrogaron durante otros veinte minutos, pero al final tuvo la sensación de que no avanzaban. Al final, decidió mantener a Mountson y a Jay Carrigan en custodia durante la noche. Tenía sentido tenerlos bajo observación. Eran un riesgo para los demás, aunque lo que preocupaba ahora era que los hombres fueran víctimas potenciales; mantenerlos encerrados durante la noche era la mejor manera de protegerlos.

Bajó las escaleras de mala gana y se dio una ducha rápida para luego ponerse un vestido negro. Hacía tiempo que no se lo ponía, y se alegró de que aún le quedara bien. Cuando regresó a la oficina del CID, Thomas también estaba vestido y esperándola. No lo había visto antes con traje. Últimamente vestía muy bien, y no podía evitar preguntarse si lo hacía por ella. Había intentado ignorar la atracción que sentía por él desde su llegada a Weston, sobre todo cuando estaba casado. Pero incluso ahora, después de su divorcio, se sentía incapaz de actuar. Se recordó a sí misma que, al igual que Farrell en el MIT, Thomas era su socio profesional en Weston y que no podía arriesgarse a poner en peligro esa relación, por atractivo que luciera esa noche.

—Luces bien —le dijo él.

—Tú tampoco estás nada mal. ¿Quieres que conduzca? No voy a beber esta noche.

—¿Planeas ir a uno de estos eventos sin beber? ¿Has ido antes? Serás la única persona sobria —dijo Thomas, sonando incrédulo.

En el pasado, no se le habría ocurrido ir a un evento de este tipo sin beber, y la broma de Thomas sobre ser la única sobria era sin duda acertada. Pero después de la caída de Paul en el alcoholismo, y con el mismo destino amenazando a su madre, quería evitar la tentación en la medida de lo posible.

Se sentía mal al ir a un evento de lujo cuando el pueblo se enfrentaba a dos asesinos sueltos. Cualquier persona que no fuera a la fiesta de jubilación estaría trabajando. Tenía equipos apostados frente a la casa de Poppy Westfield y cerca de las escenas del crimen previas. Con la ayuda de Baker, varios agentes uniformados trabajaban de incógnito en los bares y clubes nocturnos de la ciudad, y se enviaron mensajes a través de los medios de comunicación locales para que la gente se comportara con mayor vigilancia. Pero temía que no fuera suficiente. Los atacantes eran precisos, y seguro ya tenían su siguiente objetivo en la mira. Louise quería estar preparada para actuar, y pensaba pasar el mínimo tiempo posible en la fiesta esa noche.

LOUISE HABÍA QUEDADO IR A TOMAR algo antes de la fiesta con Tracey, pero decidió llamarla

para encontrarse en el Winter Gardens. Aún era de día cuando se acercaron al paseo marítimo. La marea había subido y el sol poniente brillaba en las ondulantes aguas. Con las terrazas de los bares y hoteles de la zona llenas de gente y el calor del día todavía en el aire, la ciudad podría confundirse con una zona de moda del Mediterráneo. Esa visión se disipó al tomar la curva hacia el gris del estacionamiento del centro comercial.

—¿Estás seguro de que tenemos que hacer esto? —le preguntó a Thomas tras estacionar. Tomaron la escalera de hormigón, cargada de olores a nicotina y orina, en dirección a la calle principal.

—Hay algunos aspectos del trabajo de los que no te hablan —dijo él a medida que atravesaban los jardines ornamentales hasta la entrada trasera de los Winter Gardens.

Louise declinó la oferta de champán. Se adentraron en la cacofonía de ruidos del salón de baile principal, era como si toda la policía de Avon y Somerset estuviera en la sala. Echó un vistazo al diseño art déco de las paredes curvas y volvió a pensar en lo incorrecto que era estar aquí. Se imaginó a Mountson y Carrigan en la estación cuidando sus resacas, a los padres de Andrew Thorpe llorando a su hijo, y a los Westfield en su casa, tratando de asimilar cómo sus vidas habían sido devastadas una vez más. ¿Qué pensarían de la presencia de Louise en ese lugar, cuando los asesinos seguían sueltos?

OLIO a Finch antes de que apareciera. No habría sido más obvio si hubiera meado en la esquina, pues su loción de afeitar cítrica se las arregló para llenar el aire a pesar de los cientos de personas en la sala. No le sorprendió ver al ACC Morely y a su esposa acompañando al Detective en Jefe. Sin embargo, la cuarta persona del grupo la pilló desprevenida.

Como era el protocolo, el ACC habló primero y presentó a su mujer a Louise y Thomas. Morely dedicaba a Louise tanto tiempo como Finch, pero nadie lo habría adivinado por su efusiva presentación.

Luego le llegó el turno a Finch.

—Seguro que conoces a Natalie —dijo Finch, presentando a la elegante mujer a su lado como si todos fueran mejores amigos.

Natalie Gurgenstein era la jefa de la Fiscalía de la Corona en la zona. Louise había trabajado con ella en varios casos. Era muy inteligente, atractiva y buena compañía. Louise sonrió al estrecharle la mano y se preguntó por qué demonios asistiría al acto con Finch.

Había salido a tomar una copa con Natalie después de un ajetreado día de trabajo, pero no recordaba haber hablado nunca de Finch. Aun así, debía de conocer su reputación. Louise había caído rendida a los encantos de Finch, así que no era inconcebible que alguien más lo hiciera. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no arrastrar a Natalie a un lado y hablarle de Amira Hood y Terri Marsden, de su propia terrible relación con aquel hombre. Sentía que tenía la obligación de advertirle, pero no había forma concebible de hacerlo sin quedar mal.

Notó que Finch estrechaba los ojos, como si intentara leerle el pensamiento. ¿Se había enterado de que ella lo estaba investigando? Terri se había retirado porque él le había enviado una fotografía recordatoria, pero podía tratarse de una coincidencia. De cualquier manera, Simon tenía ahora los teléfonos y, con suerte, estaba progresando. Daría lo que sea por poder borrar esa sonrisa de su cara.

—Si nos disculpan —dijo Thomas para romper un silencio que se estaba volviendo incómodo— ¿Estás bien? —le preguntó una vez que llegaron a la relativa seguridad de la zona del bar.

En condiciones normales, le habría molestado que Thomas sintiera la necesidad de alejarla de Finch y Morely. No necesitaba protección, y se resistía a mostrar debilidad en su presencia. Pero, en aquel momento, se alegró de estar lejos de ellos.

—¿Seguro que no puedo ofrecerte una bebida? —reiteró.

Louise se sintió tentada, pero corría el riesgo de que un trago diera lugar a demasiados más y aún era consciente de que los atacantes seguían activos en algún lugar de la ciudad. Lo único que quería era hacer presencia durante una hora, irse a casa, dormir un poco y estar preparada para continuar la investigación mañana por la mañana.

Thomas tenía otra opinión. A medida que ella se movía por la habitación y tenía conversaciones triviales con los presentes, se dio cuenta de las frecuentes visitas de Thomas al bar. Ella luchaba con la situación, pero él parecía estar en su elemento. Conseguía bebidas para la gente y conversaba con todo el mundo como si todo el evento hubiera sido montado para su beneficio.

—Inspectora Blackwell.

Louise maldijo en voz baja antes de volverse hacia la persona que la había llamado por su nombre. El Inspector Rob Baker estaba de pie detrás de ella con el cuerpo erguido, y parecía que la estaba acechando.

—Me has dado un susto, Rob —le dijo.

Baker sonrió, pero permaneció rígido, clavado en su sitio.

—Permíteme presentarte a mi mujer, Rebecca. Rebecca, este es la ilustre Inspectora Blackwell. Toda una estrella por estos lares.

Era tal el espacio que Baker ocupaba, que Louise casi no se había dado cuenta de la menuda mujer que estaba a su lado. Rebecca apenas llegaba a la altura del pecho de Baker. Era una mujer guapa, pelirroja y parecía tener unos diez años menos que su marido. Tomaba a Baker de la mano con fuerza, pero seguían pareciendo una pareja extraña por la diferencia de estatura y edad. A su pesar, Louise no pudo evitar echar un vistazo al prominente tatuaje que serpenteaba desde el pecho de la mujer hasta su hombro.

—Eres demasiado amable, Rob. Encantada de conocerte, Rebecca —dijo. Intentó no quedarse mirándola. Desde el inicio del caso, se había fijado en la gente con tatuajes. Hasta ahora, no se había dado cuenta de lo omnipresente que parecía tener un tatuaje. Aun así, ver el tatuaje de la mujer de Baker la sorprendió, ya que no podía imaginarse que la mujer de alguien tan estricto fuera tan aventurera como para hacerse algo así.

—Lo mismo digo —dijo Rebecca. Soltó la mano de Baker y estrechó la de Louise, sosteniéndole la mirada con una intensidad sorprendente—. Tengo entendido que estás trabajando en ese horrible caso de asesinato que he leído en los periódicos —añadió, con los ojos clavados en los suyos.

—Correcto —dijo Louise.

—Ya, ya. No hables de trabajo, Rebecca —interrumpió Baker.

—No pasa nada. Estoy segura de que todo el mundo lo está pensando—respondió Louise.

—Es un asunto terrible. Con la marca y todo. Horrible —dijo Rebecca.

Ella asintió, aunque vio más emoción que disgusto en los ojos de la mujer.

—¿Qué te parece volver a mudarte a la zona?

—Oh, está bien. Tengo familia aquí, así que no es muy diferente. Dime, ¿algún posible sospechoso? —Rebecca bajó la voz como si estuvieran conspirando.

—Estamos trabajando en ello.

—Vamos, Rebecca, creo que la Inspectora Blackwell debe estar disfrutando de tener unos

minutos libres del caso. ¿Puedo traerte algo del bar, Louise?

—No, gracias —le dijo, y Baker se llevó a su mujer a rastras.

PASÓ los siguientes treinta minutos cumpliendo con su deber, estrechando la mano a más gente y fingiendo que se divertía. Socializar y hacer conexiones era un aspecto de su carrera que nunca se le dio bien. Le habían señalado en numerosas ocasiones que eso la frenaba. Si hubiera estado más dispuesta a jugar a este juego, quizá tendría un rango más alto ahora. Finch era un maestro, y por eso estaba conversando con el subjefe mientras ella deambulaba sola por el salón de baile. Pero, ¿realmente quería eso? El principio de Peter a menudo se cumplía en la policía. Disfrutaba del reto diario de una investigación y, aunque estaba segura de que podría conseguir un puesto directivo más alto, no se sentía capacitada. El Detective en Jefe Robertson era casi un oficinista, y eso no le interesaba. No es que un ascenso fuera inminente. No se había dicho, pero su traslado forzoso a Weston fue una especie de jubilación. Estaba segura de que Finch y Morely esperaban que su traslado pusiera fin a su carrera, y sin duda esperaban que el cambio de ritmo en su nuevo entorno la hiciera cuestionarse su papel en la policía. Pero no habían contado con su resistencia, y ahora que se acercaba su reunión de mala conducta se preguntaba qué le tendrían preparado.

—¿Qué haces sola?

Louise se giró hacia un sonriente Thomas que sostenía dos copas llenas de champán. Tenía los ojos vidriosos y arrastraba las palabras. Tomó una de las copas.

—Parece que te lo estás pasando bien —señaló ella y colocó la copa sobre la barra.

—Si bebes suficiente, cualquier cosa puede ser divertida. ¿Está todo bien? Imagino que hay algunas personas aquí que preferirías no ver.

—¿Ahora eres mi caballero de brillante armadura?

Thomas frunció el ceño, y ella se dio cuenta de que había sido un poco brusca con él.

—Lo siento, Tom, aprecio tu preocupación. Odio estas cosas, y sí, hay algunas personas a las que preferiría no ver.

Thomas abrió la boca para hablar, y por un segundo, creyó que iba a mencionar a Finch. Un destello de indecisión apareció en sus ojos, y ella se inclinó y le quitó el segundo vaso.

—Vamos a casa —dijo Louise.

Caminaron de vuelta frente al mar, con una ligera llovizna en el aire y la retirada del mar hacia el oscuro horizonte casi por completo.

—¿Has oído los rumores? —dijo Thomas. Tomaron el camino lateral hacia el estacionamiento.

—¿Ha vuelto a chismear, Sargento?

—¿Yo? —dijo con fingida indignación—. Bueno, quizá un poco.

—Adelante entonces. Dime qué siniestro plan has descubierto.

—Me temo que no son buenas noticias. Parece definitivo que nos van a cerrar.

—¿Cuántos champán tomaste?

—Es verdad. El plan es fusionar todos los departamentos del CID en la central.

Louise ya lo había oído antes. Desde la llegada de Baker, esas teorías circulaban por la comisaría. Su esperanza era que los recientes éxitos del departamento en casos de gran repercusión evitaran ese traslado, pero el suyo no sería el primer departamento en ser centralizado. Portishead estaba a solo veinte o treinta minutos en coche de su comisaría de Weston, y aunque desde un punto de vista logístico sería más difícil trabajar desde la sede central, no era inconcebible. Gran parte de su trabajo se realizaba fuera de la oficina, y estar en

Portishead implicaba cubrir un área mayor que la actual.

—Discúlpame, pero no me enfocaré en eso ahora.

—¿Has visto a la mujer de Baker? —preguntó Thomas cuando llegaron al coche.

—Parece agradable.

—Es como la mitad de su estatura.

—No me di cuenta.

—Sí, claro.

Recordó el interés de la mujer en el caso de la marca en el trayecto hacia Worle, por Locking Road. Hacía solo cinco horas, estuvo en la estación entrevistando a Mountson, pero por ahora el caso parecía un recuerdo borroso. Si no estuviera tan agotada, habría dejado a Thomas para ir directamente a la oficina a seguir trabajando.

—Te espero mañana temprano —dijo con una sonrisa tras detenerse frente a la casa de Thomas. Hasta su reciente traslado desde su bungalow en Worle, habían sido casi vecinos, pues él se había mudado a la zona tras su divorcio.

—Veré lo que puedo hacer —dijo él sin levantarse del asiento. Se estaba riendo, el aire fresco del paseo marítimo había acelerado su embriaguez—. Escucha, quería decirte algo...

A Louise se le aceleró el pulso cuando Thomas se inclinó hacia ella. Su mente empezó a jugarle malas pasadas mientras él intentaba besarla. Le decía que era algo que deseaba, pero al mismo tiempo le advertía de que no era el momento adecuado.

Al final, giró la cabeza a tiempo para que los labios de Thomas rozaran su mejilla. Él se apartó como si se le hubiera pasado la borrachera en un instante.

—Yo... —empezó a decir, con las cejas fruncidas en señal de arrepentimiento.

Louise le dedicó una sonrisa tranquilizadora, o eso esperaba.

—Duerme un poco —le dijo—. Te veré por la mañana.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Ella era diferente. Aunque invisible para los demás, sentía como si la marca quemara a través de la tela de su vestido, como si llevara la muerte de Andrew Thorpe en su carne. Quería liberarse para mostrar las marcas de su cuerpo, para que lo supieran, para que le temieran, pero no era el momento. Por ahora, se conformaba con moverse entre ellos sin que supieran. El símbolo de su cuerpo era un secreto que estaba dispuesta a guardar por el momento.

La noche fue gloriosa. La pintoresca y olvidadiza ciudad que había dejado atrás pareció transformarse en su ausencia, revitalizándose y naciendo de nuevo del mismo modo que ella. El calor residual ayudaba, al igual que la cantidad de gente que se filtraba por la ciudad. El paseo marítimo estaba vivo como nunca antes. El Gran Muelle ocupaba el centro de la escena, adentrándose en el mar, mientras la gente comía y bebía en los cafés y restaurantes. El invierno lo cambiaría todo, pero ella no estaba dispuesta a esperar tanto. Ahora era su ciudad, y recién empezaba a dejar su impronta en ella.

Bailaron y bebieron toda la noche. Le gustaba ver a D en acción. Su encanto fácil, la forma en que los demás le obedecían como si percibieran su poder. Era comprensible que a ella no la respetaran tanto. Por el momento, se contentaba con permanecer oculta y dejar que él acaparara toda la atención. Nadie sabía de la marca, roja y cruda en su carne. No sabían lo que había hecho ni lo que tenía preparado, y eso conllevaba un poder propio.

Después, insistió en que fueran a casa de Louise. Tenía un objetivo más, pero no podía dejar de pensar en la mujer y en su familia. A D no le gustaba estar allí. Quería ir por el último objetivo para terminar lo que habían planeado, pero los planes habían cambiado. No se arrepentía de haber matado a Thorpe; merecía morir, y usar la aguja en él era un potente recordatorio de su pasado, pero no había ningún beneficio en dejar su marca en un cadáver.

Marcar al novio de Mountson había cambiado su perspectiva. Él y esa perra engreída, Poppy, llevarían su marca por el resto de sus sórdidas vidas. Pero, ¿por qué parar allí? La ciudad estaba llena de cientos de conexiones potenciales y carne que ella aún no había reclamado, y la más preciada pertenecía a Louise.

Lo intuyó la primera vez que se conocieron, y los últimos días observándola habían consolidado la sensación de que sus caminos estaban entrelazados.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó D. Se acercó a ella y puso las manos sobre su última marca.

No podía explicárselo. Le debía lo mucho que la había ayudado, ahora y en el pasado, pero él nunca entendería lo que ella quería. Ya estaba nervioso por estar aquí. Si ella le dijera que quería que Louise formara parte de su familia, era probable que salga corriendo.

—¿No disfrutas el poder de observar? Ella cree que está a salvo, que su familia está a salvo,

pero podríamos cambiar eso con un chasquido de dedos —dijo, apelando a los más bajos instintos de D.

—Es un riesgo innecesario —respondió él. Se encendió y apagó una luz en el piso de arriba, donde dormía Louise.

Por desgracia, esos comentarios se estaban convirtiendo en habituales. Le frustraba que aún no pudieran localizar a Mountson. Ella había querido seguir a Louise por la mañana, pero D había dicho que sería imposible, que estaba entrenada para notar que estaba siendo seguida.

—Si no podemos localizar a Mountson mañana, vamos a encontrar otros objetivos —dijo ella y sacó una navaja de su bolso. Echó un último vistazo a la casa, se remangó la camisa y se hizo un delicioso corte en la parte superior del brazo antes de volver al coche.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Era una mañana tan bonita que, después de dejar salir a Molly al jardín, Louise decidió tomar su desayuno (café solo y un extravagante cruasán de chocolate) fuera. Los demás seguían durmiendo, y la perra corría y volvía a su lado para comprobar que no la había abandonado.

De todas las cosas que esperaba que ocurrieran la noche anterior, como un enfrentamiento con Finch o ACC Morely, lo último que había esperado era que Thomas intentara besarla. Y a pesar de las tensiones del caso en curso, sólo podía pensar en eso.

Esperaba que pudieran achacarlo a un error de borrachera, pero no podía quitarse de la cabeza el hecho de que, a pesar del torpe avance y de su propia sobriedad, estuvo a punto de devolverle el beso. Esas cosas pasaban siempre. Cuando se trabajaba tan cerca, sobre todo en circunstancias tan tensas, era natural buscar consuelo y placer donde sea. Thomas y Tracey tuvieron breves escarceos en el pasado, así que tal vez no debería haberse sorprendido tanto por los acontecimientos de la noche anterior.

Estaba segura de que podrían superar el incidente. Sería incómodo durante uno o dos días, pero luego lo olvidarían. No obstante, si era sincera consigo misma, no estaba segura de querer superarlo. Se había sentido atraída por Thomas desde el primer día, y aunque intentó luchar contra ello, sus sentimientos por él habían crecido. Las objeciones que se ponía a sí misma quedaron obsoletas. Pero aún tenían que trabajar juntos y, por el momento, era un obstáculo que ella no podía superar.

Fue la primera del equipo en llegar a la comisaría. Los que no habían estado en el evento de anoche habían estado trabajando toda la noche, y uno de los uniformados le informó de que el equipo de Baker cerró otro bar anoche por servir fuera de horario.

Incluso el Detective en Jefe Robertson, que a veces parecía vivir en la oficina, estaba ausente. Había hablado con él un par de veces la noche anterior y parecía tan contento de estar allí como ella.

Preparó una jarra de café y llevó el informe del turno de noche a la sala de incidentes. Carrigan y Mountson seguían bajo custodia, y llamó al coche patrulla estacionado fuera de la casa de Poppy para comprobar que no hubo actividad. Todo parecía apuntar hacia el grupo de adolescentes de hacía cuatro años, así que volvió a consultar el informe con el nombre de Rob Baker. Los nombres de Poppy Westfield, Andrew Thorpe y Laurence Dwyer ocupaban un lugar destacado. Dwyer era el eslabón perdido por el momento, y eso lo convertía tanto en posible sospechoso como en posible objetivo. Louise echó un vistazo a la imagen de Dwyer que tenían de la cuenta de redes sociales de Mountson, al contorno borroso de la marca marcada con un círculo rojo, y se preguntó qué papel desempeñaba el hombre en los incidentes cuando su teléfono sonó. El sonido resonó en la habitación vacía.

Dejó que se le calmara el pulso antes de contestar al desconocido.

—¿Sí? —dijo, sus pensamientos siempre volvían a Finch cuando “desconocido” aparecía en la pantalla del teléfono.

—Hola Louise, soy Simon Coulson.

Parecían semanas, pero no habían pasado ni veinticuatro horas desde que habló con Coulson.

—Hola Simon, estás despierto desde muy temprano.

—El tiempo es un concepto relativo cuando te sientas detrás de una pantalla toda tu vida. ¿Puedes hablar?

—Soy toda oídos.

—Me temo que no son buenas noticias. He hecho un diagnóstico completo de los teléfonos que me diste, pero no puedo encontrar la fuente de los mensajes. Quien envió los mensajes es un experto en tecnología, o conoce a alguien que lo es.

—Supongo que es lo que esperábamos.

—No todo son malas noticias. Si puedes encontrar la fuente, entonces creo que podemos probar un enlace, incluso si los mensajes del otro lado han sido borrados. Sé que no es bueno, pero puede ser algo en lo que trabajar.

Decir “no es bueno” era un eufemismo. Agradeció a Simon después de arreglar la devolución de los teléfonos. Solo de pensar en Finch se acordaba de su asquerosa loción de afeitar cítrica. Aún no podía creer que la abogada Natalie hubiera asistido al evento de anoche con él, pero de una cosa estaba segura: Finch habría guardado un registro de cada mensaje y foto que había enviado. Era tan predecible como cualquier sociópata que ella hubiera rastreado antes. Estaba claro que le excitaba el poder y que quería guardar pruebas de sus conquistas, especialmente las fotos comprometedoras que tenía de Amira y Terri Marsden, y seguro de innumerables mujeres más.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde guardaba todo.

El equipo había llegado a las nueve de la mañana, incluido Thomas, que no la miró cuando se incorporó a la reunión informativa. Robertson observó mientras ella daba las instrucciones, con su mirada de perro sabueso y su evidente resaca. Louise reiteró que el objetivo principal era encontrar a Laurence Dwyer y averiguar los nombres y la ubicación de todos los otros que pudieran haber formado parte del grupo con el que David Mountson, Andrew Thorpe y Poppy Westfield habían salido.

Thomas esperó a que todo el mundo se dispersara antes de acercarse a Louise. Su pulso se aceleró cuando él se detuvo junto a su escritorio y se rascó la nuca como un escolar errante.

—Gracias por llevarme a casa anoche —le dijo.

Louise sonrió. Su torpeza le resultaba simpática, pero quería oír lo que decía a continuación.

—De nada.

—Supongo que hice un poco el ridículo.

—Yo no diría ridículo.

—Bueno, lo siento. Me pasé de la raya. No debería haber...

Ella sacudió la cabeza.

—No seas tonto, está bien. La forma en que bebiste el champán... sinceramente, olvidémoslo.

Thomas asintió. Ella sintió que él quería decir algo más, pero no era el momento adecuado y, con la sala de incidentes y la oficina circundante llenas de colegas, definitivamente no era el lugar adecuado.

AUNQUE TENÍAN AL MIT AYUDANDO, Louise se sentía frustrada por la falta de progresos. Los equipos estaban fuera buscando a Dwyer, pero todavía se sentía como si estuvieran siendo reactivos y estuvieran esperando el próximo incidente. Mountson y Carrigan iban a ser liberados esa mañana, y se necesitaría más personal para seguirles la pista. El evento de anoche había desviado parte de la atención, pero si no empezaban a producir resultados pronto, solo sería cuestión de tiempo para que la presión recayera sobre ella y el departamento.

Por enésima vez, leyó el informe sobre los adolescentes de Brean de hacía cuatro años. No estaba segura de por qué dudaba tanto, pero aún no había hablado con Baker al respecto. Quizá estaba esperando a que él se le acercara, pero no podía retrasar más la conversación.

Lo encontró en su despacho de la tercera planta. La puerta estaba abierta y golpeó antes de entrar.

—Louise, ¿a qué debo el placer? —preguntó Baker, tras ponerse en pie como para exhibir su estatura—. Por favor —dijo y señaló la silla frente a él.

Vislumbró la imagen de su esposa en el marco de fotos a su lado cuando se sentó. En la imagen parecía aún más joven, y eso le hizo cuestionar aún más sobre su improbable relación.

—Veo que anoche cerraste otro bar.

—Mi equipo lo hizo, sí. Creo que estamos transmitiendo el mensaje, despacio pero seguro. ¿Por eso estás aquí?

—No, es algo mucho más interesante—dijo Louise, y colocó el archivo Brean en su escritorio—. ¿Te acuerdas de esto?

Baker sacó unas gafas del cajón de arriba y se las puso en la punta de la nariz.

—Ya veo. Dos de sus víctimas aparecen aquí —dejó el documento sobre el escritorio y se frotó la barbilla, sumido en sus pensamientos—. Tengo un vago recuerdo. Una pérdida de tiempo, si no recuerdo mal. Pido disculpas, debería haber recordado los nombres.

—¿Qué me puedes decir al respecto?

—Era la operación de mi predecesor —dijo Baker, volviendo a coger el expediente—. Para ser justos, era una de las muchas que había en aquel momento. Estábamos en plena ofensiva contra las pandillas de adolescentes. Parecía que nos enfrentábamos a una nueva cada semana. Este caso no fue nada excepcional. Habíamos recibido informes de tráfico de drogas, pero no había nada de eso, por lo que pudimos ver.

—¿Recuerdas haber visto a este hombre? —dijo Louise, mostrándole una foto de Laurence Dwyer.

—¿Estaba en la lista?

Louise acercó la foto a Baker.

—¿Puedes ver la marca que tiene en el brazo?

Él se ajustó las gafas y volvió a mirar la imagen.

—Ah, sí. Es intrigante. ¿Y estaba en la lista de personas que vigilábamos?

—Sí.

Se quitó las gafas y la miró.

—Ya sabes cómo es, Louise. Fue hace cuatro años. Si le hubiera visto esa marca, probablemente lo habría recordado. Tal como están las cosas, es solo uno de los cientos, si no miles de jóvenes con los que he tratado en los últimos años.

—Por supuesto, Rob, lo entiendo. Si se te ocurre algo, dímelo.

Baker se levantó.

—Serás la primera en saberlo, Louise —aseguró.

Ella se puso de pie.

—Gracias, Rob. ¿A tu mujer le gustó Winter Gardens anoche?

—Definitivamente. No podría haber llegado en mejor momento para nosotros. No siempre es fácil instalarse en un nuevo lugar, pero fue un gran evento.

—Envíale mis mejores deseos —dijo Louise.

—Lo haré —dijo Baker. Se puso en posición de firmes mientras esperaba a que ella se marchara.

LOUISE HABLÓ con Mountson y Carrigan antes de que los liberaran. Instó a Mountson a darle más detalles sobre Laurence Dwyer, pero él se mantuvo evasivo. Estaba convencida de que le estaba ocultando algo, pero eso no era suficiente para mantenerlo bajo custodia. Estuvo a punto de seguir a los dos hombres fuera de la estación cuando una voz la distrajo.

—Vaya noche.

Louise respiró hondo y se volvió hacia Finch.

—No es lo mío, Tim. Demasiada adulación para mi gusto.

Le sonrió, pero ella notó que el comentario le había molestado.

—Fue un poco triste verte allí sola, Louise. A tu edad. Tic-tac, tic-tac —dijo moviendo el dedo al compás de sus palabras.

—¿Es así como ves a las mujeres, Tim?

Finch levantó las manos en señal de rendición.

—Solo digo que no eres una muchachita. No querrás que te dejen en la chatarra.

—¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo?

—Solo quería darte un consejo amistoso.

Louise se mordió el labio. Se le ocurrieron varias respuestas, pero Finch consideraría cualquier respuesta como una victoria.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dijo, y se dio la vuelta.

—Una cosa más. Anoche tuve una buena charla con el ACC.

Louise no pudo resistirse. Se volvió a enfrentarlo.

—Como ya he dicho, anoche hubo mucha adulación.

Finch le dedicó su mejor sonrisa carente de humor.

—Divertidísimo, a diferencia de tu investigación sobre los ataques con marcas. Morely está muy interesado en mi idea de permitir que el MIT tenga un mayor control sobre estos casos.

—Apuesto a que sí.

—No me gusta añadirte presión, por eso voy a ofrecerte un par de cuerpos más para ayudarte.

—Eres todo corazón, Tim.

—Con tu audiencia a la vuelta de la esquina, es lo menos que puedo hacer.

Finch se estaba posicionando perfectamente. Si las cosas salían mal en el caso, ella tendría la culpa. Si las cosas salían bien, él sería elogiado por ayudar. Era la clásica situación en la que todos salían ganando.

—¿Eso es todo?

Él se mantuvo firme. Louise se consoló de su frustración. Por más que lo intentaba, no podía provocarla como quería.

—No la cagues —dijo Finch, en un intento de recuperar el control de la situación.

Louise sonrió y se marchó.

DEJANDO ATRÁS LA CONFRONTACIÓN, hizo el corto viaje a la residencia de Mountson en Uphill. Vigilar a una víctima y a una víctima potencial no le pareció el mejor uso de su tiempo, pero le dio la oportunidad de salir de la comisaría y pensar.

El calor era sofocante en el coche. Bajó todas las ventanillas, pero el aire del exterior era igual de caliente. Abrió el portátil y miró sus notas para concentrarse. Intentaba olvidarse de Finch, pero su mente volvía una y otra vez al encuentro con Baker y a la forma poco sutil en que la había echado de su oficina. El Inspector Adam Royston, responsable de la investigación original, ya estaba jubilado. Podía llamarlo y pedirle su opinión, pero por el momento le parecía exagerado. Baker ya le había dado su versión de los hechos, y hablar con Royston implicaba el riesgo de enemistarse con su colega.

A última hora de la tarde, Groves, el profesor jubilado, salió de su casa y se puso a cuidar el jardín delantero. Debía estar furioso porque Mountson residía en la casa de al lado, pero ella no quería discutir el asunto con el hombre. Llamó a los miembros del equipo para obtener actualizaciones. Tracey y Greg Farrell viajaron al norte de Gales para hablar con los padres de Laurence Dwyer. Tracey le contó que los padres no habían visto a Dwyer desde su juventud y que se había mudado a Bristol en malos términos.

Parecía que Dwyer había abandonado la sociedad. El último registro oficial que tenían de él era un retiro bancario de 70 libras tres años y medio antes, la cantidad exacta de dinero de su cuenta. No tenían otros datos bancarios, facturas de servicios públicos, ni registros telefónicos del hombre. El hecho de que viviera sin conexión a la red eléctrica no era tan inusual. En una ciudad como Weston, con muchos trabajadores temporales y de paso que con frecuencia cobraban en efectivo, era bastante habitual. No obstante, dificultaba aún más la búsqueda de Dwyer.

Louise se frotó los ojos, pues el polen del aire le producía picor. Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que les estaban ocultando algo. Tendría que volver a hablar con Poppy. Todo apuntaba al grupo de adolescentes de Brean, y ella tenía que averiguar qué había ocurrido en realidad y por qué esas personas aparecían como víctimas.

Por ahora, decidió permanecer fuera de la residencia Mountson. No estaba segura de lo que estaba esperando, porque parecía improbable que Laurence Dwyer fuera a regresar, pero se contentó con estar allí por ahora.

NO SABÍA por qué se quedó tanto tiempo. Sugería cierta desesperación, aún desde su punto de vista. Cuando el cielo se oscureció, Louise estaba deshidratada y tenía las extremidades agarrotadas por estar encerrada en el asiento del coche. Encontró una chocolatina en el bolsillo lateral del asiento del copiloto, pero el calor la había hecho incomible. Una de las primeras cosas que le habían dicho sobre las vigilancias era que debía prepararse, cosa que no hizo. Pero se obstinó en quedarse pasada la medianoche, como si pudiera esperar al tiempo.

Las luces de la planta baja de la residencia Mountson estaban encendidas desde primera hora de la noche y, a menos que hubieran escapado por la parte trasera de la casa, estaba segura de que los dos hombres seguían adentro.

Era una teoría que puso a prueba tras recibir una llamada a las 2 am. Era claro que Mountson estaba drogado. Abrió la puerta en bata de baño, con Carrigan escondido detrás de él.

—¿Han estado aquí toda la noche? —les preguntó.

—Sí —dijo Mountson.

—Bien. No abras la puerta de nuevo hasta que hayas comprobado quién es —les pidió antes

de emprender la vuelta al coche.

Volvió a llamar a la estación mientras se dirigía a la escena, tras disponer que un coche patrulla se quedara fuera de la casa de Mountson. Un hombre había sido encontrado con vida fuera del Playhouse en la calle principal, con el símbolo del cisne marcado en su cuello.

Cuando llegó a Playhouse, le informaron a Louise que una segunda persona también había sido atacada.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Cuando Louise llegó al Playhouse, la primera víctima, Terrence Maynard, había sido trasladada al hospital. Los socorristas tomaron fotografías de las heridas infligidas al hombre. Louise observó las imágenes del símbolo del cisne 2 de color rojo en un lado del cuello del hombre. Parecía que Maynard era indigente. Había estado durmiendo al abrigo del vestíbulo del Playhouse, y su saco de dormir sucio y sus pertenencias seguían intactas, esperando a que llegaran los SOCO.

Louise le dio instrucciones a Thomas para que se dirigiera directamente al Weston General y obtuviera toda la información posible sobre Maynard. El socorrista había hablado con Maynard antes de que se lo llevaran y había confirmado que fueron dos atacantes, ambos con máscaras. Louise dejó al socorrista en el lugar para esperar a los SOCO antes de dar un corto paseo hasta Grove Park, donde otro equipo se ocupaba del segundo ataque.

Pese a lo tarde que era, todavía hacía calor. Recordaba que hacía solo unos días había visto a Jay Carrigan caminar por la misma calle y cruzar hasta el parque, donde había tenido un altercado con el traficante, Ben Abbey. Esta noche, el lugar era diferente: todo estaba cerrado y solo la iluminación de las luces intermitentes del estacionamiento indicaba algo de vida nocturna.

El parque había sido acordonado.

—Hay un estanque a la izquierda, señora —dijo un agente uniformado, que señaló a una zona al otro lado del parque iluminada con luces azules intermitentes donde se había reunido un grupo de agentes y personal de emergencia.

Era imposible sacar algo positivo de la situación, pero al menos Terrence Maynard seguía vivo. Tras el asesinato de Thorpe, Louise temía que ese fuera el nuevo móvil de los agresores. Pero el hecho de que hubiera habido un segundo ataque, tan cerca y en un plazo tan breve, le preocupaba mucho. Sugería que al menos uno de los ataques fue aleatorio y que los atacantes se estaban volviendo descuidados o más confiados, o una mezcla de ambas cosas.

Atravesó la hierba, y los gritos de angustia de la segunda víctima la alcanzaron antes de que pasara el palco en el centro del parque. El ruido se intensificó cuando se acercó a la pequeña zona del parque próxima al estanque. El socorrista había hecho un buen trabajo al acordonar la zona donde la segunda víctima estaba siendo atendida por los paramédicos y no permitir la entrada a nadie más. Louise se acercó a la cinta y habló con el agente.

—Raymond Oxford. Creemos que estaba durmiendo aquí. Lo he comprobado en la comisaría y hasta la semana pasada se alojaba en un hostel de Ashcombe.

—¿Ha sido marcado? —preguntó Louise.

—Sí, señora. En el lado derecho del hombro. El mismo símbolo que los otros.

La luz era escasa y parecía que los paramédicos habían cubierto la herida con un vendaje.

Los gritos del hombre habían disminuido, pero seguía con los ojos muy abiertos, como si no tuviera ni idea de lo que le estaba pasando.

—Es bastante desagradable —dijo uno de los paramédicos—. Lo que sea que hayan usado atravesó parte de su ropa. Debemos tratar la herida antes de que se infecte.

—Sr. Oxford. Soy la Inspectora Louise Blackwell. ¿Vio quién le hizo esto? —le preguntó Louise mientras los paramédicos lo llevaban por el camino hasta la ambulancia.

El hombre la miró con terror aún en los ojos. Se le caía la baba a medida que decía algo que sonaba como “Man du” (“hombres, dos”), pero Louise no consiguió que entrara en razón. Lo colocaron en la parte trasera de la ambulancia.

Ella se puso al día con todos los equipos mientras esperaba la llegada de los SOCO. Era tarde y estaba dolorida por llevar todo el día sentada en el coche. No sabía si estaba pensando con claridad, pero los últimos acontecimientos no tenían sentido.

Le parecía improbable que Terrence Maynard y Raymond Oxford tuvieran vínculos con las otras víctimas, lo que la preocupaba. Parecía que los atacantes se habían salido del plan. Parecía que se dieron el gusto de simular la caza de Jay y Poppy, y seguro la de Andrew Thorpe, pero parecía que habían atacado a sus dos últimas víctimas donde dormían. Que hubiera gente indigente en las calles de Weston era una acusación condenatoria contra el ayuntamiento. Quizá como ahora eran objeto de estos ataques agravados, las autoridades actuarían con mayor rapidez. Volvió a preguntarse por Rob Baker y el cierre del centro de rehabilitación de Milton: todos los que dejaron del centro habían vuelto a casa o habían sido reubicados, pero tomó nota para volver a comprobar la lista de ocupantes al regresar a la comisaría, aunque no recordaba haber leído antes los nombres de Maynard u Oxford.

Después de ver cómo se instalaban los SOCO, Louise subió la colina hasta la cima del parque, en dirección al parque infantil cerrado donde había detenido el altercado entre Jay Carrigan y el traficante de drogas, Abbey. En la oscuridad, el parque infantil le recordaba a unas inquietantes fotografías que había visto en Internet de un parque de atracciones abandonado cubierto por el bosque. Bajo los árboles, cuyas hojas ondulaban con la brisa, resultaba difícil creer que a un par de cientos de metros los SOCO estaban examinando los lugares donde Oxford y Maynard fueron brutalmente atacados. Abrió la chirriante puerta de hierro que daba al parque infantil, Louise se consoló al pensar que las dos víctimas estaban vivas. Los acontecimientos dieron un giro inesperado. Tras matar a Thorpe, lo normal habría sido que los atacantes siguieran matando, pero el hecho de que se abstuvieran de hacerlo sugería una sensación de control que, en su opinión, era aún más preocupante. Claro que se alegraba de que ambos hombres siguieran vivos, pero si los atacantes podían elegir a quién, cómo y cuándo matar, significaba que eran menos susceptibles a cometer errores.

El ruido de pasos hacia la calle Upper Church interrumpió sus pensamientos. Se volvió hacia el sonido sin esperar ver nada, pero le pareció distinguir la silueta de dos figuras en las sombras, junto a una farola.

—¡Alto! —gritó y buscó a tientas su linterna.

Saltó por encima de la barandilla metálica y maldijo al engancharse el tobillo en la parte superior de la misma. Avanzó por el follaje hasta el muro de piedra que delimitaba el parque. Con el tenue haz de luz de la linterna frente a ella, echó un vistazo a la calle en ambas direcciones, pero si alguien había estado allí, ya había desaparecido.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

D le dijo que era un riesgo inútil, y tenía razón. La primera marca no fue suficiente, e incluso la segunda no pudo saciar su necesidad. Había disfrutado del sonido y el olor del hierro al atravesar la piel de la presa, pero se había quedado con una sensación de vacío cuando todo terminó. Aunque había cierta emoción en saber que esos hombres la llevarían siempre con ellos, no era lo que ella quería.

D había descubierto que Mountson pasó la noche en custodia, y lo perdieron otra vez cuando fue dado de alta. Ella no podía ocultar su decepción y había instruido a D que esa noche iban a encontrar un objetivo al azar. Pero después de los dos ataques, su necesidad de conectar era aún mayor.

Mountson tenía que pagar por lo que hizo, pero su necesidad se estaba centrando en otra parte. No era lo que había planeado cuando regresó a Weston. Ella no había venido en busca de la familia que nunca había tenido, pero se le había presentado.

D le dijo que era una obsesión, y tal vez tenía razón. Intentó persuadirla para que abandonara la escena con rapidez, pero ella insistió en que esperaran después de la segunda marca, al pie de Grove Park.

No solo quería volver a ver a Louise, necesitaba verla.

Observaron desde lo alto de la colina, con el corazón martillándole y la marca de Thorpe en la espalda ardiendo, cómo llegaba la mujer policía. Imaginó las manos de la mujer sobre las heridas del vagabundo, sus dedos recorriendo la marca cruda y rasgada. La imaginó haciendo lo mismo con sus propias marcas, y un delicioso escalofrío le recorrió el cuerpo.

Y entonces, como si supiera que la observaban, Louise empezó a caminar en su dirección.

—Te lo dije —dijo D. El quejido impaciente en su voz era cada vez más irritante.

—No es sobrehumana —replicó ella, y se condujeron fuera del parque con descontento.

Incluso entonces se quedaron. Observó a Louise en el parque desde la calle. Tenía tanto aplomo, tanta facilidad para estar sola. Se preguntaba si Louise sabía que la estaba observando, que quería que se unieran para siempre.

—Vamos —murmuró D, pero no pudo apartarse. La piel de Louise estaba envuelta en sombras, pero podía saborear su suavidad lechosa. Se estremeció al imaginar el hierro rompiendo aquella piel perfecta y penetrando en su suave carne, pero entonces Louise levantó la vista y les gritó.

Al final, D la llevó a las rastras. Ella mantuvo los ojos fijos en la figura de Louise que se acercaba hasta el último segundo, desesperada por volver a ver su inquietante piel. Tenía la perversa necesidad de decirle que pronto volverían a verse.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Louise había perseguido a las figuras. Aún no estaba segura de si las había imaginado o si eran un truco de la luz. Era posible que, debido a la oscuridad y su cansancio, su deseo de encontrar respuestas le hubiera hecho ver cosas que no existían.

Cuando regresó al pie de la colina, le notificaron una complicación con Raymond Oxford. El ataque había desencadenado una enfermedad subyacente y Oxford había entrado en coma. Dejó a un miembro de su equipo en el lugar de los hechos para que sirviera de enlace con los SOCO, ya saturados, y emprendió el corto trayecto a través de la ciudad desierta hasta el Weston General.

Había estado aquí tantas veces en mitad de la noche que el inquietante resplandor del edificio del hospital y los desolados pasillos le parecían un segundo hogar. En un principio, las dos víctimas estaban ubicadas en la misma planta, pero Oxford fue enviado a la UCI mientras Maynard descansaba tras ser sedado.

—Podría ser cuestión de horas, o quizá de semanas o meses —dijo el médico, al explicar los problemas cardíacos que padecía el Sr. Oxford.

—¿Dijo algo el Sr. Oxford cuando fue ingresado?

—No, sus signos vitales eran muy bajos, y cuando llegó a urgencias ya estaba fuera de sí.

—¿Puedo verlo?

El médico negó con la cabeza.

—Limpiamos la herida y tomamos algunas imágenes de la marca, si es lo que quiere. Ir a la UCI no tendría sentido.

Louise dio su número al médico, que le envió las imágenes de ambas víctimas. La marca era la misma que en las otras tres víctimas, pero las heridas de Oxford eran las más desordenadas, como si hubieran aplicado el hierro con prisas. La curva del 2 estaba distorsionada donde los atacantes chamuscaron la ropa de Oxford.

Después de agradecer al médico, Louise se compró un café en una máquina expendedora de la planta baja. Tomó un sorbo, pero escupió el líquido insípido en la taza antes de tirarlo a la basura. Buscó el lugar más oscuro de la vacía sala de espera, se sentó y cerró los ojos. Después de pasar todo el día sentada en el coche, la excitación de los últimos acontecimientos había minado su energía y, tras una lucha interna, consiguió dormirse.

Aún era de noche cuando se despertó al oír voces. Dio un respingo en el asiento, perdida por unos instantes en su mundo onírico, en el que regresaba a Grove Park, con dos figuras humanas escabulléndose entre la maleza.

La espalda le crujió al incorporarse, castigo por haber estado encerrada en el coche todo el día.

—¿Pueden bajar la voz? Estaba intentando dormir un poco —dijo al reconocer las figuras de

Thomas y Tracey en el pasillo, que también cometieron el error de probar el café de la máquina expendedora.

—Nos preguntábamos dónde te habías metido —dijo Tracey, que a pesar de la hora parecía despierta y bien presentada, la antítesis de cómo se sentía Louise.

Thomas aún parecía resacoso. Tenía la cara cubierta de barba incipiente y los ojos cargados de pequeñas líneas de sangre.

—Hemos comprobado a Poppy y Jay. Ambos están bien —dijo él.

Ella se negó a contarles lo que había visto en la cima de la colina, pues no servía de nada.

—Están siendo imprudentes, ya sea por elección o por complacencia —les dijo, comunicando sus pensamientos—. Ustedes deberían ir a descansar un poco.

—¿Qué? ¿Veinte minutos de sueño son suficientes para ti? —cuestionó Tracey.

—Dormí la semana pasada —le contestó—. En serio, está bien. Los necesitaremos más durante el día. Aún no podemos hablar con ninguna de las víctimas, así que es inútil tenerlos aquí.

Los dos oficiales se resistían a moverse y Louise tuvo que acompañarlos fuera del hospital hasta sus coches.

—Haremos una reunión informativa a las diez de la mañana —le dijo a Thomas.

—Genial, debería poder dormir unas buenas tres horas. ¿Tú también te vas a casa?

—Esperaré aquí hasta mañana. Veré si la condición del Sr. Oxford mejora.

—Puedo hacerte compañía, si quieres —dijo Thomas, mientras Tracey miraba desde la puerta del coche.

—Descansa un poco —respondió Louise.

INTENTÓ SEGUIR SU PROPIO CONSEJO. Consiguió dormir un par de siestas de diez minutos, pero se dio por vencida en cuanto el sol empezó a filtrarse por las ventanas del vestíbulo y los primeros del turno de mañana llegaron al hospital.

Incapaz de enfrentarse a otro café de máquina, se dirigió al Kalimera por un Americano para llevar. Paseó por el paseo marítimo y dejó que la brisa matinal la refrescara. Los olores familiares de las algas y la sal la invadieron mientras el aire impregnado de arena le erizaba la piel. Como siempre, la isla de Steep Holm la llamaba, a seis millas de la costa; sintió el dolor en la pierna al recordar la herida que había sufrido en la isla durante su primer caso importante en la ciudad costera. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Había sufrido bajones atroces, pero siempre había luchado y había vuelto más fuerte, aunque saber que podía cambiar las cosas no la consolaba. Tal vez fuera la madrugada y la falta de sueño, pero se sentía como si hubieran vuelto al principio. No estaban cerca de identificar a los atacantes, y la amenaza de nuevos ataques era más real que nunca.

Estaba cansada de esperar a que ocurrieran cosas, así que buscó la última dirección conocida que tenían de Laurence Dwyer y se dirigió a una pequeña propiedad a las afueras del pueblo de Brent Knoll.

Brent Knoll era el nombre de una gran colina que dominaba el horizonte de la zona. El pequeño pueblo del mismo nombre se encontraba a quince kilómetros de Weston. Al sur del pueblo había tierras de labranza y la choza abandonada donde Dwyer había vivido. Los agentes ya habían visitado la propiedad, pero Louise quería verla por sí misma. No creía obtener resultados, pero Dwyer era lo más parecido a un sospechoso que tenían por ahora y quería conocerlo mejor.

Miró los muros de piedra de la vivienda de una sola planta y le sorprendió que alguien hubiera vivido allí alguna vez. Probablemente había estado más de cuatro años abandonada, pero más allá de un par de meses en verano, parecía demasiado expuesta al aire libre para que alguien la llamara hogar. La maltrecha puerta de madera se agitaba con el viento, y el aire del interior era mucho más fresco que el del exterior. En muchos sentidos, era un lugar idílico, sobre todo si se apreciaba la soledad. Louise tomó nota para interrogar a Poppy y a los demás sobre el lugar. Podía imaginarse con facilidad a un grupo de adolescentes de fiesta en los campos de los alrededores circundantes. Condujo de vuelta a Weston y se preguntó si este era un lugar que Baker y sus colegas habían pasado por alto durante su vigilancia.

UNA SOMBRA recorrió el interior de la oficina del CID mientras Louise estudiaba con detenimiento el expediente de la investigación de la marca. Raymond Oxford seguía inconsciente, pero había conseguido hablar con el Sr. Maynard antes de abandonar el hospital. Maynard tenía treinta años. Se había divorciado hacía tres años y su ex mujer se había llevado a su hijo y a su hija al extranjero con su nuevo amante. Se había mudado a Weston hacía un par de meses después de huir de su antigua ciudad, cerca de Leeds. Se lo había contado a Louise con algo parecido a la nostalgia, como si cualquier recuerdo fuera preferible a lo que le sucedió la noche anterior.

Estaba dormido cuando se produjo el ataque; el olor a gas y fuego lo despertó segundos antes de sentir el dolor en la piel. Sus dos agresores llevaban máscaras y no reconoció a ninguna de las otras víctimas, ni a Mountson y Dwyer. No dejaba de mirarse las vendas cuando hablaba con Louise, como si temiera la marca que había debajo.

La foto de Maynard ahora estaba en el tablero del crimen, junto a la del Sr. Oxford. Por lo que habían descubierto, Oxford era igual de transitorio. Su última dirección conocida antes de Weston había sido en Plaistow, al este de Londres. Había vivido en una casa compartida hacía menos de dieciocho meses. Louise pasó las últimas horas intentando en vano relacionar a cualquiera de los dos hombres con las otras víctimas. Los dos últimos ataques obtuvieron una mayor cobertura de la prensa y, después de hablar con Robertson, el único aspecto positivo de la situación actual era que Finch brillaba por su ausencia. Esa nota de optimismo la abandonó cuando sonó su teléfono y las palabras *número desconocido* aparecieron en la pantalla.

Reprendiéndose a sí misma por pensar lo peor, puesto que Finch solo había enviado mensajes de forma anónima, se sintió aliviada al oír la voz de Amira al otro lado de la línea.

—Lo siento, debería haberte llamado —dijo ella en voz baja, consciente de los miembros del MIT que circulaban por la oficina.

—Supongo que no ha habido suerte con tu informático.

—No, me temo que no.

Amira suspiró, y su angustia era palpable incluso por teléfono. Ella compartía su frustración y quería ayudarla, pero no estaba segura de que fuera el momento adecuado.

—Sé que debes de estar muy ocupada con este nuevo caso, pero me preguntaba si podríamos vernos esta noche. ¿Quizá tomar una copa o algo? —dijo Amira.

Louise no recordaba la última vez que había dormido bien. No quería decepcionar a la mujer, pero sentía que se le agotaban las energías ante la idea de ir más tarde a otro sitio que no fuera directamente a dormir.

—Quizá podríamos hablar mañana —le respondió. Lamentaba el compromiso que se oía en su voz.

Amira volvió a suspirar, esta vez con un deje de impaciencia.

—No quería hablar de esto por teléfono.

—¿De qué se trata, Amira?

—Es sobre el Detective en Jefe Finch —dijo Amira en voz baja, como si su voz trascendiera los auriculares de Louise.

—¿Qué pasa con él? —dijo ella, igualando el tono bajo de Amira.

—Está de vacaciones. Se ha ido con una abogada. Esta podría ser nuestra única oportunidad.

DOS HORAS DESPUÉS, Louise se encontraba en el coche de Amira, en la calle donde vivía el Detective en Jefe Finch. Amira se volteó a mirarla, con sus grandes ojos llenos de esperanza e incluso un toque de ingenuidad. Había accedido a reunirse con ella presa del pánico de estar a punto de cometer un grave error.

—Puedo hacerlo. Estoy segura de que tú también —le dijo, con los ojos fijos en Louise como si tuviera su destino en sus manos.

—Estoy segura de que ambos tenemos el potencial para entrar en la casa de Finch, Amira. No creo que esa sea la cuestión. Dejando de lado la ilegalidad y el final definitivo de nuestras carreras, ¿qué te hace pensar que dejaría algo incriminatorio por ahí?

—Ya sabes cómo puede ser esta gente, Louise. Todo es cuestión de poder y control. Él querría tener cerca algo que se lo recuerde. También es sumamente arrogante y cree que es demasiado listo para que lo atrapen. Eso podría volverlo descuidado.

—Quizás, pero sería tonto subestimarlos. Ya sabemos que podría habernos descubierto. Si se va, es más probable que tome precauciones.

—Quizás esté distraído por esa bonita abogada —dijo Amira.

—Demasiados “quizás” para mí —señaló Louise. Le preocupaba haber oído celos en la voz de Amira, y recordó que sabía muy poco sobre la mujer. Había investigado algo sobre ella y se la había comentado a Tracey, quien le dijo cosas positivas, pero debía ser prudente. Louise ni siquiera tenía confirmación de que Finch estuviera de vacaciones. Odiaba la paranoia que el hombre le provocaba, pero no era difícil imaginar que él le había tendido una trampa. Había intentado todo para deshacerse de ella, ¿por qué no esto? —En cuanto entremos en su casa, pondremos todo en peligro. A menos que encontremos algo, nadie volverá a tomarnos en serio.

—Podríamos alegar sospecha razonable —dijo la otra.

—No, no podríamos, Amira. Ya lo sabes.

Louise observó una línea de cuatro manchas rojas en la piel de Amira, por lo demás impecable. Con el cansancio apoderándose de ella, sus pensamientos empezaron a mezclarse y sintió un deseo irrefrenable de pedirle a Amira que le enseñara los tatuajes si tenía tatuajes en la piel, como si de algún modo la agente fuera a revelar un símbolo de cisne en alguna parte de su cuerpo y las cosas empezaran a tener sentido.

—No puedo rendirme —dijo Amira.

—No te pido que lo hagas, pero este no es el camino —dijo ella.

La mujer suspiró y arrancó el motor.

—Te llevaré a tu coche.

CAPÍTULO CUARENTA

Louise condujo hasta su casa y llamó a Simon Coulson por el sistema de manos libres del coche para que le confirmara que Finch estaba de vacaciones anuales, para no preguntarle a Tracey o Greg Farrell. Una vez confirmado, volvió a centrarse en la investigación. Raymond Oxford seguía en coma, pero Terrence Maynard se estaba recuperando. Thomas había conseguido que se alojara en un hostel de la zona y había vuelto a interrogarlo sobre el ataque.

No había pensado mucho en la situación de Maynard, pero cuando se vio atrapada en el tráfico lento de la M5 de vuelta a Weston, tuvo la oportunidad de lamentar la situación en la que se encontraba el hombre. Trabajar en la policía le había enseñado lo frágil que era la “vida normal”. Desde sus inicios en la policía, había visto cómo se transformaban muchas vidas: desde accidentes de tráfico hasta agresiones graves y asesinatos, cada crimen dejaba tras de sí un legado que iba mucho más allá de la víctima. Maynard era un buen ejemplo. Su vida ya estaba dañada por la separación de su familia, así que le costaría superar este ataque. Tal vez su ex mujer se apiadaría de él, pero Louise pensaba que la marca lo perseguiría y exacerbaría sus adicciones. En algún lugar, había cientos de otras historias de las que nunca sabría el final, otras víctimas como Maynard con las que había tratado durante sus años en el cuerpo. Sabía que no era su preocupación y no funcionaba bien si le daba vueltas al pasado, pero su frustración la estaba volviendo sensible, tanto con el caso como con la investigación de Amira sobre Finch. Necesitaba volver a casa, comer y dormir, pero estaba atrapada en lo que parecía un interminable flujo de tráfico, una mezcla de viajeros y turistas que se dirigían a Devon y Cornualles para aprovechar el buen clima.

Todavía era de día cuando llegó a casa. La familia estaba en el jardín. Molly correteaba alrededor de Emily mientras los padres de Louise disfrutaban de las vistas desde las sillas de jardín.

—Hola, forastera —dijo su padre. Ella se desplomó en el mullido cojín de una silla de jardín, y Molly se acercó dando saltitos como si no la hubiera visto en semanas.

Louise acarició a la perra y aceptó el vaso de vino frío que le extendió su padre sin rechistar. El efecto de la bebida fue inmediato, el sabor cítrico y ligeramente amargo del vino la invadió, y un resplandor se apoderó de ella a medida se hundía más en los cojines del sillón.

Durante la siguiente hora, fue como si estuviera en un mundo atemporal. Casi se olvidó de Finch y de los asesinos que aterrorizaban a la ciudad. Se contentó con vivir en la burbuja del jardín familiar, con sus padres y su sobrina como únicas personas en su vida, con el sabor del aire marino y con la segunda copa de vino, que aliviaron toda su tensión durante unos breves y dichosos momentos.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, tomó café en el tranquilo salón de su casa y se sorprendió de lo renovada que se sentía. Después de que Emily se acostó, había calentado la cena preparada por sus padres y se había acostado a las diez. No recordaba la última vez que había dormido ocho horas ininterrumpidas y, con la claridad de pensamiento resultante, se prometió a sí misma que intentaría hacerlo con regularidad. Decidió ignorar la voz de la razón que le decía que sería imposible.

Hizo planes para el día mientras conducía a lo largo del paseo marítimo en dirección a Worle, animada por la oportunidad que le brindaba el día y por el consuelo de que no la habían llamado durante la noche para asistir a otra escena del crimen.

Después de repasar el libro de casos e informar al equipo, hizo planes para volver a hablar con Poppy Westfield. La madre de la joven se mostró reacia al teléfono, y Louise tuvo que ser un poco más firme de lo que le hubiera gustado.

Antes de salir hacia la casa de los Westfield, el hospital le informó que Raymond Oxford seguía en coma, lo que la desanimaba, pero no la sorprendía.

Thomas la detuvo en el estacionamiento de la estación y también parecía haber dormido. Estaba recién afeitado, lo que siempre le quitaba unos cuantos años de encima, y sus ojos eran claros y brillantes. Charlaron un poco, pero seguía habiendo cierta incomodidad. Louise estaba segura de que lo superarían en algún momento, pero una parte de ella disfrutaba cómo se trataban. Le recordaba a cómo se sentía ver a alguien nuevo, la excitación y la inseguridad entrelazadas.

—He estado investigando la propiedad del terreno donde vivía Laurence Dwyer —dijo Thomas. Se enfocó en la investigación, en un intento de calmar la incomodidad.

La cabaña de Brent Knoll le parecía un recuerdo lejano, aunque había estado allí ayer. Imaginó los espacios abiertos de la morada, la frialdad del interior de piedra, y se recordó a sí misma que debía interrogar a Poppy al respecto.

—¿Pertenece a los atacantes y han confesado y están de por ser interrogados?

—No es tan simple. Pertenece al dueño de la granja adyacente. Norris Harding. Recuerda a Laurence Dwyer. Solía ayudar en la granja para cubrir el alquiler. Al parecer, se marchó sin decir una palabra. Incluso dejó la mayoría de sus pertenencias.

—¿Qué pasó con ellas?

—El Sr. Harding dijo que se deshizo de ellas. No se sabe nada de Dwyer desde entonces.

—No puedo culparlo, supongo. Bien, ve qué puedes averiguar sobre el Sr. Harding. A ver si podemos hacer algunas conexiones.

LOS PADRES DE POPPY estaban en casa. Su aversión a otra visita de la policía era comprensible, pues Louise era otro recordatorio de cómo sus vidas habían vuelto a cambiar. Habían trabajado duro como familia para superar los errores de la adolescencia de Poppy, y ahora estaban de nuevo en el centro de sus vidas de la forma más extrema imaginable.

Condujeron a Louise a la cocina abierta. La zona estaba impecable, el olor a café y a pan recién horneado flotaba en el aire. Los Westfield intentaban seguir viviendo sus vidas de la forma más normal posible. Aceptó la taza de café que le ofrecían, mientras la señora Westfield limpiaba una marca invisible de la encimera.

—Poppy bajará en un minuto —dijo el señor Westfield. Recibió una mirada severa de su esposa, como si de alguna manera la estuviera traicionando.

—¿Cómo está ella?

—Sigue tomando analgésicos.

—No se refiere a eso, Greg —dijo la Sra. Westfield—. ¿Cómo diablos crees que está? Primero el ataque y luego descubrir que su ex ha sido asesinado. No queríamos a Andrew, pero ella lo amaba. O eso creía.

Poppy apareció justo cuando su madre dejó de hablar. Iba descalza y no la habían oído acercarse.

—Poppy, querida, ¿quieres comer algo? —preguntó su madre.

La chica la ignoró y se sirvió un café, llenando un tercio de la taza con leche. Se sentó en una silla de cocina de respaldo alto y subió las piernas al asiento. Su pijama rosa y su pelo sin peinar la hacían parecer mucho más joven de sus diecinueve años.

—Gracias por recibirme —dijo Louise.

—¿Los han encontrado?

—Todavía no. Me gustaría hacerles unas preguntas, si me lo permiten.

Poppy miró a sus padres. Al principio, pensó que les estaba pidiendo permiso, pero estaba esperando a que se fueran. El Sr. Westfield salió de la habitación con la cabeza gacha, y su mujer lanzó a Louise una mirada acusadora antes de marcharse.

—¿Estás segura de que no quieres que tus padres estén aquí? —le preguntó. Bebió el café y se sintió culpable por saborearlo.

—¿Qué quieres saber? —dijo Poppy. Sostenía su taza de café como para calentar sus manos.

—Se trata, en parte, de Andrew.

La muchacha asintió, con los ojos enrojecidos.

—Solías ir con él a la playa en Brean, ¿es cierto?

—A veces.

—¿Eran un grupo?

—A veces.

Louise le mostró la foto de Laurence Dwyer y David Mountson.

—¿Viste alguna vez a estos hombres?

Poppy señaló a Mountson.

—David.

—¿Eras su amiga?

—En realidad no. Era mayor que nosotros. Que la mayoría de nosotros, de todos modos.

—¿Y el otro hombre?

—No era su amiga.

—¿Sabes su nombre?

—Laurence.

—Háblame de él, Poppy.

—No lo conocía, en realidad. Era algo así como el líder, supongo, de un grupo de chicos que de vez en cuando aparecían. Siempre me sentí un poco incómoda cerca de él, para ser honesta. Era un poco espeluznante.

—¿Cómo se llevaba Andrew con él?

—Eran amigos.

—¿Cuándo viste a Laurence por última vez?

—No lo veo desde esos días. Desde que, ya sabes, tuve que mudarme.

—¿Alguna vez te llevó Andrew a un lugar en Brent Knoll? —preguntó Louise y le mostró una foto de la choza abandonada de Dwyer.

Poppy frunció los labios y negó con la cabeza.

—Solo fui a la playa con ellos unas pocas veces. Cuando Andrew y yo... empezamos a vernos, solo queríamos estar juntos.

—¿Algo más que puedas decirme sobre David Mountson y Laurence Dwyer? Cualquier cosa que creas que pueda ayudar con la investigación —le dijo, pero Poppy mantuvo el gesto duro—. No te vas a meter en problemas, Poppy. Solo estoy tratando de averiguar quién te hizo esto.

—Creo que solía venderles drogas. A los chicos de la playa.

—¿Laurence Dwyer?

—Sí.

—¿Qué hay de David Mountson? —dijo Louise y volvió a mostrarle la foto.

—No que yo sepa.

El temporizador de la cocina se apagó y la Sra. Westfield regresó corriendo a la cocina para sacar una bandeja de galletas del horno.

—Las dejaré aquí —dijo la mujer.

Miró ansiosamente a Poppy, que hizo caso omiso de su mirada. Louise sonrió y esperó a que la mujer se marchara antes de continuar.

—Cuando estabas con el grupo, los paró la policía en Brean una vez. ¿Lo recuerdas?

—Más o menos. Siempre nos molestaban. Porque bebíamos, ese tipo de cosas.

—¿Y drogas?

—No las consumía.

Louise no creyó la negación al ver cómo Poppy miraba a su madre mientras respondía.

—¿Recuerdas algo específico de la policía de esa época? ¿Algún oficial en particular que pareciera estar en tu caso? —Louise no estaba segura de por qué había hecho la pregunta, o qué esperaba conseguir haciéndola. La incómoda conversación con el Inspector Baker aún estaba fresca en su mente. Quería saber si Poppy se acordaba de él, pero la joven le devolvió la mirada sin emoción alguna en el rostro.

—Hubo una cosa, en realidad —dijo Poppy. Louise casi había perdido la esperanza de obtener alguna respuesta—. No lo había pensado antes, hasta que mencionaste a la policía, pero había un chico en la escuela. Kevin Payton.

Louise se quedó callada. No quería arriesgarse a que Poppy perdiera el hilo de su historia.

—Él sentía algo por mí, ya sabes. Pero solo era un niño —dijo Poppy—. Parecía saber lo mío con Andrew. Realmente le molestaba. Y una vez, justo antes de mudarme, me dijo que había sido él quien advirtió a la policía sobre Andrew. Casi le arranco los ojos. Uno de mis amigos tuvo que impedírmelo, pero no le creí.

Louise no podía recordar el nombre en ninguno de los registros.

—¿Todavía vive en Weston?

—Oí que se mudó a Cheddar —dijo Poppy—. ¿Ya está? Tengo mucho sueño.

—Gracias, Poppy. Lamento haberte hecho pasar por esto —dijo Louise, pero la chica ya se había levantado de su asiento y caminaba hacia su dormitorio.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Louise comió un bocadillo en el Kalimera antes de dirigirse al pueblo de Cheddar, tras haber conseguido la dirección de Kevin Payton. Comió mientras conducía, pues estaba más hambrienta de lo que pensaba.

El viaje a Cheddar lo había hecho con frecuencia a principios de ese año por el caso de una persona desaparecida en la zona. En Cheddar se encuentra el famoso desfiladero que divide la zona en dos. Era un lugar impresionante, pero Louise no tenía prisa por volver a verlo. Condujo por el pintoresco pueblo, con sus pintorescas tiendas tradicionales, y le sorprendió la transformación del lugar: cuando había estado allí en Semana Santa, el pueblo había tenido problemas para atraer turistas debido al mal tiempo y a las consecuencias de la desaparición de la niña de once años. Ahora, el tráfico a través de la carretera principal estaba paralizado y los coches luchaban por encontrar estacionamiento, con cientos de veraneantes abriéndose paso a través de las estrechas carreteras hacia las atracciones turísticas y subiendo las escaleras hacia los acantilados que se alzaban sobre la zona.

La dirección de Kevin Payton estaba a otros diez minutos, en Bradley Cross. Aunque le hubiera gustado que Poppy lo mencionara antes, no la culpó. A veces las preguntas tenían que ser concretas, y si Louise no hubiera mencionado que la policía vigilaba a su grupo en Brean, era muy probable que Payton no se le hubiera vuelto a pasar por la cabeza a Poppy.

Louise se vio obligada a estacionar a medio camino de la acera de la casa adosada donde vivía Payton. Unos metros más adelante en la misma calle había un grupo de adolescentes fumando y bebiendo bebidas energéticas que miró a Louise de reojo, pero su atención no duró.

Golpeó la puerta y abrió una mujer corpulenta vestida con un mono oscuro. Llevaba un cigarrillo pegado al labio superior y un niño pequeño en brazos. La miró con desdén.

—¿Qué?

Louise mostró su identificación.

—¿Está Kevin?

—¿Qué ha hecho ahora?

—Nada. Solo necesitamos su ayuda en algo.

La mujer frunció el ceño y, sin apartar la vista, gritó.

—Kevin, hay alguien en la puerta que te llama.

Segundos después, Louise escuchó el sonido de pasos bajando las escaleras y la mujer dejó paso a un hombre de unos veinte años.

—¿Sí? —preguntó el hombre. Era al menos el doble de grande que la mujer que estaba detrás de él.

—¿Kevin Payton?

—Sí.

—Me gustaría hablar con usted sobre Poppy Westfield.

La cara de Payton se transformó y la tensión en su cuerpo sugería que estaba en pánico.

—¿Puede entrar, mamá?

—Llévala al cuarto de atrás. Estoy ocupada —dijo la mujer antes de alejarse por el estrecho pasillo, con la niña en brazos mirando a Louise por encima del hombro.

Siguió a Payton por un estrecho pasillo hasta una pequeña sala de estar. Las paredes estaban empapeladas y la alfombra de pelo largo era áspera y desgastada. Payton se sentó en un sofá estampado con colores marrón oscuro que parecían sacados de los años setenta. El chico parecía estar sin aliento.

—¿Puedo? —dijo ella al apartar una pila de ropa sucia de un sillón solitario.

—Adelante. ¿A qué viene todo esto? Soy un hombre ocupado —respondió.

—¿A qué se dedica, Sr. Payton?

—¿Qué tiene eso que ver?

Louise prescindió de la charla. Le contó a Payton las razones por las que estaba allí y estudió sus reacciones a medida que le contaba sobre Poppy y las otras víctimas.

—Recuerda a Poppy Westfield, ¿verdad, Sr. Payton?

—Más o menos.

—¿Más o menos? Poppy tiene recuerdos claros sobre usted, Sr. Payton.

—¿En serio?

—Mencionó que usted dijo haber informado a la policía de su relación con el Sr. Thorpe. ¿Es correcto?

—Por supuesto que no.

—¿Pero usted le dijo que eso fue lo que pasó?

—No puedo recordarlo, fue hace mucho tiempo.

—Pasaron cuatro años.

Payton se encogió de hombros, así que ella decidió probar un enfoque diferente.

—¿Qué recuerda de la gente con la que andaba Poppy en esa época? No está en problemas. Estoy intentando encontrar a los responsables, y usted podría serme de gran ayuda —dijo en un intento de jugar con el ego del chico.

Payton seguía con la boca abierta, como si intentara respirar el aire viciado de la habitación.

—No eran gente muy agradable. Intenté advertir a Poppy, pero no me escuchó.

—¿En qué sentido no eran agradables, Sr. Payton?

—Solían merodear por las puertas de la escuela y charlar con las chicas. Eran mayores, y tenían coches.

—Debe haber sido difícil competir con ellos.

—No es eso. Solían comprar regalos a las chicas, ¿sabes? Para que se fueran con ellos. Creo que también había drogas.

—¿La escuela no hizo algo al respecto?

—La verdad es que no. Algunos profesores salían y les advertían de vez en cuando, pero ellos sólo se alejaban un poco. De todos modos, ya era demasiado tarde. Poppy quedó atrapada.

—¿Reconoce a alguno de estos hombres? —dijo Louise. Le mostró fotos de Mountson y Dwyer.

—A él. Él era el principal —dijo Payton con una mueca al señalar a Dwyer—. Solía insultarme. Ya sabes, por mi peso y eso.

—¿Recuerda su nombre?

—Laurence Dwyer. Solía ser compañero de ese otro tipo, David Mountson. Dwyer fue expulsado.

—¿Poppy los conocía a ambos?

Payton se encogió de hombros, como si hubiera dicho demasiado.

—No lo sé. Quizá. Es probable. Yo solía ver solo a Dwyer. A él y a otros hombres que no conocía. Eran los que se aparecían. Oí que vendían drogas, y seguro estaban acosando a esas chicas.

—¿Puede recordar algo más específico sobre esa época? ¿Los nombres de los otros hombres que andaban con Dwyer, o las chicas involucradas?

—Mire, no quiero tener nada más que ver con esto —dijo el hombre tras levantarse del sofá con considerable esfuerzo.

—Vuelva a sentarse, Sr. Payton —pidió Louise, inmóvil.

Miró hacia la puerta como si considerara llamar a su madre. Su respiración estaba acelerada, su pecho se expandía y contraía contra su ropa.

—Ya te he dicho que no conocía a los otros hombres con los que salía Dwyer. En cuanto a las chicas, todas eran del año de Poppy o menores, deberías preguntarle a ella —se secó una gota de sudor que le chorreaba hacia la nariz—. ¿Crees que Dwyer está detrás de estos ataques? —se desplomó de nuevo en el chirriante sofá.

—¿Crees que es capaz de hacerlo?

El miedo era evidente en la cara de Payton, como si pensara que era una víctima potencial.

—Estaba mal de la cabeza, lo sé. Escuché muchas historias sobre él. Cosas de locos.

—¿Como qué?

—Este... asunto de la marca que está en los periódicos. Oí que se lo había hecho a sí mismo y que obligaba a otros a hacerlo también. Ya sabes, para ser parte de la pandilla. Y en cuanto a las chicas. Solían compartírselas, como dulces. Les compraban regalos y luego faltaban a la escuela; algunas nunca volvían.

—¿Cuánto tiempo duró esto?

—Más o menos hasta que Poppy dejó la escuela. Ya no volví a verlos por aquí. Oí que Dwyer se había mudado a otro lugar. Lastimosamente, fue demasiado tarde para Poppy.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Tomó la mano de D y avanzó por la orilla, mientras con la otra mano buscaba el paquete que llevaba en el bolsillo. Tuvo que guiarlo por la arena, y él tenía el cuerpo flácido y la cara desencajada, con la mirada fija en sus sandalias. D le había dicho que se estaba convirtiendo en una adicción, lo que ella entendía.

Era como si conociera el lugar de toda la vida y hubiera recorrido el corto paseo desde la parte trasera de la casa hasta el mar miles de veces. Solo se sintió así una vez y, aunque no acabó bien, esto podía ser diferente.

Abrió el paquete mientras la perra se acercaba e intentaba establecer contacto. El animal se acercó y la olfateó, pero sus dueños no tenían prisa por alcanzar al labrador.

Se inclinó y acarició a la perra.

—Es preciosa —dijo cuando se acercó la niña—. ¿Cómo se llama?

—Molly —respondió la niña.

—Qué nombre tan bonito.

Los abuelos llegaron a su lado, y pudo ver destellos de Louise en sus rasgos y en los de su sobrina.

—Parece que le agradas —comentó el padre de Louise al ver que el perro husmeaba en sus bolsillos.

—Creo que puede oler algo —dijo ella—. Que tengan un buen día —añadió. La niña se adelantó y llamó a la perra.

—No sé lo que estás haciendo —reprochó D una vez que estuvieron fuera del alcance del oído.

—No hace falta que lo sepas —dijo ella, contenta de haber conocido a la familia de Louise cara a cara y de que la perra conociera su olor.

Envidiaba a Louise por lo tranquilo que debía de ser tener una familia tan cariñosa, pero también sentía lástima por ella. Ni siquiera tenía tinta en su cuerpo, así que no podía entender el poder transformador de la marca. Pero ella podía cambiarlo, podía darle a Louise ese poder y, al mismo tiempo, saborear el amor de su familia.

D nunca lo entendería. Empezaba a resentirse por cada segundo que pasaban espiándola. Afirmó que quería más acción y que su atención debía centrarse en la búsqueda de Mountson, pero ella notó el lento cambio en él. Necesitaba que le recordaran lo que la marca podía hacer.

—Ok, vamos —dijo ella.

—¿A dónde?

Lo miró fijo, en búsqueda de un indicio de debilidad.

—A darte tu recompensa.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Louise dedicó más recursos a encontrar a Laurence Dwyer al regresar a la comisaría. Incluso con la ayuda del MIT, el departamento no daba abasto, y centrarse más en Dwyer parecía el paso lógico.

Dedicó las horas siguientes a buscar en los informes sobre la escuela de la época en que Poppy había desarrollado su relación con Thorpe. Como sugirió Kevin Payton, había habido problemas con niños mayores y adultos jóvenes que merodeaban fuera de la escuela. La escuela se había puesto en contacto con la policía en varias ocasiones y apostaron agentes en las calles fuera de la escuela, incluido el entonces agente Rob Baker en algunas ocasiones. Según los informes, no se había tomado ninguna medida oficial, y como Baker se había ido a pasar el día a casa, Louise tendría que esperar hasta mañana para conocer su versión de los hechos.

Tamborileaba con los dedos sobre el escritorio. Dwyer fue incluido en la base de datos nacional. Bastaría con verlo una vez para que se desvelaran todas las incógnitas del caso de la marca. Sin embargo, existía el riesgo de que nunca encontraran a Dwyer o de que, si lo encontraban, resultara no tener nada que ver con el caso.

Los casos inconclusos plagaban todas las comisarías del país. Los últimos ataques parecieron ser descuidados y no planificados, y aunque ella no quería tener más víctimas, temía que los atacantes hubieran perdido la confianza en su retorcida misión y decidieran desaparecer.

Al mirar por la ventana, Louise se sorprendió al ver que ya había anochecido. Estaba sola en la sala de incidentes, pero no se atrevía a volver a casa. Muchas cosas se le agolpaban en la cabeza. En otro momento, podría haber ido al bar para eliminar la tensión con unos tragos. En cambio, hizo algo que le pareció aún más imprudente, incluso mientras lo hacía.

LAS LUCES ESTABAN ENCENDIDAS DENTRO de la casa Mountson cuando llegó, veinte minutos más tarde. Eran las nueve y cuarenta y cinco de la noche. Parecía una hora imprudente para golpear a la puerta, pues no había ningún avance en el caso. Si Mountson se quejaba, podría causarle problemas, más aún con la reunión de mala conducta que se avecinaba. Sin embargo, se sentía justificada: el hombre estaba estrechamente vinculado a lo que estaba pasando, y no permitiría que el miedo a una reprimenda la detuviera.

Mountson sostenía un vaso de líquido transparente cuando abrió la puerta. Su mirada vidriosa indicaba que no era agua.

—Nos preguntábamos cuándo iba a aparecer —dijo y extendió la mano para que Louise pudiera entrar.

—Después de usted, señor Mountson —respondió Louise. Cerró la puerta detrás de ella y él se alejó por el pasillo.

—Hola —saludó Jay Carrigan cuando Louise entró en la sala de estar y levantó su propio vaso de líquido claro como si fueran mejores amigos. Llevaba un chaleco que dejaba a la vista la marca en su brazo—. Tiene buena pinta, ¿verdad? —dijo al captar su mirada.

—Hemos decidido aceptarlo —dijo Mountson—. Jay va a volverla suya. Quitarle el poder a los monstruos que lo hicieron. ¿Una bebida? —añadió, con una botella de vodka casi terminada en la mano.

—No, gracias —dijo Louise. Le impresionaba la idea de que Jay reclamara la marca como propia, pero era obvio que aún no habían asimilado por completo lo ocurrido—. Necesito volver a hablarle sobre Laurence Dwyer —concluyó, tras decidir que la oportunidad de sacar algo en claro de cualquiera de los dos hombres se cerraba con rapidez.

—No queremos hablar más de él —dijo Jay.

—Está bien, Jay —dijo Mountson e hizo una mueca al beber el vodka puro—. Te he dicho todo lo que sé.

Louise les transmitió la información recibida de Kevin Payton.

—No sé nada al respecto.

—Sabía que vendía drogas a esas chicas, ¿no? —dijo ella.

—Te lo dije, no tengo nada que ver con eso. Como puedes ver, no me interesan las mujeres. Oí que estaba metido en esa mierda. No era para mí.

—Sabías lo de Poppy y Andrew Thorpe, ¿no?

—Eso era diferente.

—¿Cómo?

—Thorpe era un baboso, y nunca debería haber andado con esa chica porque era demasiado joven. Pero creo que fue consensuado.

—No puede consentir si es menor de edad.

—Lo sé, lo sé, pero entiendes lo que quiero decir. Honestamente pensé que tenía diecisiete o dieciocho años. Estaban interesados el uno en el otro, no era como eso de lo que hablas.

—¿El acoso sexual?

—Sí.

—¿Así que eso sucedía?

Mountson se dio la vuelta. Había sido atrapado en una mentira.

—Oí hablar de ello. No sabía con certeza si estaba ocurriendo, pero no lo hacía la gente con la que salía. Solo nos divertíamos. Nunca me relacionaría con eso.

—¿Pero sabías que Laurence solía pasar el rato en las escuelas?

Mountson se encogió de hombros.

—Lo había superado para entonces.

—¿Superado?

—Nos peleamos por eso, ¿ok? Tuvimos una pelea masiva. No le gustó la forma en que me negué a seguirlo. Muchas cosas no le gustaban en ese punto.

—¿Cuándo fue la última vez que supo de él, David? Dígame la verdad.

—Te lo dije, él desapareció y yo no lamenté que se fuera. Él tenía un poder sobre las personas. Cuando se fue, pude poner mi vida en orden. Hasta hace poco, por supuesto —dijo Mountson y miró a su alrededor al desorden de la sala de estar de sus padres.

Louise estuvo por decirles que no era demasiado tarde y que todavía podían conseguir algo de ayuda, pero estaban demasiado ebrios. Sus palabras serían en vano. Tal vez cuando todo esto

terminara, Mountson entraría en razón; volvería a luchar contra sus adicciones y ofrecería ayuda una vez más a Jay.

—Sé que no quieren que esto le vuelva a pasar a nadie —dijo a ambos hombres—. Por favor, intenten recordar. Debe haber algo que estén olvidando, algo acerca de ese tiempo que nos ayude a encontrar a quien está haciendo esto.

Mountson dio un sorbo a su vodka y se hundió más en el sofá. Era imposible decir si estaba muy ebrio o si estaba perdido en sus pensamientos.

—Tal vez no sea nada —arrastró las palabras mientras sus ojos luchaban por enfocarse en ella.

No recordaba cuántas veces había oído esas palabras, a menudo preludio de algo importante. Gran parte de su trabajo consistía en determinar las minucias de una investigación. A menudo, lo que alguien podía considerar poco importante resultaba ser fundamental.

—¿Qué cosa, David?

Mountson había comenzado a temblar.

—Es solo un rumor, pero he oído que cayó con la gente equivocada. Una pandilla de Bristol. Hizo enojar a la gente equivocada. Es por eso que no creo que haya hecho todo esto.

—¿Por qué, David?

—Porque creo que está muerto.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Duplicó y lloriqueó como un niño, pero ella lo dejó en la cama de masajes hasta que se calmó. Quería ver si de verdad comprendía el trabajo que hacían. Era cierto que ella no estaría aquí de no ser por él, pero sabía muy bien que a veces las personas cambian.

En la penumbra de la habitación, la marca en su espalda parecía brillar, tan caliente como el hierro que se enfriaba a un lado. Se tocó el tatuaje que le trepaba por el hombro y contempló las obras de arte coleccionadas en las paredes a medida que esperaba a que se calmaran sus gritos. D no paraba de hablar de la mujer policía y de lo estúpido que era perseguirla. Parecía tener un interés personal en el asunto.

Nunca lo habían marcado antes, a pesar de que ella había insistido antes. Esta vez no era una opción. Ella necesitaba que él lo entendiera, que aceptara su marca, que formara parte de su familia. Había accedido a regañadientes y le había permitido atarlo a la cama, con un trapo en la boca, mientras sudaba y se convulsionaba. Incluso le había anestesiado la zona, pero él seguía chillando como los demás.

Ella lo desató una vez que su llanto cesó. Vio la transformación en sus ojos al levantarse de la cama, pero no era lo que ella esperaba. Era como un perro que entiende su posición en la manada. No la miró, sino que se dirigió al baño a buscar analgésicos.

—Ponte la ropa —le ordenó ella—. Quiero volver.

UNA HORA después estaban sentados en el bosque, con los prismáticos enfocando la casa. D no le había dirigido la palabra desde que lo marcó y estaba sentado en el suelo, con la mirada baja clavada en el barro bajo sus sandalias.

—¿Quieres mirar? —ella le ofreció los prismáticos.

—Quiero ir a casa y descansar. Necesito ponerme algo en la herida —dijo D.

Darle la marca no se sintió igual. Aunque lo había atado y lo había empujado a hacerlo, él se había mostrado dispuesto a colaborar. Esperaba que lo vigorizara igual que a ella y que se acercaran más, pero estaba teniendo el efecto contrario.

—Nos quedamos aquí hasta que ella vuelva a casa —dijo, sin darle la satisfacción de mirarlo.

Tal vez fue el tono de su voz o un último intento de poder, pero su rechazo lo hizo saltar a la vida. D se levantó de un salto y la agarró por el brazo.

—Me haces daño —se quejó ella, pero él la sujetaba con fuerza y le clavaba las uñas en la piel.

—No puedes agredir a un agente de policía —dijo él, que la miró a los ojos por primera vez

desde aquella tarde.

El dolor de su agarre no era desagradable, pero eso no era lo importante.

—Suéltame —ordenó ella.

Tal vez D intentaba quitarle algo de poder, pero le estaba haciendo daño, y comprendió la única regla que no podía romper. Ella lo miró de manera desafiante.

Él la soltó y se dio la vuelta, derrotado.

—Nos quedaremos aquí hasta que ella vuelva —concluyó. Ya había decidido lo que tendría que hacerle.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Louise no pudo obtener más información de Mountson. Afirmó no saber nada más sobre la supuesta banda de Bristol y empezó a llorar, por lo que Jay se apresuró a consolarlo. Se preguntó si las lágrimas eran por su amigo perdido o por él mismo. Ya había visto llorar a demasiada gente durante esta investigación. Tuvieran o no relación con las marcas, los sucesos del pasado estaban dejando un rastro de destrucción. Dejó su tarjeta en la repisa de la chimenea y le pidió que le llamara si recordaba algo más, pero dudaba que alguno de los dos recordara su visita por la mañana.

Mientras conducía a casa, Louise se preguntó si se estaba obsesionando demasiado con la búsqueda de Laurence Dwyer. No iba a tomar en serio la sugerencia de que el hombre estaba muerto, pero Dwyer había estado desaparecido durante los últimos cuatro años. Si se metió con la gente equivocada y sufrió las consecuencias, sería un gran golpe para la investigación.

Tomó la vieja carretera de peaje en dirección a Sand Bay y trató de librarse de la sensación de estar siendo seguida de nuevo. Su coche era el único vehículo en la carretera poco iluminada y se habría dado cuenta si la seguían. Amira tenía mucho que responder, y recordó que no había hablado con la mujer desde estuvieron en el coche frente a la casa de Finch. ¿Era posible que la Brigada Fantasma la estuviera siguiendo? Había descartado esa posibilidad después de trabajar con Amira, pero se acercaba la vista disciplinaria, y Finch podía haber pedido algunos favores para que la investigaran.

Ya era demasiado tarde para volver a la comisaría e intentar localizar a Dwyer, pero estuvo a punto de hacerlo. Se detuvo en el desvío hacia su casa para decidir si debía seguir recto o tomar el camino de vuelta a la estación. El descanso no sería fácil, pero el día siguiente le resultaría mucho más fácil incluso con unas pocas horas de sueño, así que se dirigió a casa de mala gana.

Las luces de la casa estaban apagadas y se hizo una nota mental de instalar focos en el camino de entrada. Se preguntó si sentiría esa opresión en el pecho cada vez que volviera a casa sin ver a Emily antes de acostarse. Era una culpa insoportable, agravada por la falta de avances en el caso.

Se preparó un bocadillo y se dirigió al salón, donde tenía su propia pizarra del crimen, una réplica en miniatura de la que había en la comisaría. Tomó un rotulador rojo y volvió a garabatear un círculo alrededor de la fotografía de Dwyer. el hombre se estaba convirtiendo en el centro del caso, de forma directa o indirecta. No estaba segura de que fuera uno de los atacantes, pero aparte de los ataques aparentemente aleatorios de la noche anterior, todo apuntaba a su participación.

Se sentó y miró la pizarra, con el pollo seco del sándwich en sus manos. A menudo trabajaba así, mirando fijamente el tablero como si fuera un rompecabezas que pudiera desentrañar con

pura fuerza de voluntad. A veces surgían patrones, a veces las cosas se volvían más confusas. A diferencia de la pizarra de la comisaría, en su pared había una fotografía del Inspector Rob Baker. Aún no estaba segura sobre el papel que había desempeñado en el pasado. Si alguien de la comisaría viera el tablón, pondría en duda sus pensamientos, y si supieran que trabajaba con Amira, cuestionarían su cordura. No tenía pruebas de la criminalidad de ninguno de los dos hombres y, aunque sabía que Finch era culpable, su aversión hacia Baker se basaba en sentimientos y en una posible coincidencia, dos malos puntos de partida. Llevó la mano hacia su foto, pero la dejó donde estaba en el último segundo; decidió que él aún no se había sincerado con ella y que, por tanto, merecía su lugar.

Como sospechaba, dormir no fue fácil. Cada vez que estaba por quedarse dormida, una imagen aleatoria en su cabeza desencadenaba un pensamiento que la arrastraba a despertarse. Afuera, las gaviotas participaban en una opereta que solía tener lugar a la luz de la mañana. Cuando Louise cerró los ojos una vez más, su cabeza se llenó de sus estridentes gritos y por su mente pasaron visiones imaginarias de las heridas infligidas a las víctimas que le producían picor en la piel.

Estaba a punto de darse por vencida y ver un poco de televisión sin sentido que la ayudara a conciliar el sueño, hasta que dejó de oír los gritos de las gaviotas. Debía ser su imaginación, pero estaba convencida de que la zona detrás de sus cortinas se había iluminado por un instante.

Louise se levantó de la cama bostezando y se puso la bata. Ahora que había sido llamada a la acción, el cansancio se apoderó de su cuerpo y le ordenó que volviera a la cama, pero se arrastró por el suelo hasta la ventana y abrió la cortina. Al principio, admitió que había sido víctima de su imaginación desbordada, pero al abrir las cortinas y adaptarse a la oscuridad del exterior, distinguió la silueta de un objeto a la izquierda de la entrada. Entrecerró los ojos y pensó que tenía la forma de un coche, lo que explicaría el rayo de luz, pero no podía estar segura. El paisaje era un borrón de formas oscuras y sombras.

No era algo que pudiera ignorar. Quizá si hubiera estado sola en el bungalow se habría vuelto a dormir, pero ahora tenía que pensar en su familia, y hasta el más mínimo riesgo era demasiado grande. Se calzó las zapatillas que había dejado junto a la puerta de entrada y se puso una lata de spray de pimienta en el bolsillo de la bata mientras sacaba la linterna y el bastón extensible de su cinturón multiusos.

Cuando abrió la puerta, la brisa fría arrastraba el sonido del mar; las gaviotas seguían retirándose. Dejó la linterna apagada a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, y se acercó al lateral de la casa para ver mejor la entrada, donde vio la silueta de un coche estacionado. En circunstancias normales habría vuelto a la casa, pero ahora tenía curiosidad. Avanzó por el camino de entrada con la linterna apagada y la mano derecha sujeta al bastón.

Se detuvo a cinco metros del coche y el haz de luz de una linterna le iluminó directo la cara.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

—Baja eso —dijo Louise, con el bastón en alto.
El haz de luz bajó desde su cara al suelo que la separaba del dueño de la linterna.
—Dios, lo siento mucho, Louise —se oyó una voz.

—Amira, ¿eres tú? —preguntó, y se acercó al sonido hasta que pudo ver a su compañera.

—Lo siento. Creía que estabas dormida. Iba a esperar aquí hasta mañana.

Su pulso acelerado empezó a bajar. Incluso en la penumbra, podía ver que Amira estaba agitada. Tenía la mirada baja, como si la hubiera atrapado haciendo algo indebido. Louise recordó el día en que descubrió que Amira la seguía y se preguntó si era la primera vez que se estacionaba delante de su casa.

—¿Qué puede ser tan importante para que no puedas esperar hasta la mañana? —cuestionó.

—Creo que he hecho una tontería.

—¿Qué has hecho, Amira? —preguntó Louise, con temor por su carrera—. No irrumpiste en la casa de Finch, ¿no?

—No exactamente —dijo Amira y le mostró un llavero—. Finch me dio un juego de llaves una vez. Y puede que haya hecho una copia. Lo sé, es comportamiento de psicópata, pero supuse que cambió las cerraduras hace tiempo.

Fue un descuido, pero la arrogancia era lo único que podía volver imprudente a Finch. Louise habría invitado a Amira a entrar, pero estaba molesta tanto por su intrusión como por su engaño.

—Deberías haberme dicho que tenías las llaves, y por supuesto que no deberías haberlas usado.

—Tal vez cambies de opinión cuando sepas lo que descubrí.

Maldijo para sus adentros. De alguna manera, se había metido en un problema que no era suyo. Debería denunciarla, pero eso implicaría responder a demasiadas preguntas.

—¿Qué encontraste?

—Encontré el portátil que usaba para enviar los mensajes. Al menos eso creo.

—¿Hiciste todo esto para decirme eso?

—Encontré un portátil escondido, y junto a él había algunas impresiones. Fotografías. De mí, de Terri, de otras siete mujeres —dijo Amira; la ira le distorsionaba el rostro.

—Desafortunadamente, no es un crimen, Amira.

—No, pero si podemos desbloquear ese portátil, sé que encontraremos los mensajes.

Louise dudaba. La agente parecía carecer de lógica, invadida por una paranoia inmanejable que amenazaba con meterlas a ambas en problemas. Sin embargo, no podía negar el potencial de la situación. Por lo general no aprobaría hacer algo ilegal, pero eso podría cambiar si el resultado era llevar a Finch ante la justicia. Estaba jugando con la vida de Amira y, si lo que decía era

cierto, al menos con otras siete mujeres más. Y si Finch estaba dispuesto a hacerles eso, ¿de qué más era capaz?

En su interior, ya sabía la respuesta.

—¿Dónde está el portátil ahora?

—Todo sigue ahí, como si nunca se hubiera tocado. Tengo una idea, Louise.

—¿Tienes una idea? Yo tengo una idea: denunciar esta situación de inmediato para no perder mi trabajo.

—Nadie me vio, y si lo hicieron, tengo una llave. Finch nunca me dijo explícitamente que no volviera a su casa, y no me llevé nada.

—No me jodas. Es una explicación débil, como mucho, y lo sabes —espetó, pero lamentó haber perdido la paciencia. Se rascó la nuca y se rio de lo absurdo que era estar fuera en mitad de la noche en bata y zapatillas—. Tienes que dejarlo ya.

—Es fácil para ti decirlo.

—No lo es, Amira. Quiero que pague por lo hizo, como tú, pero esta no es la forma.

—Piensa en lo que ha hecho, Louise. A ti y a mí, a Terri, a muchas otras. No puedo creer que te pongas quisquillosa ahora que estamos tan cerca.

Hizo una pausa. Quizá estaba protestando demasiado. Por una vez, las cosas parecían estar a su favor, así que ¿por qué le ponía tantos obstáculos a Amira?

—Incluso si hay algo útil en el portátil, esta no es la manera de hacerlo.

—¿Qué sugieres, que le pidamos amablemente que se entregue?

—Bueno, ¿qué sugieres?

—Él volverá este fin de semana.

—¿Y?

—Escúchame primero —dijo Amira, con desesperación en su voz—. Fingiremos un robo.

—Oh, basta de tonterías.

—Fingiremos un robo y nos aseguraremos de que los oficiales correctos asistan a la escena.

—Esto es ridículo. ¿Estás sugiriendo que se encuentren con las fotos y el portátil?

—Si es la gente adecuada.

—Nadie va a tomar el portátil de un Detective en Jefe en activo.

—Estaba pensando en eso. ¿Y si avisamos a alguien de la Brigada Fantasma? Si se enteran de lo que está pasando, es probable que investiguen al cabrón.

Louise pensó en los dos escenarios: la ridícula sugerencia de organizar un robo y la posibilidad de acudir al equipo de investigación interna. Ninguna terminaba bien. Fingir un robo iba en contra de todo aquello en lo que creía. Involucrar a Anticorrupción sería un proceso largo e interminable que le daría a Finch el tiempo suficiente para cubrir sus huellas.

Pero, ¿estaba inventando excusas para no actuar? Si se recuperaban los videos en su casa, con suerte habría otras pruebas. Bastaría con probar que había enviado mensajes anónimos a Amira y a las demás para acabar con la carrera de Finch y, casi con toda seguridad, enfrentaría una pena de prisión.

—¿Tienes sus llaves? —le preguntó.

—Sí, ¿por qué? —dijo Amira.

—Dámelas.

—¿Por qué? ¿Lo haremos?

—Necesito pensarlo.

—No confías en mí, ¿es eso?

—Entraste a su casa, Amira. Dame las llaves. Déjame pensar en nuestro próximo

movimiento.

La agente sacó dos llaves de su llavero y se las entregó. Sus ojos eran suplicantes y acusadores al mismo tiempo. Louise comprendía su frustración, pero no se dejaría convencer.

—Vete a casa. Tengo tu número y te informaré qué hacemos ahora. No hagas nada más.

Amira apretó la mandíbula, pero no habló.

—¿Lo has entendido? —dijo Louise.

Amira la miró fijo antes de volver al coche.

—Lo entiendo —dijo, arrancó el coche y se marchó.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Louise durmió un par de horas antes de volver al trabajo. Una ligera llovizna caía del cielo mientras conducía por las carreteras secundarias hacia Worle. La falta de color se filtraba en todo y en todos, y acentuaba su mal humor. Guardó las llaves de Finch en la guantera antes de dirigirse a la comisaría. Aún no había asimilado las acciones de Amira. Una parte de ella quería ir a casa de Finch, coger el portátil y pedirle a Coulson que lo analizara. Valdría la pena poner en peligro su carrera si con ello podía acabar con la tiranía de Finch. Pero a pesar de la comprensible impaciencia de Amira, no podían precipitarse. Tendrían que examinar la propiedad de Finch, como mínimo. Aún les quedaban unos días antes de que él regresara, y actuar impulsivamente solo conduciría al desastre. Por eso le había quitado las llaves a Amira, y por eso las tendría ella por ahora.

De pie frente al equipo reunido, se dio cuenta de lo mucho que se había aislado del caso en los dos últimos días, pues dirigía la investigación como un proyecto personal. Era un aspecto de su forma de trabajar por el que había recibido críticas en el pasado. El Detective en Jefe Robertson lo notó durante las reuniones de revisión. Le había sugerido de manera sutil que tal vez eso frenaba su carrera.

—Aprende a delegar —le había dicho—. Soy un maestro en eso.

No es que no confiara en su equipo. No podía desear un grupo de oficiales mejor: tenía a Tracey y Farrell del MIT, y a Thomas del equipo de Weston. Era su propio perfeccionismo el que se interponía en su camino, una determinación que no podía esperar de nadie más. ¿Quién más se habría sentado fuera de la casa de David Mountson toda la noche a la espera de que algo sucediera? Transmitió a su equipo la información sobre su reciente reunión con Kevin Payton y su visita nocturna a Mountson y Carrigan.

Louise había invitado al inspector Baker con la excusa de que necesitaría más agentes uniformados en los próximos días, pero en realidad quería ver su reacción cuando dijera que Mountson creía que Dwyer estaba muerto. No hubo ni un parpadeo. La falta de emoción de Baker equiparaba al resto del equipo, que estaba demasiado cansado para reaccionar ante suposiciones infundadas.

—Puede que tenga una pista —dijo Thomas—. Ayer entrevisté a uno de los antiguos jefes de Dwyer. Un granjero de Brent Knoll.

Louise se sentó y dejó que Thomas continuara, su voz tenía un efecto reconfortante en su estado de ánimo.

—Fue más o menos cuando creemos que Dwyer desapareció. Curiosamente, estaba en el sistema de trabajadores PAYE, así que esa es la última documentación oficial que tenemos de él. El granjero dijo que era un buen trabajador, en general. Tenía carné para conducir los tractores e

incluso trabajaba en la cosechadora que tenían. Mencionó que todo iba bien hasta los últimos meses, cuando Dwyer empezó a salir con una chica a la que no había visto antes. Al parecer, ella aparecía en la granja y su trabajo sufría las consecuencias. Lo siguiente que supo fue que Dwyer se había marchado.

—¿Supongo que no tenemos nada tan útil como el nombre de esta chica? —preguntó Louise.

—Me temo que no. La mayoría de los trabajadores de esa época se han ido, pero tengo algunos nombres, así que los investigaré.

—¿Descripción?

—Pequeña. Pelo negro. Bonita. El granjero estaba seguro de que tenía algunos tatuajes —dijo Thomas, que sonaba más esperanzado que positivo.

—Es un comienzo —dijo Louise, y de inmediato lamentó su elección de palabras. Tras cinco víctimas, una de ellas fatal, no deberían pensar en comienzos—. Tracey, quiero que investigues esta actividad de acoso a menores —le pidió, con un ojo puesto en Baker, que permanecía estoico—. Debe haber informes antiguos al respecto. Prueba también en las otras escuelas.

Tracey asintió y Louise se alegró por la sensación de expectación y promesa que se respiraba en la sala, la cual se desvaneció veinte minutos más tarde cuando llegó el Detective en Jefe Finch, quien parecía haber regresado antes de tiempo de sus vacaciones.

PENSÓ en las llaves de su coche. Después de haber disuadido a Amira de volver a su casa, se enfrentaba al absurdo revés de temer que Finch quisiera inspeccionar su coche tras sospechar que alguien había estado en su casa.

—Louise —dijo al pasar junto a ella hacia el despacho de Robertson, dejando un rastro del aroma su loción de afeitar cítrica.

Le habría preguntado por qué había vuelto tan pronto de sus vacaciones si no temiera levantar sospechas. A su vez, sentía curiosidad por saber por qué quería ver a Robertson ni bien regresó. Una vez más, le sorprendió lo fácil que le resultaba hacerla sentir nerviosa y paranoica. Si quería ver a Robertson para hablar de su investigación, ella debía estar presente. Robertson no solo lo sabía, sino que comprendía lo furiosa que se pondría si algo ocurría a sus espaldas. Entonces, ¿por qué le molestó tanto que Finch cerrara la puerta del despacho y no la dejara entrar?

—Ah, Louise, justo a quien quería ver.

Louise se volvió hacia la figura erguida del Inspector Baker, que se le había acercado con el sigilo de un ladrón. Se preguntó si Baker habría captado su mínimo intercambio de palabras con Finch y si habría notado su agitación cuando pasó junto a ella para reunirse con Robertson.

—¿Qué puedo hacer por ti, Rob?

—Tu informe me hizo pensar. Subí algunos de los archivos de casos de esa época. Recuerdo que el equipo del CID estaba investigando la actividad en las escuelas locales. Tenía algunos nombres que podrían ser útiles —dijo y le entregó un archivo.

Ya había revisado algunas investigaciones antiguas con Thomas después de la reunión informativa. Tanto Thomas como Farrell habían participado en algunos de los interrogatorios de aquella época y ya tenían una lista de personas con las que hablar. Su lado cínico pensó que Baker intentaba ganarse su favor por algún motivo desconocido, pero le dio las gracias mientras aceptaba los papeles.

—¿Alguna idea de por qué Tim está aquí? —dijo él.

—Ni idea. ¿Y tú?

—El sábado oí más rumores sobre la reestructuración —comentó como si hablaran así desde hacía años.

Louise tendía a evitar los rumores, pero como Baker tenía el oído de los oficiales superiores de la zona, le preguntó qué había oído.

—Posible fusión con Portishead. Reducción de personal.

—¿Solo el CID? —dijo Louise.

—¿Quién sabe? Es un poco preocupante para ser honesto. Acabo de regresar a la zona.

—Me lo imagino —dijo Louise; recordaba a la mujer de Baker y sus comentarios sobre volver a Weston—. Yo no me preocuparía demasiado. Finch apenas se ocupa de la logística. Gracias de nuevo por esto —agitó el archivo en el aire mientras volvía a su escritorio.

NO QUERÍA que Finch controlara sus acciones, pero no podía abandonar el despacho hasta que él lo hiciera. Hojeó el expediente que le había dado Baker y lo cruzó con la información que el equipo ya había recopilado, e intentaba no mirar hacia la puerta de Robertson. Ignoró la absurda idea de llamar a la abogada, Natalie Gurgenstein, para preguntarle por qué Finch y ella habían vuelto tan pronto de vacaciones. En cambio, le envió un mensaje a Thomas.

Tras la nueva información de la posible novia de Dwyer en el período previo a su desaparición, Louise quería interrogar a Mountson y a los demás de nuevo. Solo tres mujeres aparecían en las listas que tenían hasta el momento, una de ellas Poppy Westfield, pero debía haber muchas otras por ahí. Si Kevin Payton estaba en lo cierto, Dwyer y sus compinches habían estado acechando a las adolescentes en la escuela. Si era el caso, entonces faltaban muchos nombres, y uno de ellos podría ser la supuesta novia de Dwyer.

Finch salió del despacho cinco minutos después, sin su aplomo habitual. Una de las cosas en las que Louise podía confiar era en el apoyo de Robertson. Nunca lo había dicho, pero estaba segura de que su jefe detestaba a Finch al igual que ella. En más de una ocasión se había negado a dejar que Finch se encargara de sus investigaciones solo porque dirigía el MIT, y a juzgar por la expresión de desolación de Finch, se preguntó si ese era el caso ahora. Fingió estudiar la pantalla de su ordenador, con Finch en su visión periférica. El Inspector habló con los miembros de su equipo uno por uno antes de marcharse sin dirigirle la palabra, un hecho tan inusual que la convenció de que algo lo había puesto nervioso.

—¿Lista? —dijo Thomas. Movié un juego de llaves del coche delante de ella.

Louise envió un mensaje rápido a Amira para advertirle del regreso de Finch.

—Vamos.

—¿QUÉ quería Finch de Robbo? —mencionó Thomas al salir del estacionamiento.

Era extraño lo cómoda que se sentía en presencia de Thomas. A pesar de la situación del sábado por la noche, se sentía relajada y casi tranquila estando a solas con él. Le contó lo que le había dicho Baker.

—No estoy segura de que me apetezca viajar todos los días a Portishead.

—No es el otro extremo del mundo.

—Has estado allí, ¿verdad?

—Me gusta bastante.

—Podrías volver a Bristol —dijo Thomas.

—Aquellos tiempos quedaron atrás —negó Louise, recordando su antiguo piso de Clifton—.

Mis padres no me dejarían mudarme a menos que me lleve a Emily conmigo, y ella ha tenido suficientes trastornos para toda la vida.

—¿Crees que alguna vez lo harás?

Louise hizo una pausa.

—¿Qué cosa?

—¿Mudarte sola con Emily?

—Quién sabe, tal vez algún día —dijo ella.

Notó una creciente tensión en el coche que le recordó a la noche en que él había intentado besarla. A pesar de sus reservas, una parte de ella deseaba que él hiciera algún movimiento, que le propusiera salir una noche, una vez que todo hubiera terminado. Sí, era complicado, pero no creía que fuera imposible. Tal vez debería ser ella quien se lo preguntara, pensó una vez que llegaron a Uphill. Las manchas de lluvia decoraron el parabrisas al estacionar el coche.

Louise había pasado mucho tiempo en esta calle últimamente, pero se sentía diferente bajo la capa de nubes grises. El calor que había experimentado la última vez que había estado aquí era un recuerdo lejano.

Aún era de día, y no le extrañaría que los dos hombres estuvieran durmiendo. Se sorprendió un poco cuando la puerta principal se abrió, segundos después de que ella llamara al timbre, y un hombre mayor con pantalones cortos verde claro a juego y camisa de manga corta abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo. Se acomodó el par de gafas que se le habían deslizado por la nariz.

—¿Señor Mountson? —preguntó Louise.

—Así es —dijo el hombre, poniéndose rígido.

—Somos la Inspectora Blackwell y el Sargento Ireland. ¿Está su hijo?

—No, no está —respondió el Sr. Mountson, su actitud amistosa cambió en un instante a una mirada de hostilidad y rabia—. Lo eché a él y a su amigo esta mañana.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Thomas manejó hasta el nuevo centro de rehabilitación de Jay. Les mostraron su habitación y descubrieron que todas sus pertenencias habían desaparecido.

—¿Cuándo vio al Sr. Carrigan por última vez? —preguntó Louise al asistente del centro, que no parecía sorprendido por el descubrimiento.

—No he venido en todo el fin de semana, así que la última vez que lo vi fue el viernes.

—¿Tiene algún tipo de registro?

El hombre se encogió de hombros.

—Si lo usan.

Aunque le desesperaba su actitud, Louise comprendió que él no tenía la culpa. Al igual que David Mountson, cobraba un salario mínimo y formaba parte de una maquinaria infradotada que intentaba hacerlo lo mejor posible.

—Parece que ha hecho las maletas y se ha marchado —dijo Thomas.

—Suele ocurrir. Las habitaciones se limpian durante el fin de semana, así que me sorprende que alguien no se diera cuenta. Pero los limpiadores trabajan por contrato, y no siempre saben qué habitaciones deben estar vacías.

Se dirigieron a la última dirección que tenían de Mountson. Louise dispuso que su equipo comprobara las estaciones locales de tren y autobús de Weston y Bristol.

—¿Dónde pueden haber ido? —dijo Thomas después de comprobar que el viejo departamento de Mountson estaba tan desolado como la habitación de Jay.

Los teléfonos de ambos iban directos al contestador y, hasta el momento, ningún familiar o amigo había tenido noticias de ninguno de los dos hombres. Aparte de los Mountson, que habían dejado claro que no querían saber nada más de su hijo. Todavía no estaba claro el papel de Mountson y Carrigan en los acontecimientos, pero la principal preocupación de Louise era su seguridad.

—Tu suposición es tan buena como la mía —respondió, con la esperanza de que ambos estuvieran a una distancia segura.

En la comisaría, le dio la noticia a Robertson sobre la desaparición de Mountson y Carrigan, que le respondió con la típica expresión antipática de “buen trabajo”. Las palabras fueron tan cortantes como si la hubiera golpeado delante de todos. Era fácil argumentar que no era culpa suya, pero ella aceptó la culpa. Los había estado observando los últimos días y había estado en su casa la noche anterior. Tal vez se había tomado las cosas demasiado a la ligera al creer que los dos hombres se quedarían encerrados en la casa indefinidamente, pues parecía que habían planeado marcharse.

—¿Algo más? —preguntó Robertson. Resaltó el gruñido de su acento, lo que ocurría cuando

estaba agitado.

—No sé, ¿hay algo más? —dijo Louise, inmune a su muestra de enojo.

Robertson frunció el ceño, aunque estaba segura de que entendía. Tenía tanto que hacer que no quería involucrar a Finch en la conversación, pero con el comportamiento impredecible de Amira, no le quedaba otra opción.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Robertson, sin entusiasmo.

—No hagamos esto, ¿de acuerdo, señor?

Robertson sonrió, un gesto que siempre le costaba hacer. Era imposible saber si era forzada o genuina.

—¿Se trata del Detective en Jefe Finch? Me preguntaba por qué no habías golpeado mi puerta para preguntarme.

—¿Qué está pasando?

—La política de mierda de siempre, eso es todo.

—Quería quitarnos el caso.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Tú tienes el caso, ¿no, Inspectora? —dijo Robertson. Su agitación era clara de leer.

Louise puso las manos delante de ella. Quería contarle todo sobre Finch, hasta la información sobre la irrupción de Amira en su casa. Desde que se mudó a Weston, Robertson siempre había sido un aliado digno de confianza, incluso durante el difícil periodo del principio. Se había puesto de su lado en los enfrentamientos con Finch, y comprendió que era mucho más que simple aversión.

Si compartía la información ahora, se haría oficial. En cambio, permaneció sentada, considerándolo. Era lo que necesitaba. Louise le debía a Amira, y a las innumerables personas con las que Finch se había metido, presionar para que lo despidieran.

Pero por más que lo intentaba, las palabras no salían de su boca. En cuanto le diera los detalles a Robertson, su investigación sobre los ataques con marcas se iría a la basura. En su lugar, le preguntó por la reestructuración.

—Es una posibilidad, pero no hay de qué preocuparse por ahora —aseguró Robertson.

Louise se levantó. Parecía que ambos tenían cosas que aún no estaban dispuestos a compartir.

Louise pensó en lo que le estaban ocultando mientras volvía a la abarrotada sala de incidentes. La investigación también estaba empañada por los secretos, como ocurría a menudo. Esto se sentía particularmente frustrante porque sentía que una respuesta estaba a la espera de presentarse. Mountson y Poppy le estaban ocultando algo, ya fuera a propósito o porque no creían que fuera relevante, y eso le correspondía a ella. Repasó todas las reuniones que había tenido con Poppy, Mountson y Jay Carrigan. ¿Habían hecho preguntas lo suficientemente directas e inquisitivas? ¿Había pasado algo por alto? Pensó en Andrew Thorpe y su familia, Steven Boyne del club nocturno, los padres de Poppy, el profesor jubilado, el Sr. Groves, Terrence Maynard, y Raymond Oxford que todavía estaba en coma. Leyó un informe tras otro en búsqueda de ese dato vital que tal vez había pasado por alto.

Al final, el despacho le resultó demasiado claustrofóbico. Tracey tenía que entrevistar a una de las antiguas amigas de la escuela de Poppy más tarde ese mismo día, así que Louise tomó la tarea para salir de aquel ambiente empalagoso.

Cuarenta minutos más tarde, estaba esperando a la mujer en la cafetería del Sainsbury local. Mientras se tomaba un café, se le acercó una de las empleadas de la tienda y se presentó como Claire Aveyard.

—¿Eres policía? —le preguntó.

—¿Es tan obvio? —dijo Louise y se puso de pie para mostrar su identificación—. Tracey no pudo venir, soy la Inspectora Louise Blackwell.

—Hola —dijo Claire tras tomar asiento—. Me temo que solo tengo quince minutos.

—Iré directo al grano, entonces. ¿Solías ir a la escuela con Poppy Westfield?

La mujer se sonrojó, como avergonzada por la revelación.

—Me enteré del ataque que sufrió. Pobrecita. No la he visto desde la escuela.

—¿Estaban en la misma clase?

—En algunas. No éramos amigas, si sabes a lo que me refiero, pero siempre nos llevamos bien.

—Me sinceraré contigo, Claire. No estás en problemas —le dijo, y la mujer retrocedió como si la hubieran golpeado—. Tu nombre aparece en un informe que tenemos de la época en que estabas en la escuela. Hubo una pequeña investigación sobre una banda de jóvenes que merodeaban por la escuela. Se sospechaba que vendían drogas, entre otras cosas.

—Nunca me drogué —respondió, con el cuerpo tensándose.

—No, está bien, Claire. Como he dicho, no estás en problemas. Estamos tratando de rastrear a un hombre. Laurence Dwyer, quizá te acuerdes de él —dijo Louise mientras le mostraba la foto de su teléfono.

Claire asintió.

—Lo conocía.

—¿Tuviste algo que ver con él?

—No. Algunos de esos chicos... tenía la impresión de que no andaban en nada bueno. Algunas de mis amigas empezaron a salir con ellos. Sé que Poppy empezó a salir con Andrew Thorpe. Era bastante mayor que ella. Y sé que él... —Claire dejó de hablar, perdiendo el hilo de pensamiento.

—¿Alguna vez viste a Andrew y Laurence juntos?

La mujer negó con la cabeza.

—No creo que pueda ayudarte, la verdad. Creo que Andrew era uno de esos chicos que solían andar por ahí fuera, pero no sé si era amigo de Laurence o no. Todos eran unos años mayores que nosotros, y oí algunas cosas.

—¿Cosas?

Claire suspiró.

—Solían llevar a las chicas a lugares remotos. A hacer cosas, ya sabes. Algunas de las chicas pensaban que era emocionante, al menos en un principio.

—¿Las obligaban a hacer cosas contra su voluntad?

—No estoy segura. Sé que un par de chicas dejaron la escuela.

Louise asintió.

—¿Alguna vez notaste si Laurence estaba interesado en alguna chica en particular? Alguna que pudiera haber sido considerada su novia.

—No, lo siento. Hice lo que pude para mantenerme al margen de toda la situación. Las otras chicas hablaban al respecto, pero yo intentaba no hacer caso. Tengo que volver —dijo.

Le dio su tarjeta.

—Gracias, has sido de gran ayuda.

Claire se levantó y sonrió.

—Tal vez no sea nada —dijo entre risas.

—Continúa.

—Bueno, había una chica un año menor. Francesca Regan. Un poco salvaje, si sabes a lo que me refiero. Ella solía insistir que salía con Laurence. Era ridículo. Era demasiado joven, incluso para ellos.

—¿Alguna vez los viste juntos?

—No. Bueno... a veces la veía por ahí junto a los coches, pero todo el mundo la ignoraba. Me daba un poco de pena.

—¿Por casualidad sabes dónde vive?

—Lo siento, no. Oí que se mudó a Cornualles cuando terminamos la escuela. No la he visto desde entonces.

PARA EL TIEMPO en el que Louise llegó a casa de Poppy, ya había conseguido la dirección de Francesca Regan en Redruth. Tal vez no sea nada, pero quería comentarle el nombre a Poppy para ver su reacción. Ignoró la sensación de pánico que sintió cuando nadie abrió la puerta. Los Westfield no estaban bajo arresto domiciliario, pero como David Mountson y Jay Carrigan seguían sin aparecer, era difícil no preocuparse por la seguridad de Poppy.

Preguntó a los vecinos, que no los habían visto salir, antes de llamar a cada uno de los Westfield. Los tres números fueron directo al contestador. Sintió la obligación de llamar a Thomas para ponerlo al día sobre la situación.

—Tal vez no sea nada —dijo, haciendo eco de lo que había pensado antes sobre Francesca Regan.

—Seguro que han apagado los teléfonos para estar tranquilos, pero me aseguraré de que todo el mundo esté alerta —dijo Thomas.

Louise dejó el coche estacionado frente a la residencia Westfield, subió dos calles y cruzó la carretera principal hasta el paseo marítimo. Entró a la cafetería del Tropicana, la antigua piscina al aire libre a la que solía ir con su familia en días especiales. El lugar era ahora un espacio vacío que se utilizaba en ocasiones para eventos musicales, y mientras se asomaba para buscar a los Westfields sintió una punzada de nostalgia por aquellos días perdidos. Los olores a cloro y crema solar, las piñas gigantes de fibra de vidrio y la vertiginosa excitación de los insípidos toboganes acuáticos que había corrido con Paul.

Caminó de vuelta por el paseo marítimo hacia el Gran Muelle y buscó a Poppy y a sus padres entre la gran multitud de la playa, pero fue una tarea inútil. Había demasiados rostros esparcidos a lo largo de la franja de arena, algunos arriesgándose a dar un largo paseo por el lodo para llegar al turbio mar que bañaba la orilla del muelle. Si Poppy estaba allí, solo la buena suerte la encontraría ahora. En cambio, se dirigió por las salas de juego de Regent Street, atravesó Walliscote Road y volvió a Cleveland Road en dirección a la casa de los Westfield. Decidió que lo más sensato era esperar a que regresaran.

Desde el coche llamó a Amira, que tampoco contestó, como todo el mundo en aquel momento. Louise no estaba contenta con la forma en que había dejado las cosas con la mujer.

—Ha vuelto —dijo en el contestador de Amira. Le preocupaba que la agente cometiera alguna estupidez, a pesar de que las llaves de Finch estaban en la guantera.

El alivio era palpable cuando Poppy y sus padres aparecieron al final de la carretera, treinta minutos más tarde. Le envió un mensaje a Thomas antes de salir del coche y saludar a la familia junto a la entrada de su casa.

—¿Y ahora qué? —dijo la señora Westfield.

Ella comprendió su consternación. Debía ser la primera vez que Poppy salía de casa desde el

incidente, y lo último que sus padres hubieran querido para su hija era ver a Louise esperándolos para traer consigo los malos recuerdos que habían estado intentando eludir durante las últimas horas.

—Lo siento, solo necesito hablar con Poppy y me iré. Lo prometo.

—Está bien, mamá —dijo la chica, que parecía vigorizada por su caminata. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y parecía más relajada que nunca desde que la había conocido.

La señora Westfield miró a su marido con el ceño fruncido, como esperando que hiciera algo, antes de dejar entrar a Louise en la casa.

—No me quedará mucho tiempo, Poppy. Hoy he hablado con una de tus antiguas compañeras de colegio, Claire Aveyard —le dijo.

—Oh, Claire, ¿cómo está? Parece que fue hace una eternidad.

—Sí, parece que está bien —acotó, y pensó que el tiempo tiene un valor diferente a los veinte años—. Mencionó a una chica llamada Francesca Regan.

El reconocimiento en los ojos de Poppy fue inconfundible.

—Recuerdo a Francesca —dijo y apartó la mirada. Parecía que imaginar a la chica le había traído un recuerdo doloroso.

—¿Eran amigas?

—No —la risa de Poppy sugería un lado diferente y poco amable de ella—. Ella estaba un año por debajo. Eso marcaba mucho la diferencia en aquella época, si sabes a lo que me refiero.

Louise asintió, pero no contestó. Poppy frunció el ceño.

—Era un poco rara, la verdad.

—¿En qué sentido?

—Vivía en una casa de acogida. Eso no la volvía rara, pero siempre intentaba estar con nosotros.

—¿Con ustedes?

Miró a su madre, que fingía secar platos.

—Ya sabes, cuando hablábamos con los chicos. Andrew y los demás.

—¿Y Laurence Dwyer?

—Supongo que sí. Cuando él estaba. No querían tener nada que ver con ella. Todavía era una niña, ¿sabes?

—Todas eran niñas —comentó Louise.

—Supongo. Pero ella era joven en más de un sentido. Era pequeña, no estaba desarrollada. Y hacía cosas extrañas.

—¿Como qué?

—Una vez me mostró su brazo. Se había hecho unas líneas entrecruzadas. Como arañosos, pero más profundos. Podías ver la sangre. Era una incisión profunda. Me dijo que se lo hizo con el filo de un compás en una clase de matemáticas.

—¿Se autolesionaba?

—Supongo que puedes decir que sí.

—¿Intentaste ayudarla de alguna manera?

—Le dije que dejara de hacerlo —Poppy levantó la voz—. No era mi amiga. No pedí ver sus heridas y no era mi responsabilidad.

Louise captó la mirada de desaprobación de la Sra. Westfield. No estaba segura de si iba dirigida a ella o a su hija.

—Cuando te uniste a la pandilla...

—No era una pandilla —interrumpió Poppy.

—Bien, cuando empezaste a salir con Andrew y los demás, ¿Francesca se les unió?

La chica dudó.

—Ya te lo he dicho, no solía salir con nosotros.

—Algo pasó, Poppy. Cuanto antes me lo digas, antes te dejaré en paz.

—¿Por qué haces estas preguntas? Francesca no fue la que me atacó.

—Nadie está diciendo eso. Pero, ¿sabrías si Francesca fue una de tus atacantes? ¿Cuándo la viste por última vez? ¿No llevaba una máscara?

Poppy intercambió miradas con su madre.

—Supongo que hace años que no la veo, pero no puedo...

—Por el amor de Dios, Poppy, díselo —la señora Westfield le gritó a su hija con sorprendente fuerza.

La chica parecía tan sorprendida como Louise.

—Nunca se me había ocurrido —dijo, en un intento de defenderse. Puso los ojos en blanco y continuó—. A veces se aparecía. Fue al principio. Yo no salía con Andrew entonces. Éramos un grupo grande que iba a la playa en verano.

—¿En Brean?

—No, esto fue en Weston. Solíamos ir a las dunas.

—¿A las dunas? ¿El lugar donde atacaron a Jay Carrigan?

La cara de Poppy enrojeció.

—Y a veces al parque, donde me atacaron.

—¿Por qué no nos dijiste esto antes, Poppy?

—No se me ocurrió.

—¿Qué pasó con Francesca? ¿Se hizo amiga de Laurence Dwyer?

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Ella solía aparecerse. No había reglas, cualquiera podía venir. Pero era mucho más joven y, odio decirlo, pero *era rara*. Muy extraña. Solía pasar el rato al margen, sólo observando. Luego te la encontrabas de la nada, bebiendo y quedando como una idiota. En fin, no sé qué pasó, pero Laurence se enfadó con ella y le dijo que se fuera. Y lo hizo, pero volvió a aparecer y ellos...

—¿Ellos qué, Poppy?

—Se fueron con ella.

La Sra. Westfield jadeó. Parecía ser la primera vez que oía la historia.

—¿Quién se la llevó, exactamente?

—Laurence Dwyer y dos de sus amigos.

—¿David Mountson?

—No, no, David no era así. Creo que uno de ellos era Scott, ¿el otro era tal vez Kevin?

—¿Qué pasó, Poppy?

—No lo sé. Dijeron que iban a llevarla a un campo y dejarla allí para que no volviera. Suena horrible, lo sé, pero solo éramos niños. Nos estábamos divirtiendo.

Louise quería que siguiera hablando, así que no discutió su frágil defensa de que solo eran niños.

—¿Y qué pasó en realidad?

Frunció el ceño. Su madre le dijo que continuara entre dientes.

—No fue a la escuela durante una semana. Me sentí un poco culpable, pero no se había denunciado su desaparición ni nada parecido. Cuando volvió, estaba distinta. Retraída. No nos

hablaba y dejó de intentar salir con nosotros todo el tiempo.

—¿Crees que Laurence y el otro chico la atacaron?

—Mira, tal vez debería haber dicho algo sobre esto antes, pero no lo pensé. Corría el rumor por la escuela de que estaba enamorada de Laurence. Al parecer, algunas de las chicas la habían visto cambiarse en Educación Física y habían visto algo en ella.

Louise cerró los ojos.

—¿Una marca?

—No le presté mucha atención en ese momento, pero era una especie de tatuaje. No estaba bien hecho.

—¿Un tatuaje de qué?

—Nadie podía decirlo con seguridad, pero pensaban que era una letra *L*.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Louise reconoció el coche de Finch al salir de la estación y trató de ignorar su silueta tras el volante. Era el día siguiente a la revelación de Poppy sobre Francesca Regan, y desde entonces había pasado todas las horas del día intentando localizar a la mujer. Al igual que Dwyer, Francesca había estado desaparecida durante los últimos cuatro años. Lo último que se sabía de ella era que estudiaba en una escuela técnica y trabajaba a tiempo parcial en un restaurante de comida rápida de Cornualles. De algún modo, había conseguido alquilar un piso en Redruth y había abandonado el sistema de acogida, pero dejó su trabajo y su piso alrededor de su decimoctavo cumpleaños.

Tenía dificultades para pensar con claridad y necesitaba descansar. Su mente intentaba reconstruir las pruebas constantemente, que eran en su mayoría anecdóticas. Sin embargo, además de Dwyer, Poppy les había dado los nombres de Scott Turnbull y Kevin Westley. Ambos también habían estado desaparecidos durante los últimos cuatro años. Si bien podía ser una coincidencia, pues había miles de personas desaparecidas o con paradero desconocido en todo el país, esta era una coincidencia que debían investigar a fondo.

Por qué Poppy Westfield no había mencionado antes a Francesca Regan seguía siendo un misterio. Poppy afirmaba que la conexión no se le había ocurrido hasta que Louise mencionó su nombre, y ella le creyó a medias. El trauma de un ataque violento puede hacer cosas asombrosas a una persona, como le había sucedido a Poppy.

Respiró hondo y cruzó el estacionamiento en dirección a su coche. No le tenía miedo a Finch, y no le daría ninguna indicación en ese sentido, pero era difícil ignorarlo. Aún tenía sus llaves en la guantera, con pruebas potencialmente dañinas esperando en su casa. Estaba a medio camino del coche cuando él abrió la puerta y la llamó.

—Ahora no, Timothy —dijo ella, tratando de mantener el paso firme a medida que seguía avanzando.

—Sí, ahora —dijo él.

De manera instintiva, la mano de Louise se acercó a la lata de spray de pimienta que últimamente llevaba siempre encima. Ni siquiera Finch sería tan estúpido como para intentar algo en el estacionamiento de la estación, pero le gustó saber que la lata estaba allí cuando se volvió a verlo.

—He tenido un día largo, Tim. ¿Qué quieres?

La luz artificial del estacionamiento hacía que Finch pareciera tan cansado como ella. Llevaba todo el día entrando y saliendo de la oficina, pero su contribución al caso había sido mínima. Cuando se detuvo, demasiado cerca para su gusto, ni siquiera se molestó en disimular. Por un segundo, se preguntó si Natalie lo había dejado, lo que explicaría por qué sus vacaciones

habían sido tan cortas, pero eso significaría atribuirle sentimientos más profundos de los que era capaz. Cuando trabajan juntos, Louise había sospechado sus tendencias sociópatas, pero no se había dado cuenta del alcance que tenían. Finch era incapaz de pensar más allá de sus propias preocupaciones, y una relación fallida ni siquiera le importaba.

—¿Qué has estado haciendo? —dijo él. Se acercó lo suficiente como para que ella pudiera oler su loción de afeitar.

Que alguna vez se hubiera sentido atraída por aquel hombre era un misterio que nunca desentrañaría.

—¿Qué demonios estás diciendo, Timothy?

—No me llames así —dijo, sin intentar parecer sereno—. Has estado hablando con alguien, ¿verdad?

¿Se refería a Amira? Louise había achacado su comportamiento reciente a las conversaciones sobre la fusión. Había creído que tal vez estaba preocupado por su puesto de trabajo o, lo que era más probable, porque su forma de trabajar estaría bajo un escrutinio más minucioso. Pero en sus facciones había auténtica rabia y algo que no había visto en Finch desde hacía mucho tiempo: miedo.

—Estoy perdida, Tim.

Finch respiró hondo.

—Recuerda lo que te dije antes, Louise.

—Me has dicho muchas cosas antes, Tim. No te tengo miedo. Nunca lo he tenido y nunca lo tendré. Espero que superes lo que te preocupa —dijo ella tras abrir la puerta del coche.

Finch estuvo por ponerle el brazo encima, pero se detuvo. Sabía tan bien como ella que las cámaras cubrían todos los ángulos del estacionamiento. Si la tocaba, estaría acabado.

—No estás sola, ¿verdad?

Louise se detuvo, con una mano en la puerta del coche y la otra alrededor del spray de pimienta que llevaba en el bolsillo. Necesitó todas sus fuerzas para no usarlo. Finch era un maestro del eufemismo, pero ella sabía que se refería a Emily. Ya había hecho esas afirmaciones antes. Sus amenazas siempre eran imprecisas, con la intención de contrariarla y librarse de toda culpa, y esta vez estaba funcionando. Quería vaciar el spray de pimienta en su cara para cegarlo.

—Lo pensaría cuidadosamente antes de decir algo más.

Finch dio un paso atrás, como si conociera los pensamientos salvajes que pasaban por su mente.

—Lo que sea que estés haciendo, tiene que parar. Puedo hacerte la vida muy difícil, pero si quiero también puedo hacértela fácil. Podría haber una vacante. Me encantaría recomendarte. Prometo no interferir en tu trabajo. Trazaré una línea.

Louise intentó ocultar su sorpresa. Finch quería negociar con ella, pero más allá de la implicación de Amira, no sabía qué amenaza suponía para él.

—¿Puedes ser un poco más claro? —dijo ella.

—¿Has oído hablar de la reestructuración? Puede que tengas la oportunidad de ascender aquí, en Weston. Puedo hacer que suceda si cooperas. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Si iba a haber una plaza de ascenso disponible en Weston, eso significaba que Robertson sería ascendido. Tal vez de eso trataban las conversaciones clandestinas entre él y Finch. No es que a Louise le importara. No necesitaba ni quería el apoyo de Finch, pero no se lo iba a decir todavía.

—Lo pensaré —dijo. Cerró la puerta del coche, satisfecha pero confundida por lo preocupado que lucía Finch.

CAPÍTULO CINCUENTA

Se tocó la piel sensible donde D la había agarrado. Había infringido la única regla y pagaría por ello.

Se habían quedado fuera de la casa de Louise hasta tarde, y casi se sorprendieron cuando llegó en su coche durante la noche. Aún podía sentir el martilleo de su corazón, la emoción voyerista al verla salir de su casa aún vestida con su ropa de dormir. La mujer no conocía el miedo. Parecía radiante caminando entre las sombras. Quiso atacarla en ese instante, deseosa por tocar aquella piel impecable, pero no era el momento adecuado.

A la luz de la mañana, vio un moretón en su brazo. Ahora lo miraba y las manchas marrones y amarillas la ofendían casi tanto como la marca que le habían hecho justo encima hacía tantos años. Se tocó la piel sensible. D no le dio importancia, y ella rectificó su desobediencia, pero en el pasado se había prometido a sí misma que ningún hombre volvería a hacerle eso.

D estaba ocupado trabajando en la otra habitación. Seguía con la pretensión de su otra vida, pero ella solo quería terminar lo que habían empezado.

— No puedes agredir a un agente de policía —le había dicho la noche anterior mientras le agarraba el brazo con fuerza, como si él tuviera la última palabra.

Ella no vio la diferencia anoche y no veía la diferencia ahora. Él pensaba que le estaba mostrando su fuerza, pero en realidad estaba mostrando la debilidad que ella había visto en él desde el principio.

Habían elegido a Jay Carrigan como su primer objetivo juntos. Tras descubrir la relación secreta de Mountson con el hombre, se sentía como una táctica de apertura adecuada. Pero cuando ella insistió en que atacaran a Mountson a continuación, D argumentó en contra. Él dijo que se pondría el foco en él, y aunque tenía razón, ahora le preocupaba que Mountson se hubiera salido con la suya.

Con Poppy y Andrew, D lo había entendido e incluso había empezado a disfrutar tanto como ella. Pero Louise había empezado a interponerse entre ellos de una manera irrevocable: quería poner su marca en la mujer, y no solo por el simple placer de sentir el metal en su piel. La marca las uniría para siempre. Louise y su familia se convertirían en la familia que ella nunca tuvo.

Y, por supuesto, estaba la ventaja de que la atención de la policía se desviaría si Louise era víctima, lo que le permitiría volver a centrarse en Mountson. Él era el último. Él había estado allí ese día y era tan cómplice en el crimen como Poppy, Andrew y los tres hombres que le dieron la marca.

—Otra vez —dijo tras abrir la puerta de su habitación. El lugar estaba vacío.

—¿Por qué?

—Solo tienes una marca. No quiero que te lo pierdas —dijo ella.

Tal vez habría cambiado de opinión si él hubiera estado más dispuesto, pero estaba llorando cuando se desnudó hasta la cintura y se tumbó en la cama. Aparte de la carne rota de la marca que ella le había hecho, su espalda era un hermoso lienzo liso que esperaba a ser tocado. Tocó la zona blanda donde haría la siguiente marca.

—¿Quieres que te sujete? —le preguntó con voz suave.

Él asintió, y ella sacó la tira de cuero y se la introdujo en la boca. Él emitió un gemido de satisfacción cuando ella tiró del cuero y lo aseguró para que sus quejas quedaran amortiguadas. Lo ató a la mesa mientras él se retorció de placer. Estaba boca abajo en la cama, así que le levantó la cabeza y la giró hacia un lado para ver su reacción.

Sus ojos abiertos miraban con una mezcla de adoración y miedo cómo ella encendía el soplete. Era una pena. A pesar de las cosas que habían hecho juntos, seguía siendo un ingenuo. Cuando se conocieron, ella estaba conmocionada por lo que le había ocurrido y él había sido un consuelo sorprendente.

Pero él había roto las reglas. Sabía lo que esos hombres le habían hecho y debería haber sabido que ella no aceptaría que ningún hombre se lo volviera a hacer. Puede que solo fuera un moretón, pero así inició. Si era capaz de hierirla de aquella manera, era capaz de cualquier cosa.

Ella encendió el metal y él cerró los ojos, babeando con expectación.

Le tocó la piel de la espalda, una última caricia suave.

—Tienes que abrir los ojos para esto —dijo, el metal al rojo vivo sería lo último que él vería.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Otra noche, otra distracción. Debería enfocar su atención en el caso de las marcas para localizar a Francesca Regan y Laurence Dwyer, pero Louise se encontró pensando en Tim Finch, cosa que la había atormentado durante los últimos años.

Solo que esta vez, en lugar de amenazarla, estaba dispuesto a negociar. Nunca lo había visto tan alterado. Le hizo preguntarse si Amira había tomado algo de su lugar, o si ella era la única que estaba investigándolo. Debería estar contenta, pero le preocupaba. Finch era más peligroso cuando estaba en problemas. Era capaz de cualquier cosa, como había descubierto esa noche en la granja Walton. Y aunque le había suplicado por su ayuda, la traicionaría en un santiamén.

Llamó a Amira mientras conducía hacia su casa y maldijo cuando el teléfono saltó directamente al contestador. Sí, quería a Finch fuera de su vida, pero tenía que centrarse en la investigación. Necesitaba dormir unas horas y volver al juego. Regan y Dwyer no aparecerían solos. Sean o no los atacantes, seguro que pronto volverían a atacar.

Dejó el coche en la oscuridad, pues todas las luces de la casa estaban apagadas, algo últimamente habitual. En las últimas semanas se había sentido más culpable que nunca. De alguna manera, vivir en la misma casa que Emily empeoraba las cosas. Era otra distracción, pero se preocupó al abrir la puerta y subir las escaleras. Emily parecía cambiar de algún modo sutil cada día, y en las pocas ocasiones en que la había visto en las últimas semanas, Louise había sentido más que nunca la pérdida de aquellos días. Se desplomó frente al televisor y vio la única foto que tenían de Francesca Regan, una foto granulada de pasaporte de cuando tenía catorce años, en el centro del tablón de anuncios. Intentó convencerse de que un día no muy lejano todo cambiaría, pero sabía que se estaba mintiendo a sí misma.

SU TELÉFONO SONÓ mientras se cambiaba para ir a la cama. Amira le estaba devolviendo la llamada. En cuanto la mujer habló, Louise se dio cuenta de que había bebido.

—Perdí tu llamada —dijo, arrastrando las palabras.

—¿Dónde estás, Amira? ¿Está todo bien?

—Todo está bien, no gracias a ti.

—¿Dónde estás?

—En mi pensión. ¿Por qué?

—Nada, solo quería saber cómo estabas —dijo ella. Le preocupaba que cualquier mención de Finch en el estado actual de Amira pudiera provocar una respuesta no deseada.

—Muy amable de tu parte, Louise. ¿Has visto hoy al Detective en Jefe Finch? —le preguntó.

—De hecho, sí.

—¿Y cómo está?

Se frotó la frente, contenta de tener las llaves de Finch en el coche.

—¿Has hecho algo?

—He hecho lo que tú deberías haber hecho, y estoy a punto de terminar el trabajo.

—Amira, tienes que detenerte a pensar. Dime lo que ha pasado.

—No soy estúpida, ¿sabes? —la agente sonaba cada vez más borracha.

—Nadie piensa eso.

—Tengo otra llave. Deberías haberlo sabido.

Louise se preguntó si Amira tenía razón y si se había estado engañando a sí misma.

—No volviste a su casa, ¿verdad?

—Sí, volví. En cuanto me dijiste que había vuelto de vacaciones, volví y me llevé su disco duro.

—¿Por qué me dices esto? —Louise levantó la voz.

—No importa. Todo el mundo lo sabrá pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, en cuanto Finch vuelva, lo enfrentaré directamente.

—No seas ridícula, Amira. Te pondrás en peligro.

—No te preocupes, todos sabrán dónde estoy.

Louise estuvo por responder, pero la línea ya se había cortado.

LOUISE NO PERDIÓ TIEMPO; tomó un abrigo y se dirigió a su coche. Conducía por las estrechas carreteras que salían de Sand Bay en dirección a Worle y la autopista, y la invadían sentimientos contradictorios. Estaba enfadada con Amira por actuar de esa manera y poner todo en peligro, incluida la carrera de ambas, pero también temía por ella. Finch no vería con buenos ojos que lo abordara en su propia casa. Louise había sido testigo de su comportamiento inestable esa misma noche, y no se sabía lo que haría si Amira se presentaba sin avisar.

A pesar de esas preocupaciones, no podía negar la sensación de esperanza que le había dado la llamada. La mujer había aludido al hecho de que había encontrado pruebas sobre Finch en el disco duro. No era la forma correcta de hacerlo, y podría poner en peligro cualquier procesamiento futuro, pero podría ser suficiente para sacar a la luz los delitos menores de Finch.

Intentó llamarla mientras se adentraba en la desierta M5, con el cielo cubierto de estrellas, pero Amira había apagado el teléfono. Louise se abstuvo de encender las luces de policía al adentrarse en el carril rápido. Las llamadas quedarían registradas, pero no quería hacer nada oficial todavía. Tenía que llegar a casa de Finch antes que Amira, pues no podía dejar que la mujer siguiera adelante con el plan.

Abandonó la autopista en Portway y se apresuró a cruzar las calles con la mayor seguridad posible, desesperada por no llamar la atención de los coches patrulla de la zona. Al pasar por delante del campo de un club de fútbol aficionado, con el puente colgante de Clifton a su izquierda, volvió a llamar a Amira, pero fue directamente a contestador.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Louise aceleró por las callejuelas. Amira era valiente, pero la valentía por sí sola no la protegería. Finch era más que un sociópata. No se había equivocado esa noche en la granja Walton, le dijo que Walton estaba armado porque quería ver qué pasaba. Estaba convencida de que él había disfrutado que ella le disparara al hombre. Si era capaz de eso, era una amenaza para Amira.

Se llevó la mano a la radio mientras conducía, pero si llamaba ahora lo arriesgaría todo. Aunque no había entrado en casa de Finch, sabía que Amira sí lo había hecho. El argumento de que Amira tenía una llave era, en el mejor de los casos, frágil: sí, Finch le había dado una llave, pero ella había hecho copias y su relación había terminado hacía tiempo. Se podría argumentar que Louise debería haberla denunciado en cuanto se enteró de las acciones de la agente. Era casi inconcebible que no saliera a la luz. Podía esperar que Amira guardara silencio al respecto y que la atención se centrara en la criminalidad de Finch, pero lo más probable era que ella se viera implicada en algún momento.

Estacionó a la vuelta de la esquina de la calle de Finch, con el corazón latiendo a mil por hora. Se colocó el arnés de seguridad sobre los hombros, se aseguró de que el spray de pimienta y el bastón estuvieran en su sitio, y se inclinó para sacar las llaves de la guantera. Pensó en llamar a Thomas y Tracey, pero tampoco quería implicar a nadie. Reconoció que tal vez se había equivocado con Amira. La oportunidad de derribar a Finch se había presentado y la había aprovechado, pero ahora se dirigía a su casa sin avisar y sin saber lo que le esperaba.

El coche de Amira estaba estacionado dos puertas más abajo. El vehículo estaba cerrado, y volvió a llamar a la agente antes de acercarse a la casa de Finch.

Las luces del piso de abajo estaban apagadas. Louise pudo ver una luz a lo lejos a través del cristal esmerilado de la puerta principal. Finch tenía una cocina-comedor abierta en la parte trasera de la propiedad. La casa era adosada, así que no tenía forma de acercarse por detrás sin molestar a los vecinos.

Dudó junto a la puerta principal e intentó convencerse de que Amira era de fiar. No le extrañaría que Finch lo hubiera inventado todo, pero existía la posibilidad real de que Amira estuviera en peligro. No estaba dispuesta a arriesgarse.

Podía oír el sonido lejano de música a todo volumen a través de la puerta principal. Esperó que el ruido fuera suficiente para ahogar el sonido de la puerta abriéndose, y sacó el juego de llaves de su bolsillo e introdujo la llave en la cerradura. Al abrir la puerta, la música aumentó de volumen. Entró y, tal como había pensado, la música procedía de la cocina, donde las luces estaban encendidas.

Louise sacó su bastón y avanzó por el pasillo. No oía ninguna voz, pero la música los

ahogaría con facilidad si hablaban en voz baja.

Una puerta corrediza entreabierta separaba el pasillo de la cocina. Avanzó hasta situarse detrás de la misma. Su respiración sonaba fuerte, y trató de controlarla al ver a Amira sentada en la silla de la cocina. Estaba amordazada y tenía las manos atadas a la espalda.

Los ojos de Amira se desviaron hacia ella y entonces apareció Finch.

—No te quedes ahí, Louise, te estábamos esperando —dijo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Louise actuó por instinto. Dedujo por la entonación de Finch que había bebido, y esperaba que su embriaguez la beneficiara. Entró por la abertura con el bastón en mano.

—¿Estás bien, Amira? —preguntó.

—Amira está bien —dijo Finch, arrastrando las palabras—. Pero no lo estará por mucho tiempo —tomó un cuchillo de cocina que estaba en la encimera.

Estaba demasiado lejos para alcanzarlo con el spray de pimienta, y como tenía el cuchillo en la mano, no quería hacer ningún movimiento brusco.

—Tim, no estoy segura de cuál es tu plan. Hazte un gran favor y suelta el cuchillo. Esto ha ido demasiado lejos, pero si le haces daño, no volverás a ver la luz del día.

—¿Como tú lastimaste a Walton? —dijo Finch.

—El respaldo está en camino, Tim. Suelta el arma.

—Lo recuerdas, ¿no? —dijo él, ignorándola—. El hombre que mataste a sangre fría.

Louise apretó la porra con más fuerza; temía que Finch estuviera tan ebrio que no tuviera nada que perder.

—Lo recuerdo —dijo ella en un intento de seguirle la corriente, pero lo único que quería era usar su cara para practicar con el bastón.

—Yo también lo recuerdo —repitió con una sonrisa—. Pero nunca pude librarme de ti, Louise. Debería haberte disparado allí mismo, culpa a Walton para ello y quedar como un héroe. Deberías agradecerme que te dejara vivir.

Miró la botella de whisky que había en el aparador y se preguntó cuánto habría tomado.

—Deja el cuchillo, Tim. Amira no tiene nada que ver con esto.

Él levantó el labio inferior y asintió con la cabeza, para después caminar detrás de la encimera de la cocina.

—En eso tienes razón. Siempre se ha tratado de nosotros, ¿verdad, Louise? —agitó el cuchillo en el aire—. Tú eras la única. La única a la que no pude vencer. Deberías estar orgullosa de ello.

—Por favor, baja el cuchillo, Tim.

Finch siguió acercándose.

—Esa es una cosa que nunca pudiste superar, ¿no?

Ella apretó los dientes.

—¿Qué cosa, Tim?

—Tu falta de confianza —dijo a medida que daba un paso más.

—No.

Finch levantó las manos y el cuchillo casi estaba lo bastante cerca para poder tocarlo.

—Asumo parte de la culpa, por supuesto. Después de que te obligué a matar a Walton, supongo que debió de resultarte muy difícil confiar en las personas. Por desgracia para ti, ahora te ha salido el tiro por la culata, ¿no?

—No sé de qué estás hablando, Tim.

—Oh, pero lo sabes. No hay refuerzos, ¿verdad, Louise? Eso significaría poner tu confianza en alguien que no seas tú. No eras muy buena en eso antes, y ahora es algo que eres incapaz de hacer.

Louise miró a Amira, que intentaba decir algo a través de la mordaza.

—He pulsado el botón de emergencia de mi teléfono, Tim. Te estás incriminando.

—Mentira —dijo él y dio otro paso hacia ella.

Gran parte de lo que había dicho era cierto. Le había resultado mucho más difícil confiar en sus colegas desde la Granja Walton, pero Finch no había conseguido cambiar su personalidad como él imaginaba. Había pulsado el botón de emergencia de su teléfono en cuanto vio a Amira atada a la silla. En realidad, no tuvo elección. Finch se había incriminado a sí mismo: todo lo que dijo había sido grabado por su teléfono, y la puerta se derrumbaría en unos segundos cuando lleguen los refuerzos. Por ahora, solo debía controlar la situación para que el hombre no lastimara a nadie.

—Se acabó —le dijo ella, mostrándole el teléfono.

Finch entrecerró los ojos al darse cuenta de que se había equivocado. Empezó a mirar por la cocina, como buscando algo o a alguien a quien atacar.

—Tenías que hacerlo, ¿verdad? —dijo, con la voz elevada en un tono agudo que jamás había oído en él.

—Baja el cuchillo, Tim —le pidió, pero él estaba más allá del razonamiento.

Sus manos agarraron el mango del cuchillo y apuntaron la hoja hacia ella.

—Vamos a sacarte de la ecuación de una vez por todas.

Miró hacia su bastón antes de avanzar en su dirección. La mano que sostenía el cuchillo estaba lo bastante cerca como para quitárselo, y Finch empezó a apuñalar el aire. La hoja producía un ruido silbante al cortar el aire.

Louise pasó el bastón a la mano izquierda y estaba a punto de coger el spray de pimienta cuando Finch se abalanzó sobre ella. No tuvo tiempo de activar el spray cuando él blandió el cuchillo y falló por centímetros.

Al lanzarse, plantó la pierna derecha con la rodilla doblada. Por instinto, Louise utilizó una antigua técnica de defensa personal que había aprendido y levantó el pie para lanzar una patada a la rodilla de Finch.

La respuesta fue instantánea. El sonido del crujido llenó la habitación cuando la pierna de Finch se dobló sobre sí misma y cayó al suelo. Louise le dio un fuerte golpe en la muñeca con el tacón del zapato y Finch aflojó el agarre, lo suficiente como para que ella pudiera apartar el cuchillo de una patada.

Se colocó junto a Finch, que convulsionaba. Sintió el peso del bastón en su mano y miró fijamente la parte posterior del cráneo de Finch, con todos los años de tormento atravesando su mente. Balanceó el bastón en el aire y pensó en lo fácil que sería asestarle una lluvia de golpes por lo que le había hecho a ella y a tantos otros. ¿Quién la culparía? Alegaría defensa propia y, una vez que salieran a la luz las fotos del disco duro y tuvieran el testimonio de las otras mujeres, nadie le daría demasiada importancia. Solo Amira sabría con certeza lo que realmente había pasado.

Louise parpadeó y volvió a la realidad. Pensó en Amira y corrió para sacarle la mordaza de la

boca.

—Lo siento mucho, Amira —dijo—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien. ¿De verdad les has avisado? —preguntó Amira, justo cuando la puerta principal se abrió de golpe y llegaron los refuerzos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Louise vio cómo un equipo de agentes que nunca había visto se llevaba a Finch antes de ser interrogada por un detective de Anticorrupción, que le informó que llevaban varios meses investigando a Finch. Estuvo por decirle al agente que se habían demorado demasiado, pero se alegró de que Finch estuviera detenido.

Amira no había dejado de temblar desde que la desataron. Louise la abrazó y le aseguró que todo había terminado.

—Ahora ve con los paramédicos y descansa —le dijo.

—Tú también tienes que entrar —intervino uno de los paramédicos—. Es el procedimiento después de algo así.

—Estoy bien —dijo Louise, y le dio un último abrazo a Amira antes de salir y casi chocarse al Detective en Jefe Robertson—. Lo siento, señor.

Robertson se quedó inmóvil, con el rostro inexpresivo. Parecía estupefacto.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó. Vaciló antes de poner la mano en su hombro, un gesto paternal e incómodo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Iain. Gracias.

—Ven, siéntate.

Se sentaron en el muro frente a la casa de Finch. La calle estaba llena de vehículos de emergencia y las luces azules parpadeaban en el cielo nocturno.

—Tengo que darte de baja —dijo Robertson.

—Ni hablar —reprochó Louise.

—Es el procedimiento —Robertson hizo eco de las palabras anteriores del paramédico.

Bajó la cabeza, la explosión de adrenalina la había dejado exhausta.

—En cualquier otro momento, estaría de acuerdo contigo, pero no puedo abandonar todo. Estamos muy cerca de resolver el caso de la marca. No puedo dejar de trabajar ahora.

—Louise, te lo digo de buena manera. Eres un desastre —dijo Robertson.

Se rio por su falta de expresión.

—Eres todo un encanto, Iain.

—En serio, estoy preocupado por ti. No deberías haberte guardado todo esto.

Louise estuvo por protestar, pero le faltaron las fuerzas.

—No viene al caso, lo sé —dijo el hombre—. Has atrapado a ese matón, y eso es lo importante. Para mí, lo importante eres tú. Debes entender el desgaste mental de lo que te acaba de pasar.

—No es como si no me hubiera pasado antes, Iain.

—No, es cierto, pero tuviste que descansar.

Robertson aludía a un caso especialmente angustioso tras el cual Louise se había tomado un permiso forzoso de varios meses.

—No me lo echas en cara—se quejó.

—No lo hago, no lo hago. Necesitabas un descanso entonces, y creo que lo necesitas ahora. Aunque sea por unos días. De todos modos, querrán volver a hablar contigo —Robertson señaló a dos agentes anticorrupción que estaban fuera de la propiedad de Finch.

—¿Qué tal si me tomo el resto de la noche libre? —sugirió Louise.

—Muy gracioso.

—En serio, Iain. Déjame descansar un poco y lo reevaluaremos por la mañana.

El hombre infló las mejillas.

—No sé si estar orgulloso de ti o molesto porque nunca haces caso a mis órdenes.

—Tal vez un poco de ambas cosas, señor —dijo Louise.

Al levantarse, sintió un hormigueo en las piernas. Si Robertson vio su momentánea pérdida de equilibrio, la ignoró.

—Bien, vete antes de que cambie de opinión. Hablaré con los de AC en tu nombre. Por favor, descansa un poco.

—Lo haré, señor.

Louise volvió al coche y se sentó unos minutos en silencio detrás del volante. Se tomó la cabeza entre las manos y se permitió llorar un poco antes de secarse las lágrimas y volver a Weston.

Salía de la autopista cuando Tracey la llamó. Estuvo a punto de no contestar. No estaba preparada para enfrentarse a las inevitables preguntas sobre Finch, pero al final la venció su curiosidad.

—Hola, jefa —dijo Tracey, aunque tenía el mismo rango que Louise.

—¿Todo bien?

—Sí, tengo noticias para ti.

Parecía que Tracey aún no se había enterado de la detención de Finch, cosa que Louise agradeció.

—No me dejes en suspenso —respondió.

—Sé que intentas descansar, pero acabamos de recibir noticias del hospital. Raymond Oxford ha recobrado la consciencia.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Louise llamó a Simon Coulson mientras conducía hacia Weston General. Quería advertirle de lo que estaba pasando con Finch, sobre todo después del trabajo encubierto que había realizado para ella con los teléfonos.

Coulson parecía sorprendido de escucharla.

—¿Estás bien? —preguntó, antes de que ella pudiera decir nada.

—¿Te enteraste?

—Esto se ha vuelto una locura. ¿Segura que estás bien?

—Estoy bien. No me ha hecho daño. ¿Qué sabes? —dijo Louise, con una mezcla incómoda de excitación y alarma que hizo que la adrenalina inundara su sistema.

—Espera —dijo Coulson, la línea se cortó durante unos segundos—. Por lo que sé, la Brigada Fantasma ya estaba investigándolo. Parece que se trataba de una operación a largo plazo.

Louise levantó el pie del acelerador, pues su velocidad había alcanzado los 160 km/h.

—Sé que lo harías, pero asegúrate de ser sincero en los interrogatorios. Está bien si les cuentas sobre los teléfonos. No sientas que tienes que protegerme de ninguna manera.

—Gracias por hacérmelo saber, Louise. ¿Cómo está Amira?

—Está a salvo. Estará conmocionada por lo que le pasó, pero lo superará.

—Eso es un alivio. Me alegro de que estés bien —dijo con evidente preocupación en su voz.

—Gracias, Simon. Por todo. Te contactaré pronto. Y recuerda lo que dije, tenemos que ser completamente sinceros —dijo Louise antes de cortar la llamada. Conducía por la autopista, justo a tiempo para llegar al desvío a Weston.

Tracey la esperaba en el estacionamiento del hospital.

—El médico ha accedido a darnos cinco minutos —dijo a modo de saludo. Su tono era prueba suficiente de que había oído hablar sobre Finch.

—Estoy bien, Tracey.

La mujer se acercó y la abrazó.

—¿Te amenazó con un cuchillo?

—No puedo pensar en eso ahora —dijo en respuesta—. Terminemos con esto, ¿sí?

Tracey todavía la tenía agarrada, y empezó a preocuparse de que no la soltara.

—Vamos —Se separó de su amiga y la llevó a través de las puertas principales hasta la zona de recepción, poco iluminada y desierta.

Tracey parecía más conmocionada que ella misma. Louise nunca había puesto en duda su lealtad. Siempre la había apoyado, pero Finch era su jefe directo y eso hacía que las cosas fueran incómodas para ambas. Ambas se habían sorprendido de que Tracey hubiera sobrevivido a la purga de Finch en la sección; de entre todos los que trabajaban en el MIT, Tracey siempre tuvo

la vía libre. En sus momentos más egocéntricos, Louise creyó que Finch la había mantenido cerca para seguirle la pista a ella, aunque el hecho de que Tracey fuera una detective excepcional seguro se acercaba más a la verdad.

—Estoy bien, de verdad —repitió a su amiga, que se tambaleaba a su lado—. Estoy segura de que me afectará más cuando tenga la oportunidad de procesarlo. Por ahora, no pensemos al respecto. Centrémonos en el señor Oxford —añadió, poniendo fin a la conversación por el momento.

El doctor Bainbridge se reunió con ellas en el pasillo de la UCI. Sus ojos grises hundidos lo hacían parecer tan cansado como ella se sentía.

—Solo una de ustedes, por favor —dijo en tanto abría la puerta de la habitación.

Oxford estaba ligeramente elevado en la cama, con los ojos muy abiertos y fijos. El doctor Bainbridge frunció el ceño mientras presentaba a Louise.

—Señor Oxford —saludó—. Solo le robaré unos minutos de su tiempo. ¿Recuerda algo de su ataque?

—Me acuerdo de ti —dijo Oxford, con voz áspera y seca.

—Así es. Estuve allí antes de que lo llevaran al hospital.

—Manitú —Oxford repitió la palabra que antes había oído mal.

—¿Manitú? ¿Eso dijo antes?

—El atacante —dijo Oxford, era claro que cada palabra le dolía.

—No lo entiendo, señor Oxford —Louise se acercó cuando el pulsómetro del hombre empezó a subir.

Las manos del Sr. Oxford se crisparon. Llevó su mano derecha a su hombro izquierdo.

—Aquí. Lo he visto —dijo, cerrando los ojos.

—Tendremos que dejarlo ahí —intervino el doctor Bainbridge.

—¿Qué ha visto? —preguntó ella mientras el doctor la guiaba fuera de la habitación.

El Sr. Oxford mantuvo los ojos cerrados, y su voz llegó hasta Louise cuando repitió la palabra “Manitú” antes de que se cerrara la puerta.

DE VUELTA EN EL VESTÍBULO, le repitió la conversación a Tracey.

—Es una especie de monstruo, ¿no? —dijo Tracey, tecleando la palabra Manitú en su teléfono—. Aquí está, una fuerza vital espiritual y fundamental en la teología de los nativos americanos. Un Dios nativo americano. Eso no ayuda mucho.

—Se señalaba el hombro. Me pregunto si... —Louise tomó el teléfono de Tracey e hizo clic en las imágenes.

Los resultados de las imágenes de *Manitú* eran variados. Por lo que podía ver, no parecía haber una idea definitiva del aspecto de un manitú. Pasó por imágenes de dragones, monstruos parecidos a osos y crudas imágenes de nativos americanos elevados a proporciones sobrenaturales.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Tracey.

—Es una posibilidad remota, pero la zona donde encontraron a Oxford estaba muy bien iluminada. Me dijo “Manitú” cuando llegué al lugar. Pensé que en su desconcierto estaba diciendo “Man du” (“hombres, dos”). Tal vez pudo agarrar a uno de ellos y vio la imagen de un Manitú en su hombro.

—¿Un tatuaje, crees?

—Exacto —dijo Louise. Tecleó *Manitú Tatuaje* en el teléfono y sintió cómo se le calentaba

la cara cuando en la cuarta página de resultados vio una imagen que ya había visto antes.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Con demasiada frecuencia, los casos se reducían a una pequeña pieza de evidencia o incluso a un golpe de suerte. Louise sabía que no debía culparse a sí misma, pues había visto más tatuajes de los que le interesaban en un corto periodo de tiempo desde el inicio de la investigación, pero era difícil no asumir parte de la culpa tras la revelación de Oxford. Debería haber sido más metódica con sus palabras cuando las escuchó por primera vez. Su única salvación por el momento era que, con suerte, el Sr. Oxford iba a ser la última víctima del atacante.

Tracey no perdió el tiempo y encendió las luces y la sirena cuando salieron del hospital en dirección a Meadow Street. El tiempo transcurría a otra velocidad a medida que el coche serpenteaba por las tranquilas carreteras secundarias del centro. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que Louise estuvo allí que resultaba difícil creer que hacía solo dos semanas había caminado por Meadow Street desde el Boulevard hasta ese mismo salón de tatuajes. Allí había conocido a la posible agresora, la joven que se hacía llamar Frankie y podría ser Francesca Regan. Le costaría perdonárselo a sí misma. No había pensado en el tatuaje del Manítú que había visto en la mujer aquel día, pues ni siquiera sabía que la imagen era de un Manítú. Estaba demasiado preocupada por el ataque a Jay Carrigan, y la pequeña figura caricaturesca en el hombro de la mujer era una de las numerosas marcas de tinta que cubrían casi cada centímetro de su carne visible.

Louise repitió la conversación en su mente mientras Tracey conducía sin pestañear, con las manos apretadas en el volante. La mujer le había parecido joven e ingenua. En un momento dado, le había sugerido que hablara con uno de sus colegas, Bill si no recordaba mal, antes que Louise decidiera intervenir el interrogatorio. Sus respuestas no difirieron de las de los trabajadores de los otros salones de tatuajes. En todo caso, había sido más complaciente e incluso la había dejado salir del local por la puerta trasera.

—¿Todo bien? —preguntó Tracey cuando se detuvieron frente al salón de tatuajes.

—Estoy tratando de pensar si pasé algo por algo cuando hablé con ella —dijo al salir del coche. Miró a través de los escaparates pintados en la oscuridad interior—. Frankie, Francesca.

—Vamos, jefa, ni siquiera tú puedes culparte por esto. Incluso si ella es la atacante, no podías saberlo.

Llegó un informe preliminar de la estación sobre el nombre, Francesca Regan. De las tres coincidencias locales, ninguna se parecía a la persona que había conocido hacía dos semanas.

Eran las cuatro de la madrugada, pero Tracey golpeó a la puerta de todos modos.

—Tenemos sospechas razonables —dijo, comprobando la resistencia del marco de la puerta.

—Probemos primero por detrás —dijo Louise. Se dirigieron hacia la calle lateral.

Cuando llegaron al estrecho callejón, el sonido de las sirenas de los coches de apoyo llegó a sus oídos. El callejón olía a basura y orina, y un objeto sombrío correteaba por el suelo cuando Louise se acercó a la puerta trasera.

—Está abierta —dijo mientras sacaba el bastón de su cinturón.

Tracey se acercó a su lado, con la respiración audible en los estrechos confines del pasillo. Cuando su amiga comunicó su posición, Louise regresó a la granja Walton en su mente. Ahora solo tenía el bastón como arma, pero la misma sensación de temor la invadió cuando abrió la puerta y se adentró en la oscuridad de la parte trasera del salón de tatuajes.

Buscó el interruptor de la luz con la mano izquierda, y la tira de neón se encendió e iluminó la habitación. Asintió a Tracey antes de salir al pasillo, donde había una segunda puerta entreabierta. La última vez que había estado allí, el sonido de una pistola de tatuar vibraba a través de las paredes. Ahora, el único sonido era su respiración al abrir la puerta.

No necesitó encender las luces para saber que había un cadáver. Pudo ver su forma flácida en las sombras, con la cabeza inclinada hacia un lado, recostado en la silla reclinable.

—Quédate atrás —le dijo a Tracey. Mantuvo su posición en tanto buscaba un interruptor de la luz, sin querer contaminar la escena del crimen.

Tracey encontró el interruptor y la imagen del cadáver parpadeó ante sus ojos cuando la luz se encendió. Louise no tuvo la menor duda de que se trataba de la escena de un crimen.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Tres de ellos se la habían llevado, y tres de ellos habían observado.

Francesca había estado enamorada de Laurence Dwyer, o al menos tan enamorada como podía estarlo una ingenua niña de catorce años. Sabía que no le caía bien a nadie del grupo. Era, como mucho, una molestia que toleraban. A pesar de tener menos de un año menos que Poppy, los demás la consideraban una niña. A veces la mandaban a hacer recados, al quiosco o a la cafetería, y ya se habían ido cuando ella regresaba. Estaba acostumbrada a que la rechazaran. Sus padres la habían despreciado, y en el hogar de acogida era poco más que una molestia. Lo triste era que el grupo de Laurence era lo más parecido que tenía a una familia, y ella vivía para los momentos de amabilidad que él le mostraba de vez en cuando: dejarla beber un sorbo de su alcohol, darle su primer cigarrillo, la vez que le preguntó qué debían hacer esa noche. Desde entonces, comprendió que la forma en que la había tratado no era correcta, y deseaba haber aprendido la lección mucho antes.

Antes de aquel día, ya se había creado una situación límite en el grupo. Por eso eran tan pocos. Damon, el único que la había tratado con amabilidad, no estaba allí. Estaba lejos de ser el líder, pero tenía la cabeza fría, lo que a menudo impedía que el grupo fuera demasiado lejos. David y Laurence no se dirigían la palabra, y Francesca percibió la tensión mucho antes de que Laurence empezara a repartir las pastillas.

David, Poppy y Andrew se negaron, y a ella no le ofrecieron ninguna. Laurence se tragó la pastilla con intensidad, igual que sus amigos Scott y Kevin.

No empezó de inmediato. Los siete estaban sentados en las dunas, dos grupos de tres con ella en medio. El mar se abría camino hacia ellos. Ella había intentado relajar el ambiente, lo que solo había conseguido que se distanciara de ambos bandos. Cuando Laurence y sus dos matones la recogieron, David, Poppy y Andrew la miraron con duda, pero ninguno se movió del sitio. A él le gustaba jugar a ese tipo de juegos tontos, y tal vez se habían dicho a sí mismos que no haría nada más que sumergirla en el agua o dejarla en algún lugar de la playa.

Pero ella debería haberlo imaginado, y ellos también.

Él debió haberlo planeado de antemano. Si no, ¿para qué había traído el soplete y el metal? Laurence estaba orgulloso de la marca de su brazo, y a ella le fascinaba. De vez en cuando, le dejaba pasar los dedos por las crestas de la letra y ella no creía haber visto nada más glorioso en su vida.

Nunca entendería por qué les dejaba hacer lo que hacían. Le había suplicado que se detuvieran mientras él encendía la barra de hierro, que aceptaría de buen grado su marca, pero él estaba demasiado fuera de sí o simplemente se había negado a escuchar.

TODO CAMBIÓ DESPUÉS de aquella noche. El grupo se disolvió, la familia que creía tener desapareció. La única persona que venía a verla era Damon. Ella le mostró lo que Laurence y los otros habían hecho, y juntos crearon un plan.

Ahora pensaba en él mientras veía a Louise y a uno de sus colegas entrar en el salón. Era una pena que hubiera tenido que hacerle eso a Damon, pero él entendía mejor que nadie lo que ella no podía aceptar su accionar. Lo único que lamentaba era que no habían sido capaces de atrapar a David Mountson juntos. Le hubiera gustado compartir la marca de Mountson junto a Damon.

Aunque sea para reclamar el juego completo.

Ya llegaría el momento de Mountson, pero era a Louise a quien quería ver después. Ella había perdido a Damon, su única familia, y ahora tenía que empezar a crear la siguiente. No le tomaría mucho tiempo a Louise encontrar su dirección, y eso le dio algo de tiempo extra.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Louise tomó fotos a la víctima antes de esperar fuera a que llegaran los SOCO. No había sido necesario comprobar si tenía pulso, ya que un instrumento metálico parecido a una aguja de hacer punto sobresalía del ojo del cadáver. Al igual que las demás víctimas, el hombre había sido marcado con el símbolo 2. Solo que esta vez estaba en su frente. Louise enseñó las fotografías a Tracey y ambas se fijaron en la piel moteada que cubría la mitad de la cara de la víctima.

—¿Víctima de un ataque con ácido? —preguntó Louise.

—Podría ser. No lo reconozco. ¿Crees que es Laurence Dwyer?

Louise había estado tentada de comprobar si el cuerpo tenía la marca de la marca en el brazo de Dwyer, pero había decidido que era mejor esperar a que llegaran los agentes del SOCO. Las fotografías de Dwyer eran antiguas y borrosas. Su instinto le decía que se trataba de otra persona, pero lo sabrían pronto.

Cuando Janice Sutton llegó y confirmó que no había ninguna marca en el brazo de la víctima, aunque sí dos marcas recientes en la espalda, descubrieron que el local estaba alquilado a una persona llamada Damon Kessler. Kessler había firmado un contrato de alquiler hacía tres meses y, tras indagar un poco, resultó evidente que Kessler era la última víctima.

—Tengo su dirección —dijo Tracey tras colgar el teléfono.

Louise se resistía a abandonar la escena del crimen, pero poco podía hacer en tanto los agentes documentaban todo.

—¿Dónde?

—A cinco minutos de Hutton.

—Vamos —le dijo. Puso a Thomas a cargo de la escena, quien lucía disgustado, y salió por la puerta principal con Tracey.

Tomaron las carreteras secundarias por Marchfields Way, pasando por los grandes almacenes de las afueras, hacia Hutton Moore Lane. Louise intentaba concentrarse en los posibles retos que se le avecinaban y hacía todo lo posible por ignorar la persistente acusación en el fondo de su mente de que había sido culpa suya. El hecho de que hubiera sido casi imposible saber tras un simple encuentro que la mujer que se hacía llamar Frankie era la agresora le parecía irrelevante. Repitió su encuentro en su cabeza una y otra vez, en busca de un indicio de que podría haber pasado algo por alto. La joven se había mostrado un poco tímida, aunque era obvio que su trabajo le apasionaba. Se había mostrado servicial cuando Louise le había preguntado por la marca, pero fue cautelosa ante las preguntas, como si temiera implicarse.

Por mucho que lo intentara, Louise no recordaba nada que sugiriera que *Frankie* podía ser una posible sospechosa. Ni siquiera ahora tenían pruebas de que hubiera sido ella. El cadáver de

Damon Kessler en el salón era un indicio de su participación, pero no podía descartar a Laurence Dwyer.

Tracey estacionó frente a una pintoresca calle adosada apartada de la carretera principal y Louise pensó que, en un mundo perfecto, Laurence Dwyer y Francesca Regan estarían esperando detrás de la puerta de esa casa, en el mejor de los casos dormidos. Desechó esa fantasía tras golpear a la puerta principal durante dos minutos sin obtener respuesta ni indicios de vida en el interior.

—¿Pedimos refuerzos? —preguntó Tracey.

No quería esperar a los refuerzos, pero sin señales de vida en el interior no tenían sospechas razonables y, por lo tanto, una justificación legal para entrar sin una orden judicial.

—Me pareció oír a alguien moviéndose dentro, ¿no? —dijo, y a los segundos lo comprobaron— Entremos. Cuanto antes averigüemos qué pasa detrás de esa puerta, mejor.

—Claro que sí —dijo la otra, sin dudarlo.

Mientras esperaba a que Tracey llegara a la parte trasera de la propiedad, le asaltaron de nuevo las similitudes con la noche en la Granja Walton. Aquella noche tampoco habían esperado refuerzos, pero no iba a dejarse disuadir por eso.

—Listos —llamó Tracey desde la parte de atrás.

Louise giró el ariete y el contacto fue suficiente para romper la cerradura. Dejó caer el ariete y buscó su spray de pimienta antes de sacar el bastón. Las imágenes del cráneo expuesto de Finch llenaron su mente y se obligó a olvidar lo cerca que había estado de utilizar el bastón contra él.

El interior desprendía un olor húmedo y almizclado. Se dirigió a la puerta trasera para dejar entrar a Tracey, y vio varias bolsas negras en la encimera de la cocina.

—¿Cabezas? —dijo con un humor particular mientras Louise metía el bastón en las bolsas.

—Si son así de blandas —respondió, y abrió una de las bolsas a tiempo de que un montón de basura se derramara sobre sus manos—. Mañana debe de ser el día de los contenedores —dejó caer la bolsa mientras un líquido agrio se derramaba sobre su ropa—. Fantástico —añadió, el olor a sopa rancia en su manga le provocó arcadas.

Juntas registraron la casa, donde al olor a humedad se unía ahora el hedor del líquido asqueroso que se había derramado sobre la ropa de Louise. En el salón, una única bombilla de luz tenue dejaba ver las paredes cubiertas de numerosos cuadros y fotografías. Encima de una falsa chimenea, un inquietante cuadro de una criatura, mitad mujer y mitad monstruo fantástico, ocupaba el lugar central. La imagen estaba rodeada de llamas, los colores eran oscuros y vivos, y el cuerpo de la mujer estaba cubierto de ilustraciones parecidas a tatuajes, así como de cicatrices y heridas.

En el dormitorio principal encontraron una silla reclinable que era una réplica más pequeña de la que estaba en el salón de tatuajes.

—Mira aquí —dijo Louise. Se colocó los guantes antes de levantar un soplete. La tapa del bote parecía ser la misma que habían encontrado en Clarence Park.

En la mesita de noche había una fotografía de Damon Kessler con la mujer del salón de tatuajes. La pareja estaba en la orilla del mar, sonrientes y abrazados, mientras una ola se congelaba para siempre a sus espaldas. Louise cargó en su teléfono la única foto que tenían de Francesca Regan, que era demasiado borrosa para confirmar si correspondía a la mujer de la fotografía. La felicidad doméstica de la instantánea contrastaba con las obras de arte de las paredes. Más imágenes de seres humanos fantásticas cubrían las paredes, como la piel de una mujer joven estirada hasta romperse mientras la sujetaban entre dos puntas, un hombre que se

metamorfoseaba en una bestia de muchos cuernos, una pareja de amantes con texto desplazado sobre centímetros de su piel desnuda.

Louise señaló el espacio sobre la cama.

—Mira —dijo, hipnotizada por el grabado de la pared. Era la imagen en blanco y negro de una criatura. La mitad superior era un cisne con las alas levantadas como si estuviera volando, y la mitad inferior eran unas piernas humanas que emergían del agua.

—Cycnus —dijo Tracey.

Louise se había topado con la imagen al hacer una búsqueda superficial sobre la imagen del cisne. Cycnus era de la mitología griega, un nombre dado a una serie de personajes que se pueden transformar en cisnes.

—Creo que tenemos una explicación para las marcas.

—Toma —dijo Tracey unos minutos después, entregándole a Louise una cajita con dos pasaportes.

Hojeó la identificación. El primer pasaporte confirmaba que el hombre fallecido en el salón era Damon Keller. El segundo confirmaba que la mujer que Louise había conocido en el salón, Frankie, era Francesca Regan.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Louise esperó fuera con Tracey mientras se llevaba a cabo un registro más exhaustivo de la casa.

—Apesta —dijo Tracey, encendiendo un cigarrillo.

—Dímelo a mí —dijo Louise, que olfateó su blusa aún húmeda por el líquido derramado—. Ni siquiera estoy segura de qué es esto —añadió e hizo una mueca de asco.

Thomas llamó. Los SOCO seguían trabajando en el local de tatuajes. Se había publicado un aviso de búsqueda de Francesca Regan en todo el país. Tras la muerte de Damon Keller, Louise temía que la mujer hubiera abandonado la ciudad. No sabía por qué quería a Keller muerto, pero parecía un asunto terminado. A pesar de lo que había aprendido sobre Francesca Regan, ella estaba convencida de que Laurence Dwyer aún tenía un papel que desempeñar. Se imaginó a los dos dejando atrás Weston para trasladarse juntos a otra ciudad.

—No puedo aguantar más. Necesito cambiarme —dijo ella.

—De acuerdo, esperaré aquí —contestó Tracey.

Miró su reloj.

—Me voy a casa y luego vuelvo al salón. No tardaré más de treinta minutos —le anunció.

Tracey asintió y apagó el cigarrillo en la acera.

LA TEMPERATURA HABÍA BAJADO AÚN MÁS cuando Louise dejó el coche en la puerta de su casa. Se acercaba el final de agosto y Emily no tardaría en volver al colegio, pensó mientras caminaba por la grava. El verano se escapó sin que lo notara y, tras dedicarle casi todas las horas del día a su trabajo, Louise lamentaba el tiempo perdido y las horas que podría haber pasado con su familia.

CADA PASO ERA UN ESFUERZO. El enfrentamiento con Finch le pesaba. Aún no había hablado con Amira desde que la llevaron al hospital, y se preguntaba si podría seguir trabajando sin descansar.

Molly ladró cuando Louise abrió la puerta. Se imaginó a la perra emocionada al otro lado de la pared. Quiso abrir la puerta divisoria para verla y encontrar el efecto reconfortante del animal, pero su ropa empapada no podía esperar.

Intentó subir las escaleras corriendo, pero el cansancio la venció. Hacía días que no dormía, y tuvo que arrastrarse hacia arriba. Se preguntó si podría intentar echarse una siesta antes de

volver. Abrió la puerta y buscó en la oscuridad de su apartamento hasta encender la luz.

Bostezó al entrar en la sala de estar abierta y enseguida percibió que algo estaba mal. Lo atribuyó a su mente siempre inquisitiva y analítica. Aunque no podía precisarlo, algo en la disposición del lugar era diferente a la última vez que había estado allí en la mañana anterior. Era la misma sensación que tenía cuando alguien había limpiado en su ausencia. Pensó que tal vez su madre había decidido hacer algo de limpieza en casa, pero recordó que sus padres habían planeado llevar a Emily a pasar el día fuera.

Apenas tuvo tiempo de pensar al respecto, cuando sintió un dolor sordo en la cabeza que le provocó una oleada de náuseas antes de caer inconsciente.

LOUISE NO ESTABA segura si la imagen de la mujer era ella o no. Su piel pálida parecía fundirse con la carne de algo mítico. Cuando miró sus brazos y piernas, cada centímetro parecía estar profanado con pequeñas líneas de tinta, bultos y abrasiones que parecían extensiones de su cuerpo.

—Veo que has vuelto con nosotros.

Por un segundo, Louise pensó que esa voz le pertenecía. Abrió los ojos lentamente. La mente estaba jugándole una mala pasada, pues parecía que tenía la peor resaca de su vida. Le dolían la cabeza y la espalda. Miró hacia abajo y descubrió que estaba tumbada sobre los listones de madera de su cama, atada con cuerdas. Despejó su mente, negándose a sucumbir al pánico. Se tomó unos segundos antes de decidir qué hacer a continuación. Su principal prioridad era mantener a salvo a su familia. Tenía dos opciones obvias: una, mantener a su captor hablando el mayor tiempo posible para dar tiempo a un rescate; dos, trabajar en las ataduras para poder escapar.

—Voy a quitarte esto ahora —dijo la mujer a medida que se acercaba a la mordaza de la boca de Louise—. Si gritas o pides ayuda, esto no acabará bien para ti ni para tu familia. ¿Lo entiendes?

Luchó contra la rabia que le causó la mención de su familia. Movié la cabeza cuanto pudo, pero la mordaza amortiguaba sus palabras.

—Bien —dijo la mujer. Deshizo la mordaza y apoyó la cabeza de Louise sobre una almohada con una ternura sorprendente.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente, Francesca? Es Francesca, ¿verdad? ¿O Frankie?

—Me has atrapado. Unos minutos. Disculpa la crudeza de mi ataque. He revisado la herida de tu cabeza, estás bien.

—Gracias —dijo Louise en un intento de mantener a la mujer de su lado. Comprendía ahora lo tontas que pueden ser a veces las primeras impresiones. Era una mujer menuda, más baja de estatura de lo que recordaba del salón de tatuajes. Los brazos delgados sobresalían de una camiseta negra y su piel estaba cubierta de tatuajes, incluida la figura monstruosa que ahora conocía como Manitú—. Hemos encontrado a Damon.

—Lo sé. Te vi. Lo dejé por ti.

—¿De qué se trata todo esto, Francesca? ¿Por qué estás en mi casa?

—¿Se supone que debo desahogarme? ¿Decirte por qué he hecho estas cosas horribles? —dijo la mujer, pronunciando “horribles” con tono sarcástico—. Nadie quiso escucharme antes. Cuando era una niña.

—Sé que te han pasado cosas horribles, Francesca. Puedo ayudarte con eso.

Se le puso la piel de gallina cuando la mujer le tocó ligeramente la piel del antebrazo.

—Estás ayudando, Louise.

—Cuéntame qué pasó —dijo, insegura de si quería saber qué quería decir con ese comentario—. Fue Laurence Dwyer, ¿verdad? ¿Te hizo algo?

La cara de Francesca cambió ante la mención.

—¿Sabes sobre él? —dijo, apretando los dientes.

—¿Te hizo daño?

La mujer se quitó la camiseta y le dio la espalda a Louise, quien levantó el cuello para mirar más de cerca. Francesca se sentó en la cama a su lado. La espalda era un lienzo, una réplica de la huella de Cynus tatuada en su piel. Debajo de la tinta, su carne era una mezcla de cicatrices, como si la hubieran operado varias veces.

—Mi hombro derecho —dijo en un susurro.

Fusionada con las alas del cisne metamorfoseado, Louise distinguió la marca de la *L* casi oculta por el hábil tatuaje. Más abajo en la espalda, vio otra serie de marcas dispuestas en orden a la derecha de la cicatriz que había mostrado. Seis mini símbolos de cisne, tres de los cuales parecían nuevos.

—No solo me hizo daño, me cambió. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—No lo entiendes, pero lo entenderás —dijo Francesca antes de vestirse y volver a ponerle la mordaza con la misma extraña ternura—. Solo será un minuto.

Louise luchó contra las ataduras. Sus brazos estaban atados con una cuerda, y otras ataduras de plástico más flojas sujetaban su cuerpo. Intentaba no pensar en el propósito de Francesca, pero lo que pretendía hacer era claro. No sabía si se detendría después de marcarla. Como su familia estaba abajo, lo que más preocupaba era qué haría después.

Gritó contra la mordaza y retorció el cuerpo contra las cuerdas, y la atadura de la muñeca se aflojó ligeramente cuando Francesca regresó con un soplete y un hierro largo y grueso.

Era difícil no dejarse llevar por el pánico. El entrenamiento policial solo podía llevarte hasta cierto punto, y la inmediatez de la amenaza, la idea del metal candente sobre su piel y el recuerdo de los cadáveres de Andrew Thorpe y Damon Keller bastaron para provocarle una respuesta visceral. Louise estaba hiperventilando y succionando la mordaza dentro de su boca con cada respiración desesperada.

—Ya, ya —dijo Francesca tras quitarle la mordaza y frotarle la frente como una enfermera.

Louise cerró los ojos e intentó controlar su respiración. Pensó en Emily y en sus padres, y se concentró en su respiración, aspirando aire por la nariz y sacándolo por la boca.

—¿Mejor? —le preguntó, como si fueran mejores amigas.

—A mí también me dañaron hombres en el pasado —dijo Louise. Su respiración seguía agitada, pero estaba volviendo a la normalidad.

—A todas, ¿no crees, cariño?

—Probablemente no lo creas, pero esta noche me ha atacado a punta de cuchillo un hombre con el que solía trabajar. De verdad puedo ayudarte. Mis colegas están buscando a Laurence Dwyer mientras hablamos. Lo encontraremos a él y a los otros, y los llevaremos ante la justicia.

Vio un destello de compasión en los ojos de Francesca antes de que su expresión cambiara. Sonrió, y a ella no le gustó el gesto. La mujer se transformó, sus ojos perdieron todo rastro de calidez y amabilidad.

—Ya se ha hecho justicia.

—Entonces, ¿por qué haces esto? ¿Qué hicieron los demás para merecer lo que les hiciste? ¿Por qué me lo haces a mí?

—¿No me dijiste que no tenías tinta? —preguntó.

—No.

—La tinta puede cambiar a la gente. No siempre, tal vez no a menudo, pero puede cambiarte. Por dentro y por fuera, ¿entiendes?

—Puedo entenderlo. Imagino que la gente se tatúa por muchas razones diferentes —dijo Louise, preguntándose si sus colegas ya estaban en alerta por su desaparición. Si Francesca había apagado su teléfono de la policía, habría levantado sospechas si alguien había intentado llamarla. Necesitaba que la mujer siguiera hablando— ¿Por qué te hiciste tu primer tatuaje?

—Buena pregunta —respondió y apartó las manos del soplete—. Verás, quería cambiar. Suena vulgar, pero es la realidad. No me gustaba quién era en aquel momento, y pensé que un tatuaje cambiaría la manera en que me percibía. Así fue —se arremangó los vaqueros negros y se bajó un colorido calcetín a rayas para mostrar una burda representación de una estrella en tinta azul verdosa—. Me lo hice yo misma, como habrás adivinado.

—Debió de ser doloroso.

—Por suerte no tuve una infección, pero las cosas cambiaron. Me sentí como una persona diferente. Tenía este secreto, ¿ves? Esta pequeña parte de mí que se había transformado. Y, por supuesto, no quería detenerme.

—Estoy segura de que puede volverse muy adictivo.

Francesca negó con la cabeza. Parecía decepcionada, y Louise temió que volviera a tomar el soplete.

—No es una adicción. Sí, me agregué más tinta, pero no tenía nada que ver con la adicción. Lo hacía por mí, ¿entiendes?

—Por supuesto —respondió—. No intentaba insinuar...

—Y por eso, cuando él me hizo esto —Francesca se señaló el hombro—, fue lo peor que pudo haberme hecho. *Él* me cambió, ¿entiendes? Me convirtió en otra cosa, y yo no tuve elección.

—No puedo ni imaginar lo que debe haber sido. ¿Y los culpaste a ellos? ¿A Poppy, Andrew y los demás?

Francesca sacudió la cabeza de nuevo y volvió a tomar el soplete.

—No hicieron nada mientras Dwyer y los otros me llevaron. No hicieron nada por ayudar. Poppy y Thorpe estaban ocupados fingiendo estar enamorados, y David quería ayudar, pero tenía demasiado miedo para hablar.

—¿Por qué mataste a Andrew Thorpe?

—Thorpe era como los que me hicieron esto. Era un depredador, un asqueroso que merecía morir. Poppy fue una víctima, como yo. Ahora estaremos conectadas para siempre.

—Conectadas por las marcas.

—Empiezas a entenderlo, Louise.

Se estremeció.

—¿Pero por qué Jay Carrigan? No tuvo nada que ver —preguntó Louise. Le faltaba el aliento y le costaba mucho mantener a la mujer hablando.

—Sabía que tiene una relación con David. Hay cierta simetría en atacar a su amante. Pero David tendrá su merecido.

—¿Y los otros? ¿El Sr. Maynard y el Sr. Oxford?

—¿No lo ves? Ahora son parte de mi familia. Todos lo son. Los ayudo, los transformo —la vacuidad volvió a sus ojos mientras giraba el pomo del bote y encendía la llama—. Y ahora tú también vas a formar parte de mi familia, Louise. Al igual que esa preciosa sobrinita tuya —

añadió. Volvió a colocar la mordaza antes de que Louise tuviera tiempo de objetar a gritos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Louise no sabía qué era más aterrador, si el calor de la llama o el sonido del gas que la alimentaba. Luchó con todas sus fuerzas y desgarró las cuerdas con las manos. Sintió la humedad de la sangre donde la cuerda le había quemado la piel, pero siguió luchando. Las ataduras se clavaban más en su carne a medida que Francesca Regan acercaba la llama al hierro candente.

—Solo empeorarás las cosas si luchas —dijo la mujer, con un vacío maniaco en los ojos tan aterrador como el calor del metal. Con la mano libre, empujó la manga de la camisa de Louise—. Qué piel tan bonita.

Ella seguía luchando. El calor de la plancha le punzaba la piel y el cuerpo estaba cubierto de sudor.

—Quedará mucho mejor si te quedas quieta —dijo, como si tuviera alternativa.

—No tienes que hacer esto —intentó razonar, pero las palabras quedaron amortiguadas por la mordaza. Podía enfrentarse al dolor, pero necesitaba permanecer consciente y hacer todo lo posible para impedir que la mujer fuera tras Emily y sus padres.

A Louise se le humedecieron los ojos cuando Francesca le dio un codazo en la cara y le golpeó en el ojo derecho.

—Quédate quieta —dijo mientras ella intentaba recuperarse del golpe—. Así está mejor.

Estuvo a punto de colocar el metal en su brazo cuando llamaron a la puerta.

—Louise, ¿estás ahí?

Era su padre. Se debatía entre el alivio de oír su voz y el miedo a lo que pudiera hacer Francesca. Su padre todavía era fuerte y estaba en forma, pero la mujer tenía tanto el elemento sorpresa como la voluntad de hacer cualquier cosa para lograr sus objetivos. En la competencia entre fuerza física y fuerza de voluntad, solían vencer aquellos que no tenían escrúpulos.

Francesca apagó la llama. El metal seguía brillando en su mano en tanto se llevaba el dedo índice izquierdo a la boca.

Louise gritó detrás de su mordaza a su padre para que se fuera, que pusiera a Emily y a su madre a salvo, pero la mujer volvió a darle un codazo. El dolor era impresionante. Parecía que el tiempo se había detenido y que ella estaba atrapada en su cabeza. Se preguntó si había vuelto a perder el conocimiento, pero el ruido de la puerta la devolvió al presente.

Entre gritos y chillidos, oyó a Francesca susurrarle.

—Supongo que tendré hacerlo ahora.

Louise sintió que el calor se cernía sobre su carne y que su piel se ampollaba. Gritó de dolor a medida que consiguió liberar su mano para apartarse del hierro candente, una fracción de segundo demasiado tarde. El filo del hierro se clavó en la carne del brazo y Francesca logró

zafarse antes de poder ejercer presión.

La mujer se tambaleó con el hierro en la mano. Se abalanzó sobre Louise y le apuntó a la cara. Pudo observar el ataque a cámara lenta. Pudo agarrar a Francesca por la muñeca, con el hierro candente a escasos centímetros de la cara.

—Se acabó —dijo. El sudor le caía por la cara y usaba todas sus fuerzas para mantener a raya a la atacante.

Pero Francesca no había terminado. Tiró hacia atrás para liberar su brazo en el mismo momento en que fue abordada por Thomas, quien había aparecido a través de la puerta rota.

Louise oyó el grito y, desde la cama, observó a Francesca llevarse el hierro candente hacia su propia cara. Una gran roncha se formaba en su cuello mientras Thomas le quitaba el hierro candente y, a pesar de sus protestas, esposaba las manos de la atacante detrás de su espalda.

—Te has tomado tu tiempo —dijo Louise una vez que Thomas la ayudó a soltarse de las ataduras restantes.

—¿Estás bien? —preguntó él, que parecía más conmocionado que ella.

—Estoy bien, es solo un pequeño rasguño —aseguró al señalar la piel inflamada, que le dolía tanto que estaba a punto de desmayarse—. ¿Emily y mis padres? —preguntó con una desesperación más dolorosa que la pequeña marca en su brazo.

—Están bien —dijo Thomas. El padre de Louise empujó al agente uniformado, con una expresión de pánico en el rostro, antes de abrazarla.

—Estoy bien, papá. ¿Mamá y Emily están bien?

—Están bien, están abajo las dos. Creo que Emily estuvo dormida durante todo esto. No teníamos ni idea. Pensé que tenías un invitado, y luego escuché el ruido. Lo siento mucho, Louise, nunca habríamos...

Sus palabras se cortaron y el hombre empezó a llorar. Ella lo agarró.

—No eres tú quien tiene que disculparse —le dijo, sin poder evitar preguntarse si alguna vez sería capaz de perdonarse a sí misma por haber traído semejante peligro a la casa.

EPÍLOGO

Louise se aferró al volante tras pasar por encima de lo que debía de ser una placa de hielo. Al estabilizar el coche, miró a Francesca Regan por el espejo retrovisor, quien le sostuvo la mirada y le sonrió. Francesca estaba esposada y sentada junto a Tracey. Podía ver las cicatrices en el cuello, donde se había marcado.

Pasaron tres meses y medio desde que Louise había sido tomado cautiva. El recuerdo le produjo un cosquilleo en la piel dañada de su brazo. Nunca le daría a Francesca la satisfacción de frotar la marca, apenas más grande que un alfiler, pero era un recordatorio constante de aquella noche y de las atrocidades que la mujer había cometido.

Desde su detención, Francesca se había mostrado más que dispuesta a confesar todos sus actos. Por eso se dirigían a Brent Knoll en el intenso frío de diciembre. La cima del montículo, cubierta por una capa de nieve, era visible a lo lejos.

Gran parte de lo que había confesado durante el interrogatorio era lo mismo que le contó a ella aquella noche. Tras el juicio, fue sometida a una evaluación psiquiátrica antes de la sentencia por los ataques a Jay Carrigan, Poppy Westfield, Terrence Maynard, Raymond Oxford y los asesinatos de Andrew Thorpe y Damon Keller, además del ataque a Louise. Durante su evaluación también había confesado el asesinato de Laurence Dwyer, Scott Turnbull y Kevin Westley, los hombres que la habían llevado aquel día en la playa sin la intervención de Poppy, Andrew y David. Y por esa razón regresan a la granja donde Dwyer había vivido.

El suelo estaba duro como una roca cuando salieron del coche, lo que causó que sus pies resbalaran por el recubrimiento helado. Detrás de ellas se detuvieron tres coches con otros miembros del equipo de Louise, entre ellos el Inspector Robertson y Thomas.

Condujeron a Francesca fuera del coche. El abrigo de gran tamaño que llevaba la hacía parecer una niña. Su cara también era infantil, sonreía como si el frío exterior fuera una nueva experiencia emocionante para ella. Esa idea de inocencia cambió cuando chocó contras Louise con las manos esposadas a la espalda y le preguntó en entre susurros:

—¿Te sientes diferente?

Tracey la alcanzó y le dio un suave empujón.

—No nos estás haciendo perder el tiempo, Francesca, ¿verdad? —dijo.

La mujer se encogió de hombros, con la misma sonrisa maníaca en la cara.

—Sígueme —les dijo. Avanzó hacia la granja helada.

—¿Te trajeron aquí? —preguntó Louise, que seguía a la mujer con el equipo detrás suyo.

—Me violaron allí —dijo Francesca, señalando la choza que ella había visitado antes—. Luego me sujetaron, y Laurence me dejó ese bonito recuerdo en la espalda.

—Lamentó lo que te pasó, Francesca.

Su sonrisa se desvaneció.

—Pensamos que era apropiado traerlos aquí —continuó a medida que la guiaba a través de una zona boscosa, con las hojas heladas crujendo bajo sus pies.

—¿Tú y Damon?

—No habría podido hacerlo sin él.

Louise ya conocía la historia, al menos la versión de Francesca. En las entrevistas, le preguntó por qué había decidido matar a Damon. Le dijo que Damon había cometido el error de lastimarla, y que por eso tuvo que pagar el precio más alto.

—Él nunca lo entendió —había dicho, con una escalofriante finalidad.

Nunca se había denunciado la desaparición de Laurence Dwyer, Scott Turnbull o Kevin Westley. No se había recuperado ningún registro público de ninguno de ellos desde entonces, y estaba convencida de que la mujer decía la verdad.

—Tengo una vaga idea de dónde vamos. Sería más fácil si me quitaras las esposas —dijo.

—¿Qué buscamos? —preguntó Louise. Sus compañeros estaban agrupados detrás de ella en vilo, como si esperaran que la prisionera saliera corriendo.

—Marcamos el lugar, obviamente —dijo Francesca—. Buscamos tres robles con su propia marca especial.

Janice Sutton, miembro del SOCO, los acompañó al bosque. A medida que avanzaban por la densa y helada maleza, temía estar perdiendo el tiempo. Percibía la tensión de los demás agentes, entre ellos Thomas y Tracey, que parecían nerviosos y dispuestos a actuar si la mujer intentaba algo.

Louise se mantuvo cerca. Era difícil creer que tres meses atrás había estado a su merced. Francesca parecía eufórica y desconcertada a medida que avanzaba a trompicones por el bosque blanco, perdida bajo el enorme abrigo que le habían proporcionado. Cuando empezó a correr, pareció ser la líder de una manada de perros. Solo había dado cinco o seis pasos cuando uno de los miembros del equipo la alcanzó.

—Es aquí —dijo, frente a un bosquecillo de tres robles que se inclinaban el uno hacia el otro como si estuvieran conversando—. Mira —señaló las gruesas inscripciones del primero de los árboles, el símbolo 2 tallado en la madera, aún prominente en lo alto del tronco—. Aquí es. Aquí es donde los enterramos —añadió, pisoteando el duro suelo bajo sus pies.

LOUISE REGRESÓ al lugar a primera hora de la tarde siguiente. Había pasado la mañana con miembros de la Brigada Fantasma y de la fiscalía trabajando en el caso contra Finch.

Tras su detención, se le había denegado la libertad bajo fianza y se encontraba en libertad condicional en la prisión de Ashfield. Las abrumadoras pruebas obtenidas en su casa y en el teléfono de Louise, sumado a los testimonios de las mujeres que se habían presentado tras su detención, habían sido suficientes para que Finch ofreciera una confesión. No fue un acto de altruismo. Como todas sus acciones, su confesión fue un medio para ayudarse a sí mismo, no a sus víctimas. Con la confesión y las pruebas, la fiscalía había asegurado a Louise que pediría la pena más larga posible, pero los asesores jurídicos de Finch sin duda utilizarían la confesión como atenuante.

La detención hizo que su reunión de mala conducta de Louise se convirtiera en una procesión que terminó en una hora, pero otros no tuvieron la misma suerte. Tras el estrés de llevar a Finch ante la justicia, Amira había abandonado el cuerpo, al igual que otras cuatro antiguas compañeras de Finch, que testificarían en el juicio. Louise se consideraba afortunada de que las traiciones de

Finch solo la hubieran llevado a trasladarse a Weston. Sí, su carrera había descarrilado, pero seguía existiendo y podría continuarla en ausencia de Finch. Las otras víctimas, algunas de las cuales nunca llegarían a conocer, no tuvieron tanta suerte. Y a pesar de que le habían asegurado lo contrario, Louise se sentía en parte culpable: por mucho que se dijera a sí misma que no podía haber hecho nada, su consciencia le decía que había fallado a esas mujeres al no detenerlo antes.

Lo menos que podía hacer era llevarlo ante la justicia. Se habían descubierto varios archivos encriptados que mostraban los mensajes anónimos enviados al teléfono de Louise. Sus pruebas solo servirían de apoyo a la acusación. Se había llegado a la conclusión de que no había nada en los mensajes que constituyera un delito, a pesar de los numerosos indicios de amenaza. Louise comprendió que subir al estrado significaría revelar su relación con Finch, pero no era un secreto dentro del cuerpo.

Se lo debía a Amira y a todas las demás mujeres cuyas vidas se vieron afectadas por Finch. Pero más que eso, se lo debía a sí misma. Habría sido muy fácil abandonar el cuerpo tras su traslado a Weston, pero se había aferrado; como resultado, se había enfrentado a la tensión constante de saber que Finch estaba al margen, maquinando contra ella y esperando a que fracasara. Tardó tres años, pero le dieron la razón. Si alguna vez recibiría una disculpa de la policía y, en particular del ACC Morely, era un tema aparte. Por el momento se conformaría con ver a Finch en el banquillo de los acusados a principios del año que viene y ver que lo condenaban, con suerte.

Trajo un sándwich para comer en el camino y se dirigió a Brent Knoll, donde el proceso de excavación había comenzado.

Aunque seguía haciendo un frío glacial, el suelo estaba más blando que el día anterior. Cruzó el campo hasta el bosque donde Janice Sutton estaba coordinando con los equipos especiales.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Thomas, que como todos los demás en la zona parecía estar siendo afectado por el frío, a juzgar por el azul en sus labios.

—Todo bien. Todos parecen estar seguros de que será condenado por un largo tiempo. ¿Y la señora?

—Lleva toda la mañana haciendo el tonto —dijo Thomas a medida que señalaba la figura esposada de Francesca Regan, envuelta en su enorme abrigo—. Nada todavía, pero nos llevó unas dos horas decidir el mejor lugar para empezar a cavar.

—Ve y tómate algo caliente. Yo puedo encargarme por ahora —dijo Louise, sonriendo al ver que Thomas trotaba arriba y abajo en el acto.

—Salvavidas —dijo antes de correr hacia su coche.

Louise pasó por debajo del cordón y se acercó a Francesca. Sintió que la cicatriz de su brazo empezaba a picarle.

—No vas a fastidiarnos ahora —dijo, sorprendida una vez más por el aspecto joven de la mujer.

—Los encontrarán, no te preocupes —Francesca sonreía como si estuvieran buscando regalos bajo los árboles.

Un periodista local le preguntó a Louise cómo era posible que tres hombres desaparecieran sin que nadie se diera cuenta. Intentó explicar lo mejor que pudo, sin causar alarma, que esas cosas ocurrían a menudo. No todo el mundo tenía amigos íntimos y familiares que lo echaran de menos si abandonaba una zona. A menudo se denunciaba la desaparición de personas que nunca eran encontradas, y muchas más desaparecían sin ser denunciadas. Era un hecho desagradable, y Louise se dio cuenta de que la periodista no lo había mencionado en su artículo.

Thomas regresó una hora más tarde con dos cafés. Ya estaba oscureciendo y, aunque unos

generadores portátiles mantenían iluminada la zona, pronto tendrían que dejar de excavar.

—Gracias —le dijo él mientras le entregaba una de las tazas.

Louise iba a responder cuando uno de los equipos especiales gritó que pararan. Se alejó del agujero donde había estado trabajando y miró a su alrededor antes de hablar.

—Creo que he encontrado algo —dijo.

LOUISE CERRÓ la puerta tras de sí y su familia la esperó fuera mientras terminaba su llamada. Molly se acercó dando saltitos, parecía que la gélida temperatura no le molesta. Louise se apartó de la perra cuando intentó saltar sobre ella, pues llevaba su mejor traje debajo del abrigo y no quería mancharlo antes de su reunión de esa tarde.

—Vamos, Molly —gritó Emily, que como el resto de la familia estaba envuelta en capas de ropa.

Louise agradeció la falta de brisa a medida que se dirigían a la playa. El aire frío le picaba la piel y, sobre ellos flotaban gaviotas en el aire, controladas por las corrientes arremolinadas.

—¿A qué hora tienes que irte? —preguntó su padre en tanto recorrían el largo camino que lleva a la playa.

—Treinta minutos, más o menos —dijo Louise.

—Seguro que no hay nada de qué preocuparse.

—No estoy preocupada. Solo me gustaría pasar el día con ustedes —respondió Louise con una mueca. Molly galopaba hacia el mar helado.

Se suponía que iba a ser un día de celebración. Esa noche era la fiesta de la estación, y tenían mucho que celebrar como grupo. Francesca Regan había sido fiel a su palabra: los cuerpos de Laurence Dwyer, Scott Turnbull y Kevin Westley habían sido descubiertos en el bosque cercano a Brent Knoll, y Regan había sido acusada de otros tres cargos de asesinato.

El descubrimiento de los cadáveres puso punto final al caso. David Mountson y Jay Carrigan fueron localizados en las tierras altas de Escocia, y tanto Oxford como Maynard se recuperaron de sus heridas y estaban recibiendo ayuda para volver a encarrilar sus vidas. Al igual que Poppy Westfield, quien regresó al trabajo y trataba de seguir con su vida.

Se había fijado una fecha para el juicio de Finch en el próximo año. Aunque había ofrecido una confesión, se declaraba inocente del cargo de intento de asesinato que la fiscalía había presentado por el ataque a Amira y Louise. La pena de prisión era una formalidad, pero Louise no descansaría hasta estar segura de que él había salido de su vida para siempre.

En cuanto a Weston, el futuro del departamento seguía preocupándola. La marcha de Finch había provocado nuevos cambios en la policía. Su aliado, el ACC Morely, los sorprendió a todos al jubilarse anticipadamente, aunque daba la sensación de que se había visto obligado a hacerlo tras la acusación de Finch. Hoy, junto con el Detective en Jefe Robertson, Louise iba a conocer a su sucesor, Alan Brightman. Las conversaciones sobre la reestructuración se habían intensificado en el departamento, y había muchas posibilidades de que la situación de Louise cambiara mañana a esta hora.

Por el momento, se contentaba con ver a Emily correr con la perra, cuya mitad inferior estaba ahora cubierta de barro húmedo. No recordaba la última vez que se había sentido tan contenta, y cuando llegó el momento de marcharse, le costó separarse.

—Ya han pasado cinco días —dijo su madre, llevándola a un lado—. Cinco días sobria. Sé que no es mucho, pero es un comienzo.

—Mamá, es genial —respondió, y le dio un abrazo a su madre. Desde la noche en que

Francesca la atacó, Louise había dejado de quejarse de la bebida de su madre. Se sentía demasiado culpable por haber puesto en peligro a todo el mundo. Al final había sido su padre quien estalló e insistió en que su madre volviera a terapia.

—No será fácil, pero quiero hacerlo. No solo por ti y por la familia, aunque son muy importantes, sino también por mí. Odio estar así, Louise. Lo odio.

—Sé que lo haces, mamá. Sabes que siempre estaré aquí para ti. Todos lo estaremos. Superaremos esto juntas, ¿sí?

Se abrazaron de nuevo, ambas sonriendo al ver que Molly alcanzaba a Emily y la arrastraba hasta la arena. Emily gritó con alegría cuando Molly le sacudió el agua de su pelaje por todo el cuerpo.

WESTON-SUPER-MARE ESTABA EN PLENA NAVIDAD. Como si estuviera retrasando lo inevitable, Louise entró a la ciudad por el paseo marítimo. Las luces y los adornos cubrían la ciudad y esperaban a que llegara la noche para cobrar vida. Recordó una vez más su infancia y de sus visitas nocturnas a Weston para ver el carnaval, y la emoción de pasear por la calle principal con su bullicio y sus luces navideñas. Nunca había imaginado que algún día viviría en Weston, pero ahora se sentía más en casa que en ningún otro lugar en el que hubiera vivido antes.

EL DETECTIVE en Jefe Robertson se había afeitado para la ocasión y vestía un traje de tres piezas.

—¿Y tú quién eres? —dijo Louise al entrar en su despacho.

—Qué chistosa —contestó Robertson—. Puedes cerrar la puerta antes de sentarte.

Hizo lo que le pidió.

—Espero que tengas intención de invitarme a una copa de Navidad esta noche —dijo ella.

—Supongo que te lo has ganado. Escucha, quería hablar contigo antes de que llegue Brightman.

—Suena ominoso.

Robertson siempre era imposible de leer, y ahora no era la excepción. Tamborileó con los dedos sobre su escritorio y mantuvo contacto visual.

—Me han ofrecido un nuevo trabajo.

Louise asintió. No estaba segura de lo que esperaba oír, pero no se le había ocurrido que Robertson se trasladara. Para ella, era una parte inamovible de la estación. Sin él, no estaba segura de haber podido sobrevivir a los primeros meses en Weston, y mucho menos a los últimos tres años.

—¿Volverás a Glasgow?

—Cielos, no. No me aceptarían de vuelta. Sería el MIT de Portishead.

Louise dejó escapar un suspiro.

—He oído que tu predecesor era un poco imbécil —acotó ella.

Robertson esbozó una sonrisa.

—Lo era. De todos modos, quería que lo supieras.

—Te lo agradezco, Iain. Y felicidades.

—No me felicites —dijo Robertson tras ponerse de pie cuando el nuevo ACC llegaba al despacho—. Tú también vienes.

A ÚLTIMA HORA de la tarde, la melancolía se había apoderado del departamento. Durante su reunión con Robertson y el ACC Brightman, a Louise le habían ofrecido el puesto de Detective en Jefe en la recién creada división de delitos graves. El Departamento de Investigación Criminal de Weston se fusionaría con el departamento ya existente, y Robertson dirigiría el grupo. A todo el mundo en Weston se le habían ofrecido nuevos puestos. El ACC le había dicho que debía verlo positivamente, como una recompensa por los éxitos que la pequeña comisaría había logrado desde su traslado.

En muchos sentidos, nada iba a cambiar. La sección de Louise seguiría controlando Weston y sus alrededores. El cuartel general estaba a solo treinta kilómetros, y gran parte del trabajo podía seguir realizándose en la zona. La ubicación de la oficina central no le preocupaba, así que aceptaba los aspectos positivos. Había conseguido lo que se había propuesto: Finch estaba entre rejas y pronto volvería al lugar al que pertenecía. Podía seguir dándole vueltas a la injusticia de haber sido enviada a Weston, pero por primera vez desde el incidente de la Granja Walton se sentía optimista sobre su futuro y el del departamento. El cambio era el cambio, y la incertidumbre afectaría a todos de distintas maneras, pero dentro de seis meses olvidarían la transición y los delitos graves en Portishead serían la nueva normalidad.

A las seis, Robertson descorchó una botella de champán y brindó por el equipo y el nuevo traslado. Era la noche de la fiesta de Navidad. Los miembros del MIT que habían ayudado durante el caso de la marca habían llegado, y el sentimiento de melancolía pronto se dispersó mientras organizaban taxis para llevarlos a la cena en Weston.

Louise decidió conducir, pues quería tener una forma de escapar de la fiesta si era necesario. Llevó a Tracey con ella, y la combinación de perfume y laca llenó el coche en el momento en que estacionó en una calle lateral cerca del paseo marítimo.

—Será bueno tenerte de vuelta —dijo Tracey. Caminaban hacia el viento fresco y cortante del paseo marítimo. El mar estaba en pleamar y se erizaba contra el dique, y las luces navideñas dibujaban en el agua. A Tracey le habían ofrecido un puesto permanente en Delitos Graves y trabajaría junto a ella en la comisaría.

—El equipo de ensueño está reunido de nuevo—dijo Louise.

—Brindo por eso.

La noche transcurrió como Louise había esperado. Ahora que casi no bebía alcohol, le resultaba difícil disfrutar de estas reuniones como antes. En parte, le costaba relajarse, pero estando sobria podía apreciar plenamente el cambio que el alcohol producía en los demás. Y ahora que su madre intentaba dejarlo, lo menos que podía hacer era abstenerse por el momento.

—¿No bebes? —preguntó Thomas al unirse a ella en la barra.

—Tengo que conducir. Debo levantarme por la mañana —dijo Louise—. Compras de Navidad con Emily.

—Calculo que estamos a unos treinta minutos de la anarquía —comentó Thomas y ambos se rieron de los movimientos de baile cada vez más elaborados de algunos de sus colegas.

—Puedo llevarte a casa, si estás listo para irte.

—Por supuesto. No puedo aguantar más música navideña.

LOUISE SINTIÓ la incomodidad al llevar a Thomas a casa por la casi desierta Locking Road. Estaba mucho más sobrio que la última vez. Percibió que él quería decir algo, y su pulso se aceleró ante la idea.

—¿Qué te parece el traslado? —preguntó ella para romper el silencio, cada vez más

incómodo.

—Creo que es genial. Debes estar muy contenta.

—¿Cómo te sientes, Thomas?

Él suspiró.

—Iba a esperar para decírtelo, pero me han ofrecido un puesto en otro sitio.

—¿En otro sitio?

—Una empresa en Bristol está buscando un jefe de seguridad.

—Ya veo. En otro sitio. ¿Quieres decir que te vas?

—Sí.

Louise se detuvo delante de su casa. Estaba un poco sorprendida por su reacción visceral ante la sorprendente noticia.

—¿Vas a aceptarlo?

—Llevo tiempo pensándolo. Es más dinero y buen horario. Necesito pensar en Noah y en el futuro, ¿entiendes?

—Por supuesto —dijo ella—. Es una sorpresa. Realmente te extrañaremos.

—¿Me extrañarán? —repitió él, con una sonrisa.

Louise igualó la sonrisa.

—Vale, supongo que yo también te echaré un poco de menos.

La sonrisa de Thomas se desvaneció, y le pareció que podía oír su propio corazón martillando contra su caja torácica.

—Tal vez no tengas que hacerlo.

El silencio pareció durar una eternidad. La última vez que se habían encontrado en esta situación, ella le había puesto la mejilla, e incluso ahora no sabía cómo respondería si él intentaba besarla.

—Pensé que ahora que no vamos a trabajar juntos... —comenzó a decir él, con los ojos muy abiertos y vulnerables.

—¿Qué pensaste? —dijo Louise, suavemente.

Thomas se acercó a ella, y esta vez ella no se apartó.